

Conferencias y otros discursos

01. En la recepción del Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Barry (Miami, Florida, 28 de mayo de 1995).
02. En la entrega del título Doctor Honoris Causa en la Universidad de Santo Tomás (Miami, Florida, 29 de mayo de 1995).
03. En la presentación del libro "Cruzando el umbral de la esperanza" sobre S. S. Juan Pablo II (Letrán, 26 de octubre de 1995).
04. En el acto de apertura del Encuentro Conmemorativo del X Aniversario del ENEC (Sta. Catalina de Siena, 21 de febrero de 1996).
05. Saludo al Santo Padre antes de la Misa celebrada en la Plaza José Martí de La Habana (La Habana, 21 de enero de 1998).
06. En la despedida al Santo Padre en el aeropuerto José Martí (La Habana, 25 de enero de 1998).
07. En la Convención de la Prensa Católica (Nueva Orleans, 3 de junio de 1998).
08. En la entrega del premio UCIP a la Revista "Palabra Nueva" (París, 25 de diciembre de 1998).
09. Mensaje de Navidad 1998 (Alocución radial al pueblo cubano con motivo de la Navidad 1998).
10. En la inauguración de la II Asamblea Nacional de la UCLAP-Cuba (La Habana, febrero 1999).
11. En la recepción del premio anual de la Fundación Bonino-Pulejo (Sicilia, 19 de junio de 1999).
12. Conferencia pronunciada para el grupo Y.P.O. (Roma, 22 de junio de 1999).
13. En la recepción del Doctorado Honoris Causa en la Universidad de San Francisco (San Francisco, CA, 19 de octubre de 1999).
14. En la apertura del Simposio "La Exhortación Apostólica 'Ecclesia in America'" (La Habana, 1 de diciembre de 1999).
15. En la apertura del Año Santo Jubilar (Catedral de La Habana, 25 de diciembre de 1999).
16. Palabras para la Revista "Simiente" (Santa Clara, febrero de 1999).
17. Ante la imagen del Cristo de La Habana (La Habana, 1 de enero del 2000).
18. En la recepción del Doctorado Honoris Causa en el Boston College (Boston, 27 de mayo del 2000).
19. En el Seminario Internacional Iglesia y Sociedad en la Cuba actual (Eichstätt, Alemania, 12 de octubre del 2000).
20. En la Cuaresma 2001 "El bien y el mal" (Catedral de La Habana, 7 de marzo del 2001).
21. En la Cuaresma 2001 "La justicia y la misericordia" (Catedral de La Habana, 14 de marzo del 2001).
22. En la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina (Roma, 20-23 de marzo del 2001).
23. En la Cuaresma 2001 "El pecado y la santidad" (Catedral de La Habana, 28 de marzo del 2001).
24. En la Cuaresma 2001 "La fuerza del amor frente al odio" (Catedral de La Habana, 4 de abril del 2001).
25. En el Encuentro de Presidentes de Comisiones de Cultura de las Conf. Episc. de América (Puebla, México, 5-7 de junio del 2001).
26. En la recepción del Doctorado Honoris Causa de la Univ. Popular Autónoma de Puebla (Puebla, México, 5 de junio del 2001).
27. En el Instituto Interamericano de Derechos Humanos San José de Costa Rica, 25 de octubre del 2001).
28. En el Centro Fray Bartolomé de las Casas (Convento San Juan de Letrán, 20 de diciembre del 2001).

PALABRAS PRONUNCIADAS CON MOTIVO DEL OTORGAMIENTO DEL
TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA
POR LA UNIVERSIDAD BARRY

Miami, Florida, 28 de mayo de 1995

Excmo. Sr. John Favara, Excmo. Sr. Agustín Román, distinguidas Hermana Jeanne O'Laughlin, op Presidenta, y D. Inez Andreas, Directora de la Junta de Regentes, Sr. Rector y claustro de profesores de este alto Centro Docente, señoras y Señores.

Desde antes de conocer la fecha probable de mi viaje a Miami, esta Universidad de Barry me hizo llegar una invitación para que la visitara. Me comunicaba al mismo tiempo el acuerdo de otorgarme el título de Doctor *Honoris Causa* que confiere esta prestigiosa institución.

Agradezco vivamente este alto honor que en mi persona la Universidad de Barry confiere a la Iglesia Católica de Cuba y al pueblo cubano.

A la Iglesia Católica cubana, porque el que resulta inmerecidamente distinguido es Cardenal de la Iglesia y ejerce su ministerio episcopal en Cuba como Arzobispo de La Habana. Al pueblo de Cuba, porque ese Cardenal Arzobispo de La Habana es cubano y todo lo que a mí me honra, honra también a mi amada Patria. Expreso de antemano mi gratitud por este gesto que cobra también una especial significación y contribuye a los empeños de la Iglesia Católica por acercar cada vez más las comunidades eclesiales de Cuba y del Sur de la Florida, unidas por su común fe católica. El estrechamiento de esos lazos puede llegar a ser un medio privilegiado para impulsar la concordia y la unidad entre todos los cubanos.

Un centro de estudios como este, es una hermosa realización que participa en el desarrollo intelectual, técnico y profesional de la gran nación americana, desde su identidad católica.

Para nosotros en Cuba, un proyecto así es actualmente impensable, pues toda la educación primaria, secundaria y superior es dirigida por el Estado. Sin embargo, la Iglesia Católica en Cuba siempre aspira a tener sus propios centros de enseñanza como los tiene en tantos países del mundo y como los tuvo en el pasado en nuestro país, de acuerdo a la tradición de educación cristiana que hubo en Cuba desde los inicios de la colonización española.

La historia de la educación en Cuba encuentra sus raíces a principios del siglo XVI, cuando también comienza la colonización. La educación en Cuba nació cristiana debido a varios motivos.

Se iniciaba en un marco de cultura cristiana, más en concreto, de la cultura católica propia de la Reconquista y del apogeo político de la Casa de los Austria.

El primer maestro cubano es el sacerdote nativo Miguel Velázquez, a quien se le confió esta tarea. A sacerdotes y religiosos les corresponde mayormente la continuación de esta labor hasta inicios del siglo XIX.

Indudablemente existe una específica inspiración cristiana en los agentes, métodos, estilos y contenidos de la educación en Cuba, aun en las disciplinas estrictamente seculares.

Hasta el año 1670 no se encuentra el vivo deseo de fundar un centro universitario en Cuba. Corresponde a la iniciativa del fraile dominico Diego Romero, prior de la provincia eclesiástica de Santa Cruz de las Indias, la petición al cabildo habanero para crear una universidad en el convento de San Juan de Letrán de La Habana. Las gestiones no prosperaron de inmediato hasta que, en 1721, el Papa Inocencio XIII por el Breve Apostólico *Aeternae Sapientiae* creó la Universidad de La Habana, la cual no se fundó hasta el 5 de enero de 1728, prácticamente dos siglos más tarde de que se fundara la primera universidad en el Nuevo Mundo, en este caso, la de Santo Domingo en 1538.

La primera universidad surgía como Real y Pontificia, debido a la naturaleza de su doble origen (la sujeción al Real Patronato y el Breve Pontificio). Llevaba el nombre de San Jerónimo, aludiendo al nombre de quien era obispo de Cuba en aquel entonces: Jerónimo Valdés. El número de cátedras ascendía a 21, repartidas en las siguientes materias: Teología (a cargo de los frailes dominicos), Leyes, Cánones, Medicina, Artes (Filosofía), Matemáticas, Sagradas Escrituras, Retórica y Gramática, a cargo de seculares.

No se puede hablar de la enseñanza universitaria en Cuba, sin mencionar la extraordinaria labor realizada por el Seminario «San Carlos y San Ambrosio», fundado por el rey Carlos III en el año 1772. Por sus planes de estudio, el seminario estuvo afiliado a la Real y Pontificia Universidad de La Habana; de modo que podía preparar a sus alumnos para grados académicos, no solo de carácter teológico; sino además para los de carácter secular. Al seminario de La Habana venían a estudiar alumnos que se preparaban para recibir las Sagradas Órdenes junto con los que se formaban en Filosofía, Letras, Derecho y Ciencias.

El seminario tuvo su época de oro, que podemos fijar entre el año 1790 y 1842. En 1790, llega a Cuba el más excelente de los gobernantes españoles que rigió la isla durante los cuatro siglos de dominación española, Don Luis de las Casas, hombre iluminado, hijo de su época, la del Despotismo Ilustrado, trajo a Cuba aires de renovación encaminados a elevar el nivel económico, político y social de esta porción de España que, ya después del fin de la dominación inglesa, comenzaba a ver el nacimiento de las primeras semillas de su nacionalidad.

El influjo renovador de De Las Casas en la vida de Cuba se sintió por sus efectos en las aulas del seminario. El Padre José Agustín Caballero, profesor y vicerrector del seminario durante muchos años, fue uno de los principales colaboradores de De Las Casas. Él es el Padre de nuestra Filosofía – así lo llamó Martí–, porque a él se debió el inicio de la renovación de los estudios filosóficos en el seminario de La Habana, que es lo mismo que decir en Cuba. A dos cuadras del seminario, permanecía la vieja universidad; vieja en su edificio, vieja en sus estudios –se dice que tenían dos siglos de atraso–, vieja en sus profesores, quienes no hallaban modo de quitarse de encima el vetusto Peripato. Aquella universidad no respondía en su enseñanza a la nación que nacía; por eso, los hombres más lúcidos de esa nación encontraron en el seminario «San Carlos y San Ambrosio», el centro capaz de proporcionarles maestros, estudios, métodos, pero sobre todo nuevas ideas, a fin de construir la nueva patria. Solo así es explicable que, en los inicios de la tercera década del siglo XIX, el seminario llegase a tener una matrícula de 700 alumnos.

Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Nicolás Escobedo, Carlos Manuel de Céspedes, Rafael María de Mendive, Domingo del Monte y Cirilo Villaverde constituyen lo mejor del alumnado del seminario en su época de oro; al mismo tiempo que son las células fundacionales del pensamiento netamente cubano. Ellos aprendieron a pensar como cubanos y produjeron un pensamiento cubano en lo filosófico, lo político, lo social, lo económico y lo cultural.

También Martí llamó a José Agustín Caballero, el Padre de los Pobres. No se equivocó, porque nadie puede contradecir que la educación del Seminario San Carlos, en su época de oro, tuvo un marcado carácter de transformación de la realidad sociopolítica. Igual calificativo podríamos aplicarlo al resto de los prohombres antes mencionados.

El Padre Félix Varela continuó la obra renovadora del Padre Caballero, ahora sostenido por quien desde el año 1802 ocupó la silla episcopal habanera, el obispo Juan José Díaz de Espada y Landa, hijo también del pensamiento iluminista. Nuestro Martí le dio un hermoso calificativo: «*El más cubano de los españoles*». Otros lo llaman «*el más grande de los obispos habaneros en el pasado*». Espada no se limitó a un quehacer estrictamente cultural, sino que su presencia benéfica se hizo sentir en los más variados aspectos de la vida nacional llevándoles progreso humanizado. Si Varela pudo hacer toda la renovación de la enseñanza en el seminario San Carlos, fue porque Espada la quería realizar y por eso lo apoyó.

En el seminario, Varela cambió el Latín por el Español en las clases, transformó la enseñanza de la filosofía, correspondiente a la decadencia de la segunda escolástica, por métodos más positivos y racionales; introdujo la enseñanza de la Física y la Química Experimentales; finalmente se crearon las cátedras de Economía Política y Derecho Constitucional. ¿Qué más pedir para una reforma de la enseñanza, realizada en un período menor de diez años? La reforma varelana no dejaba aspectos de la vida integral de los hombres sin tocar. Constituye un modelo de enseñanza integral –en el marco de su época–, para conformar un modo peculiar del pensamiento de una nación. Los efectos de esa enseñanza marcaron la vida de la nación cubana durante el siglo XIX hasta llegar a Martí en el 95 glorioso.

Un análisis riguroso de los contenidos de la enseñanza del seminario «San Carlos» nos conduce a descubrir una realidad: todos iban dirigidos a la promoción del hombre cubano de fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. El carácter humanista de los estudios del seminario habanero en este período es evidente y singular. El objetivo de la enseñanza humanista del seminario habanero sobrepasó las metas de aquellos hombres que concibieron tal objetivo. La historia de la educación en Cuba, y, aún más, la historia de Cuba, quedará marcada de modo indeleble por todo aquello que en esta institución se fraguó. Minorías selectas, al decir de Medardo Vitier, influyeron de modo insospechado sobre la vida de una nación, porque los objetivos de una verdadera educación han de medirse por el grado de formación humana, social, política y económica que alcanza; en una palabra, el influjo ético de la formación académica de este alto centro eclesiástico queda patentizado en los frutos del mismo no solo en la vida eclesial cubana, ni siquiera en una etapa de la historia de la nación, sino en toda la historia a partir de la última década del siglo XVIII.

Pero pudiéramos preguntarnos: ¿qué subyacía en el fondo de este interés antropológico de la enseñanza impartida en nuestro seminario durante sus años áureos? La renovación de esta enseñanza se efectúa en un ambiente moral cristiano. Sus principales promotores fueron hombres de Iglesia, algunos de ellos murieron con fama de santidad; otros constituyen un ejemplo de vidas intachables. El desinterés y la abnegación se evidencian en todos. Sus vidas son una muestra de coherencia y rectitud. No es difícil encontrar a flor de tierra los valores del Evangelio de Jesús presentes, no de modo superfluo, sino sustancial. Las raíces de la enseñanza impartida en el seminario «San Carlos y San Ambrosio» durante su época de oro encuentra sus raíces en el cristianismo.

La lucha por la promoción de la dignidad humana y los valores de la libertad, la justicia, la fraternidad, la verdad, el amor a la Patria y a su progreso enseñados en «San Carlos» se nutren en la siempre fresca savia del cristianismo. La nacionalidad cubana nació cristiana, independientemente del rumbo que se le haya podido dar después; y esto se debió a la patriótica y cristiana labor de aquellos hombres que, según palabras de Chacón y Calvo, representan al Patriarcado de la nación.

Las corrientes sociales y políticas vigentes en Cuba a lo largo de la pasada centuria, encuentran su punto de partida en la atmósfera educativa del seminario durante la etapa de su historia a la cual nos referimos. El antiesclavismo, el reformismo, el independentismo y el antianexionismo hallan el origen de sus hilos conductores en el ambiente nacionalista de los hombres que se formaron en las aulas del seminario.

Por el antiesclavismo lucharon el Padre Caballero, el Padre Varela, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero. El primero de ellos, ya a finales del siglo XVIII, calificó a la esclavitud como «la mayor maldad civil que han cometido los hombres» y llamó a los esclavos «nuestros hermanos y prójimos a quienes debemos tributar la más sincera compasión y benevolencia». Él hizo ver a los ricos de su tiempo, miembros de su clase y alumnos de sus aulas, que eran aquellos, los esclavos, los «brazos que sostienen nuestros trenes, mueblan nuestras casas, cubren nuestras mesas, equipan nuestros roperos, mueven nuestros carruajes y nos hacen gozar de los placeres de la abundancia». Por su parte, José de la Luz y Caballero llamó a la esclavitud «nuestro veneno, nuestra lepra social, nuestro pecado original».

La corriente reformista que proponía un conjunto de mejoras encaminadas a elevar el nivel autonómico, económico y social de la nación, aunque sin que esta tuviese que romper sus lazos con España, también fue formulada por algunos alumnos y profesores del colegio seminario. Ellos contribuyeron, a su modo, a concebir un proyecto de vida nacional que dignificase a Cuba, y lo hicieron valer a lo largo de todo el siglo XIX cubano nutriéndose del pensamiento humanista aprendido dentro de los muros del viejo caserón.

El independentismo encuentra en el Padre Félix Varela su primer exponente de clara trascendencia. Sus escritos políticos revelan la talla del pensamiento independentista de Varela, exento de todo utilitarismo y lleno de un immaculado patriotismo. El origen de las ideas independentistas en Cuba hay que irse a buscar al pensamiento del Padre Varela. Este concibió a Cuba tan isla en lo político como en lo geográfico. Enseñó a pensar, porque así se empieza a ser libres. Cantó a la libertad con su pensamiento y su propia vida, alimentada esta desde el sacerdocio de Jesucristo.

Profeta, sacerdote y cristiano son las distintas dimensiones del Padre Varela que se imbrican íntimamente para dar a luz al patriota.

El anexionismo no estuvo presente en ninguno de los hombres de «San Carlos». Sus gestos más notables, así como la estructura de su pensamiento, los hallamos fuera del recinto situado en la vieja calle de San Ignacio. Uno de los alumnos –y luego profesor– del seminario en su dorada etapa, el publicista José Antonio Saco, representa la voz más alta del antianexionismo en aquellos tiempos en los que algunos cubanos volvían su mirada a la gran nación del norte como solución de los problemas de la isla. Saco diría: «*la anexión, en último resultado, no sería anexión, sino absorción de Cuba por los Estados Unidos*». También afirmaría: «*yo desearía que Cuba no solo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese Cuba cubana y no angloamericana*». De manera clarividente, Saco se oponía a la anexión político-económica, sino a lo que sería un mal peor: la anexión cultural. Este pensador, que jamás fue independentista, supo expresar desde su pensamiento reformista, antiesclavista y antianexionista lo más sagrado de la cubanía patria, que es la lucha por la identidad nacional.

En 1842, la Universidad de La Habana se seculariza como consecuencia de la extinción de los órdenes religiosos en todo el territorio español. Los frailes dominicos fueron exclaustrados y la dirección de la universidad pasó al gobierno de la metrópoli que nombró una administración laica. Un nuevo plan de estudios fue puesto en vigor y con ello al Real Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio se le suprimió la facultad de la enseñanza académica de carácter secular, dejándosele exclusivamente los estudios propios de la formación sacerdotal. Con esta medida se cierra lo que hemos venido llamando Época de Oro del seminario.

Existe un cierto vínculo entre el seminario y Martí. El eslabón viene dado a través de su maestro, Rafael María de Mendive, quien fuese alumno laico del seminario. No es exagerado pensar que en la formación del Apóstol de Cuba estuviese presente todo el caudal espiritual, moral y patriótico que corrió por las aulas del glorioso centro de estudios. El seminario es la cuna de la nacionalidad cubana, y Martí constituye el exponente más elevado de esta nacionalidad. El pensamiento antiesclavista, independentista y antianexionista, nacidos de la enseñanza fundacional del seminario, alcanza en Martí sus expresiones más elevadas. Tales ideas cobrarán estructura orgánica en el pensamiento martiano, se plasmarán en el Partido Revolucionario Cubano y se concretarán en la praxis martiana para edificar la república cordial.

Los valores cristianos de libertad, igualdad, fraternidad no excluyente, abnegación, desinterés, amor promocional al hombre, que están en los cimientos de la enseñanza ética del seminario de La Habana, son percibidos de modo claro en el pensamiento y en el quehacer martiano. Martí no habla de odios, de revanchas, de divisiones de inspiración maniquea, y de opción por el poder hegemónico. El Apóstol de la Independencia hablará siempre de unidad, su quehacer político tiene la impronta de la unidad que se fabrica desde el pluralismo. Su biografía demuestra que no era un hombre de

capillas ni de círculos cerrados, porque estaba convencido que la identidad nacional no podía construirse sin las bases del «*con todos y para el bien de todos*».

Asistimos hoy a una vuelta al pensamiento martiano en su integridad. Este año del centenario de la caída en combate de Martí, ha servido para reforzar la acción de su pensamiento en la vida de los cubanos.

Retornar a Martí, que es el cubano excepcional, cuyo pensamiento tiene contenido y resonancia universal, es reencontrar a nuestros próceres y a aquellos que formaron con su pensamiento y el testimonio de sus vidas el sentir nacional cubano. Porque Martí no es un hombre aislado, sino que en comunicación con sus coetáneos es el heredero de esa tradición independentista, antiesclavista, antianexionista de nuestro Seminario San Carlos. Como hemos visto, no solo el pensamiento que se forja en esta noble institución, sino la integridad de vida de quienes lo sustentaban, habían hallado su inspiración y su modo propio de configuración y expresión en la fe cristiana.

Por eso en este año de análisis y reflexión sobre la obra martiana es frecuente encontrar en centros de estudio, en forums nacionales e internacionales tenidos en La Habana o en otras ciudades de Cuba, temas como «el amor en la obra de Martí», «el pensamiento cristiano en Martí», etc.

La vuelta a nuestras raíces como nación nos hace redescubrir invariablemente la impronta cristiana en nuestro ser nacional. Esto puede ayudarnos a muchos cubanos a forjar actitudes nuevas, enraizadas en convicciones originariamente cristianas, pues todos reconocemos que el pensamiento de los fundadores de la Patria tiene plena vigencia.

De ahí la importancia de una educación cristiana actualizada y fiel al mensaje de Cristo y a su Iglesia. Trabajar por ella es hacerlo no solo para la generación presente, sino para los tiempos futuros.

De ahí nuestro aprecio y alta valoración del trabajo universitario y el sentido particular que confiero a esta dignidad que me otorga la Universidad de Barry. Muchas gracias.

PALABRAS PRONUNCIADAS DURANTE LA ENTERGA
DEL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA
EN LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS

Miami, Florida, 29 de mayo de 1995

Excmo. Mons. John C. Favarola, Arzobispo de Miami, Excmo. Mons. Agustín Román, Obispo Auxiliar de Miami, Sres. presbíteros, muy reverendo Padre Rector y distinguido Claustro de Profesores de la Universidad de Santo Tomás.

Aunque en el último programa, que me hizo llegar el querido hermano Mons. Agustín Román, no aparecía ya una alocución con ocasión de la entrega que me hace este Prestigioso Centro de Estudios del título de Doctor Honoris Causa, queriendo caritativamente no recargar mi programa, me parece que se imponen en esta ocasión tan especial algunas palabras que exalten más que la significación personal de este acto, que valoro altamente, su particular sentido en el ámbito de las históricas relaciones culturales de los Estados Unidos de Norteamérica con mi país.

La proximidad geográfica entre Cuba y Estados Unidos, y la fluida e ininterrumpida concurrencia de ambos pueblos ante los avatares de una historia que no ha cesado de implicarlos, ha creado lazos que, aunque susceptibles de diversa valoración, son innegables y reclaman el responsable empeño de una sana interpretación.

En el curso de la época moderna se ha pasado del predominio de las relaciones comerciales a la mutua afluencia cultural, llegando a niveles, en grados y extensión, nunca vistos con anterioridad a los años que corren. En los intereses compartidos en la actualidad, y como para refrendar y perpetuar la mutua influencia, no se puede desconocer la activa presencia de más de un millón de cubanos, e hijos de cubanos, que residen en los Estados Unidos y que han emparentado con nacionales de este país y, en no pocos casos, la categoría de los cubanos americanos es poderosamente influyente, tanto en la vida económica como política de los Estados Unidos, sin olvidar la traslación a este país, y la resistente conservación de costumbres y tradiciones que pertenecen al alma cubana.

Ya en tiempos en que se gestaba el ideal de independencia de Cuba, el pueblo norteamericano y su recién estrenada Constitución ejercieron un gran influjo tanto en la consolidación del pensamiento como en la anuencia de las voluntades que procurarían los medios adecuados para liberar a Cuba del dominio español. Baste citar a modo de ilustración el magisterio moral y la labor periodística del P. Félix Varela, ejercidos en Estados Unidos, y la incansable gestión unificadora de José Martí, realizada en estas tierras.

Es de justicia reconocer que fueron los cubanos exiliados en el sur de Estados Unidos, durante el siglo XIX, los que con cariño y responsabilidad dieron abrigo y calor a las ideas martianas, remediando la frialdad sufrida por el apóstol en sus años de Nueva York.

Fue precisamente a partir de la visita que hiciera Martí a Tampa y a Cayo Hueso que comienza la última etapa de la preparación a la guerra de Independencia. Fueron insustituibles en la consolidación del proyecto martiano las ayudas que, material y moralmente, ofrecieron tanto los obreros del tabaco, como hombres de otros oficios y representantes de las clases más acaudaladas.

Es aleccionador señalar que el sacrificio de aquellos cubanos movilizó las voluntades de los cubanos de la isla, quienes, por su representatividad y por su número, fueron ganados para la causa de la independencia. Su participación resultó decisiva para la consecución de la victoria sobre España.

En su discurso en la Sociedad Económica de Amigos del País en la Habana el 9 de enero de 1934, Don Fernando Ortiz expresa su punto de vista sobre las peculiares relaciones que ha existido entre los Estados Unidos y Cuba.

«La influencia de Estados Unidos en la vida de Cuba es innegable, es permanente, es intensísima, es hoy inevitable; y se manifiesta para el bien o para el mal según los impulsos que la mueven y los hombres que la dirigen.» Reconociendo este hecho con simple objetividad, Don Fernando analiza la gama de posturas que pueden tomarse frente a él.

«Frente al factor americano, unos se le han sometido, abiertamente o encubiertos, y hasta lo han ayudado para el abuso; otros lo han combatido a ultranza y hasta se han negado a reconocer su existencia, como si fuera un espectro de la fantasía; otros lo hemos aproximado a pleno sol, sin servilismos ni altiveces, sin desplantes ni pavores, y apartando de la enmarañada madeja de los influjos americanos aquellas fibras retorcidas en la soga que amenaza estrangularnos, hemos tratado de ir tejiendo, con las hebras de más paro hilado de aquel pueblo, la trama de nuestros tan independientes como coordinados destinos» (Ídem).

Claramente, el ilustre polígrafo cubano toma partido por una posición moderada y realista en las complejas relaciones Cuba-Estados Unidos y, adelantándose algo al criterio de interdependencia que sirve para orientar hoy las relaciones internacionales, trata de sacar provecho de los aspectos positivos de esta proximidad geográfica y de destinos.

«No hay un solo verdadero y puro interés del pueblo americano, que contradiga los fundamentales intereses del de Cuba, y viceversa. La geografía nos ha hecho vecinos, la historia nos ha hecho parientes, el trato nos ha hecho amigos, la economía nos ha hecho socios, los tratados nos han ligado... Impidamos que un puñado de extraviados, de uno y otro país, perturben el desarrollo de esta armónica colaboración en la obra de la civilización universal» (Ídem).

Es sabido de todos cuánto se ha difundido el pensamiento de Martí con respecto a Estados Unidos, donde nuestro apóstol pone en guardia, no solo a Cuba, sino a la América Latina frente al poder económico, político y militar de la gran nación del Norte. Se ha hecho proverbial su frase *«He vivido en el monstruo y conozco sus entrañas»*. Pero Martí no consideraba únicamente los aspectos preocupantes, amenazantes o aun monstruosos de la inmensa nación americana. Al vivir aquí, él conoció también lo grande del sueño americano y lo magnífico de sus realizaciones.

«En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos, si la ausencia del espíritu femenil, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los pueblos. Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tan útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicio orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantescos muelles y paseos brillantes y fantásticos» (Coney Island, 13 de diciembre de 1881).

Martí considera no solo factor del crecimiento económico y avance social, sino como la clave de la prosperidad de los Estados Unidos la acogida a los inmigrantes. Esta consideración suya es de plena actualidad y merece citarse.

«He aquí el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: han abierto los brazos. Luchan los hombres por pan y por derecho, que es otro género de pan; y aquí hallan uno y otro, y ya luchan. No bien abunda el trigo en los graneros, o el goce de sí propio halaga al hombre, la inmigración afloja, o cesa; mas cuando los brazos robustos se fatigan de no hallar empleo, —que nada fatiga tanto como el

repose—, cuando la avaricia o el miedo de los grandes trastorna los pueblos, la inmigración como marea creciente hincha sus olas en Europa y las envía a América» (Nueva York, 7 de enero de 1882).

Es de notar que Martí destaca que el inmigrante busca dos cosas fundamentales: el pan y el derecho. En el pensamiento martiano, el derecho es tan importante como el pan. Y constata José Martí que en esta tierra americana se encuentran lo uno y lo otro.

Si bien en la raíz de nuestro pensamiento nacional, cuyo primer exponente original y cronológico es el Padre Félix Varela, hay siempre una clara opción por la independencia política de Cuba: «*Cuba ha de ser tan isla en lo político como en lo geográfico*» (P. Félix Varela, *Escritos Políticos*), en lo cultural nuestra isla miró siempre hacia los Estados Unidos y aún más hacia Europa.

La cultura cubana no se ha detenido ni siquiera en los tiempos en que la intransigencia ideológica y la imposición de mentalidades y modelos foráneos, por demás extraños a nuestra idiosincrasia, constituyeron la referencia obligada del pensamiento y de la expresión.

Durante dos largas décadas, 1965-1989, la cultura cubana ha ejercitado la difícil virtud de integrar de matrices diversas aquellos componentes válidos que no solo satisfacen curiosidades intelectuales, sino que, además, enriquecen el propio patrimonio cultural mediante la posesión de claves interpretativas de la existencia humana, estas de firme raigambre milenaria y de acumulada y probada sabiduría. Es el caso de numerosos cubanos que aprendieron los más diversos idiomas eslavos, que convivieron con tradiciones populares desconocidas, que emparentaron con hijos e hijas de pueblos portadores de un acervo no siempre contaminado por la ideología dominante. Todo esto convive hoy, y no es difícil prever su conservación generacional sucesiva, en esposos y esposas, en padres, ya adultos, de hijos que mezclan en su sangre y en sus almas las improntas más disímiles. Esto, lejos de ser un síntoma de pobreza cultural y un justificado lamento de tiempo perdido, constituye, por el contrario, una muestra de crecimiento cultural enriquecedor.

La emigración reciente de cubanos ha traído también a estas costas esa nueva complejidad cultural que ha venido a sumarse a lo español, lo africano y en menor grado a lo asiático, en la expresión de lo cubano. Llegan a estas tierras en busca de nuevas síntesis y habrá que prever futuras afirmaciones de una identidad sui géneris.

Aquí está la Universidad, lugar de encuentro. posibilidad maravillosa para pensar la vida, la historia y la cultura de los pueblos. La universalidad de la fe católica le confiere un papel preponderante a la Universidad para que la síntesis que cada generación debe hacer integrando «lo nuevo y lo viejo» se haga también entre lo diverso de las culturas que se entrelazan en esta encrucijada de pueblos que es la región sur de la Florida. Esto debe hacerse con particular cuidado a la identidad cultural propia de cada país o región.

La Universidad de Santo Tomás ha aceptado ese desafío y en su quehacer mira seguramente al futuro. El Sur de la Florida es una gran frontera cultural entre dos mundos, la América del Norte y la del Sur, que tienen un destino común, pero no idéntico. Miami es centro mercantil, financiero y punto de irradiación de la nueva cultura, que difunden los mass-media, muchos de los cuales tienen aquí sus centros de emisión.

Creo que lo que engrandece a una Universidad es saber establecer clara y firmemente su propia línea orientadora, y esto es fundamental en una Universidad Católica, y estar abierta a los retos y exigencias del medio social y cultural donde se halla.

Pero no olvidemos lo esencial de la Universidad: sembrar inquietudes, aquellas buenas inquietudes que despiertan el interés, aguzan el ingenio, mueven a la investigación, pero también generan respuestas éticas adecuadas, alternativas válidas para un mundo mediocrementemente uniforme. ¡Qué alto honor para mí que un Centro con estas altas responsabilidades, que tiene una tradición de participación cubana en sus aulas, no solo aquí, sino en mi Patria; que ha cosechado tan buenos

frutos y ganado tan merecido prestigio; haya querido subrayar esos lazos que deben unir a las dos Américas y que deben acercar cada vez más a los cubanos de Cuba y del sur de la Florida, otorgando la distinción de un Doctorado Honoris Causa al Cardenal cubano.

Con honda gratitud recibo tan alta distinción, personalmente inmerecida, pero cargada de significación para la Iglesia en Cuba y para mi amada Patria. Muchas gracias.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA PRESENTACIÓN
DEL LIBRO-ENTREVISTA SOBRE S.S. JUAN PABLO II,
CRUZANDO EL UMBRAL DE LA ESPERANZA

*La Habana, Parroquia San Juan de Letrán,
26 de octubre de 1995*

Queridos hermanos:

Presentar el libro-entrevista que el Sr. Vittorio Messori ha escrito sobre Juan Pablo II representa un desafío singular. Porque, hablando con propiedad, no es Messori quien escribe, es el mismo Papa Juan Pablo quien lo hace. Messori entregó sus preguntas al Papa y este contestó por escrito. Hubo diálogos entre el periodista y el Santo Padre, pero solo para matizar o completar alguna idea.

Sería entonces más fácil para un sacerdote, para un obispo, que debe estar familiarizado con el pensamiento del Sumo Pontífice, plasmado en tantas cartas, encíclicas, homilías y alocuciones de todo género, hablar de un escrito del Papa Juan Pablo II. Pero este libro no trata sobre un tema determinado, como lo haría una encíclica, por ejemplo, que contiene los criterios y consejos del Papa sobre la familia o sobre la juventud. Ciertamente, estos temas y muchos otros son tratados en el libro que hoy les presento, pero el volumen *Cruzando el umbral de la esperanza* desvela la intencionalidad de Juan Pablo II, la profundidad de sus enfoques, el hilo conductor de su pensamiento.

En *Cruzando el umbral de la esperanza* se revela el hombre Karol Wojtyła, el sacerdote, el Obispo de Roma, con su historia personal y familiar, con su fe y sus devociones esenciales, con sus preocupaciones por la Iglesia y por el hombre y la mujer de hoy. Aquí se sitúa el reto de este libro interesante, difícil en su comprensión, tal vez, para el hombre común, pero cautivador y sugerente para quienes lo lean solos, comprendiéndolo bien, o se agrupen en círculos de lectores para entenderlo mejor.

Con cualquier modalidad que se siga, según las posibilidades que se tengan, la mejor opción es leer el libro. Ojalá esta conferencia pudiera servir para animarlos a adquirir el volumen, pero lamentablemente no existe un número de libros suficientes y disponibles para que muchos puedan leerlo.

Este libro ha tenido un gran éxito de venta. Solo el primer día de publicado se vendieron cinco millones de ejemplares. El Papa dedicará sus derechos de autor a obras de beneficencia. Juan Pablo II nunca ha hablado del libro para que no se entienda como promoción comercial.

Es de destacar también:

a) La densidad teológica y filosófica de las respuestas, el Papa decididamente dialoga con el pensamiento moderno y contemporáneo.

b) Esta densidad no lo convierte en un manual frío e impersonal, el libro está sazonado con la experiencia personal, humana y pastoral de Karol Wojtyła. Dice el mismo autor: «El lector encontrará una singular combinación a veces de confianza personal (emocionantes los trozos sobre su infancia y juventud), a veces de reflexión y exhortación espirituales, a veces de meditación mística, a veces de retazos del pasado o sobre el futuro, a veces de especulaciones teológicas y filosóficas» (Messori).

c) La pasión del papa por María, la defensa de la vida y los jóvenes. A estos últimos dedica algunas de las más bellas páginas del libro (es admirable su confianza en la juventud).

d) Los «*atrevimientos*» Wojtylianos en materia de ecumenismo. Con respecto a las relaciones con hermanos cristianos de otras Iglesias o grupos eclesiales, el Papa es audaz en el orden del amor, buscando el acercamiento entre todos cuantos creen en Cristo.

Acerca de este libro singular se expresa así la revista *Ecclesia*:

«Estamos ante un verdadero manifiesto, un resumen exhaustivo de las convicciones del Pontífice, una invitación muy persuasiva a la esperanza y a sus más profundas raíces. Se trata de una experiencia inédita en la Historia de la Iglesia, es una experiencia pastoral que lleva el anuncio del Evangelio por unos derroteros diferentes pero eficaces. La esencialidad de lo que dice el Papa, ciertamente, no facilita la crítica, no se puede sino estar de acuerdo con él» (Ecclesia).

He aquí también la opinión del mismo autor Vittorio Messori: *«Hay una revelación directa, sin esquemas ni filtros del universo intelectual y religioso de Juan Pablo II, una clave para la interpretación de su magisterio completo» (Vittorio Messori).*

También es de interés la apreciación del Cardenal Ratzinger:

«Es un mensaje de esperanza, resumido en la frase “no tengan miedo” que es como un segundo título del libro. En esta frase se expresa el significado que Dios tiene para el hombre, qué significado tiene el creer en Dios... Los críticos de la religión de los tiempos pasados habían formulado la tesis de que el miedo había creado a Dios y a los dioses. Hoy experimentamos lo contrario: la eliminación de Dios ha generado el miedo que amenaza el fondo de la existencia moderna. El hombre moderno tiene miedo de que Dios pueda existir de verdad y que sea peligroso. Tiene miedo de sí mismo y de las terribles posibilidades que porta en sí mismo» (Card. Ratzinger).

Porque nos descubre su pensar y su sentir, porque habla desde su experiencia personal y pastoral, por todo esto, es inevitable el encuentro personal con el Papa Juan Pablo II desde el comienzo de la lectura de este libro. Quienes hemos tenido la dicha de estar cerca del Papa Juan Pablo II, de compartir con él algunos preciosos minutos de conversación o un rato de amistad y fraternidad, como cuando nos invita a su mesa (solo hace unos días tenía el privilegio de compartir con otros Cardenales la mesa Papal), los que le hemos visto presidir grandes ceremonias en la Basílica de San Pedro o guardar la misma paz y unción bajo el sol ardiente del trópico en celebraciones multitudinarias en Haití, en Santo Domingo, o cuando en más de una ocasión hemos concelebrado con él, sobrecogidos de emoción, en su pequeña capilla privada, sentimos, al leer el libro, que el autor solo ha querido ser como el portero uniformado que nos abre la puerta y nos introduce en los aposentos papales para darnos acceso al Papa Juan Pablo II de modo apropiado, audaz, respetuoso y lleno de admiración al mismo tiempo; para dejarnos, con increíble y difícil objetividad, a solas con este Papa venido de la Polonia arrasada por los nazis, primero, satélite comunista, después, reincorporada hoy al mundo occidental democrático, secularizado y consumista. Este Papa que aprecia el don maravilloso de la vida, porque en su Patria los muertos se contaron por millones en la Segunda Guerra Mundial y allí el holocausto del pueblo judío alcanzó en Auswitch sus cotas más altas. Un Papa que trabajó en las minas en un país ocupado, que no pudo prepararse para el sacerdocio en un seminario, porque estos estaban cerrados, y conoció la clandestinidad en el seguimiento de Cristo, estimado entonces como un delito por quienes saqueaban física y moralmente su nación.

Y descubrimos en nuestro andar por los corredores tranquilos y los salones despejados de su casa al mismo Papa que, después de recibirnos con una sonrisa y gestos que traslucen afecto y bondad, nos conduce a su capilla donde se recoge en oración por algunos minutos. Y es esta justamente la primera impresión que tenemos al entrar en contacto con Juan Pablo II: nos hallamos ante un hombre de oración. Y la oración es la expresión de la fe. No es de extrañarse, pues, que el autor comience preguntándole al Papa por su modo de rezar, por su concepto de la oración. Sorprende lo breve y lo simple de la respuesta del Pontífice que tanto reza.

Dice el Santo Padre que *«en la oración, que es diálogo yo-Tú, el protagonista es Dios. El hombre alcanza la plenitud en la oración no cuando se expresa principalmente a sí mismo, sino cuando permite que en ella se haga presente el propio Dios»* Y añade el Pontífice: *«El Papa reza tal y como el Espíritu Santo le permite rezar»* (el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad). En cuanto al contenido de su oración, este estará constituido por los gozos, alegrías, esperanzas, penas y sufrimientos de este mundo.

El Papa, sin embargo, mira al mundo y al hombre con ese optimismo no superficial propio de quien vive de la fe. ¿Acaso creer en Dios no es confiar en alguien que es todo bondad y que todo lo conduce al bien? Por eso afirma con convicción Juan Pablo II: *«El Evangelio es una Buena Noticia»* que lleva consigo siempre *«una invitación a la alegría»*. Sigo ahora el pensamiento del Papa que me parece medular en la comprensión de su libro y de su Pontificado. Dice el Pontífice: *«El Evangelio es una gran afirmación del mundo y del hombre, porque es la revelación de la verdad de su Dios. Dios es la primera fuente de alegría y de esperanza para el hombre. El Evangelio es la alegría de la Creación. Dios, al crear, ve que lo que crea es bueno»* (Esta es una alusión del Papa al Primer Capítulo del Primer Libro de la Biblia, el Génesis). En palabras del Santo Padre: *«El Creador parece decir a toda la Creación: “es bueno que tú existas”, “el bien es más grande que todo lo que en el mundo hay de mal”»*.

Este es el pensamiento positivo del Papa ante la vida, el hombre, la historia, el futuro. ¿Cómo un hombre de esta fe no sería el defensor de la vida desde el seno materno, ese luchador por la paz, la justicia y la libertad que hemos conocido, el heraldo lleno de esperanza de un mundo mejor para el próximo milenio que ya se avecina?

Y así afirma el Papa con honda convicción que *«el cristianismo se distingue de modo tajante de cualquier forma de pesimismo existencial»*. Y añade: *«la creación ha sido dada y contada como tarea al hombre, con el fin de que constituya para él no una fuente de sufrimientos, sino para que sea el fundamento de una existencia creativa en el mundo»*.

De esta visión de fe en un Dios bueno que quiere el bien de todos y nos da en Cristo una Buena Noticia que nos colma de alegría para cumplir nuestra tarea creativa en el mundo, saca el Papa las inevitables consecuencias para todo cristiano, que expresa de este modo: *«Para quien acoge la revelación, y en particular el Evangelio, tiene que resultar obvio que es mejor existir que no existir... no hay sitio para ningún nirvana, para ninguna apatía o resignación... hay un reto para perfeccionar... tanto a uno mismo como al mundo»*.

Y abunda el Papa sobre esta visión gozosa y esperanzadora de la realidad: *«Esta alegría esencial de la Creación se completa, a su vez, con la alegría de la salvación. El Creador del hombre es también su Redentor. “Yo he vencido al mundo”», dice Cristo; el motivo de nuestra alegría es, pues, tener la fuerza con la que derrotar al mal y es recibir la filiación divina (ahora somos hijos de Dios).*

El Papa, que es testigo de Cristo y ministro de la Buena Nueva, es por eso mismo *hombre de alegría y hombre de esperanza, hombre de esta fundamental afirmación del valor de la existencia, del valor de la Creación y de la esperanza en la vida futura*. Naturalmente, no se trata ni de una alegría ingenua ni de una esperanza vana. La alegría de la victoria sobre el mal no ofusca la conciencia realista de la existencia del mal en el mundo y en todo hombre. Es más, incluso la agudiza. El Evangelio enseña a llamar por su nombre el bien y el mal, pero enseña también que *«se puede y se debe vencer el mal con el bien»* (Rm 12, 21). La moral cristiana tiene su plena expresión en esto.

Son todas estas, palabras de Juan Pablo II, que sigue diciendo: *«el Papa... debe tener conciencia, particularmente, de los peligros a los que está sujeta la vida del hombre en el mundo y su futuro. La conciencia de tales peligros lleva a la lucha por la victoria del bien»*. Y sentencia con convicción el Santo Padre: *«esta lucha por la victoria del bien... provoca la necesidad de rezar»*.

La oración es una búsqueda de Dios, pero también es revelación de Dios, quien... *se revela en primer lugar como misericordia, es decir, como amor que va al encuentro del hombre que sufre.*

Llegados aquí, el autor se vuelve portavoz del hombre de hoy quien, con más agudeza y angustia que el de otros tiempos, se pregunta acerca de Dios, de la vida futura, del porqué de la existencia de varias religiones, del problema del mal en el mundo, etc.

El Papa, en páginas quizá difíciles, pero de extraordinaria solidez filosófica y doctrinal, aborda todas esas preguntas: ¿Puede el hombre con su inteligencia darse cuenta de la existencia de Dios? ¿Existe un Dios en el cielo? ¿Por qué el silencio de Dios? El pensamiento filosófico de Oriente y Occidente acerca de Dios, el mundo, el hombre es manejado con maestría por este Papa que muchos consideran más filósofo que teólogo, pero que, siguiendo la huella dejada por Santo Tomás de Aquino, pone la filosofía al servicio de la teología.

Una conferencia especial merecería el pensamiento filosófico del Papa Juan Pablo II contenido en su libro «*CRUZANDO EL UMBRAL DE LA ESPERANZA*». No hay lugar para un análisis de ese género en una conferencia como esta. Pero sería interesante que fuera tratado por especialistas en otro encuentro.

Dejo ahora la palabra al mismo Santo Padre sobre diversos temas que interesan al mundo y a ustedes. Incluyo a veces la pregunta del periodista y trato, por este medio, de hacer un resumen que les dejará seguramente el deseo de leer el libro íntegramente, pero que los pondrá, al mismo tiempo, al tanto de los temas tratados, ya que son muchos los que no llegarán a leerlo de inmediato.

Pluralismo religioso

13. ¿Por qué tantas religiones?

En vez de sorprenderse de que la Providencia permita tal variedad de religiones, deberíamos más bien maravillarnos de los numerosos elementos comunes que se encuentran en ellas. Todas tienen una raíz común: Los hombres esperan en las diversas religiones la respuesta a los recónditos enigmas de la condición humana (sentido y fin de nuestra vida; el camino de la verdadera felicidad, la muerte, el dolor...) y pretenden alcanzar la salvación en Dios (origen y fin de todo el género humano).

Los *semina Verbi* (es decir, las semillas de la Palabra de Dios) están presentes en las distintas tradiciones religiosas. (El Espíritu Santo obra eficazmente también fuera del organismo visible de la Iglesia). *La Iglesia Católica no rechaza nada de cuanto hay de verdadero y santo en estas religiones.* Aunque en muchos puntos difieran de lo que ella cree y propone, reflejan un destello de la verdad que ilumina a todos los hombres.

Cristo vino al mundo por todos los pueblos, los ha redimido a todos y tiene ciertamente sus caminos para llegar a cada uno de ellos. (Muchos en estos pueblos tienen una fe implícita en Jesús.) Aflora la visión positiva del Papa que no plantea la pluralidad de religiones, por ejemplo, como fruto del pecado, sino que describe la riqueza humana que hay en la búsqueda de Dios.

El periodista pregunta especialmente sobre el budismo porque este tiene características especiales.

14. ¿Qué decir del budismo, «doctrina salvífica» que fascina cada vez más a Occidente sea como «alternativa al cristianismo», sea como complemento, para ciertas técnicas ascéticas y místicas?

Es, en cierto punto, una religión de salvación pero su soteriología difiere esencialmente de la del cristianismo. La soteriología budista es negativa: Salvarse es, ante todo, liberarse del mal haciéndose *indiferente* al mundo que es fuente de mal y sufrimiento para el hombre.

Es un *sistema ateo*: no nos liberamos del mal a través del bien que viene de Dios, sino mediante el desapego del mundo. La plenitud no es Dios sino el *nirvana* (estado de perfecta indiferencia respecto al mundo).

La mística cristiana (San Juan de la Cruz) propone el desprendimiento del mundo, no como un fin en sí mismo, sino para unirse a lo que está fuera del mundo: no el nirvana, sino un Dios personal. Esta mística edifica la Iglesia como comunidad de fe, esperanza y amor. La civilización occidental está marcada por una positiva referencia al mundo (compromiso en la creación) (cfr. GS 2). El mundo es criatura de Dios, el cristiano debe transformarlo desde dentro.

15. ¿Qué decir del Islam, adorador del Dios Uno y Único?

Gracias a su monoteísmo, los creyentes en Alá nos son particularmente cercanos. Al Dios del Corán se le dan unos nombres entre los más bellos que conoce el lenguaje del mundo, pero es un Dios que está fuera del mundo, es solo Majestad y nunca Emmanuel (Dios con nosotros). *El Islam no es una religión de redención*. No hay sitio para la cruz y la resurrección. Jesús es solo un profeta precursor del último profeta: Mahoma.

La religiosidad musulmana merece respeto: es admirable, por ejemplo, su fidelidad a la oración.

El *fundamentalismo* da una interpretación unilateral de los derechos del hombre y el principio de la libertad religiosa (libertad de imponer a todos la «verdadera religión»).

16. ¿E Israel?

Llegamos a la religión que nos es más cercana (enorme patrimonio espiritual común). La Iglesia reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en la elección del pueblo de la Antigua Alianza (Cf. NA 4). Son *nuestros hermanos mayores en la fe*.

Hay al respecto hermosas palabras del Papa sobre el pueblo judío.

Este pueblo continúa llevando dentro de sí las señales de la elección divina y ha pagado un precio muy alto por su elección. Quizá debido a esto se ha hecho más semejante al Hijo del Hombre... (hijo de Israel); el 2.000 aniversario de su venida será fiesta también para los judíos.

Auschwitz (símbolo más elocuente del holocausto del pueblo judío) muestra hasta dónde puede llegar una nación, un sistema, construido sobre premisas de odio racial o de afán de dominio.

17. Las estadísticas muestran que, hacia el 2000, por primera vez en la historia, los musulmanes superarán en número a los católicos. Los hindúes son ya hoy más numerosos que los protestantes y hebreos. ¿Qué siente ante una realidad semejante después de 20 siglos de evangelización?, ¿qué enigmático plan vislumbra?

Ninguna estadística que pretenda presentar cuantitativamente la fe (ej. participación en los ritos) alcanza el núcleo de la cuestión (valores de este tipo no son cuantificables en cifras). Los números no son razón suficiente para juzgar si una religión tiene futuro o está en decadencia. Desde el punto de vista del Evangelio, la cuestión es diversa: «no temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros su reino» (Lc 12, 32; 18, 8).

El Evangelio no es la promesa de éxitos fáciles, está marcado por una palabra fundamental: para encontrar la vida hay que perderla, para nacer hay que morir, para salvarse hay que cargar con la cruz (Verdad esencial del cristianismo que chocará siempre con la protesta del hombre). Pero es también una gran promesa de vida eterna para el hombre sometido a la ley de la muerte.

Después de preguntar sobre las grandes religiones, el periodista cuestiona al Papa sobre temas que le son particularmente queridos.

Nueva evangelización

18. ¿Qué significa Nueva Evangelización? (Tarea principal y más urgente del católico del final del siglo XX).

«Ay de mí si no predicase el Evangelio» (1 Co 9, 16). Ha estado siempre presente en la vida de la Iglesia. La Iglesia evangeliza, anuncia a Cristo que es camino, verdad y vida. Cristo único mediador entre Dios y los hombres. A pesar de las debilidades humanas, la Iglesia es incansable en este anunciar (Pertenece a su esencia).

En el mundo contemporáneo se siente una especial necesidad del Evangelio ante la perspectiva ya cercana del año 2000. Es nueva, pues pretende responder a los nuevos retos que el mundo contemporáneo plantea a la misión de la Iglesia. Es necesario un anuncio evangélico que se haga peregrino junto al hombre, que se ponga en camino con la joven generación para anunciar a un Cristo siempre joven (el mismo ayer, hoy y siempre). Ya que la verdad no deja de ser fascinante para el hombre, especialmente para los corazones jóvenes.

No hay motivos para el derrotismo. Si el mundo no es católico desde el punto de vista confesional, ciertamente está penetrado muy profundamente por el Evangelio, se puede decir que, en cierto modo, está presente en él de modo invisible el misterio de la Iglesia.

Aquí de nuevo aflora el optimismo de la fe de un Papa que, a sus 75 años, mira con esperanza al futuro. Por eso ama especialmente a la juventud y por ella le pregunta su interlocutor:

Jóvenes

19. Los jóvenes son privilegiados en la afectuosa atención del Santo Padre, que los mira como una esperanza para la nueva evangelización. ¿Es fundada esta esperanza? ¿No estaremos más bien ante la siempre renovada ilusión de que la nueva generación será mejor que la nuestra?

Y el Papa responde:

La juventud no es solamente una edad biológica, sino que es, a la vez, un *tiempo dado por la Providencia a cada hombre, como tarea, para la búsqueda*, como el joven del Evangelio, de la respuesta a los interrogantes fundamentales: el sentido de la vida, y la vocación en la misma. Esta es la característica esencial de la juventud que todo educador debe amar.

Es la etapa de la personalización de la vida humana y de la comunión: los jóvenes saben que su vida tiene sentido en la medida en que se hace don gratuito para el prójimo. Ahí tienen origen todas las vocaciones. *Tienen una vocación esencial hacia el amor*, buscan siempre la belleza del amor. Si ceden a las debilidades, imitando modelos de comportamiento mundanos, en lo profundo del corazón desean un amor hermoso y puro. Saben que nadie puede concederles un amor así fuera de Dios, por tanto están dispuestos a seguir a Cristo sin importarles los sacrificios. En todas partes, el Papa busca a los jóvenes y es buscado por ellos, pero no es a él a quien buscan, sino a Cristo «que sabe lo que hay en cada hombre» (Jn 2, 25), especialmente en un hombre joven.

En los jóvenes hay un inmenso potencial de bien, y de posibilidades creativas. Tenemos necesidad del entusiasmo de los jóvenes, de su alegría de vivir que refleja la alegría original que Dios tuvo al crear al hombre.

No es verdad que sea el Papa quien lleve a los jóvenes de un extremo al otro del globo. Son ellos los que lo llevan a él. Y, aunque sus años aumentan, ellos le exhortan a ser joven, no le permiten que

olvide su experiencia, su descubrimiento de la juventud y la gran importancia que tiene para la vida de cada hombre.

Después viene un tema en el cual el Papa Juan Pablo II tiene la experiencia de lo vivido en los países de Europa.

El comunismo

Le dice el periodista:

20. Dios parece callar («silencio de Dios»), pero en realidad no cesa de actuar. Eso afirman los que, en los acontecimientos humanos, descubren la realización del enigmático plan de la providencia. Ud. ha insistido en que en la caída del marxismo ateo se puede descubrir el dedo de Dios... ¿ ?

Respuesta del Papa:

En primer lugar, ¿se puede hablar de silencio de Dios? Sí, en cierto modo, Dios calla, pues ya lo ha revelado todo, en Jesús ha dicho todo cuanto tenía que decir. Pero Dios continúa hablando en la historia del hombre, historia que él mismo conduce. Dios sigue revelándose a los corazones. Dios habla en los sacramentos, que son acciones de Dios en Cristo. *Es verdaderamente difícil hablar del silencio de Dios, se debe más bien hablar de la voluntad de sofocar su voz.*

Este deseo de sofocar la voz de Dios está bastante bien programado; muchos hacen cualquier cosa para que no se oiga su voz, y se oiga solamente la voz del hombre, que no tiene nada que ofrecer que no sea terreno, y a veces tal oferta lleva consigo la destrucción en proporciones cósmicas, ¿no es esta la trágica historia de nuestro siglo?

Sobre la caída del comunismo hay que evitar una simplificación: sería, por tanto, sencillísimo decir que ha sido la Divina Providencia la que ha hecho caer el comunismo. *El comunismo como sistema, en cierto sentido, se ha caído solo. Se ha caído como consecuencia de sus propios errores y abusos.* Ha demostrado ser una medicina más dañosa que la enfermedad misma. No ha llevado a cabo una verdadera reforma social, a pesar de haberse convertido para todo el mundo en una poderosa amenaza y en un reto. Pero se ha caído solo, por su propia debilidad interna.

Como vemos, el Papa no reclama para sí ni para la causa del Evangelio el fracaso del marxismo ateo.

Ecumenismo

21. Con respecto a la Iglesia, muchos parecen hoy rebelarse ante la pretensión de que solo en ella haya salvación. ¿Por qué, entre todas las Iglesias cristianas, tiene que ser la católica la única en poseer y enseñar la plenitud del Evangelio?

Aquí encontramos respuestas maravillosas y llenas de apertura con respecto a la unión de los cristianos.

La salvación está sola y exclusivamente en Cristo, único mediador (1 Tm 2, 5). De esta salvación la Iglesia, en cuanto cuerpo de Cristo, es un simple instrumento. (Cfr. LG 1). La Iglesia se presenta como «un pueblo unido bajo la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu». Esta vida de Dios y la vida en Dios es la salvación. El hombre se salva en la Iglesia en cuanto que es introducido en el misterio trinitario de Dios. El concilio *está lejos de proclamar ningún tipo de eclesiocentrismo, es cristocéntrico en todos sus aspectos: Cristo es el verdadero autor de la salvación, la Iglesia lo es tanto en cuanto actúa por Cristo y en Cristo.*

El Concilio habla de «pertenecer a la Iglesia» para los cristianos y de «ordenación a la Iglesia para los no cristianos que creen en Dios (LG 15, 16). Los hombres se salvan mediante la Iglesia, en la Iglesia, pero siempre gracias a Cristo. *Ámbito de salvación pueden ser también, además de la formal pertenencia, otras formas de (orientación) ordenación.* No se salva, sin embargo, aquel que, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia con el «cuerpo», pero no con el corazón.

El misterio de la Iglesia es más grande que la sola estructura visible de la Iglesia y su organización. Estructura y organización sirven al misterio. La Iglesia, como Cuerpo místico de Cristo, penetra en todos y a todos comprende. Sus dimensiones espirituales, místicas, son mucho mayores de cuanto puedan demostrar todas las estadísticas sociológicas.

22. En el diálogo ecuménico, junto a resultados positivos también están presente las desilusiones (ej.: algunas decisiones de la Iglesia anglicana), ¿cuáles son sus impresiones y sus esperanzas sobre este tema?

Más fuerte que las desilusiones es el hecho mismo de haber emprendido con empeño la vía que debe llevar a los cristianos a la unidad. Al acercarnos al término del segundo milenio, los cristianos han advertido con mayor viveza que las divisiones entre ellos son contrarias a la oración de Cristo en el cenáculo (Jn 17, 21).

Lo que nos une es mas grande de cuanto nos divide: todos creemos en el mismo Cristo; y esa fe es esencialmente el patrimonio heredado de la enseñanza de los 7 primeros concilios. Existen, pues, las bases para un diálogo, para la *ampliación del espacio de la unidad.* Los diversos modos de entender y de practicar la fe en Cristo (originados en el curso de los siglos y ante situaciones culturales y políticas distintas) pueden en ciertos casos ser *complementarios.* Es necesario desembarazarse de los estereotipos y de los hábitos que impiden descubrir la unidad ya existente.

23. ¿Por qué el Espíritu Santo ha permitido todas estas divisiones y enemistades entre los que, sin embargo, se llaman seguidores del mismo evangelio, discípulos del mismo Cristo?

Existen causas históricas bien conocidas. Sin embargo es legítimo preguntarse si no habrá también una *motivación metahistórica.*

Dos respuestas: negativa: divisiones como fruto de los pecados de los cristianos; positiva: surge de la confianza en Aquel que saca el bien incluso del mal, de las debilidades humanas: ¿no podría ser que las divisiones hayan sido también una *vía que ha conducido y conduce a la Iglesia a descubrir las múltiples riquezas contenidas en el Evangelio de Cristo y en la Redención obrada por Él?* Es necesario que el género humano alcance la unidad mediante la pluralidad, que aprenda a reunirse en la única Iglesia, también con ese pluralismo en las formas de pensar y de actuar, de culturas y de civilizaciones (Otra respuesta llena de apertura y generadora de actitudes positivas).

El Concilio Vaticano II

24. No han faltado ni faltan tampoco ahora, quienes sostienen que las puertas abiertas por el Vaticano II parecen haber servido más a los que estaban «dentro» de la Iglesia para salir de ella que para que entraran los que estaban «fuera»... ¿?

El Vaticano II ha sido un gran don para la Iglesia y para la humanidad. Fue una gran experiencia de la Iglesia, el «seminario del Espíritu Santo». Lo que el Espíritu Santo dice supone siempre una penetración más profunda en el eterno misterio, y a la vez una indicación, a los hombres que tienen que dar a conocer ese misterio al mundo contemporáneo, del camino que hay que recorrer. Con el Vaticano II tuvo comienzo la Nueva Evangelización.

Hay que interpretarlo de modo adecuado y defenderlo de interpretaciones tendenciosas. Tales interpretaciones existen y ya existían durante el Concilio mismo. En ellas se expresaban las disposiciones de ánimo favorables o contrarias a su aceptación y comprensión.

25. En ese período de la historia de la Iglesia y del mundo había necesidad de un Concilio como el Vaticano, «anómalo» por su estilo y contenidos respecto a los precedentes.

El Vaticano II se distingue por su particular estilo. No ha sido un estilo defensivo (no anatematizaciones), sino ecuménico, caracterizado por una gran apertura al diálogo, que el Papa Pablo VI calificaba como diálogo de salvación. Tal estilo y tal espíritu permanecerán también en el futuro como la verdad esencial del Concilio; no las controversias entre progresistas y conservadores, controversias políticas y no religiosas a las que algunos han querido reducir el acontecimiento conciliar.

Que el Concilio no es letra muerta lo demuestra la rica experiencia sinodal postconciliar. Del Sínodo extraordinario de 1985 surgió la iniciativa del Catecismo universal, síntesis de toda la riqueza del Magisterio posconciliar (verdadero best seller que demuestra que el mundo, cansado de ideologías, se abre a la verdad).

Y el Papa insiste:

26. Ud. no ignora que son bien pocos, entre los que siguen siendo católicos, los que ponen en duda la oportunidad de la renovación obrada en la Iglesia. Lo que se discute no es ciertamente el Vaticano II, sino algunas interpretaciones calificadas de disconformes no solo con la letra de esos documentos, sino con el espíritu mismo de los Padres conciliares.

A partir del concilio asistimos a una *renovación* que es, en primer lugar, cualitativa, aunque continúan escaseando las vocaciones, sin embargo aparecen y se desarrollan diversos movimientos de carácter religioso, orientados sobre todo a la renovación de la persona.

Sería injusto hablar solo de abandono, hay también retornos. Sobre todo, hay una transformación profundamente radical del modelo de base. El modelo tradicional, cuantitativo, se transforma en un modelo nuevo más cualitativo. Es necesario destacar, además, que la Iglesia del Vaticano II es la Iglesia de intensa colegialidad del Episcopado mundial.

El periodista se refiera a los medios de comunicación.

27. A pesar de toda voluntad eclesial de diálogo, no siempre y no para todos son bien aceptadas las palabras del Papa. En no pocos casos se comprueba su explícito rechazo, a veces violento (al menos en los Medios de Comunicación Social) cuando la Iglesia remacha su enseñanza, sobre todo en los temas morales.

Es cierto, algunos sostienen que en las cuestiones de moralidad y, en primer lugar, en las de ética sexual la Iglesia y el Papa no van de acuerdo con la tendencia dominante en el mundo contemporáneo, dirigido hacia una cada vez mayor libertad de costumbres. Puesto que el mundo se desarrolla en esta dirección surge la impresión de que la Iglesia vuelve atrás o que el mundo se aleja de la Iglesia

Esta es una opinión injusta. La Iglesia proclama la palabra del Señor oportuna e inoportunamente (2 Tm 4, 2-3) y trata de responder sinceramente a la pregunta ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? *La Iglesia proclama, en definitiva, la verdad del hombre*, y alejarse de esta verdad no constituye en lo absoluto una tendencia evolutiva, no puede ser considerado como una medida de progreso ético.

Esta verdad es exigente, los medios de comunicación han acostumbrado a ciertos sectores a escuchar solo lo que halaga a los oídos. Cuando la verdadera doctrina es impopular no es lícito buscar una fácil popularidad.

Escatología

28. Vida eterna, ¿todavía existe?

La vida eterna.

La escatología se ha convertido, en cierto modo, en algo extraño al hombre contemporáneo (secularización, secularismo, consumismo). A esto han contribuido también los «infiernos temporales» que han marcado nuestro siglo. Sin embargo, el hombre sigue esperando en una justicia última y definitiva.

La Iglesia no ha cesado nunca de mantener su conciencia escatológica, de llevar a los hombres a la vida eterna. Si cesara de ser escatológica, dejaría de ser fiel a la propia vocación, a la nueva Alianza sellada con ella por Dios en Jesucristo. Se ha producido un cambio de perspectiva: una escatología más cristocéntrica: no es lo que todavía debe venir, sino que está ya iniciada con la venida de Cristo con su muerte y resurrección.

Persiste el problema de la condenación: ¿Puede Dios, que ha amado tanto al hombre, permitir que este lo rechace hasta el punto de querer ser condenado a tormentos perennes? Este es un misterio verdaderamente inescrutable entre la santidad de Dios y la conciencia del hombre. El silencio de la Iglesia es la única posición óptima del cristiano.

Fe

29. ¿Para qué sirve creer? ¿Acaso no es posible vivir una vida honesta sin tener que tomar el Evangelio en serio?

La utilidad de la fe no es comparable con bien alguno, ni siquiera con los bienes de naturaleza moral. Se puede decir que la fundamental utilidad de la fe está en el hecho mismo de haber creído, y de haber confiado. La esencial utilidad de la fe consiste en el hecho de que, a través de ella, el hombre realiza el bien de su naturaleza racional y lo realiza dando su respuesta a Dios, como es su deber (hacia Dios y hacia él mismo en la búsqueda de la verdad).

Si una vida es verdaderamente recta es porque el Evangelio, no conocido o no rechazado a nivel consciente, en realidad, desarrolla ya su acción en lo profundo de la persona que busca con honesto esfuerzo la verdad y está dispuesto a aceptarla. Una tal disponibilidad es manifestación de la gracia que obra en el alma.

Solo Dios puede salvar al hombre, pero teniendo en cuenta su cooperación. El hombre «crea» con Dios el mundo y también «crea» con Dios su salvación personal (sinergismo).

Derechos humanos

30. ¿Qué es de verdad, para el Papa, la dignidad del hombre? ¿Qué son los auténticos derechos humanos? ¿Concesiones de los gobiernos o los Estados?

Aquí no se puede hablar de concesiones de Estados u organismos internacionales. *Tales instituciones expresan solo lo que Dios mismo ha inscrito en el orden creado por Él, lo que Él mismo ha inscrito en la conciencia moral, en el corazón del hombre.*

El Evangelio es la confirmación más plena de todos los derechos del hombre. El Evangelio confirma la regla divina que rige el orden moral del universo, mediante la misma Encarnación. ¿Quién es el hombre, si el Hijo asume la naturaleza humana? ¿Quién debe ser este hombre, si el Hijo paga el máximo precio por su dignidad?

El hombre se afirma a sí mismo de manera más completa dándose. Esta es la plena verdad del hombre, una verdad que Cristo nos ha enseñado con su vida.

31. Entre los derechos «incómodos» está el derecho a la vida, tema recurrente (y en tonos dramáticos) de su Magisterio de tal manera que ha sido considerado «obsesivo».

El derecho a la vida es, para el hombre, el derecho fundamental), no hay ningún otro que afecte más de cerca la existencia misma de la persona.

En cuanto al aborto, es difícil pensar en una situación más injusta y *es de verdad difícil poder hablar de «obsesión», desde el momento en que entra en juego un fundamental imperativo de toda conciencia recta: la defensa del derecho a la vida de un ser humano inocente e inermes*. La cuestión se presenta como «derecho de la mujer a elegir con respecto a la vida en su seno: No se puede hablar de derecho a elegir cuando lo que está en juego es un evidente mal moral, cuando se trata simplemente del mandamiento ¡no matar! (no hay excepción).

Rechazo firmemente la fórmula «*pro elección*», es necesario decidirse con valentía por la fórmula «*por la mujer*», por una elección que está verdaderamente a favor de la mujer.

María

32. La devoción mariana es distintiva de la enseñanza y de la acción del Papa. Hoy también se habla de apariciones y mensajes marianos... ¿qué puede decirnos de todo esto?

«*Totus Tuus*» no es una simple devoción sentimental, es el signo de una realidad más profunda: reconocimiento del papel de María, Madre del Redentor, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. *La devoción a María es profundamente cristocéntrica*, más aún, está profundamente radicada en el misterio trinitario de Dios y en los de la Encarnación y Redención.

33. Usted ha demostrado que María no es en absoluto irrelevante en lo que se refiere a la actual cuestión femenina.

El culto mariano no es solo una forma de devoción o piedad, sino también una actitud respecto a la mujer como tal. El respeto por la mujer, el asombro por el misterio de la feminidad y, en fin, el amor sponsal de Dios mismo y de Cristo son todos elementos de la fe y la vida de la Iglesia.

Esperanza

Por último, el autor pregunta al Papa sobre una frase que Jesús repite en el Santo Evangelio a sus discípulos y que constituye un enunciado de su programa como Pastor Supremo de la Iglesia. En esa frase está contenida la Esperanza que el Papa anuncia a nuestro mundo.

Si el hombre y la mujer de hoy logran liberarse de sus temores, se puede mirar al Tercer Milenio como a un umbral de la Esperanza. La pregunta del periodista es:

34. ¿Qué sentido tiene su grito inaugural ¡no tengan miedo!?

El periodista se refiere a la primera Homilía del Papa.

Debe ser leído en una dimensión muy amplia, era una exhortación dirigida a todos los hombres: ¡no tengan miedo de lo que ustedes mismos han creado, no tengan miedo tampoco de todo lo que el hombre ha producido, y que está convirtiéndose cada día más en un peligro para él! En fin, ¡no tengan miedo de ustedes mismos!

El poder de la cruz de Cristo y de su resurrección es más grande que todo el mal del que el hombre podría y debería tener miedo. Es necesario que en la conciencia resurja con fuerza la certeza de que existe alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa y este alguien es AMOR.

El evangelio es exigente, pero lo que este alguien exige no supera jamás las posibilidades del hombre.

Y concluye el periodista:

35. ¿Tenemos que concluir que es verdaderamente injustificado tener miedo de Dios, de Jesucristo? ¿Debemos concluir que, al contrario, vale la pena «entrar en la esperanza»?

El temor de Dios es principio de la sabiduría pero se trata del temor que es don del espíritu, no es el miedo del esclavo, sino temor filial, basado en el amor que expulsa todo temor.

Para liberar al hombre del miedo es necesario desearle de todo corazón que lleve y cultive en su propio corazón el verdadero temor de Dios, que es la fuerza del Evangelio, temor creador, nunca destructivo, y que genera hombres santos a quienes pertenece, en definitiva, el futuro del mundo.

Este debe ser nuestro único temor, queridos hermanos, el que sentimos al ser capaces de profanar con nuestros odios el ámbito sagrado del mundo creado por Dios. El Papa nos sitúa, en su precioso libro, de pie ante el milenio venidero con el único temor de repetir en él las profanaciones de estos dos milenios de cristianismo; pero nos hace responsables, corresponsables, capaces de confianza y de seguridad, porque Dios es amor y todo lo hizo bueno, también a nosotros mismos. El Papa Juan Pablo II nos pone frente al umbral de la Esperanza y nos invita a cruzarlo.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL ACTO DE APERTURA DEL
ENCUENTRO CONMEMORATIVO DEL DÉCIMO ANIVERSARIO DEL
ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

*Iglesia Santa Catalina de Siena, La Habana,
21 de febrero de 1996*

Cuando se cumplen diez años exactos de la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, nos reunimos de nuevo los obispos de Cuba con sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos venidos de todas las diócesis de nuestro país. Solo que actualmente el número de diócesis ha crecido y ya son diez. Por lo tanto, también se ha visto aumentada nuestra Conferencia Episcopal. Somos ahora doce los pastores que guiamos la Iglesia que peregrina en Cuba. Alabamos al Señor y le damos gracias porque ha asistido de modo especial a la Iglesia en Cuba en este decenio.

Nos acompañan para esta importante reunión de nuestra Iglesia, en signo de comunión eclesial, el obispo de Higüey, República Dominicana, Mons. Ramón de la Rosa Carpio, quien también representa al Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Están presentes, además, hermanos cubanos residentes fuera de nuestro país tanto sacerdotes como laicos.

Entre los participantes e invitados no he mencionado al Emmo. Sr. Cardenal Carlo Furno porque su presencia entre nosotros tiene un significado más alto y entrañable. Como delegado personal, nombrado especialmente por el Papa Juan Pablo II, él preside este encuentro en representación del Santo Padre.

A través de su persona, Eminencia, antes que toda otra palabra, queremos los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos de Cuba hacer llegar al Sucesor de Pedro nuestra adhesión cordial y el afecto filial de todos los católicos cubanos.

Gracias por estar entre nosotros, compartir nuestras reflexiones y animarnos con el testimonio de afecto del Santo Padre, a quien Su Eminencia representa tan dignamente ante nosotros.

En los diez años transcurridos desde la celebración del aquel primer Encuentro Eclesial, ha crecido la población cubana, pero ha crecido también la Iglesia, que ha visto multiplicarse sus diócesis y los movimientos laicales; ha aumentado también la cantidad de religiosas de diversas congregaciones que han venido a dar su aporte valioso a la evangelización de nuestro pueblo. Son, además, numerosos los sacerdotes que, viniendo de distintos países, tienden la mano a la Iglesia en Cuba en momentos de tanta urgencia pastoral. Entre ellos es de destacar la presencia de varios sacerdotes latinoamericanos que realizan su acción pastoral en nuestro país. A todas estas hermanas y a todos los hermanos sacerdotes y religiosos queremos agradecer su imprescindible colaboración con esta Iglesia que ellos sienten suya.

También se han multiplicado, en estos diez años transcurridos, las iniciativas pastorales y la Iglesia ha visto crecer el número de sus fieles, mientras se da un prometedor aumento de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Los católicos cubanos hemos experimentado, con profunda gratitud al Señor, el despertar de la conciencia de nuestro pueblo a ese llamado interior que el ser humano no siempre escucha, pero que en algunos momentos de la vida personal, familiar o social, pareciera hacerse más acuciante en el corazón del hombre. En algunos, este llamamiento se hace pronto certeza de fe, en otros es sospecha y casi siempre desemboca en búsquedas. Estas se producen en un entorno humano donde, justamente, se ha empobrecido en ciertos aspectos el mundo del espíritu, y se debilita la adhesión común a los valores que, en gran medida, son sustentados por aquel.

Aparece pues, precisamente, este llamado, como un ansia de espiritualidad, como un deseo de reencontrar valores perdidos o descubrir nuevos valores que pudieran dar un sentido a la vida, sobre

todo en el orden personal. Este andar pudiera resumirse o describirse como una exploración en busca de esperanza.

Muchos poetas surgen en estas épocas de la historia, algunos excelentes. Muchas sanas inquietudes abrigan los corazones juveniles, y la creatividad, a veces críptica, encuentra variados cauces de expresión. Un reflejo de todo ello lo tenemos en las publicaciones de la Iglesia Católica, donde se recoge el sentir y el pensar de algunos hermanos cubanos católicos o no.

Sin ser exhaustivo quiero mencionar la revista «*Vivarium*», de alto nivel literario y conceptual, publicada por el Centro de Estudios de la Arquidiócesis de La Habana; la revista «*Vitral*», órgano del Centro Cívico-Religioso de la Diócesis de Pinar del Río; la revista «*Palabra Nueva*», también de la Arquidiócesis de La Habana, dirigida a un público más amplio, pero cuya producción se enmarca dentro de ese modo serio y comprometido de aproximarnos a la verdad y de procurar el bien común, incluyendo, en este último, el bien inestimable de la cultura, que, además, de ser deleite y ejercicio intelectual, es oferta de posibilidades a hombres y mujeres, especialmente a los jóvenes, de ejercitar su pensamiento y habituarse a obrar en sus vidas no por impresiones, por instintos o por mimetismo, sino por medio de la interiorización, desarrollando así su capacidad, a veces dormida, de escoger entre lo bueno para decidirse por lo mejor. Otras publicaciones con características en cierto grado similares han ido apareciendo en estos años en casi todas las diócesis de Cuba: «*Iglesia en Marcha*» en Santiago de Cuba, «*Boletín Diocesano*» en Camagüey, «*Presencia*» en Matanzas, «*Amanecer*» en Santa Clara y, más recientemente, «*Fides*» en Cienfuegos y «*Nazaret Hoy*» en Holguín.

Son modestos los medios de impresión y nos faltan los recursos mínimos indispensables para producir, desde el punto de vista técnico, algo mejor. También deben mejorarse y ampliarse los contenidos de esa producción literaria y periodística y por ende informativa y formativa. Pero la aceptación de católicos y no católicos, la asiduidad y premura con que inquietan por la aparición del nuevo número, las cartas expresivas y abundantes que envían a las redacciones los lectores compensan los esfuerzos y animan a seguir venciendo los obstáculos.

Como pasa siempre en épocas de búsqueda, lo propiamente religioso ha estado muy presente. Me refiero al deseo de oración, a un gusto renovado por el culto religioso, incluso en sus aspectos ceremoniales, a un redescubrimiento de que el templo que muchos se habituaron a ver a escasos metros de sus casas es algo más que un venerable edificio histórico y que no solo alberga gente que cree y reza, sino que es recinto de paz, lugar de encuentro con el misterio del Dios desconocido y cercano, que puede traerles a sus corazones sosiego, tranquilidad y aun fortaleza para enfrentar las pruebas de la vida.

Es necesario decir que en Cuba se había hecho del ateísmo una especie de religión oficial. Pero es también imprescindible hacer otra constatación. En esta década que nos separa del ENEC, de manera progresiva, el ateísmo ha perdido esas características entre nosotros. Cada vez menos se descubre aquella muralla de separación entre creyentes y no creyentes. Esto ha constituido un gran bien para nuestro pueblo, pues el tratamiento más libre del tema religioso y la mayor libertad para expresar la fe, alivia las conciencias de extrañas represiones internas y evita, en muchos casos, la simulación o la doblez; ayuda además a la fraternidad entre todos los cubanos, pues cualquier tipo de discriminación divide a los pueblos.

Sin pretender hacer filosofía de la religión, es necesario destacar que en toda andadura religiosa está presente la tentación mágica. El Dios de Jesucristo, el que estremece las conciencias con sus exigencias de verdad y de amor, que no se contenta con ritos: «*Hipócritas, ustedes lavan la copa por fuera y en su interior están llenos de podredumbre*», este Dios es tremendo; exige un cambio de corazón: «*Si ustedes no son mejores que los escribas y los fariseos no entrarán en el Reino de Dios*».

Las exigencias éticas de la fe cristiana con respecto a la persona individual, a la familia y al comportamiento social, son de difícil aceptación: «*Quien quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*». Es verdad que el mismo Jesús, manso y humilde de

corazón, convoca a todos los «cansados y agobiados» y les dice: «yo los aliviaré». Pero muchos solo quisieran el alivio de la fe, pero no se deciden a cargar con «el yugo llevadero y la carga ligera» que Jesucristo pone siempre sobre nuestros hombros.

De ahí la proclividad a lo religioso ritual despojado de compromiso personal, a la expresión a veces frenética de la fe, como una visualización del actuar de Dios que parezca asegurar al mismo tiempo una especial protección de la divinidad. Pero el riesgo de la verdadera fe religiosa es ese primitivo aseguramiento mágico, que me descifre el porvenir, que no me obligue a pensar en la historia ni a actuar en ella, sino que me ayude a escapar de ella, aunque sea por medio de ilusiones.

El Padre Félix Varela lo llamaba superstición y puede darse dentro de la Iglesia Católica, en grupos religiosos no católicos de tipo entusiasta, como algunos evangelistas, que creen hallar en su mismo estilo de reunión y de oración una suerte de meta casi total en su vida de fe. Más que todo, entre nosotros encontramos esas tendencias en las tradiciones afrocubanas casi todas sincréticas, pero que, por las razones que acabo de exponer y por su esoterismo, son explotadas como elemento folclórico y turístico. Hay ocasiones en que pareciera haberse sustituido el ateísmo de Estado, como una especie de credo oficial, por la santería cubana como religión nacional.

La fe religiosa es beneficiosa para el ser humano en la medida que comporta una transformación en su vida; pero los elementos mágicos, sea en el catolicismo, sea en el evangelismo, sea en la santería, configuran el riesgo de lo que el Padre Varela llama la superstición, con todas sus consecuencias nefastas.

No es de temer una fe religiosa que enseña a pensar para que los sentimientos estén esclarecidos y orientados según la verdad, el bien, la justicia y el amor; sí es riesgosa para los pueblos toda religiosidad que se vuelve solo rito mágico, que produce únicamente sensaciones y que no genera compromisos con la vida y con la historia.

Por esto, la Iglesia Católica ha estructurado en estos años una pastoral juvenil que tiene en cuenta la formación integral del joven y de la joven, promoviéndolos en todos los órdenes como seres humanos. Esta preocupación está también presente en la formación religiosa de los adultos que llegan a nuestras comunidades. No puede injertarse el cristianismo sobre un tronco humano débil o dañado, hay que sanearlo primero. Esta es tarea de la Iglesia en estos momentos, al acoger a tantos hermanos nuestros de cualquier edad que se acercan a la fe.

En consonancia con lo que muchos han llamado el despertar religioso del pueblo cubano, la Iglesia hizo, en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, una clara opción evangelizadora y el espíritu misionero ha estado presente y actuante en todas las diócesis de Cuba. Al recorrer toda nuestra isla de occidente a oriente, la Cruz del Quinto Centenario de la Evangelización, los laicos católicos cubanos, durante el período de siete años que duró ese recorrido, hicieron la experiencia de salir a evangelizar, visitando las casas, tocando a las puertas, anunciándoles a Cristo a los centenares y miles de fieles que visitaron nuestras iglesias al paso de la Cruz.

En varias diócesis, el recorrido misionero de la imagen de la Virgen de la Caridad constituyó un acontecimiento de proporciones multitudinarias. Miles de católicos salieron a las calles en muchísimos lugares para acompañar a la Virgen. Los católicos cubanos hemos comprendido en todo su alcance la expresión del Papa Juan Pablo II cuando dijo que María es la estrella de la Nueva Evangelización. Y en barrios del campo o de la ciudad, en pueblos nuevos sin templo han surgido en las casas de los cristianos verdaderas comunidades de fe y de oración.

Como se ve, las mismas posibilidades nuevas que se abren a la Iglesia para el anuncio del Evangelio llevan en sí también nuevos desafíos: ¿Cómo llegar a tantos que esperan el mensaje de Jesús y que desean participar en la vida sacramental de la Iglesia, si no tenemos el número suficiente de sacerdotes, si nuestras posibilidades de construir nuevos templos, y en algunas diócesis de levantar las ruinas de los ya existentes, son hasta ahora casi nulas? En ciertos aspectos, en nada ha

variado la situación de la Iglesia con respecto a lo que expresa el Documento Final del ENEC, sobre todo en lo referente a los condicionamientos externos y de orden material, que afectan la vida y la acción de la comunidad católica.

Pero este Encuentro Conmemorativo no se celebra, sin embargo, dentro del mismo marco referencial del ENEC. La historia de la humanidad y la de nuestro país han experimentado cambios profundos en estos diez años. Quizá lo más relevante sea, en el ámbito mundial, el tipo de economía global que se impone de modo casi inexorable y que no permite la opción de aceptarla o no, sino que hace que la mayoría de los pueblos reorienten sus planes para, al menos, paliar los efectos negativos que ella puede traer consigo; pero cuidando, al mismo tiempo, no quedar fuera de su dinámica, pues ello equivaldría a una riesgosa marginación de graves consecuencias para el futuro.

Asistimos al final de un siglo y de un milenio y coincidentemente al cambio de una era. El desarrollo técnico, el acceso múltiple y libre a la información y a los sistemas informáticos determinan ya más la posibilidad concreta de desarrollo en las naciones que un número alto de ingenieros o de biólogos. De la capacidad concreta de los gobiernos para maniobrar dentro de esas nuevas coordenadas dependerá, en gran parte, el desarrollo y la felicidad de los pueblos.

Enemigos de esta posibilidad evolutiva serán la corrupción, el conservadurismo, la cerrazón ideológica, la incapacitación científica y técnica de las nuevas generaciones, el desconocimiento o el desentendimiento de esas megatendencias del nuevo mundo que nace, etc.

La Iglesia, en medio de este desafío, también global, tiene que alzar su palabra profética en cualquier lugar para recordar la primacía del hombre sobre las leyes ciegas de la economía y de la técnica, para recordar a los centros de poder mundial el deber ético de solidaridad, para invitar a los pueblos y gobiernos necesitados de ayuda al esfuerzo propio, a la adecuación a las exigencias de la modernidad en la informática, en la técnica, en el campo económico y aun en lo político, para adaptar estructuras y mentalidades al mundo nuevo que está naciendo y hacerlo con una seria preocupación ética.

Los obispos de Cuba nos hemos sentido comprometidos, por el evangelio que Cristo nos ha confiado, a levantar nuestra voz en varias ocasiones durante esta década que nos separa del ENEC, a fin de ejercer nuestra misión profética en momentos de transformaciones en nuestro país. Sabemos que la verdad en los acontecimientos históricos se alcanza con la participación de muchos. No puede haber verdades oficiales ni pueden presentarse en el quehacer propio y autónomo de la política y de la economía verdades eclesiales que tendrían que ser aceptadas por todos como dogmas. Pero los cubanos tenemos que aprender a escucharnos sin rechazos «a priori», para encontrar juntos caminos de verdad, de reconciliación, de solidaridad y de paz. Esa fue la propuesta de los obispos cubanos en nuestro mensaje de septiembre de 1993: *«El amor todo lo espera»*.

El calor con que son recibidas las intervenciones de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, el interés y la atención prestados a sus documentos, son también característicos de estos diez años de vida eclesial que nos separan del ENEC.

Junto con su misión profética, por la cual la Iglesia, inspirada en el Evangelio de Jesucristo, intenta contribuir a la búsqueda de la verdad y al bien general de nuestro pueblo, está su acción de servicio a la sociedad en espíritu de solidaridad y con la característica propia de la caridad cristiana, que es la de servir al hombre y la mujer *concretos* que sufren desnutrición, enfermedad, soledad, prisión o marginación. *«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, desnudo y te vestimos, enfermo o en la cárcel y te fuimos a ver? Cada vez que lo hicieron a uno de estos pobrecitos, a mí me lo hicieron.»* Este texto de San Mateo en su capítulo 25 es fundante no solo del deber de servir a quien lo necesita, sino del estilo propio de hacerlo: alcanzando al hombre mismo al modo de Jesús, en su propia miseria, como cuando al curar al leproso Cristo puso primero sus manos sobre él.

La Iglesia en Cuba ha tratado, por medio de Caritas Cubana, de crear unas estructuras de servicio solidario a nuestros hermanos. No es a conglomerados humanos a quienes se dirige nuestro actuar; no puede ser solo a instituciones a quienes sirve la Iglesia, aunque estas estén dedicadas al cuidado del enfermo, del anciano, o del que sufre. La Iglesia, que tiene el deber impuesto por su Señor de servir al pobre y al enfermo, y que ha practicado esto siempre y en todo lugar como algo que le es propio, no es una simple agencia canalizadora de fondos para ayuda; tiene que ser, también por mandato de su Señor, una Iglesia actuante junto a la cabecera del enfermo, en la celda del preso, dentro de los hogares necesitados de pan y de armonía.

El amor cristiano, si bien se muestra en obras concretas, exige una personalización que cree relaciones de afecto y hermandad entre los beneficiados y los portadores de la ayuda. El anonimato, la eficacia distributiva y computarizada, generan un paternalismo frío y funcional ajeno al amor cristiano. La acción directa, personal, crea amistad y fraternidad. De estos bienes del espíritu está muy necesitado siempre el que sufre y a los cristianos nos toca ser, por nuestra vocación de discípulos de Jesús, portadores de esos bienes. Por ello, en casi todas las parroquias de Cuba se han organizado en estos últimos años los grupos de Caritas. Por eso, las Caritas Diocesanas, por su parte, y Caritas Cubana, como organismo de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, no cesan de prestar ayuda y de reclamar que el espacio propio de la Iglesia en el servicio y la solidaridad llegue a ser comprendido y facilitado cada vez más por las instancias oficiales.

No se pueden tocar todos los puntos en unas palabras iniciales que pretenden ser más bien puente que recuento. Puente que lleve a esta Iglesia joven, renovada, vivificada por nuevos miembros y confirmada en su espíritu misionero, hasta el año 2000 de la era cristiana, para recibir el tercer milenio del cristianismo con una confesión vibrante de nuestra fe en «*Jesucristo el mismo ayer, hoy y siempre*», concretada en hechos de amor, de servicio y de reconciliación, y en diálogo con todos los que de un modo u otro son responsables de los destinos de nuestro pueblo o se interesan honestamente por nuestro futuro.

Desde el Primer Encuentro Nacional Eclesial, la Iglesia en Cuba fijó claramente su postura con respecto a los hermanos cubanos que viven fuera de nuestro país. Decía el Documento Final del ENEC que, si bien pensamos que el lugar del católico cubano está en nuestra Patria y junto a la Iglesia que anuncia en Cuba a Jesucristo Salvador, respetábamos la opción de muchos hermanos nuestros al partir del país e incluso la comprendíamos, a veces con dolor, porque en ocasiones no se les dejó en Cuba otra posibilidad para ellos y para sus familias. Hoy, que esta lenta sangría de nuestra población continúa y depende a veces del azar, de una rifa, el cambio inesperado y desgarrador de muchas vidas, repetimos el mismo llamado de amor a Cristo y a la Patria.

Sabemos que estos amores están también presentes en los cubanos que viven fuera. Sabemos que, a pesar de voces estridentes y no significativas, la comunidad cubana de Miami, especialmente su mayoría católica, se siente cercana a nuestra Iglesia y busca caminos para estrechar los lazos de amor con los cubanos de aquí.

Creo que ya se va avanzando en esta vía. El nombramiento de un Cardenal cubano por el Papa Juan Pablo II que ha constituido una confirmación del andar de nuestra Iglesia en Cuba y seguirá siendo también un factor de acercamiento y unidad entre todos los cubanos dondequiera que se encuentren.

Miramos hacia el año 2000 con esperanza. Esa esperanza no está hecha de cálculos para mejorías económicas espectaculares, ni se apoya en otros factores humanos. La esperanza cristiana está puesta en Dios, en el Señor de la historia, que conduce nuestras vidas y los acontecimientos todos de la humanidad con absoluto respeto de nuestra libertad, pero haciendo que triunfe siempre el bien: «*No teman, pequeño rebaño mío, yo he vencido al mal*».

Fiados en esta palabra de Jesucristo y confiados en la protección maternal de la Virgen de la Caridad de El Cobre, nuestra Patrona, damos inicio a los trabajos de este Encuentro Conmemorativo

del ENEC. Que el Señor bendiga abundantemente todos estos esfuerzos y a cada uno de los participantes.

PALABRAS PRONUNCIADAS
ANTES DE LA MISA PRESIDIDA POR S. S. JUAN PABLO II
EN LA PLAZA JOSÉ MARTÍ DE LA HABANA

La Habana, 21 de enero de 1998

Querido Santo Padre:

De nuevo, el pueblo de La Habana y de las provincias vecinas, como lo hiciera hace pocos días al darle su bienvenida a Cuba, se congrega en torno al Sucesor de Pedro. En esta ocasión, para participar en una Eucaristía de domingo que será inolvidable, porque está hoy con nosotros y preside la celebración quien hace presente a Cristo el Buen Pastor ante la Iglesia universal: el Papa Juan Pablo II. Es grande el privilegio de acoger de los labios de Su Santidad la Palabra de Dios que ha venido a anunciar a los pobres, a los que sufren, trayendo a los corazones angustiados la liberación que solo Cristo puede ofrecer.

Es conmovedor que aquí, en esta plaza, testigo excepcional de nuestra historia más reciente, sea elevado en sus manos, entre cielo y tierra, ofrecido por nuestra nación y por cada uno de quienes la integran, el Cristo de la Cruz, con su cuerpo entregado por nosotros y su sangre derramada por nosotros y por la multitud. Es la misma Misa de todos los días, es en verdad el día el que es excepcional.

Desde ahora sentimos que será imposible a los que estamos aquí no amarnos como hermanos, no perdonar nuestras ofensas recíprocas, no olvidar agravios, no abrirnos a la verdad dicha con sinceridad, no poner por obra todo lo justo, bueno y noble que pueda traer la reconciliación entre todos los cubanos, la paz y la fidelidad a nuestro pueblo.

Beatísimo Padre, esta es la disponibilidad de nuestros corazones para acoger el mensaje que Su Santidad nos trae. Tenga la seguridad de que es este el sentir del obispo de esta Arquidiócesis, de los obispos auxiliares, de las personas consagradas a Dios en el Sacerdocio y en la vida religiosa, de los diáconos, del pueblo fiel, y estoy seguro que de cuantos se han congregado hoy aquí, pues todos saben que su largo viaje hasta Cuba, su presencia entre nosotros, su vitalidad incansable de estos días, son fruto de ese amor a los cubanos, que lleva, Su Santidad, en su corazón de Padre y pastor.

Y nadie acude a una cita dictada por el amor con ningún otro sentimiento que no sea al menos el de la benevolencia y la docilidad.

Nuestros corazones están dispuestos, nuestros sentidos, atentos. Enséñanos, Padre, el camino de la verdad, descúbrenos nuestros errores, aviva nuestra fe, alienta la esperanza de este pueblo de la Arquidiócesis de La Habana y de sus diócesis sufragáneas de Pinar del Río y Matanzas.

La Habana es una capital acogedora y cariñosa; los pueblos de estas provincias occidentales tienen en común no solo su modo de hablar, sino también su forma de sentir, son expresivos y cordiales.

En nombre de los pinareños, los matanceros y los habaneros, pido a Su Santidad que en esta Eucaristía, con todas sus grandes intenciones, los tenga a ellos muy presentes.

Como en la lectura evangélica de hoy, todos los ojos están fijos en ti, pero son los ojos del alma que aguardan ver la salvación de Dios que les será anunciada.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL AEROPUERTO JOSÉ MARTÍ EN LA DESPEDIDA A S. S. JUAN PABLO II

La Habana, 25 de enero de 1998

Santo Padre: con cariño y emoción lo ha recibido el pueblo de La Habana, hace apenas unos días; con entusiasmo y en clima de oración, el pueblo de Cuba ha seguido, paso a paso, su peregrinar por nuestra isla: los jóvenes en Camagüey, las familias en Santa Clara, han escuchado una vez más de sus labios que lo que no se establece sólidamente en Dios se torna mudable y peligroso para el hombre; que el amor a Cristo es el mayor lazo de unión entre los miembros de la familia y los hijos de un mismo pueblo. Su venerada persona, Santo Padre, ha quedado unida para siempre a nuestra historia patria, al haber coronado en Santiago de Cuba como Reina amorosa de la nación cubana a la Virgen Santísima de la Caridad de El Cobre. Inolvidables serán para cuantos participaron en la Eucaristía de la Plaza de la Revolución en La Habana sus palabras llenas de esa sabiduría que es don del Espíritu y que permanecerán junto con sus mensajes al mundo de la cultura, a los sacerdotes y otras personas consagradas, y a todos los que sufren, como un legado precioso, en el cual debemos reflexionar seriamente para que la vida de todos y cada uno de los cubanos se transforme y pueda así transformarse toda la sociedad.

Esperábamos su visita, Santidad, como la de un mensajero de verdad y esperanza. Al despedirlo puedo asegurarle que todo nuestro pueblo se ha acercado más al fulgor de la verdad y ve abrirse ante sí caminos insospechados de esperanza.

Con nostalgia le decimos adiós, pero un gozo inmenso llena al mismo tiempo nuestros corazones porque, es cierto, Santo Padre, que te vas, pero es también verdad que dejas entre nosotros algo nuevo, no experimentado nunca antes por quienes vivimos en nuestra hermosa tierra: desde nuestra pobreza y a pesar de nuestros pecados, no creo mentir si digo que has puesto en nuestros corazones un gran deseo de ser buenos.

Gracias, querido Padre y Pastor, la porción del inmenso rebaño que Cristo te confió y que vive en Cuba, siguiendo una tradición de nuestro pueblo, nunca dice adiós, porque encuentra esa palabra demasiado rotunda.

En cubano te decimos hasta luego, hasta pronto, como cristianos o como hacen los hijos con su padre, te pedimos tu bendición.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA CONVENCIÓN DE LA PRENSA CATÓLICA

Nueva Orleáns, 3 de junio de 1998

Sras. y Sres., hermanos todos:

Cuando fui invitado a esta reunión de medios de comunicación católicos, quienes tenían la gentileza de invitarme me sugerían, con una anticipación próxima al año, que en mis palabras ante este auditorio tan cualificado hiciera un recuento de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, valorando su significación y sus efectos para la Iglesia en nuestro país y para todo el pueblo cubano.

Hoy, habiendo tenido la dicha de vivir la extraordinaria experiencia de fe y de haber gustado el hondo contenido humano de esa visita, puedo decir sin vacilación que el tema de mi comparecencia fue muy bien escogido por mis anfitriones, pero que, además, su selección para este encuentro se impone por la propia relevancia de aquel evento, por la repercusión en Cuba y en el ámbito internacional de ese inolvidable viaje del Sumo Pontífice a mi país y por la implicación directa de quien les habla, debido a sus responsabilidades como Cardenal Arzobispo de La Habana y al frente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, en la preparación y el desarrollo de ese histórico acontecimiento.

Con la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba se ha producido un impacto histórico al modo de una piedra lanzada en un lago, generadora de ondas concéntricas, que no cesan de dibujar en superficie círculos cada vez más abiertos y de mover en profundidad las aguas estancadas donde parecía flotar la Isla de Cuba en estos últimos años, sobre todo en lo tocante a su relación con el mundo exterior y, en especial, con Estados Unidos, Europa y la América Latina, o sea, con ese mundo occidental en el cual Cuba está enclavada.

Esta ubicación geopolítica la hizo notar con fuerza el Santo Padre en La Habana cuando, en su homilía en la Plaza de la Revolución, al improvisar una frase en latín, dijo con énfasis que lo había hecho porque Cuba es latina y está en América Latina.

El Sucesor de Pedro se propuso en verdad lanzar la piedra en esas aguas de nuestra historia más reciente y lo hizo desde el primer momento de su llegada a nuestro suelo. Todos sentimos el efecto multiplicador y desinstalante de sus palabras, cuando formuló en el mismo aeropuerto de La Habana, donde acababa de ser recibido, su deseo que era a un tiempo invitación y reto: *«que el mundo se abra a Cuba, que Cuba, con sus magníficas posibilidades, se abra al mundo»*.

Estaban puestas la bases de su visita a la isla grande de las Antillas. El Papa iba a ejercer su oficio de Pontífice (etimológicamente, hacedor de puentes), no solo, aunque evidentemente también, en la necesaria relación del hombre con Dios, sino además tratando de ligar entre sí a hombres y pueblos separados por concepciones políticas o ideológicas, o enemistades históricas, o barreras culturales.

¿No es este el quehacer propio del cristiano, cuya fe se simboliza siempre en la cruz con sus dos dimensiones esenciales, la vertical que se eleva hacia lo alto y la horizontal que abre sus brazos para cobijar a los hombres de un lado y de otro, convocados por el amor del que murió en el madero?

Y el Papa, a su llegada, habló en el mismo aeropuerto de esa cruz que había sido plantada en Cuba quinientos años atrás y de las raíces cristianas de la nación cubana. Venía a dirigir su mensaje no a un país extraño a la cultura de Occidente, sino donde la fe cristiana tenía un papel incluso integrador de la nacionalidad. Esto lo reafirmó de manera especial en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, en donde rindió homenaje al Siervo de Dios Padre Félix Varela. Dijo allí

el Papa refiriéndose a la cultura cubana, «*que tiene una honda raíz cristiana, lo cual es hoy una riqueza y una realidad constitutiva de la nación*».

Estas eran las aguas profundas que removi6 el Pontífice y no para que las ondas llegaran a otras costas, pues eran aguas de nuestro subsuelo. Como se trata de una labor en profundidad la emprendida por el Papa, es más difícil constatar sus efectos, pero estos son quizá los mayores y más importantes de su visita.

Me refiero a cuanto el Santo Padre sembró en el corazón de los cubanos, de aquellos que acudieron a las plazas por centenares de miles, de quienes se apiñaban también por millares en las calles de La Habana por donde debía pasar el Pontífice, sin que nadie los convocara, de los millones que siguieron las misas por televisión y no olvidan la mirada del Santo Padre, su bondad, la serenidad de su rostro.

Muchos comentarios en centros de trabajo, en la universidad, en las calles, coincidían al decir al día siguiente de su partida que parecía que la ciudad estaba vacía, que se extrañaba al Papa como a un familiar querido que acababa de partir. Unánime fue la sensación de paz, de alegría, de fraternidad, que disfrutó el pueblo cubano durante aquellos días. ¡Hemos vivido cinco días de fiesta!, decían muchos; pero fue una fiesta diferente, un regocijo del corazón que el cubano había celebrado en su interioridad. Uno de los hospitales de La Habana que recibe diariamente el mayor número de hechos de sangre (hasta cinco o a veces seis al día), no recibió ninguno durante los días en que el Papa estuvo en Cuba. Así nos lo escribía un médico de ese centro. Un psiquiatra constató el descenso de la ansiedad en la disminución notable del número de pacientes que acudió a su consulta en los quince días que siguieron a la llegada del Santo Padre a Cuba.

Estos elementos anecdóticos son reveladores de algo más importante y abarcador, que puedo resumir con la frase que me dijo emocionada una artista, una mujer de fina sensibilidad: después de la visita del Papa, nada vuelve a ser igual que antes, tampoco nosotros mismos.

Pero ¿no estaré apoyándome en mi exposición sobre algo tan movedizo como los sentimientos, asentados en este caso sobre un hecho que está sometido a la extraordinaria capacidad de olvidar de los seres humanos?

Si solo hubiera quedado esto de la visita del Papa a Cuba, era ya extraordinario. Pero no fue eso solamente, hay mucho más, porque la mayoría de las palabras pronunciadas por el Santo Padre no estaban dirigidas precisamente a mover sentimientos superficiales. Ahí se alzan ante nosotros, como un conjunto impresionante de pensamiento doctrinal, filosófico, social y de ética personal y política, las homilias y discursos pronunciados por Juan Pablo II en las distintas celebraciones de nuestro país. Solo su lectura atenta y su estudio sistemático nos mostrarán toda su riqueza.

El Papa estaba interesado en conocer la posibilidad del pueblo cubano para comprender ese mensaje que él le presentaba. Cuando lo acompañaba en el papamóvil desde el aeropuerto, por las avenidas de la Ciudad de La Habana, el Santo Padre, refiriéndose al discurso que acababa de pronunciar en la terminal aérea, transmitido a todo el país por la radio y la televisión, me preguntó si el pueblo habría comprendido. Al responderle que creía que sí, y haciendo gala de agudeza en una lengua que no es la suya, añadió el Papa: ¿*y habrán entendido?* Le aseguré que sí, que el pueblo cubano tiene un buen nivel de instrucción y que es perspicaz para captar lo que se le dice.

No tardó el Santo Padre en descubrir por sí mismo esta capacidad del cubano. Cuando ya había celebrado las misas de Santa Clara y Camagüey, comentó conmigo admirado que: «*el pueblo cubano aplaude los conceptos*», y después de un instante de reflexión agregó: «*eso quiere decir que entienden*».

En efecto, el Papa, como es habitual en sus visitas pastorales, pero mucho más que en otros países, puso en Cuba una fuerza especial en sus mensajes. Y se sintió recompensado y satisfecho al ver que el pueblo cubano comprendía lo que él decía y entendía su significado.

La prueba definitiva de esta sintonía del Papa Juan Pablo II con el pueblo cubano fue la Eucaristía celebrada en la Plaza de la Revolución en La Habana. Allí improvisó, manejó con precisión la entonación y la fuerza de la frase y literalmente dialogó con la multitud, que lo interrumpió con grandes aplausos más de veinte veces.

El pueblo cubano guarda, ante todo, este recuerdo muy vivo en su mente. A las impresiones causadas en el orden de los sentimientos por la bondad y la valentía del Santo Padre, que vencía las dificultades y limitaciones que le imponen sus años, se superponía después la amplitud y profundidad de su mensaje que encontró eco en lo hondo del cubano, quien, como dijo el Santo Padre, es capaz de entender.

Esto explica por qué se han distribuido y se siguen distribuyendo en el país más de doscientas mil copias de las homilias y discursos papales en Cuba. La afluencia a los templos no cesa de aumentar después de la visita del Santo Padre. En cada iglesia y parroquia se organizan catecumenados que preparan a miles de personas para acercarse a los sacramentos, aumentan las catequesis de niños y adolescentes y los locales de las iglesias son insuficientes para acoger a las personas que llegan.

La visita del Papa Juan Pablo II y su llamado en favor de la inserción de Cuba en el mundo han allegado al país muchos visitantes oficiales de diferentes países y gobiernos, deseosos de estrechar lazos comerciales o diplomáticos con la nación antillana. Países que no tenían relaciones diplomáticas con Cuba las han reanudado y otros, como España, las han normalizado. Dentro de esta dinámica de acercamiento se destacan la visita del Primer Ministro canadiense Jean Chrétien y las medidas tomadas por el Presidente Clinton con relación a viajes directos para los cubanos desde Miami, envío de ayuda monetaria a las familias en Cuba y algunas facilidades para la compra de medicinas.

En resumen, el mundo parece moverse hacia Cuba en el tiempo posterior a la visita papal y contrasta esta actividad de los últimos cinco meses con el casi inmovilismo en lo que se refiere a visitas de importancia o acciones diplomáticas de cierto peso en los dos años anteriores. Resulta también digno de mención que todo visitante oficial declara venir a Cuba animado por el viaje del Papa a nuestro país y su llamado a romper su aislamiento.

No se logra ver esa misma intensidad, sin embargo, en la dinámica interna de la nación. Aunque cinco meses es poco tiempo para que se pueda constatar el influjo real del mensaje del Papa a los cubanos y su repercusión concreta en la vida nacional, se espera al menos descubrir en actitudes y palabras oficiales ciertos enfoques nuevos, así como un número mayor de gestos indicadores de una mentalidad más amplia y flexible para el futuro.

En general, tanto en la vida de la nación, como en lo que se refiere a las relaciones con la Iglesia, podría tenerse la impresión de que la visita del Papa a Cuba ha sido considerada como un paréntesis que se abrió y se cerró sin mayores consecuencias. En realidad puede no ser así, sobre todo en las relaciones del Estado con la Iglesia Católica, que han experimentado cierto desarrollo en los últimos tiempos, pero esto se hace menos evidente en otros campos de la vida civil.

Preocupa la imprescindible interacción recíproca de lo interno y lo externo en la vida de la nación. Así, un dinamismo en las relaciones internacionales con un mayor flujo de inversiones desde el exterior hacia Cuba puede influir positivamente en una dinamización de la sociedad cubana, pero, y esto sería lamentable, un estancamiento en la vida interna del país puede disminuir o condicionar en gran medida la esperanza y el dinamismo que desencadenó en los medios internacionales la visita del Papa.

Este es un momento excepcional de la historia contemporánea de Cuba, un momento que no debe perderse, porque no se repiten, en la historia de una nación, oportunidades de este género. Yo rezo todos los días por que ambos dinamismos puedan conjugarse y fecundarse mutuamente, así el efecto de la piedra lanzada por el Santo Padre en aquel estanque de aguas quietas producirá también la esperada reacción en cadena que *«abra a Cuba, con todas sus magníficas posibilidades, al mundo»*.

Repito que cinco meses es aún poco tiempo. En el tiempo milenario de la Iglesia, no es contabilizable, en el largo tiempo de 40 años de la Revolución cubana es poco, en el tiempo del mundo actual, donde todo ocurre pronto o el momento pasa con rapidez, comienza a parecer suficiente.

Quizá la mirada de ustedes, hombres y mujeres del mundo de la noticia, sigue el ritmo acelerado que imponen las comunicaciones hoy día. El desfase con respecto al tiempo real del mundo tecnificado y más avanzado es propio de los países del llamado Tercer Mundo, en general, incluyendo a no pocos de América Latina y, sobre todo, a los países africanos. Ritmos de crecimiento económico lento, ritmos políticos no bien establecidos ni sistematizados generan una vida social más o menos apagada, que va siempre despacio. La tentación de dinamizar de un golpe ese mundo, tanto en lo económico como en lo político y social, puede violentar los ritmos de esos pueblos y producir situaciones de inestabilidad y de crisis. Por ejemplo, las políticas económicas de choque en países del Tercer Mundo, en la misma América Latina, traen miseria e inquietudes sociales; la rápida implantación de un sistema económico de mercado de tipo neoliberal en países del antiguo campo socialista, incluyendo a Rusia, sin que estas medidas fueran progresivamente asimiladas, dosificadas y reguladas, ha originado nuevos males en esos pueblos.

El Papa Juan Pablo II habló en Cuba de la gradualidad en la transformación de la sociedad. En las circunstancias presentes, esa gradualidad se hace necesaria para favorecer los cambios progresivos deseables, sin los excesos del apresuramiento, pero sin el defecto, no menos peligroso, de la lentitud o de la inercia.

El Santo Padre, en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, expresó: *«el Padre Varela era consciente de que, en su tiempo, la independencia era un ideal todavía inalcanzable y se dedicó a formar personas, hombres de conciencia... Toda la vida del Padre Varela estuvo inspirada en una profunda espiritualidad cristiana... Eso lo llevó a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de las semillas de la verdad, en la conveniencia de que los cambios se dieran con la debida gradualidad hacia las grandes y auténticas reformas»*.

Este espíritu vareliano lo ha mantenido la Iglesia en Cuba a través de los años. Así ha sido desde antes del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, *ENEC*, en 1986, pero sobre todo después de su realización, y en este camino ha sido confirmada por el Papa Juan Pablo II en su reciente visita. Esta paciencia de una Iglesia, que es milenaria y que se apoya en el Evangelio del amor y de la reconciliación, le ha permitido ser parte activa en una transición en las relaciones de la Iglesia y el Estado en Cuba que van desde el choque directo y la confrontación, pasando por el desconocimiento de la Iglesia como realidad sociológica, hasta la aceptación de la existencia de la Iglesia y hoy se vislumbra un reconocimiento progresivo y más amplio de su función social.

El Papa, en su discurso dirigido en La Habana a la Conferencia de Obispos de Cuba, nos instaba a *«reclamar el lugar que le corresponde a la Iglesia en el entramado social donde se desarrolla la vida del pueblo»*. Y el Santo Padre animaba a los obispos a que, *«en este empeño... mantengan, tratando de incrementar su extensión y profundidad, un diálogo franco con las Instituciones del Estado y las organizaciones autónomas de la sociedad civil»*.

Procurar este diálogo, ensancharlo, buscando siempre espacios más abiertos para la misión de la Iglesia, manteniendo al mismo tiempo su independencia y su identidad como comunidad de fe, alejada de toda instrumentalización política ni por parte del Estado ni por personas o entidades con

programas políticos alternativos, para ser capaz de anunciar el evangelio liberador y enaltecedor de la persona humana. Ese ha sido el programa de la Iglesia Católica en Cuba.

Esta es la Iglesia que ha visto crecer en número y en calidad a sus fieles y que no cesa de experimentar pruebas crecientes de respeto, de simpatía y de confianza por parte del pueblo cubano. Esta es la Iglesia que invitó al Papa Juan Pablo II, la que preparó su visita con una misión nacional extraordinaria, la que organizó las hermosas celebraciones de Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba y La Habana con una vibrante participación de nuestro pueblo.

La que ahora cosecha, emocionada y agradecida a su Señor, los frutos espirituales de esa visita y se sabe apoyada y sostenida por sus fieles y por el Sucesor de Pedro y cuantos colaboran con él en la Curia Romana. Esta Iglesia es la que en cierto modo resulta homenajeadada en mi persona hoy por ustedes, queridos comunicadores cristianos, porque, con el estilo que he descrito, mis hermanos obispos de Cuba y yo hemos proclamado durante estos años la fe en Jesucristo, único Salvador, a todo el pueblo cubano.

Heraldo de la fe es quien la proclama, pero el heraldo cristiano debe ser como su Señor, de quien dijo el profeta: *«no gritará, no voceará por las calles, la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará»* (Is 42, 1-2). El Heraldo de Cristo se pondrá en la escuela de su maestro: *«aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón»*. Si es este el testimonio cristiano que ustedes desean reconocer, aunque imperfectamente alcanzado, es el que me he esforzado por dar a través de todo mi ministerio sacerdotal. Como el Padre Varela, y siguiendo el pensamiento del Papa Juan Pablo II, creo en la fuerza de lo cotidiano, de lo pequeño y esto no solo para lo que toca a la misión de la Iglesia. Creo también que para resolver las dificultades de mi país valen los pasos pequeños y consistentes y que los efectos transformadores de la misión del Papa Juan Pablo II en Cuba, que alcanzan ya a la Iglesia Católica, llegarán también hasta las estructuras de la sociedad cubana. Esta es mi confianza y mi continua oración al Señor. Que Dios los bendiga.

Muchas Gracias.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA ENTREGA DEL PREMIO UCIP A LA REVISTA ARQUIDIOCESANA «PALABRA NUEVA»

París, 25 de diciembre de 1998

Una pequeña revista de la Arquidiócesis de La Habana, Cuba, alcanza el premio anual de la Unión Católica Internacional de Prensa. ¿Qué llevó a esta conocida y respetada organización, que agrupa a tantas publicaciones y periodistas del mundo, relacionados de un modo u otro con la Iglesia Católica, a otorgar esta distinción a nuestra modesta publicación diocesana?

Porque esta revista no tiene una tirada grande, aunque su alcance real sea mucho más amplio. Además, por las limitaciones en el uso del material necesario, debidas fundamentalmente a sus costos, y por las dificultades técnicas para su impresión, la cantidad de páginas de cada número debe ser restringida.

No es una revista de expertos en determinadas materias, sino escrita, con amplia visión, por laicos y algunos sacerdotes y religiosos que tienen en común el deseo y la convicción de contribuir a la promoción humana por medio de la formación de un pensamiento humanista, de inspiración cristiana, en sus lectores. Viven todos, además, una misma realidad político-social con peculiaridades que hacen del quehacer periodístico un oficio a ratos azaroso, pues no resulta siempre fácil ser comprendido y encontrar el lenguaje que más conviene para expresar algunas ideas que pueden parecer novedosas o contrastantes en un medio social marcado durante muchos años por una filosofía y una praxis de inspiración marxista.

En casi todas las diócesis de Cuba fueron surgiendo, en estos últimos años, unos tras otros, boletines, hojas diocesanas y aun pequeñas revistas, algunas de ellas con cierta especialización, como las publicaciones que tocan temas de bioética, o dirigen sus artículos a la familia para fortalecer su institución y animar a sus miembros a amarla y defenderla, o hablan especialmente a la juventud, a fin de despertar en los jóvenes el sentido del compromiso.

«Palabra Nueva» toca todos estos temas y otros más, no sistemáticamente, sino, más bien, de forma alterna y variada. Participan también en la publicación algunos no católicos que pueden escribir sobre diversos asuntos. El consejo de redacción considera siempre atentamente todos los artículos que han de publicarse, tanto de escritores cristianos como no cristianos, teniendo en cuenta la propia filosofía de la revista, que incluye, evidentemente, una ética cristiana en cuanto a la verdad y al modo de expresarla y una visión de fe del mundo, del hombre y de la historia, que lleva consigo obligadamente, por ser cristiana, la puesta en evidencia del amor al estilo de Jesús que, al decir de San Pablo, sobrepasa toda filosofía. Con esta postura deontológica y teológica, acepta la revista a sus colaboradores extraordinarios y, a través de quienes escriben habitualmente en ella, expresa su propio pensamiento.

Con esa misma actitud intenta la revista acercarse al paisaje cultural, político y social de Cuba, en el cual el aluvión ideológico de las décadas pasadas ha dejado sedimentos que hoy pueden actuar como humus donde van naciendo, creciendo y ramificándose nuevas realizaciones.

Nuestra revista, pues, no solo tiene que ver con ese mundo cambiante de la realidad nacional cubana, sino que ella misma, con las otras más de veinte publicaciones diocesanas de Cuba, es una expresión privilegiada de esos cambios que lentamente se van produciendo en nuestro país.

Aprendizaje difícil el de la posibilidad de expresarse sin hacer de ella un arma de combate, un alarido hiriente, ni un recuento amargo de lo que se ha callado por mucho tiempo. Ser fieles a la verdad sin pretender que todos acepten que esa verdad es plena, sin ser intolerantemente verídicos, o sin hablar concluyentemente desde una cima de verdades infalibles, que se tornan así piedras de

choque para el diálogo, ese es uno de los más difíciles ejercicios en el necesario aprendizaje de una expresión libre y responsable del pensamiento.

Qué difícil también la adaptación del escucha a voces distintas, que parecen sonar, en ocasiones, discordantes, cuando el oído está hecho al canto llano de una melodía seguida al unísono. En esos casos, para continuar con el símil musical, pueden aceptarse a veces opiniones distintas, pero al modo de la polifonía clásica, donde las notas del acorde son diversas, pero se integran convencionalmente y según reglas precisas en un todo. Se hace, sin embargo, incomprensible un poema sinfónico contemporáneo, plagado de asonancias. Y así es la música de hoy, y así son la pintura, la poesía y la prosa actuales. Solo parece conservarse una especie de ritmo, y ese ritmo casi siempre es interior al autor, quiero decir subjetivo. Y ya sabemos que todo cuanto tiene que ver con la subjetividad se hace complejo y contribuye a ofuscar los criterios de juicio de los observadores.

Si algo debe ser premiado en esta revista *Palabra Nueva* y en las diversas publicaciones de la Iglesia en Cuba que han visto la luz en este último lustro, es el arrojo de sus escritores que hicieron de la búsqueda un entrenamiento activo. Ellos han salido al ruedo en un difícil ejercicio de equilibrio que ha ido creando, sobre el mismo terreno de la lid, las normas prácticas que deben regir este quehacer, por otra parte impostergable.

Cuando se pretende ser un instrumento de diálogo, y una publicación católica en Cuba debe siempre proponérselo, no es tan evidente que todo cuanto juzgamos verdadero se pueda decir de una vez, al mismo tiempo que lo injusto es fustigado y lo malo enjuiciado. La reflexión capaz de llevarnos a encontrar juntos los caminos de la verdad, de la justicia y de la solidaridad, que posibiliten la transformación de las conciencias y los corazones para alcanzar ese cambio hacia lo mejor que todo hombre ansía, no debe concebirse como la tarea de levantar fortines, sino de tender puentes.

Ambas estructuras necesitan la solidez de la piedra, la esbeltez de las formas, el cálculo atinado de sus componentes, pero el uno, en su mismo diseño, tiende a alzarse amenazador, mientras que el otro debe extenderse, con toda su consistencia, para enlazar dos riberas, de modo que los de un lado y los de otro puedan, aun pisando fuerte, transitar en sentidos opuestos y llegar a encontrarse con el respeto debido a modos diversos, y aun antagónicos, de pensar y de sentir.

Si salimos victoriosos de esto que he llamado ejercicio y aprendizaje en la expresión libre del pensamiento, si contribuimos a que las asonancias sean aceptadas en la sinfonía de la vida nacional cuando el artista, que eso debe ser también un escritor, sabe cómo dosificarlas e integrarlas de modo conveniente para que sirvan a un todo modernamente armónico, estaremos prestando un gran servicio no solo a la Iglesia, sino también a la nación cubana.

En la escuela del decir, los que piensan de modos diversos deben llegar a comprender que el decir con verdad y claridad no exige decir en tono alto o con voz atronadora, sino decir bien, lo cual reclama, análogamente al correcto uso prosódico, una articulación real entre verdad y vida, entre conceptos y testimonio y para un cristiano, además, entre fe transformadora de los criterios de juicio y aceptación existencial explícita de los valores evangélicos.

Si este estilo se vuelve cada vez más habitual, se convertirá en un quehacer didáctico muy útil, que aprovechará a muchos hermanos nuestros en el difícil arte de expresarse respetando las ideas del otro, al mismo tiempo que se aceptan sin molestias las ideas contrarias a las propias. No estoy proponiendo ni más ni menos que una metodología para el debate que, con las características que he señalado, debe recuperarse entre nosotros.

Este rodaje, común entre los comunicadores modernos, tiene una especial función pedagógica en nuestro medio. La proverbial intolerancia del cubano está necesitando de la duda para alcanzar seguridades nuevas. Y créanme que no escogí este prestigioso foro de la UNESCO, ubicado en el corazón de Francia, para hacer esta afirmación. No es de tan altos vuelos filosóficos esta reflexión que se apoya, más bien, en la experiencia cotidiana. Me refiero a dudas sobre esas «verdades

propias» de las que nacen muchas de nuestras propias convicciones, de las cuales proceden, normalmente, nuestros actos.

Todo hombre debe ser un buscador de la verdad, pero la Verdad, siendo UNA, requiere que todos pongamos en duda nuestras pequeñas verdades. A dudas saludables me refiero, a la duda del científico, a la duda del juez que juzga sobre la inocencia o culpabilidad de un acusado, a la duda imprescindible que precede las grandes o pequeñas decisiones, para hacer de hecho la mejor opción.

De las dudas confrontadas de algunos puede surgir la seguridad de muchos. Ahora bien, el medio de confrontar lo dudoso es la expresión libre del pensamiento. A este respecto decía el Papa Juan Pablo II en su homilía de Santiago de Cuba: «*el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales*».

«*De este modo, cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil... podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común*».

Como siempre, Juan Pablo II establece una correlación entre derechos y deberes. Enuncia el derecho de cada hombre o mujer a la expresión libre del pensamiento, pero establece, como horizonte definido para la opinión derivada del ejercicio de ese derecho, el bien común de la sociedad, que da la orientación ética general a la actuación de quien se expresa; pero aconseja, además, el Santo Padre, en cuanto a los medios para alcanzar el fin deseado, que se actúe pacífica y gradualmente.

Este programa que el Sucesor de Pedro nos presentó a nosotros, cubanos, es válido también para todo comunicador cristiano, que debe siempre tener en cuenta el bien total de la sociedad y que no debe hacer uso de la libertad de expresión para decir lo que genera la inquietud o lo que aparece precipitado o no bien fundamentado, sino lo que fomente la paz, haciendo propuestas razonables y graduales. El Papa, al hablar en Cuba de la libertad de expresión, recordó una vez más las claves éticas del periodismo.

Señoras, señores, en nombre del consejo de redacción de la revista *Palabra Nueva*, agradezco este premio que la UCIP ha querido otorgarle. En nombre de la Iglesia en Cuba quiero también agradecer el estímulo que significa, para cada una de nuestras publicaciones diocesanas, el que una de ellas haya sido escogida para poner en evidencia el esfuerzo de tantos colaboradores anónimos en la tarea difícil de encarnar la palabra iluminadora del Evangelio y difundir las enseñanzas de la Iglesia en la nación cubana.

Palabra Nueva nació hace seis años en el seno de una comunidad humana a la cual, en el primer mes de este mismo año, el Papa Juan Pablo II expresó, desde el mismo momento de su saludo inicial en el aeropuerto de La Habana, un deseo que se ha convertido en lema: «*Que Cuba, con sus inmensas posibilidades, se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba*».

Creo que esa apertura de Cuba al mundo comenzó a esbozarse desde hace algunos años. Creo también que ella permitió la visita del Papa Juan Pablo II a nuestra Patria y que la realización feliz de esa visita debe afianzar en nuestro país esos propósitos de apertura, aun más ahora, cuando pueblos y gobiernos, haciéndose eco del llamado del Papa, han dado pasos concretos de apertura a Cuba.

Quiero ver en la aparición, perdurabilidad y acogida de nuestras publicaciones católicas un signo importante de apertura interna en Cuba y deseo que esa apertura, como lo sentimos hoy en este recinto de la UNESCO, se proyecte al mundo como un canto de esperanza.

Para terminar, permítanme dirigirme de modo particular a los comunicadores católicos de Cuba: queridos hermanos y hermanas, prosigan su quehacer como depositarios de un mandato de sus obispos y de su Dios y Señor, hagan labor de evangelizadores, sean consecuentes con sus ideales y,

sobre todo, con su fe, no busquen siempre agradar, no consientan nunca a la tentación de ofender, permanezcan en la verdad, la verdad los hará libres y sientan, como perenne desafío en sus corazones, el llamado a armonizar, según el modelo del Siervo de Dios Félix Varela, la fidelidad a Dios y a la Patria. Las palabras finales son de Jesucristo: «*No teman, yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo*».

Muchas gracias.

MENSAJE DE NAVIDAD 1998

Alocución radial al pueblo cubano con motivo de la Navidad de 1998

En esta ocasión deseo llevar a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, el mensaje de amor y de paz que la Navidad trae a todo hombre de buena voluntad.

La celebración de la Navidad, que vuelve a ser de ahora en adelante un día festivo en Cuba, con receso laboral y escolar, tiene características propias que deben ser propuestas a la reflexión del pueblo cubano, especialmente de las nuevas generaciones, para que sepamos bien qué celebramos y cómo debe celebrarse.

Lo primero a considerar es el hecho que motiva la celebración de la Navidad. El mundo cristiano conmemora el 25 de diciembre el nacimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios, el Redentor de los hombres. En la Sagrada Biblia, en el Evangelio según San Lucas, leemos la narración circunstanciada del nacimiento de Jesús. Escuchemos: *«En aquellos días salió un decreto del emperador César Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero... Y todos iban a inscribirse, cada cual según su ciudad. También José, que era de la familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María, que estaba embarazada. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en el pequeño hotel del pueblo».*

Hasta aquí el relato del evangelio. Pero ¿qué es lo que hace que el nacimiento de este niño sea celebrado durante veinte siglos por millones y millones de seres humanos? Se conmemora la fecha del nacimiento de los grandes hombres, por el significado que tuvo su vida para un país, una región o un sector de la humanidad. Sucede esto también en Jesús de Nazaret: su palabra estremeció a sus contemporáneos en su región de origen y en todo su país. *«Habla como quien tiene autoridad, ¿de dónde le viene a este tanta sabiduría?»*, se preguntaban sus oyentes. La autoridad de aquel maestro se probaba en su vida, en su entrega a los demás. Nadie, ni antes ni después de Él, ha hablado de amor entre los seres humanos, de la misericordia y la comprensión, del perdón y la reconciliación como lo hizo Jesús ni nadie ha sido tan misericordioso como Él. Nadie ha hablado del sacrificio y de la entrega de la vida como Jesús, que selló con su sangre derramada en la cruz toda su predicación. Y nadie después de Jesús puede hablar de amor, de misericordia o de sacrificio sin hacer referencia a Él, que no ha cesado de inspirar en estos dos mil años, los sentimientos más nobles y los más altos ideales de la humanidad. Como modelo lo tomó nuestro apóstol, José Martí, que nos dijo: *«En la cruz murió el hombre un día, hay que aprender a morir en la cruz todos los días».*

Quien nació en descampado y fue acostado en un sitio utilizado para guardar animales es Jesucristo, el mismo que murió en la cruz, cuyo nombre se extendió pronto, junto con su mensaje de amor y de esperanza, por todo el Imperio Romano, que recorrieron sus discípulos anunciando que aquel Jesús, que había sido crucificado, estaba vivo, resucitado y es nuestro Salvador.

Esa es la fiesta que celebramos. El nacimiento de un hombre único en la historia, pobre hasta nacer en un establo y morir en un madero. A quien sus seguidores proclaman vivo y resucitado, Hijo de Dios hecho hombre. Al que millones de seres humanos han seguido, entregándole sus vidas, como Francisco de Asís, la Madre Teresa de Calcuta o el Papa Juan Pablo II, que aun los que no ponen su fe en Él lo reconocen como un ser excepcional capaz de inspirar los sentimientos más puros.

Por esto, la venida al mundo de Jesús es presentada por el Evangelio como la gran fiesta de la humanidad. Si seguimos leyendo en San Lucas el relato de su nacimiento encontramos que, en la región en que nació Jesús, *«había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno a su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó y les dijo: No teman, les traigo una buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo, hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador: el*

Mesías, el Señor. Y aquí tienen la señal: encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Y de pronto apareció una legión de ángeles que alababa a Dios diciendo: ¡Gloria a Dios en el cielo y, en la tierra, paz a los hombres a quienes Dios ama!».

Queridos hermanos y hermanas, el nacimiento de Jesucristo es una gran alegría para todo el pueblo, pero no es un disfrute falso, como aquellos que solo sirven para pasar un buen rato, es una alegría del corazón, que compromete en el bien lo mejor de nosotros mismos y que sembrará para siempre en nuestros corazones la nostalgia de ser mejores. Hay una palabra del mismo Jesús que debemos acoger para vivir de veras el espíritu de la Navidad. Dice el Señor: «*si ustedes no vuelven a ser como niños no entrarán en el Reino de Dios*». Tenemos que acercarnos con ojos de niño al pesebre de Belén.

¿Han contemplado ustedes alguna vez la escena del Nacimiento de Jesús teniendo a un niño asido de la mano? ¿Se han detenido alguna vez con un niño delante de un árbol de Navidad con sus luces parpadeantes? Allí, todo se vuelve posible: que la mula y el buey, con su aliento, den calor al Niño en una noche tan fría, que el Niño que está en el pesebre nos mire y sonría, que la estrella que remata el árbol de Navidad sea exactamente la misma que indicó a los reyes magos el camino de Belén. Esta es la Navidad que sembró para siempre la nostalgia en nuestras almas.

Nostalgia que es más que recuerdos placenteros de horas felices. Es añoranza de algo que puede estar perdido u oculto en un rincón del propio ser: tal vez aquella transparencia que me permitía ver más allá de lo concreto o la dulce certeza de que el bien, la sencillez y la belleza pueden darse la mano, sin dudas la seguridad de que el amor familiar da más calor y alegría que el mejor de los apartamentos... y aquellas grandes y primeras intuiciones: tengo que ser bueno, tengo que llevarme siempre bien con los demás y querer mucho a todo el mundo.

Nuestra nostalgia debe ser la de encontrarnos con que se ha opacado aquella transparencia inicial, se ha complicado lo que fue tan simple, se nos ha endurecido el corazón y hemos perdido el camino de la ternura. Nostalgia de no ser buenos, de algo que nos falta y que, sin saberlo, tuvimos cuando el Niño del pesebre nos sonrió y la estrella del árbol navideño se encendió mil veces después de apagarse otras mil... Nostalgia de Dios, nostalgia de amor verdadero.

Queridos hermanos y hermanas: nosotros necesitamos esa nostalgia de la Navidad, necesitan nuestros niños y nuestros jóvenes tener hoy la experiencia de la Navidad para que mañana puedan sentir su nostalgia, que nos permite retornar a lo mejor de nosotros mismos y al amor infinito de Dios, para rehacer siempre el proyecto de nuestra vida y mirar confiados al futuro.

Y si pareciera que el vacío se adueña de tu alma y no hallas el método para reencontrarte contigo mismo y con Dios, escucha las palabras de Jesucristo en su Santo Evangelio, Él tiene la fórmula: «*Si Ustedes no vuelven a ser como niños...*». Decídetelo, pídele al Señor que te conduzca asido de la mano, como un niño, hasta el pesebre de Belén, hasta la luz de la estrella, y déjate llevar allí de la imprescindible nostalgia que nos devuelve a la vida.

El pasado año, el Santo Padre nos envió un hermoso mensaje de Navidad que fue publicado en la prensa y leído en la radio y en la televisión. El Papa había pedido que la Navidad fuera un día feriado en Cuba. Y así fue concedido excepcionalmente en 1997. Pero este año el gobierno cubano ha decretado que la Navidad será siempre fiesta civil.

Esto es una gran alegría para la Iglesia y para el pueblo cubano. Ahora esperamos que no sea el tintinear comercial de un Santa Claus importado el que anuncie que en Cuba hay Navidad, sino un crecimiento en la fe y en la esperanza de todo nuestro pueblo, de modo que no perdamos lo sencillo y lo íntimo y que las nuevas generaciones, al referirse a la Navidad, no hablen solo de fiestas bonitas, sino de Jesús, el Hijo de Dios que nació en Belén de Judá, que vino a compartir la suerte de los pobres, a liberar los corazones del odio y a sembrar entre los hombres y pueblos el amor. Este es el desafío que enfrenta la Iglesia en Cuba al final de este siglo y para el nuevo milenio: la nueva

evangelización del pueblo cubano que, como ha dicho el Papa Juan Pablo II a los obispos de Cuba después de su viaje pastoral a nuestro país, debe ser también nueva en sus proyecciones. Así se presenta este año para la Iglesia en Cuba la fiesta de Navidad: proyectada hacia el futuro como un canto de esperanza.

En esta Navidad, ante el pesebre de Belén ofrezco mis oraciones por la felicidad y el bienestar de nuestro pueblo en este Año Nuevo que comienza, el último de este siglo y de este milenio. Rezo por los gobernantes, por quienes están solos o enfermos, por las familias separadas, por quienes sufren prisión, por quienes están necesitados de amor o de reconciliación.

Que la Paz que Jesús nos trae llegue a los corazones de todos y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
«*Feliz Navidad.*»

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA INAUGURACIÓN DE LA II ASAMBLEA NACIONAL DE UCLAP CUBA

La Habana, febrero de 1999

Queridos escritores y escritoras católicos.

Bienvenidos a esta Arquidiócesis de La Habana, donde se celebra en esta ocasión la reunión de UCLAP-CUBA.

Ustedes están reunidos hoy aquí como comunicadores que ejercen su tarea por medio de la prensa escrita, y dos condicionantes principales sostienen su trabajo: ser comunicadores católicos y serlo en Cuba hoy. No he llamado a estos rasgos fundamentales limitantes, pues este sustantivo, que puede ser también usado como adjetivo para determinar los bordes de una acción o las fronteras de una posibilidad, lleva en sí una intencionalidad que se siente extrínseca a la acción y a sus características propias. Los límites los pone otros, las condiciones pueden, y casi siempre es así, ser reclamadas desde dentro, intrínsecamente, aunque pueden estar dadas, además, por las circunstancias.

Las condiciones comprometen siempre mi postura ética. Ser comunicador católico en la prensa escrita es un compromiso particular. La prensa escrita queda, permanece, se consulta, la guardamos con nosotros, pasa de mano en mano y suscita una ola de adhesiones, de reflexiones o de rechazos, ojalá que no de indiferencias, que pueden ser sucesivas, revisables, interpretables con el texto «coram oculos» (ante los ojos).

Ni la radio ni la televisión pueden crear el clima participativo de la prensa escrita. El olvido amenaza a otros medios, mientras que la prensa escrita es consultable, siempre puede volvernos a hablar y explicar su contenido, impidiendo el implacable desgaste de la memoria. La palabra de Dios escrita y proclamada en la Liturgia, en los grupos de reflexión y oración, se hace viva en cada nueva ocasión que es leída.

De hecho, los medios de comunicación como la radio o la televisión, aun cuando tienen su lenguaje propio, el de la imagen y el sonido, se apoyan en lo escrito y traducen lo escrito a símbolos auditivos o visuales.

La primera responsabilidad del periodista de prensa plana es la de su conciencia de perdurabilidad en su producción, la de saber que su obra será cimiento de muchas edificaciones auditivas, visuales y también escritas. Un cable, la redacción de una noticia escrita, puede recorrer hoy el mundo, siendo animadas las palabras con la entonación de la voz de un locutor radial, o adornadas con las imágenes de archivo de una Cadena Televisiva que pueden potenciar o desvirtuar un texto bueno, pero que son capaces, aún más, de hacer un uso torcido de un texto inexacto o comprometedor para una persona, o un grupo humano, determinado.

De esta conciencia bien esclarecida ante su misma profesión emanan las condiciones concretas que conforman una actitud ética en quien escribe. En vuestro caso el o la que escribe es un católico que, como en otros aspectos de su vida, matrimonial, social, eclesial, laboral, tiene una referencia y una proyección evangélica, en todo cuanto hace, mucho más en el ámbito de la difusión de una idea, de un mensaje o de una opinión. Esa es la primera condicionante.

La otra condicionante es que vuestros lectores son los hermanos cristianos que integran la Iglesia Católica en Cuba, pero también en gran número hombres y mujeres de nuestro pueblo de cualquier edad y condición que deben descubrir siempre un hálito evangélico lo mismo en un relato que en un ensayo o en un juicio sobre la historia, en un poema o en una opinión editorial. Todo en la prensa

católica cubana debe referirse de algún modo al Evangelio, o contar las maravillas de Dios cuando el Espíritu anima la vida de los hombres. Un escritor católico y un no católico pueden transitar por estos senderos al escribir en nuestras publicaciones católicas si tienen en cuenta esa matriz cristiana de todo el quehacer periodístico.

Esto quiere decir que quien escribe es un católico o alguien que respeta y promueve el sentir y el quehacer de la Iglesia Católica y tiene una visión ética que se aviene a la de un hijo de la Iglesia en cuanto a los temas tratados y en cuanto al modo y la oportunidad de tratarlos. Escribe para el pueblo cubano, al cual debe conocer con sus características propias, no solo históricas, sino actuales, con sus diversidades de opinión, haciéndose portador de un mensaje que pueda alcanzar a todos respetándolos, sin violentarlos, iluminando, sobre todo, con la palabra revelada las conciencias y caldeando los corazones con el amor de Cristo.

Escribe desde Cuba, como parte de este pueblo, pero trascendiendo con la esperanza y el amor cristianos las amarguras, las dudas, las pasividades de nuestros contemporáneos para darles no solo otra cosa, sino algo más.

No resulta fácil escribir con estos condicionamientos. Todo periodista tiene los suyos. Son condicionamientos ideológicos en la prensa oficial. Son condicionamientos de mercado, noticias de impacto, revelación escandalosa o macabra, pero bien pagada o que da dividendos al medio para el cual escribe, en algún tipo de publicación o condicionamientos éticos de talante evangélico, que son los nuestros.

Escribir sin ningún condicionamiento sería la ausencia total de moralidad. Puede ser exitoso y, de hecho, lo es para algunos, pero esa no puede ser la clave de expresión del comunicador cristiano que se funda en la verdad que nos hace libres, libres precisamente de falsos condicionamientos, libres para ponernos al servicio de Jesucristo, de su Evangelio y de nuestros hermanos.

Alta profesión la de ustedes, queridos hermanos y hermanas, alta responsabilidad de ejercitarla en Cuba para el bien de nuestro pueblo.

Que Cristo, que es la Buena Noticia del Padre, les ayude a ser portadores de esa noticia buena para nuestros hermanos en Cuba. Con este deseo, que es también súplica, y con las palabras finales de mi discurso ante la Asamblea Mundial de UCIP, donde los tuve muy presentes, quiero concluir mi saludo y animarlos a proseguir su tarea: *«queridos hermanos y hermanas, prosigan su quehacer como depositarios de un mandato de sus obispos y de su Dios y Señor, hagan labor de evangelizadores, sean consecuentes con sus ideales y sobre todo con su fe, no busquen siempre agradar, no consientan nunca a la tentación de ofender, permanezcan en la verdad, la verdad los hará libres y sientan como perenne desafío en sus corazones el llamado a armonizar, según el modelo del Siervo de Dios Félix Varela, fidelidad a Dios y a la Patria. Las palabras finales son de Jesucristo: «No teman, yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».*

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA RECEPCIÓN DEL PREMIO ANUAL DE LA FUNDACIÓN BONINO-PULEJO

Sicilia, 19 de junio de 1999

Señoras y señores.

Distinguidos miembros de la Fundación Bonino-Pulejo:

Agradezco vivamente el alto honor que me confiere esta Fundación, y lo hago con la emoción de quien sabe que este homenaje no se dirige a mi persona, sino a la Iglesia Católica que peregrina en Cuba y a la cual humildemente represento.

Digo con emoción porque, durante décadas de silencio acerca de nuestra vivencia a veces oculta, siempre serena y confiada de la fe en Cristo y de nuestra esperanza en el único Salvador, los católicos cubanos teníamos a menudo la impresión de ser olvidados por los cristianos de otras latitudes. Cuba es una isla, situada en el corazón de América. Su vocación continental fue siempre la de ser puente y lugar de encuentro de culturas y pueblos diversos, pero la realidad sociopolítica que se instauró en mi país a partir del año 1959 produjo su aislamiento del continente americano y lo hizo doblemente distante de la parte occidental de Europa, donde se gestaban el mercado común y la Unión Europea. En relación con el continente europeo se establecían y consolidaban nuevos lazos económicos, culturales y también ideológicos con los países del este de Europa que estaban bajo el influjo de la desaparecida Unión Soviética y, preferentemente, con ese mismo país.

Durante aquellos años en que se hablaba a veces de la Iglesia del silencio en Cuba, la comunidad católica cubana no permanecía, sin embargo, inactiva. La Iglesia supo estar presente en Cuba a través de todas las incidencias de la historia más reciente de nuestro país. Un buen número de católicos, entre muchos otros cubanos, dejaron el país para establecerse en otras tierras, no pocos sacerdotes y religiosas, al perder sus instituciones de estudio o de asistencia social, se trasladaron a otros países. Alrededor de un centenar y medio de sacerdotes debió abandonar el país en los primeros años de la década del 60 conminados por las autoridades que los obligaron a emigrar. Pero el pequeño resto cristiano que se quedó en Cuba echó pie en tierra con la población que también permanecía en la isla y la labor catequética, el culto renovado y fortalecido por el clima de comunión fraterna, que creaba aquella nueva espiritualidad de resto fiel, produjo un tipo de comunidad eclesial viva, vibrante en sus celebraciones, agrupada sólidamente en torno a sus pastores, quizá replegada sobre sí misma, pero fiel y orgullosa de su fidelidad.

Se tiene entonces una vivencia original de Iglesia, como aquella de los primeros siglos del cristianismo, haciendo la experiencia de vivir lo esencial en la pobreza, con un total abandono en las manos de un Dios que nunca nos deja.

La abnegación de los sacerdotes atendiendo cuatro, cinco, seis parroquias y otras comunidades eclesiales, la perseverancia valiente e incondicional de los laicos, su participación activa en la acción ministerial de la Iglesia, el testimonio de sus vidas, sea en sus familias, en su entorno social, y especialmente en sus centros de trabajo, la capacidad total de la Iglesia para vivir la nueva realidad del país sin resentimientos ni rencores, con una decisión siempre renovada de servir a la sociedad, sin reclamar privilegios, sino solo su derecho a existir, a mantener su identidad, a realizar su misión, le fueron granjeando a la Iglesia Católica un lugar de prestigio, de respeto, de simpatía en el seno de la sociedad cubana.

Cuando en 1986, después de cinco años de preparación en todas las parroquias y pequeñas comunidades de todo el país, la Iglesia realizó en La Habana el primer Encuentro Nacional Eclesial Cubano, las deliberaciones de aquella reunión, el documento surgido de la misma, las proyecciones

hacia el futuro para la acción pastoral, mostraban una Iglesia que había madurado en el esfuerzo constante, donde no faltó el sufrimiento por las limitaciones reales en el desarrollo de su misión propia, a causa de estrictos y persistentes controles estatales, pero donde se hacían sentir también la alegría y el entusiasmo.

Reitero la importancia de la unidad de la Iglesia durante ese período: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos enfrentaron aquella difícil situación cohesionados como en una gran familia. No puede dejarse de destacar la catolicidad de la Iglesia como factor determinante para mantener su fidelidad en los momentos difíciles. La adhesión de nuestra Iglesia al Papa, su profunda comunión con la Santa Sede, favorecida por el hecho de haber mantenido Cuba y la Sede Apostólica relaciones diplomáticas que posibilitaron siempre la presencia del representante papal en La Habana, constituyó para la Iglesia en Cuba una especie de ventana abierta a la Iglesia universal, a través de la cual pudo sentir los aires nuevos del Concilio Vaticano II y recibir luz y esperanza por varios modos diversos. Así pudimos tener acceso a los documentos conciliares, a los nuevos textos litúrgicos en lengua vernácula y recibir literatura religiosa actualizada para la formación de los sacerdotes y seminaristas. En la figura del Nuncio en La Habana se ha concretado, durante todos estos años, la comunión con la Iglesia de Roma y especialmente con el Sumo Pontífice. Esta relación, y el hecho de que nuestra Iglesia pudiera nombrar libremente a sus obispos según el modo habitual de hacerlo la Iglesia Católica Romana, sin previa consulta del gobierno cubano, sino por la decisión libre del Santo Padre, fue una ventaja bien instrumentada por la Iglesia para evitar el riesgo de pseudo-iglesias nacionales o de grupos de presión que hubieran podido surgir en su propio seno.

Es importante considerar las corrientes de pensamiento que subyacen en el tratamiento de la cuestión religiosa en Cuba en los últimos 40 años. El pensamiento liberal y el laicismo estuvieron presentes en Cuba desde el siglo XIX y se reafirmaron a causa de la intervención norteamericana de 1898 a 1902, con el consiguiente influjo predominante en la vida republicana hasta el triunfo de la revolución en 1959. A partir de ese momento es el pensamiento marxista el que intenta tomar el relevo. A todo ello se suma la modernidad secularista, cuyo influjo, nada despreciable, no cesa de crecer en Cuba, sobre todo en estas últimas décadas del siglo.

Los sistemas de pensamiento más relevantes de los siglos XIX y XX tienen la tendencia a asignar a la Iglesia y a la fe católica un papel determinado en la sociedad. Pero la Iglesia no tiene un papel que le venga atribuido por las estructuras políticas, sino una misión propia que le ha sido confiada por su fundador. Un tipo de liberalismo filosófico lleva consigo el laicismo a ultranza, el cual postula, más que la separación de la Iglesia y del Estado, la separación de la Iglesia de la sociedad. Se considera a menudo la fe religiosa, dentro de esa concepción de la vida civil, como una necesidad admitida para débiles y pobres, como «freno moral individual» que favorece la tranquilidad y el orden en la convivencia social, etc.

La Iglesia no niega su función inspiradora de una ética social, pero ella es, ante todo, depositaria y responsable de esa misma inspiración, que nace del anuncio de Jesús, hijo de Dios, a quien no puede dejar de presentar a los hombres y mujeres de todos los pueblos para darles la posibilidad de que, encontrándolo a él, transformen sus vidas y el mundo que los rodea.

La filosofía marxista originaria descalificaba el mismo sentir religioso del hombre, considerándolo nocivo. Los seguidores de ese pensamiento, sobre todo los que en este siglo establecieron sistemas sociopolíticos inspirados en aquella filosofía, llevaron a sus consecuencias prácticas los postulados originarios de la misma y consideraron la fe religiosa y la institución eclesial como un molesto remanente de conductas atávicas, de las cuales el hombre debe ser liberado con mayor o menor paciencia, según lo aconsejen las circunstancias.

Este modo de concebir la función de la religión en la sociedad tuvo mayores dificultades para asignar «un papel a la Iglesia y a la fe cristiana». En momentos de crisis nacional, de guerra o de situaciones similares, se intentó incorporar a la Iglesia a una acción en favor de la paz o se le concedió alguna función moralizadora o de aliento psicosocial. Con gran dificultad, en algunas

ocasiones con persecuciones y siempre bajo estricto control, ha podido la Iglesia reafirmar su misión dentro de esos sistemas de pensamiento y de gobierno.

Las concepciones filosóficas e ideológicas del liberalismo y del marxismo que, con respecto a la fe religiosa, se tocan en sus extremos: privatización de la fe, reducido o nulo rol social de la Iglesia, tratamiento más o menos circunstancial o permisivo de la cuestión religiosa y de la Iglesia, han dejado un sedimento de cierta envergadura en mi país.

La modernidad y el secularismo, que coexistían con el pensamiento oficial y se expanden en las últimas décadas, no traen consigo un abordaje ideológico o sociopolítico estricto de la religión o de la Iglesia, sino fijan su atención en el bienestar de individuos y grupos humanos, en la realización personal, con una confianza ilimitada en la ciencia y la técnica para resolver los problemas de la humanidad, prescindiendo en la práctica de lo religioso, que queda pragmáticamente excluido de todo proyecto de futuro.

Pero, en estos últimos años del siglo XX, en todo el mundo se ahondan las preocupaciones por los riesgos de los avances científicos y económicos, por el deterioro ecológico, por el consumismo, por la manipulación genética y el menosprecio de la vida, etc. Surge así un reclamo de responsabilidad en el hombre, para que tome seriamente en sus manos las riendas de la historia. De esa responsabilidad suya depende el futuro personal y colectivo de los habitantes de la tierra. El hombre aparece ahora en el centro de atención de pensadores, políticos y escritores, no tanto como el beneficiario y dueño absoluto de la creación para disfrutar libremente de ella y realizarse así como humano (humanismo tradicional), sino como el responsable consciente del futuro previsible de la humanidad y de la base de sustentación de la misma, que es el planeta con sus recursos, su población y el tipo de relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza, por solo citar algunos aspectos del problema (nuevo humanismo).

Por el buen nivel cultural medio del pueblo cubano, dentro del cual surgen las inquietudes y se suscitan las búsquedas, estas coordinadas históricas, sociopolíticas, filosóficas y religiosas formaban parte del paisaje humano que encontró el Papa Juan Pablo II en Cuba al realizar su inolvidable visita pastoral a mi país.

Halló el Santo Padre, además, una Iglesia pobre en recursos humanos y materiales, pero rica en experiencias de auténtica vida comunitaria, con un compromiso evangelizador creciente y abundante en frutos. En efecto, la Iglesia de la presencia y de la acción callada, de celebraciones hondas y sentidas que agrupaban al resto fiel en vivencias serias de comunidad cristiana, pero que permanecía, al modo del primer grupo apostólico, con las puertas cerradas por miedo; había comenzado desde el primer Encuentro Nacional Eclesial Cubano, un sostenido e interesante proceso de apertura en dos sentidos: acogiendo a quienes llegaban a la comunidad cristiana y llevando el anuncio de Cristo a los barrios y pueblos, tocando a las puertas de nuestros hermanos, estableciendo nuevos centros de encuentro y de celebración en casas de familia alejadas de las iglesias o en poblados y barrios nuevos sin templos.

Este proceso de apertura y crecimiento correspondía también a un despertar de las inquietudes existenciales y religiosas del pueblo cubano, que trajo consigo la búsqueda de raíces culturales e históricas por parte de hombres y mujeres de cierta formación humana, retorno a la fe de muchos antiguos creyentes católicos, manifestaciones más frecuentes y públicas de la religiosidad popular, necesidad de encontrar sentido a la vida en muchos jóvenes y en no pocos adultos, etc.

Este movimiento confluyente de la Iglesia hacia el pueblo y del pueblo hacia la Iglesia fue facilitado por una progresiva flexibilidad de parte del gobierno en el tratamiento de la cuestión religiosa. Desde mediados de la década de los ochenta, disminuyeron poco a poco las presiones hacia los creyentes por cuestiones de su fe. Primero fue en los centros de trabajo, después en las escuelas; la universidad abrió la casi totalidad de sus carreras a los creyentes, un trato más respetuoso del tema religioso en los medios de comunicación sustituyó ciertas expresiones y ataques

de mal gusto y, por último, la constitución de la República fue reformada en sus artículos que declaraban ateo al Estado para reemplazarlos por otros donde se proclama que el Estado es laico. Gran valor de signo tuvo también la supresión de la condición de ateo para pertenecer al Partido Comunista Cubano.

En un clima, pues, de menor tensión y mayores y más frecuentes contactos de la Iglesia y las autoridades de la nación con vistas a la venida del Papa Juan Pablo II a Cuba, se dio la preparación de la visita del Santo Padre y su ulterior realización. En el íter hacia ese extraordinario evento, tuvo particular importancia la visita del presidente Fidel Castro al Papa Juan Pablo II en Roma y la acogida recibida por él de parte del Santo Padre y de la Sede Apostólica.

Se comprende que, en este ambiente que iba de menos a más en cuanto a posibilidades de la Iglesia y flexibilización del Estado en su trato a los creyentes en Cuba, el Papa Juan Pablo II, a los pocos minutos de llegar a nuestro país, hiciera un emplazamiento que contenía una idea-fuerza movilizadora de las conciencias en Cuba y en otros lugares: «que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba».

Desde el inicio de su viaje, el Santo Padre tenía puesta su mirada en el futuro y lo hacía como mensajero de verdad y de esperanza.

Pero ¿puede justificarse esa llamada a una apertura recíproca entre Cuba y el mundo apoyándose solo en la capacidad de apertura, aún tímida, del Estado cubano hacia la Iglesia y hacia la fe religiosa en general?, porque no parecían darse pasos similares en el ámbito político o de otros derechos ciudadanos. ¿No sería esta una extrapolación indebida?

Si conocemos el pensamiento del Papa Juan Pablo II con respecto al papel de la fe religiosa en el seno de la comunidad civil, su llamado no nos sorprende.

En más de una ocasión, al hablar de los derechos humanos, el Papa ha puesto la libertad de vivir y proclamar su fe como un derecho fundamental de la persona humana, considerándolo como requisito y reclamo de los demás derechos; esto se verifica, sobre todo, en los países cristianos. Cuba, situada en el corazón de América, pertenece no solo al hemisferio occidental, sino al mundo cristiano. En el aula magna de la Universidad de La Habana, el Santo Padre insistió en las raíces cristianas de la cultura cubana, aún más, el Papa diría en su homilía de la Plaza de la Revolución algo que me dijo personalmente a mí mientras recorría las calles de La Habana en automóvil, viendo las multitudes que en cada ocasión esperaban ansiosas su paso: «Cuba tiene un alma cristiana».

Para el Papa Juan Pablo II, lo que la Iglesia vive en el seno de una nación es altamente indicativo de la totalidad de la realidad sociopolítica de ese pueblo. Este modo de pensar parece ser el mismo de no pocos observadores de la situación cubana: embajadores en La Habana y sus gobiernos y muchos periodistas y analistas de diferentes medios de difusión. Por eso, el viaje de Juan Pablo II a Cuba adquiriría un valor de signo que lo hacía tan esperado y seguido por millones de espectadores, oyentes y lectores de todo el mundo. Por esto también, los pasos recíprocos del gobierno y de la Iglesia, en Cuba, trascienden el ámbito exclusivamente religioso y cobran un sentido más amplio.

El Papa fue a Cuba como mensajero de la verdad y de la esperanza, pero en su visita pastoral la esperanza no era suscitada únicamente por las palabras de ánimo que el Papa profería, sino por su misma presencia, su interacción con el pueblo y con las autoridades de la nación, su mirada, sus gestos y sus silencios. El Papa en Cuba constituía una novedad total porque hacía posible los contrastes sin ruptura, la síntesis sin claudicaciones, y así, su sola presencia entre nosotros participaba del gozo de la buena nueva que Jesucristo resucitado mandó a proclamar a sus discípulos hasta los confines del mundo. Este kairós no podría dejar de tener un después diferente. Ese era el sentir de muchos. El Papa había inaugurado un tiempo de esperanza y esta esperanza justifica cualquier llamado en favor del amor, de la reconciliación, de la justicia, de la libertad, porque es tan abarcadora la esperanza cristiana como lo es su misma meta, el bien supremo, Dios. Por eso

podía reclamar el Papa: «que Cuba se abra al mundo, que el mundo se abra a Cuba; que cesen las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera porque son injustas y éticamente inaceptables, que sean los cubanos los protagonistas de su historia, que no esperen que otros hagan por ellos lo que deben hacer ellos mismos; que no tengan miedo, que abran puertas y corazones a Cristo».

La esperanza cristiana tiene una meta que es Dios, el bien supremo, pero el Santo Padre nos dejó, además, un programa para la esperanza. Si lo cumplimos, ese tiempo de esperanza que él inauguró no cesará de ampliarse, y dentro de él se alcanzarán paso a paso metas intermedias, generadoras, a su vez, de nuevas esperanzas.

De este modo, el Papa Juan Pablo II hizo de su visita pastoral a Cuba algo más que el logro de un propósito altamente anhelado por él y por la Iglesia cubana. La estancia del Sumo Pontífice en mi país tuvo los aires de una obertura, que anuncia en su ejecución los temas que han de ser retomados y desarrollados más tarde en el curso de la puesta en escena. De ahí el seguimiento posterior de la visita papal por observadores de todo género, gobiernos, conferencias episcopales de América y de otras regiones y aun por la opinión pública internacional. De ahí también la alta responsabilidad de la Iglesia en Cuba como receptora y ejecutora del programa pastoral que nos confió el Papa y que debe llevar a los católicos cubanos al inicio del tercer milenio de la era cristiana.

Pero, normalmente, el correr del tiempo, ¿no debe aminorar el impacto del viaje papal a Cuba? Como evento histórico puntual, la visita de Juan Pablo II a mi país participa de ese dinamismo descendente, como el que opera en una trayectoria balística, al cual están sometidos todos los acontecimientos, que se van tornando poco a poco recuerdo y evocación.

Sin embargo, en su aspecto fundante de esperanza, en su programa de luces largas sobre temas esenciales a la vida de la Iglesia y del ser humano, la misión pastoral del Papa en Cuba se yergue como un cuerpo de doctrina y de acción para el tercer milenio de la era cristiana, al modo de una suerte de «encíclica a los cubanos», a la cual tendrá que volver una y otra vez la Iglesia que vive en Cuba en su caminar hacia el año 2000. La familia, la juventud, el sufrimiento, el amor a la Patria, las raíces y características de la cultura cubana, la libertad, la renovación de la sociedad, la visión cristiana del hombre y de las estructuras sociales para que exista la justicia y se respeten los derechos humanos, el papel del hombre y la mujer cubanos como primeros responsables de su destino y protagonistas de su historia, son algunos de los temas programáticos esenciales del Santo Padre que no forman un simple cuerpo teórico, sino que incluyen un proyecto dinámico y preciso para el futuro.

De la Iglesia en Cuba, de la acción de sus pastores, de la entrega generosa de sus sacerdotes, religiosos y religiosas y de la participación decidida de los laicos depende el despliegue y concreción del programa Papal que debe configurar el nuevo itinerario de la Iglesia inaugurado por el Santo Padre en su visita a mi país.

Simultáneamente a su aplicación gradual, este proyecto debe llevar consigo la esperanza, quiero decir, debe desarrollarse con talante esperanzador. Esta fue la tónica de la visita del Santo Padre a Cuba. Esa ha sido la característica del pontificado del Papa Juan Pablo II, muy acorde con el aliento y el gozo que la buena nueva debe producir en el corazón humano para que sea percibida como tal. Los obispos de Cuba debemos ser los principales portadores del «proyecto esperanza» de Juan Pablo II, que es humanista y cristiano.

Para ello, el evangelio debe ser considerado primero en su capacidad de iluminar con luz nueva y propia las diversas situaciones. De él emanan siempre las propuestas aptas para transformar la vida de hombres y pueblos. Solo recibido y aceptado en esta perspectiva pueden desplegarse todas las virtualidades y el dinamismo que contiene el mensaje de Jesús y abrirse paso en muchos corazones las respuestas que el Espíritu Santo suscita en quienes ansían construir un mundo mejor siguiendo la invitación del Señor.

El evangelio tiene innumerables potencialidades. Una de ellas es la de contrastar la realidad presente, con sus límites, sus sombras y sus elementos positivos, con la propuesta, en todo orden superior, del mensaje de Jesús. Este procedimiento nos puede conducir al mejor análisis posible de la realidad, pues el mensaje cristiano lleva en sí enunciados que trascienden la historia presente y sus incidencias, aun las de más difícil comprensión, pero si quedamos atrapados solo en el análisis, podemos correr ciertos riesgos: caer en un profetismo desgarrador, dejarnos llevar por el desaliento paralizante o buscar falsos caminos que nos desvíen de un proyecto realmente evangélico. Esta fue la suerte corrida por algunas teologías de la liberación en Latinoamérica y por ciertas actitudes individuales que se limitaron a la denuncia y al reclamo, pero evacuando casi todo el aspecto religioso cristiano de la acción de la Iglesia. Esto dejó el camino abierto a las sectas.

En la cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Santo Domingo en el año 1992, los obispos de América Latina debatieron ampliamente acerca del modo de enfocar la realidad económica, social y política del continente latinoamericano, donde la pobreza y la frustración coexisten con grandes riquezas materiales, humanas y espirituales. Se consideró para ello el uso del conocido método de Ver, Juzgar y Actuar, tan empleado en este siglo y que tan buenas aportaciones ha hecho a grupos apostólicos, movimientos y organizaciones eclesiales, en general, influyendo en el desarrollo de congresos y reuniones y en la elaboración de no pocos documentos emanados de ellos. Pero esta vez no parecía satisfacer a la mayoría de los pastores latinoamericanos este método. Apuntaban que, en ocasiones, somos prolijos en los análisis que resultan casi siempre desalentadores en el Ver, que se vuelven casi siempre duros y negativos en el Juzgar, pues el mundo que nos rodea está lejos del ideal evangélico y sus reclamos, con el riesgo de que el Actuar participe del mismo desaliento con que da inicio la reflexión y pueda quedar también condicionado por factores sociológicos, con las líneas de acción a menudo supeditadas a estrategias demasiado humanas, al surgir muy desde abajo.

Los obispos proponían otra andadura, y esta fue la clave en la que se redactó el documento final. Primeramente considerar la realidad tal como es querida por Dios, iluminada por la palabra revelada y por una seria reflexión teológica. En segundo lugar analizar cuáles son los desafíos pastorales para que pueda realizarse el designio de Dios sobre esa realidad concreta, sea, por ejemplo, la familia, la juventud, la sociedad, el trabajo humano, etc.; y en tercer lugar adoptar las líneas pastorales que resulten más adecuadas según la reflexión y el análisis de los desafíos pastorales.

Este método para llevar a cabo su misión pastoral ha sido seguido por la Iglesia en Cuba, sobre todo a partir del II Encuentro Nacional Cubano en el año 1996.

La Iglesia en mi país no podría reducir su misión pastoral al análisis de la realidad político-social cubana, que puede estar distante del evangelio en muchos aspectos, ni al juicio profético sobre esa realidad. Esta misión imprescindible de la Iglesia debe estar incluida dentro de un proyecto más amplio, como es el de un plan pastoral. Aunque las posibilidades de la acción de la Iglesia están disminuidas (pensemos en el no acceso habitual a medios de comunicación ni al sistema educacional del Estado, o las dificultades en la acción social de la Iglesia o para construir nuevos templos), la Iglesia debe proponerse un plan pastoral y así lo ha hecho desde 1996, con metas y programas que incluyen una creciente presencia y acción de la Iglesia en la sociedad cubana fruto de la reflexión teológica sobre nuestro medio y del análisis de los desafíos pastorales que él nos presenta. Este plan pastoral prioriza la formación cristiana, sobre todo de los nuevos creyentes en Cristo que llegan a nuestras Iglesias, la creación y fortalecimiento de comunidades cristianas vivas y dinámicas, capaces de acoger y entusiasmar a los nuevos cristianos y de ser misioneras, portadoras del mensaje del evangelio a otros hermanos y la promoción humana por medio de la acción social de la Iglesia.

El reciente Sínodo de América se plantea como condición previa e indispensable para que se dé la transformación de hombres, comunidades y estructuras de la sociedad, que la Iglesia propicie «el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». El solo tema del sínodo constituye ya un documento claro, programático y comprometedor para los

católicos del continente americano, apoya en su formulación el plan pastoral de la Iglesia en Cuba y contiene muchos elementos esenciales para la misión en nuestro país.

La Iglesia en Cuba debe llevar al hombre y a la mujer cubanos de hoy al encuentro con Jesucristo. Solo él tiene el poder de transformar sus vidas y ese es también el único medio de transformar según el querer de Cristo la familia y la sociedad entera. «El hombre es el camino de la Iglesia», nos decía el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor Hominis*.

El Papa Juan Pablo II no hizo en Cuba análisis exhaustivos ni juicios concluyentes sobre el pasado o el presente de nuestro país, trazó un camino de libertad y responsabilidad para el futuro y nos anunció con su misma presencia y actuación que es posible al cristiano estar en medio de la sociedad con su propia identidad y actuar en la historia concreta de hombres y pueblos con el poder de Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo. Al final de su homilía en la Plaza de la Revolución en La Habana, el Papa improvisaba algunas palabras inspirándose en el fuerte viento que se sentía esa mañana durante la celebración de la Eucaristía. Dijo el Papa: «este viento me hace pensar en el Espíritu Santo. El Espíritu sopla donde quiere y quiere soplar en Cuba». En el Espíritu de Dios estaba la gran esperanza del Papa y en él está puesta la esperanza de la Iglesia en mi país.

Ese «no sé qué» casi inexplicable que produjo la visita del Papa en la sociedad cubana tiene mucho que ver con la esperanza que suscitó en el corazón de los cubanos. Esta esperanza no debe ser derrotada y, si bien parece haber quedado atrás el clima más positivo y abierto del año 1998, en el que algunos elementos de la política nacional cubana y, sobre todo, de la política internacional con respecto a Cuba, parecían brindar ciertos cauces inmediatos a aquella gran esperanza, y se presenta este año con perspectivas poco alentadoras a este respecto, no debemos permitir que se clausure la puerta abierta por el Papa Juan Pablo II a la esperanza con su visita pastoral a Cuba. Para nosotros, pastores de la Iglesia en Cuba, esto sería una imposible claudicación; para los hombres y mujeres de fe en nuestro país sería un contrasentido de cara al tercer milenio de la era cristiana.

La Iglesia en Cuba no puede detenerse ante los signos negativos que intentan oscurecer un futuro mejor. Nuestra misión debe llevar a todos los cubanos, sean hombres de gobierno o de pueblo, creyentes o no creyentes, la esperanza que el Papa Juan Pablo II sembró a su paso entre nosotros. El clima de distensión, de serenidad, de mayor tolerancia, que siguió a la visita del Santo Padre en nuestro país debe prevalecer a pesar de las crisis y dificultades de cualquier orden. Justamente, este clima se convierte en el más poderoso factor para superar lo adverso.

Este es el más difícil y apasionante quehacer de un pastor en Cuba.

Pido sus oraciones por los obispos cubanos y para que nuestro plan pastoral hacia el 2000 tenga éxito. No olviden tampoco en su oración al pueblo cubano.

Muchas gracias.

CONFERENCIA PRONUNCIADA PARA EL GRUPO Y.P.O.

Roma, 22 de junio de 1999

Un saludo a Standing Ovations con mi gratitud por invitarme a presentarles el panorama de la Iglesia en Cuba después de la visita del Papa Juan Pablo II y de cara al año 2000. Hagamos un poco de historia.

Durante aquellos años en que se hablaba a veces de la Iglesia del silencio en Cuba, la comunidad católica cubana no permanecía, sin embargo, inactiva. La Iglesia supo estar presente en Cuba a través de todas las incidencias de la historia más reciente de nuestro país. Un buen número de católicos, entre muchos otros cubanos, dejaron el país para establecerse en otras tierras. No pocos sacerdotes y religiosas, al perder sus instituciones de estudio o de asistencia social, se trasladaron a otros países. Alrededor de un centenar y medio de sacerdotes debió abandonar el país en los primeros años de la década del 60, conminados por las autoridades que los obligaron a emigrar. Pero el pequeño resto cristiano que se quedó en Cuba echó pie en tierra con la población que también permanecía en la isla. La labor catequética, el culto renovado y fortalecido por el clima de comunión fraterna que creaba aquella nueva espiritualidad de resto fiel produjo un tipo de comunidad eclesial viva, vibrante en sus celebraciones, agrupada sólidamente en torno a sus pastores, quizá replegada sobre sí misma, pero fiel y orgullosa de su fidelidad.

Se tiene entonces una vivencia original de Iglesia, como aquella de los primeros siglos del cristianismo, haciendo la experiencia de vivir lo esencial en la pobreza, con un total abandono en las manos de un Dios que nunca nos deja.

La abnegación de los sacerdotes, atendiendo cuatro, cinco, seis parroquias y otras comunidades eclesiales, la perseverancia valiente e incondicional de los laicos, su participación activa en la acción ministerial de la Iglesia, el testimonio de sus vidas, sea en sus familias, en su entorno social y especialmente en sus centros de trabajo, la capacidad total de la Iglesia para vivir la nueva realidad del país sin resentimientos ni rencores, con una decisión siempre renovada de servir a la sociedad, sin reclamar privilegios, sino solo su derecho a existir, a mantener su identidad, a realizar su misión, le fueron granjeando a la Iglesia Católica un lugar de prestigio, de respeto, de simpatía en el seno de la sociedad cubana.

Cuando en 1986, después de cinco años de preparación en todas las parroquias y pequeñas comunidades de todo el país, la Iglesia realizó en La Habana el primer Encuentro Nacional Eclesial Cubano, las deliberaciones de aquella reunión, el documento surgido de la misma y las proyecciones hacia el futuro para la acción pastoral mostraban una Iglesia que había madurado en el esfuerzo constante, donde no faltó el sufrimiento por las limitaciones reales en el desarrollo de su misión propia, a causa de estrictos y persistentes controles estatales, pero donde se hacían sentir también la alegría y el entusiasmo.

Reitero la importancia de la unidad de la Iglesia durante ese período: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos enfrentaron aquella difícil situación cohesionados como en una gran familia. No puede dejarse de destacar la catolicidad de la Iglesia como factor determinante para mantener su fidelidad en los momentos difíciles. La adhesión de nuestra Iglesia al Papa, su profunda comunión con la Santa Sede, favorecida por el hecho de haber mantenido Cuba y la Sede Apostólica relaciones diplomáticas que posibilitaron siempre la presencia del representante Papal en La Habana, constituyó para la Iglesia en Cuba una especie de ventana abierta a la Iglesia universal. A través de ella pudo sentir los aires nuevos del Concilio Vaticano II y recibir luz y esperanza por varios modos diversos. Así pudimos tener acceso a los documentos conciliares, a los nuevos textos litúrgicos en lengua vernácula y recibir literatura religiosa actualizada para la formación de los sacerdotes y seminaristas. En la figura del Nuncio en La Habana se ha concretado, durante todos estos años, la comunión con la Iglesia de Roma y especialmente con el Sumo Pontífice. Esta relación, y el hecho de que nuestra Iglesia pudiera nombrar libremente a sus obispos, según el modo habitual de hacerlo la

Iglesia Católica Romana, sin previa consulta al gobierno cubano, sino por la decisión libre del Santo Padre, fue una ventaja innegable para la Iglesia a fin de evitar el riesgo de pseudoiglesias nacionales o de grupos de presión que hubieran podido surgir en su propio seno.

Es importante considerar las corrientes de pensamiento que subyacen en el tratamiento de la cuestión religiosa en Cuba en los últimos 40 años. El pensamiento liberal y el laicismo estuvieron presentes en Cuba desde el siglo XIX y se reafirmaron a causa de la intervención norteamericana de 1898 a 1902, con el consiguiente influjo predominante en la vida republicana hasta el triunfo de la revolución en 1959. A partir de ese momento es el pensamiento marxista el que intenta tomar el relevo. A todo ello se suma la modernidad secularista, cuyo influjo, nada despreciable, no cesa de crecer en Cuba, sobre todo en estas últimas décadas del siglo.

Los sistemas de pensamiento más relevantes de los siglos XIX y XX tienen la tendencia a asignar a la Iglesia y a la fe católica un papel determinado en la sociedad. Pero la Iglesia no tiene un papel que le venga atribuido por las estructuras políticas, sino una misión propia que le ha sido confiada por su fundador. Un tipo de liberalismo filosófico lleva consigo el laicismo a ultranza, el cual postula, más que la separación de la Iglesia y del Estado, la separación de la Iglesia de la sociedad. Se considera a menudo la fe religiosa, dentro de esa concepción de la vida civil, como una necesidad admitida para débiles y pobres, como «freno moral individual» que favorece la tranquilidad y el orden en la convivencia social, etc.

La Iglesia no niega su función inspiradora de una ética social, pero ella es ante todo depositaria y responsable de esa misma inspiración, que nace del anuncio de Jesús, hijo de Dios, a quien no puede dejar de presentar a los hombres y mujeres de todos los pueblos para darles la posibilidad de que, encontrándolo a él, transformen sus vidas y el mundo que los rodea.

La filosofía marxista originaria descalificaba el mismo sentir religioso del hombre, considerándolo nocivo. Los seguidores de ese pensamiento, sobre todo los que en este siglo establecieron sistemas sociopolíticos inspirados en aquella filosofía, llevaron a sus consecuencias prácticas los postulados originarios de la misma y consideraron la fe religiosa y la institución eclesial como un molesto remanente de conductas atávicas, de las cuales el hombre debe ser liberado con mayor o menor paciencia, según lo aconsejen las circunstancias. Este modo de concebir la religión tuvo mayores dificultades para asignar «un papel a la Iglesia y a la fe cristiana», según la concepción hegeliana del Estado. En momentos de crisis nacional, de guerra o de situaciones similares, se intentó incorporar a la Iglesia en una acción en favor de la paz o se le concedió alguna función moralizadora o de aliento psicosocial. Por lo tanto, esto no es más que un intento de ubicarla en el proyecto común. Con gran dificultad, en algunas ocasiones con persecuciones y siempre bajo estricto control, ha podido la Iglesia reafirmar su misión dentro de esos sistemas de pensamiento y de gobierno, que no es otro que el anuncio del reinado de Jesucristo.

Las concepciones filosóficas e ideológicas del liberalismo y del marxismo que, con respecto a la fe religiosa, se tocan en sus extremos: privatización de la fe, reducido o nulo rol social de la Iglesia, tratamiento más o menos circunstancial o permisivo de la cuestión religiosa y de la Iglesia, han dejado un sedimento de cierta envergadura en mi país.

La modernidad y el secularismo, que han coexistido por ósmosis en un mundo globalizado con el pensamiento oficial y se expanden en las últimas décadas, no traen consigo un abordaje ideológico o sociopolítico estricto de la religión o de la Iglesia, sino fijan su atención en el bienestar de individuos y grupos humanos, en la realización personal, con una confianza ilimitada en la ciencia y la técnica para resolver los problemas de la humanidad, prescindiendo en la práctica de lo religioso, que queda pragmáticamente excluido de todo proyecto de futuro.

Pero, en estos últimos años del siglo XX, en todo el mundo se ahondan las preocupaciones por los riesgos de los avances científicos y económicos, por el deterioro ecológico, por el consumismo, por la manipulación genética y el menosprecio de la vida, etc. Surge así un reclamo de responsabilidad en

el hombre, para que tome seriamente en sus manos las riendas de la historia. De esa responsabilidad suya depende el futuro personal y colectivo de los habitantes de la tierra. El hombre aparece ahora en el centro de atención de pensadores, políticos y escritores, no tanto como el beneficiario y dueño absoluto de la creación para disfrutar libremente de ella y realizarse así como humano (humanismo tradicional), sino como el responsable consciente del futuro previsible de la humanidad y de la base de sustentación de la misma, que es el planeta con sus recursos, su población y el tipo de relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza, por solo citar algunos aspectos del problema (nuevo humanismo).

Por el buen nivel cultural medio del pueblo cubano, dentro del cual surgen las inquietudes y se suscitan las búsquedas, estas coordinadas históricas, sociopolíticas, filosóficas y religiosas formaban parte del paisaje humano que encontró el Papa Juan Pablo II en Cuba al realizar su inolvidable visita pastoral a mi país.

Halló el Santo Padre, además, una Iglesia pobre en recursos humanos y materiales, pero rica en experiencias de auténtica vida comunitaria, con un compromiso evangelizador creciente y abundante en frutos. En efecto, la Iglesia de la presencia y de la acción callada, de celebraciones hondas y sentidas que agrupaban al resto fiel en vivencias serias de comunidad cristiana, pero que permanecía, al modo del primer grupo apostólico, con las puertas cerradas por miedo, había comenzado, desde el primer Encuentro Nacional Eclesial Cubano en 1986, un sostenido e interesante proceso de apertura en dos sentidos: acogiendo a quienes llegaban a la comunidad cristiana y llevando el anuncio de Cristo a los barrios y pueblos, tocando a las puertas de nuestros hermanos, estableciendo nuevos centros de encuentro y de celebración en casas de familia alejadas de las iglesias o en poblados y barrios nuevos sin templos.

Este proceso de apertura y crecimiento correspondía también a un despertar de las inquietudes existenciales y religiosas del pueblo cubano, que trajo consigo la búsqueda de raíces culturales e históricas por parte de hombres y mujeres de cierta formación humana, retorno a la fe de muchos antiguos creyentes católicos, manifestaciones más frecuentes y públicas de la religiosidad popular, necesidad de encontrar sentido a la vida en muchos jóvenes y en no pocos adultos, etc.

Este movimiento confluyente de la Iglesia hacia el pueblo y del pueblo hacia la Iglesia fue facilitado por una progresiva flexibilidad de parte del gobierno en el tratamiento de la cuestión religiosa. Desde mediados de la década de los ochenta, disminuyeron poco a poco las presiones hacia los creyentes por cuestiones de su fe. Primero fue en los centros de trabajo, después en las escuelas; la universidad abrió la casi totalidad de sus carreras a los creyentes, un trato más respetuoso del tema religioso en los medios de comunicación sustituyó ciertas expresiones y ataques de mal gusto y, por último, la Constitución de la República fue reformada en sus artículos que declaraban ateo al Estado para reemplazarlos por otros donde se proclama que el Estado es laico. Gran valor de signo tuvo también la supresión de la condición de ateo para pertenecer al Partido Comunista Cubano.

En un clima, pues, de menor tensión y mayores y más frecuentes contactos de la Iglesia y las autoridades de la nación con vistas a la venida del Papa Juan Pablo II a Cuba, se dio la preparación de la visita del Santo Padre y su ulterior realización. En el íter hacia ese extraordinario evento, tuvo particular importancia la visita del presidente Fidel Castro al Papa Juan Pablo II en Roma y la acogida recibida por él de parte del Santo Padre y de la Sede Apostólica.

Se comprende que en este ambiente, que iba de menos a más en cuanto a posibilidades de la Iglesia y flexibilización del Estado en su trato a los creyentes en Cuba, el Papa Juan Pablo II a los pocos minutos de llegar a nuestro país, hiciera un emplazamiento que contenía una idea-fuerza movilizadora de las conciencias en Cuba y en otros lugares: «que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba».

Desde el inicio de su viaje, el Santo Padre tenía puesta su mirada en el futuro y lo hacía como mensajero de verdad y de esperanza.

Pero ¿puede justificarse esa llamada a una apertura recíproca entre Cuba y el mundo, apoyándose solo en la capacidad de apertura, aún tímida, del Estado cubano hacia la Iglesia y hacia la fe religiosa en general?, porque no parecían darse pasos similares en el ámbito político o de otros derechos ciudadanos. ¿No sería esta una extrapolación indebida?

Si conocemos el pensamiento del Papa Juan Pablo II con respecto al papel de la fe religiosa en el seno de la comunidad civil, su llamado no nos sorprende.

En más de una ocasión, al hablar de los derechos humanos, el Papa ha puesto la libertad de vivir y proclamar su fe como un derecho fundamental de la persona humana, considerándolo como requisito y reclamo de los demás derechos; esto se verifica, sobre todo, en los países cristianos. Cuba, situada en el corazón de América, pertenece no solo al hemisferio occidental, sino al mundo cristiano. En el aula magna de la universidad de La Habana, el Santo Padre insistió en las raíces cristianas de la cultura cubana, aún más, el Papa diría en su homilía de la Plaza de la Revolución algo que me dijo personalmente a mí mientras recorría las calles de La Habana en automóvil, viendo las multitudes que en cada ocasión esperaban ansiosas su paso: «Cuba tiene un alma cristiana».

Para el Papa Juan Pablo II, lo que la Iglesia vive en el seno de una nación es altamente indicativo de la totalidad de la realidad sociopolítica de ese pueblo. Este modo de pensar parece ser el mismo de no pocos observadores de la situación cubana: embajadores en La Habana y sus gobiernos y muchos periodistas y analistas de diferentes medios de difusión. Por eso, el viaje de Juan Pablo II a Cuba adquiriría un valor de signo que lo hacía tan esperado y seguido por millones de espectadores, oyentes y lectores de todo el mundo. Por esto también, los pasos recíprocos del gobierno y de la Iglesia, en Cuba, trascienden el ámbito exclusivamente religioso y cobran un sentido más amplio.

El Papa fue a Cuba como mensajero de la verdad y de la esperanza, pero en su visita pastoral la esperanza no era suscitada únicamente por las palabras de ánimo que el Papa profería, sino por su misma presencia, su interacción con el pueblo y con las autoridades de la nación, su mirada, sus gestos y sus silencios. El Papa en Cuba constituía una novedad total porque hacía posible los contrastes sin ruptura, la síntesis sin claudicaciones, y así, su sola presencia entre nosotros participaba del gozo de la buena nueva que Jesucristo resucitado mandó a proclamar a sus discípulos hasta los confines del mundo. Este Kairós no podría dejar de tener un después diferente. Ese era el sentir de muchos. El Papa había inaugurado un tiempo de esperanza y esta esperanza justifica cualquier llamado en favor del amor, de la reconciliación, de la justicia, de la libertad, porque es tan abarcadora la esperanza cristiana como lo es su misma meta, el bien supremo, Dios. Por eso podía reclamar el Papa: «que Cuba se abra al mundo, que el mundo se abra a Cuba; que cesen las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera porque son injustas y éticamente inaceptables, que sean los cubanos los protagonistas de su historia, que no esperen que otros hagan por ellos lo que deben hacer ellos mismos; que no tengan miedo, que abran puertas y corazones a Cristo».

La esperanza cristiana tiene una meta que es Dios, el bien supremo, pero el Santo Padre nos dejó, además, un programa para la esperanza. Si lo cumplimos, ese tiempo de esperanza que él inauguró no cesará de ampliarse, y dentro de él se alcanzarán paso a paso metas intermedias, generadoras, a su vez, de nuevas esperanzas.

De este modo, el Papa Juan Pablo II hizo de su visita pastoral a Cuba algo más que el logro de un propósito largamente anhelado por él y por la Iglesia cubana. La estancia del Sumo Pontífice en mi país tuvo los aires de una obertura, que anuncia en su ejecución los temas que han de ser retomados y desarrollados más tarde en el curso de la puesta en escena. De ahí el seguimiento posterior de la visita papal por observadores de todo género, gobiernos, conferencias episcopales de América y de otras regiones y aun por la opinión pública internacional. De ahí también la alta responsabilidad de la

Iglesia en Cuba como receptora y ejecutora del programa pastoral que nos confió el Papa y que deben cumplir los católicos cubanos al inicio del tercer milenio de la era cristiana.

Pero, normalmente, el correr del tiempo, ¿no debe aminorar el impacto del viaje Papal a Cuba? Como evento histórico puntual, la visita de Juan Pablo II a mi país participa de ese dinamismo descendente, como el que opera en una trayectoria balística, al cual están sometidos todos los acontecimientos, que se van tornando poco a poco recuerdo y evocación.

Sin embargo, en su aspecto fundante de esperanza, en su programa de luces largas sobre temas esenciales a la vida de la Iglesia y del ser humano, la misión pastoral del Papa en Cuba se yergue como un cuerpo de doctrina y de acción para el tercer milenio de la era cristiana, al modo de una suerte de «encíclica a los cubanos», a la cual tendrá que volver una y otra vez la Iglesia que vive en Cuba en su quehacer pastoral del 3er milenio. La familia, la juventud, el sufrimiento, el amor a la Patria, las raíces y características de la cultura cubana, la libertad, la renovación de la sociedad, la visión cristiana del hombre y de las estructuras sociales para que exista la justicia y se respeten los derechos humanos, el papel del hombre y la mujer cubanos como primeros responsables de su destino y protagonistas de su historia, son algunos de los temas programáticos esenciales del Santo Padre que no forman un simple cuerpo teórico, sino que incluyen un proyecto dinámico y preciso para el futuro.

De la Iglesia en Cuba, de la acción de sus pastores, de la entrega generosa de sus sacerdotes, religiosos y religiosas y de la participación decidida de los laicos depende el despliegue y concreción del programa papal que debe configurar el nuevo itinerario de la Iglesia inaugurado por el Santo Padre en su visita a mi país.

Simultáneamente a su aplicación gradual, este proyecto debe llevar consigo la esperanza, quiero decir, debe desarrollarse con talante esperanzador. Esta fue la tónica de la visita del Santo Padre a Cuba. Esa ha sido la característica del pontificado del Papa Juan Pablo II, muy acorde con el aliento y el gozo que la buena nueva debe producir en el corazón humano para que sea percibida como tal. Los obispos de Cuba debemos ser los principales portadores del «proyecto esperanza» de Juan Pablo II, que es humanista y cristiano.

Para ello, el evangelio debe ser considerado primero en su capacidad de iluminar con luz nueva y propia las diversas situaciones. De él emanan siempre las propuestas aptas para transformar la vida de hombres y pueblos. Solo recibido y aceptado en esta perspectiva pueden desplegarse todas las virtualidades y el dinamismo que contiene el mensaje de Jesús y abrirse paso en muchos corazones las respuestas que el Espíritu Santo suscita en quienes ansían construir un mundo mejor siguiendo la invitación del Señor.

El evangelio tiene innumerables potencialidades. Una de ellas es la de contrastar la realidad presente, con sus límites, sus sombras y sus elementos positivos, con la propuesta, en todo orden superior, del mensaje de Jesús. Este procedimiento nos puede conducir al mejor análisis posible de la realidad, pues el mensaje cristiano lleva en sí enunciados que trascienden la historia presente y sus incidencias, aun las de más difícil comprensión, pero si quedamos atrapados solo en el análisis, podemos correr ciertos riesgos: caer en un profetismo desgarrador, dejarnos llevar por el desaliento paralizante o buscar falsos caminos que nos desvíen de un proyecto realmente evangélico. Esta fue la suerte corrida por algunas teologías de la liberación en Latinoamérica y por ciertas actitudes individuales que se limitaron a la denuncia y al reclamo, pero evacuando casi todo el aspecto religioso cristiano de la acción de la Iglesia. Esto dejó el camino abierto a las sectas.

En la cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Santo Domingo en el año 1992, los obispos de América Latina debatieron ampliamente acerca del modo de enfocar la realidad económica, social y política del continente latinoamericano, donde la pobreza y la frustración coexisten con grandes riquezas materiales, humanas y espirituales. Se consideró para ello el uso del conocido método de Ver, Juzgar y Actuar, tan empleado en este siglo y que tan buenas aportaciones

ha hecho a grupos apostólicos, movimientos y organizaciones eclesiales en general, influyendo en el desarrollo de congresos y reuniones y en la elaboración de no pocos documentos emanados de ellos. Pero esta vez no parecía satisfacer a la mayoría de los pastores latinoamericanos este método. Apuntaban que, en ocasiones, somos prolijos en los análisis que resultan casi siempre desalentadores en el Ver, que se vuelven casi siempre duros y negativos en el Juzgar que es cuando se contrasta la santidad con la Palabra de Dios, pues el mundo que nos rodea está lejos del ideal evangélico y sus reclamos, con el riesgo de que el Actuar participe del mismo desaliento con que da inicio la reflexión y pueda quedar también condicionado por factores sociológicos, con las líneas de acción a menudo supeditadas a estrategias demasiado humanas, al surgir muy desde abajo.

Los obispos proponían otra andadura, y esta fue la clave en la que se redactó el documento final. Primeramente, considerar la realidad tal como es querida por Dios, iluminada por la palabra revelada y por una seria reflexión teológica. En segundo lugar, analizar cuáles son los desafíos pastorales para que pueda realizarse el designio de Dios sobre esa realidad concreta, sea, por ejemplo, la familia, la juventud, la sociedad, el trabajo humano, etc.; y en tercer lugar, adoptar las líneas pastorales que resulten más adecuadas según la reflexión y el análisis de los desafíos pastorales.

Este método para llevar a cabo su misión pastoral ha sido seguido por la Iglesia en Cuba, sobre todo, a partir del II Encuentro Nacional Cubano en el año 1996.

La Iglesia en mi país no podría reducir su misión pastoral al análisis de la realidad político-social cubana, que puede estar distante del evangelio en muchos aspectos, ni al juicio profético sobre esa realidad. Esta misión imprescindible de la Iglesia debe estar incluida dentro de un proyecto más amplio, como es el de un plan pastoral. Aunque las posibilidades de la acción de la Iglesia están disminuidas (pensemos en el no acceso habitual a medios de comunicación ni al sistema educacional del Estado o las dificultades en la acción social de la Iglesia o para construir nuevos templos), la Iglesia debe proponerse un plan pastoral y así lo ha hecho desde 1996, con metas y programas que incluyen una creciente presencia y acción de la Iglesia en la sociedad cubana, fruto de la reflexión teológica sobre nuestro medio y del análisis de los desafíos pastorales que él nos presenta. Este plan pastoral prioriza la formación cristiana, sobre todo, de los nuevos creyentes en Cristo que llegan a nuestras iglesias, la creación y fortalecimiento de comunidades cristianas vivas y dinámicas, capaces de acoger y entusiasmar a los nuevos cristianos y de ser misioneras, portadoras del mensaje del evangelio a otros hermanos, y la promoción humana por medio de la acción social de la Iglesia.

El Sínodo de América se plantea, como condición previa e indispensable para que se dé la transformación de hombres, comunidades y estructuras de la sociedad, que la Iglesia propicie «el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». El solo tema del Sínodo constituye ya un documento claro, programático y comprometedor para los católicos del continente americano, apoya en su formulación el plan pastoral de la Iglesia en Cuba y contiene muchos elementos esenciales para la misión en nuestro país.

La Iglesia en Cuba debe llevar al hombre y a la mujer cubanos de hoy al encuentro con Jesucristo. Solo él tiene el poder de transformar sus vidas y ese es también el único medio de transformar, según el querer de Cristo, la familia y la sociedad entera. «El hombre es el camino de la Iglesia», nos decía el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor Hominis*.

El Papa Juan Pablo II no hizo en Cuba análisis exhaustivos ni emitió juicios concluyentes sobre el pasado o el presente de nuestro país, trazó un camino de libertad y responsabilidad para el futuro y nos anunció con su misma presencia y actuación que es posible al cristiano estar en medio de la sociedad con su propia identidad y actuar en la historia concreta de hombres y pueblos con el poder de Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo. Al final de su homilía en la Plaza de la Revolución en La Habana, el Papa improvisaba algunas palabras inspirándose en el fuerte viento que se sentía esa mañana durante la celebración de la Eucaristía. Dijo el Papa: «Este viento me hace pensar en el Espíritu Santo. El Espíritu sopla donde quiere y quiere soplar en Cuba». En el Espíritu de Dios estaba la gran esperanza del Papa y en él está puesta la esperanza de la Iglesia en mi país.

Ese «no sé qué» casi inexplicable que produjo la visita del Papa en la sociedad cubana tiene mucho que ver con la esperanza que suscitó en el corazón de los cubanos. Esta esperanza no debe ser derrotada y, si bien parece haber quedado atrás el clima más positivo y abierto del año 1998, en el que algunos elementos de la política nacional cubana y sobre todo de la política internacional con respecto a Cuba, parecían brindar ciertos cauces inmediatos a aquella gran esperanza, y se desarrolla al momento presente con perspectivas poco alentadoras, no debemos permitir que se clausure la puerta abierta por el Papa Juan Pablo II a la esperanza con su visita pastoral a Cuba. Para nosotros, pastores de la Iglesia en Cuba, esto sería una imposible claudicación; para los hombres y mujeres de fe en nuestro país sería un contrasentido en el inicio del tercer milenio de la era cristiana.

La Iglesia en Cuba no puede detenerse ante los signos negativos que intentan oscurecer un futuro mejor. Nuestra misión debe llevar a todos los cubanos, sean hombres de gobierno o de pueblo, creyentes o no creyentes, la esperanza que el Papa Juan Pablo II sembró a su paso entre nosotros. El clima de distensión, de serenidad, de mayor tolerancia, que siguió a la visita del Santo Padre en nuestro país debe prevalecer a pesar de las crisis y dificultades de cualquier orden. Justamente, este clima se convierte en el más poderoso factor para superar lo adverso.

Este es el más difícil y apasionante quehacer de un pastor en Cuba.

Pido sus oraciones por los obispos cubanos y para que nuestro plan pastoral hasta el 2009 tenga éxito. No olviden tampoco en su oración al pueblo cubano.

Muchas gracias.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA RECEPCIÓN DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD DE SAN FRANCISCO

San Francisco, California, 19 de octubre de 1999

Estimado Padre rector, estimados profesores.

Queridos hermanos y hermanas.

Agradezco vivamente el alto honor que me confiere esta Universidad de San Francisco, y lo hago con la emoción de quien sabe que este homenaje no se dirige a mi persona, sino a la Iglesia Católica que peregrina en Cuba y a la cual humildemente represento.

Digo con emoción porque, durante décadas de silencio acerca de nuestra vivencia a veces oculta, siempre serena y confiada, de la fe en Cristo y de nuestra esperanza en el único Salvador, los católicos cubanos teníamos a menudo la impresión de ser olvidados por los cristianos de otras latitudes. Cuba es una isla, situada en el corazón de América. Su vocación continental fue siempre la de ser puente y lugar de encuentro de culturas y pueblos diversos, pero la realidad sociopolítica que se instauró en mi país, a partir del año 1959, produjo su aislamiento del continente americano y lo hizo doblemente distante de la parte occidental de Europa, donde se gestaban el mercado común y la Unión Europea. En relación con el continente europeo se establecían y consolidaban nuevos lazos económicos, culturales y también ideológicos con los países del este de Europa que estaban bajo el influjo de la desaparecida Unión Soviética y, preferentemente, con ese mismo país.

Durante aquellos años en que se hablaba a veces de la Iglesia del silencio en Cuba, la comunidad católica cubana no permanecía, sin embargo, inactiva. La Iglesia supo estar presente en Cuba a través de todas las incidencias de la historia más reciente de nuestro país. Un buen número de católicos, entre muchos otros cubanos, dejaron el país para establecerse en otras tierras. No pocos sacerdotes y religiosas, al perder sus instituciones de estudio o de asistencia social, se trasladaron a otros países. Alrededor de un centenar y medio de sacerdotes debió abandonar el país en los primeros años de la década del 60, conminados por las autoridades que los obligaron a emigrar. Pero el pequeño resto cristiano que se quedó en Cuba echó pie en tierra con la población que también permanecía en la isla. La labor catequética, el culto renovado y fortalecido por el clima de comunión fraterna que creaba aquella nueva espiritualidad de resto fiel produjo un tipo de comunidad eclesial viva, vibrante en sus celebraciones, agrupada sólidamente en torno a sus pastores, quizá replegada sobre sí misma, pero fiel y orgullosa de su fidelidad.

Se tiene entonces una vivencia original de Iglesia, como aquella de los primeros siglos del cristianismo, haciendo la experiencia de vivir lo esencial en la pobreza, con un total abandono en las manos de un Dios que nunca nos deja.

La abnegación de los sacerdotes, atendiendo cuatro, cinco, seis parroquias y otras comunidades eclesiales, la perseverancia valiente e incondicional de los laicos, su participación activa en la acción ministerial de la Iglesia, el testimonio de sus vidas, sea en sus familias, en su entorno social y especialmente en sus centros de trabajo, la capacidad total de la Iglesia para vivir la nueva realidad del país sin resentimientos ni rencores, con una decisión siempre renovada de servir a la sociedad, sin reclamar privilegios, sino solo su derecho a existir, a mantener su identidad, a realizar su misión, le fueron granjeando a la Iglesia Católica un lugar de prestigio, de respeto, de simpatía en el seno de la sociedad cubana.

Cuando en 1986, después de cinco años de preparación en todas las parroquias y pequeñas comunidades de todo el país, la Iglesia realizó en La Habana el primer Encuentro Nacional Eclesial Cubano, las deliberaciones de aquella reunión, el documento surgido de la misma y las proyecciones

hacia el futuro para la acción pastoral mostraban una Iglesia que había madurado en el esfuerzo constante, donde no faltó el sufrimiento por las limitaciones reales en el desarrollo de su misión propia, a causa de estrictos y persistentes controles estatales, pero donde se hacían sentir también la alegría y el entusiasmo.

Reitero la importancia de la unidad de la Iglesia durante ese período: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos enfrentaron aquella difícil situación cohesionados como en una gran familia. No puede dejarse de destacar la catolicidad de la Iglesia como factor determinante para mantener su fidelidad en los momentos difíciles. La adhesión de nuestra Iglesia al Papa, su profunda comunión con la Santa Sede, favorecida por el hecho de haber mantenido Cuba y la Sede Apostólica relaciones diplomáticas que posibilitaron siempre la presencia del representante papal en La Habana, constituyó para la Iglesia en Cuba una especie de ventana abierta a la Iglesia universal. A través de ella pudo sentir los aires nuevos del Concilio Vaticano II y recibir luz y esperanza por varios modos diversos. Así pudimos tener acceso a los documentos conciliares, a los nuevos textos litúrgicos en lengua vernácula y recibir literatura religiosa actualizada para la formación de los sacerdotes y seminaristas. En la figura del Nuncio en La Habana se ha concretado durante todos estos años la comunión con la Iglesia de Roma y, especialmente, con el Sumo Pontífice. Esta relación, y el hecho de que nuestra Iglesia pudiera nombrar libremente a sus obispos, según el modo habitual de hacerlo la Iglesia Católica Romana, sin previa consulta al gobierno cubano, sino por la decisión libre del Santo Padre, fue una ventaja innegable para la Iglesia a fin de evitar el riesgo de pseudoiglesias nacionales o de grupos de presión que hubieran podido surgir en su propio seno.

Es importante considerar las corrientes de pensamiento que subyacen en el tratamiento de la cuestión religiosa en Cuba en los últimos 40 años. El pensamiento liberal y el laicismo estuvieron presentes en Cuba desde el siglo XIX y se reafirmaron a causa de la intervención norteamericana de 1898 a 1902, con el consiguiente influjo predominante en la vida republicana hasta el triunfo de la revolución en 1959. A partir de ese momento es el pensamiento marxista el que intenta tomar el relevo. A todo ello se suma la modernidad secularista, cuyo influjo, nada despreciable, no cesa de crecer en Cuba, sobre todo en estas últimas décadas del siglo.

Los sistemas de pensamiento más relevantes de los siglos XIX y XX tienen la tendencia a asignar a la Iglesia y a la fe católica un papel determinado en la sociedad. Pero la Iglesia no tiene un papel que le venga atribuido por las estructuras políticas, sino una misión propia que le ha sido confiada por su fundador. Un tipo de liberalismo filosófico lleva consigo el laicismo a ultranza, el cual postula, más que la separación de la Iglesia y del Estado, la separación de la Iglesia de la sociedad. Se considera a menudo la fe religiosa, dentro de esa concepción de la vida civil, como una necesidad admitida para débiles y pobres, como «freno moral individual» que favorece la tranquilidad y el orden en la convivencia social, etc.

La Iglesia no niega su función inspiradora de una ética social, pero ella es, ante todo, depositaria y responsable de esa misma inspiración, que nace del anuncio de Jesús, hijo de Dios, a quien no puede dejar de presentar a los hombres y mujeres de todos los pueblos para darles la posibilidad de que, encontrándolo a él, transformen sus vidas y el mundo que los rodea.

La filosofía marxista originaria descalificaba el mismo sentir religioso del hombre, considerándolo nocivo. Los seguidores de ese pensamiento, sobre todo los que en este siglo establecieron sistemas sociopolíticos inspirados en aquella filosofía, llevaron a sus consecuencias prácticas los postulados originarios de la misma y consideraron la fe religiosa y la institución eclesial como un molesto remanente de conductas atávicas, de las cuales el hombre debe ser liberado con mayor o menor paciencia, según lo aconsejen las circunstancias.

Este modo de concebir la función de la religión en la sociedad tuvo mayores dificultades para asignar «un papel a la Iglesia y a la fe cristiana». En momentos de crisis nacional, de guerra o de situaciones similares, se intentó incorporar a la Iglesia a una acción en favor de la paz o se le concedió alguna función moralizadora o de aliento psicosocial. Con gran dificultad, en algunas

ocasiones con persecuciones y siempre bajo estricto control, ha podido la Iglesia reafirmar su misión dentro de esos sistemas de pensamiento y de gobierno.

Las concepciones filosóficas e ideológicas del liberalismo y del marxismo que, con respecto a la fe religiosa, se tocan en sus extremos: privatización de la fe, reducido o nulo rol social de la Iglesia, tratamiento más o menos circunstancial o permisivo de la cuestión religiosa y de la Iglesia, han dejado un sedimento de cierta envergadura en mi país.

La modernidad y el secularismo, que coexistían con el pensamiento oficial y se expanden en las últimas décadas, no traen consigo un abordaje ideológico o sociopolítico estricto de la religión o de la Iglesia, sino fijan su atención en el bienestar de individuos y grupos humanos, en la realización personal, con una confianza ilimitada en la ciencia y la técnica para resolver los problemas de la humanidad, prescindiendo en la práctica de lo religioso, que queda pragmáticamente excluido de todo proyecto de futuro.

Pero, en estos últimos años del siglo XX, en todo el mundo se ahondan las preocupaciones por los riesgos de los avances científicos y económicos, por el deterioro ecológico, por el consumismo, por la manipulación genética y el menosprecio de la vida, etc. Surge así un reclamo de responsabilidad en el hombre, para que tome seriamente en sus manos las riendas de la historia. De esa responsabilidad suya depende el futuro personal y colectivo de los habitantes de la tierra. El hombre aparece ahora en el centro de atención de pensadores, políticos y escritores, no tanto como el beneficiario y dueño absoluto de la creación para disfrutar libremente de ella y realizarse así como humano (humanismo tradicional), sino como el responsable consciente del futuro previsible de la humanidad y de la base de sustentación de la misma, que es el planeta con sus recursos, su población y el tipo de relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza, por solo citar algunos aspectos del problema (nuevo humanismo).

Por el buen nivel cultural medio del pueblo cubano, dentro del cual surgen las inquietudes y se suscitan las búsquedas, estas coordinadas históricas, sociopolíticas, filosóficas y religiosas formaban parte del paisaje humano que encontró el Papa Juan Pablo II en Cuba al realizar su inolvidable visita pastoral a mi país.

Halló el Santo Padre, además, una Iglesia pobre en recursos humanos y materiales, pero rica en experiencias de auténtica vida comunitaria, con un compromiso evangelizador creciente y abundante en frutos. En efecto, la Iglesia de la presencia y de la acción callada, de celebraciones hondas y sentidas que agrupaban al resto fiel en vivencias serias de comunidad cristiana, pero que permanecía, al modo del primer grupo apostólico, con las puertas cerradas por miedo, había comenzado, desde el primer Encuentro Nacional Eclesial Cubano, un sostenido e interesante proceso de apertura en dos sentidos: acogiendo a quienes llegaban a la comunidad cristiana y llevando el anuncio de Cristo a los barrios y pueblos, tocando a las puertas de nuestros hermanos, estableciendo nuevos centros de encuentro y de celebración en casas de familia alejadas de las iglesias o en poblados y barrios nuevos sin templos.

Este proceso de apertura y crecimiento correspondía también a un despertar de las inquietudes existenciales y religiosas del pueblo cubano, que trajo consigo la búsqueda de raíces culturales e históricas por parte de hombres y mujeres de cierta formación humana, retorno a la fe de muchos antiguos creyentes católicos, manifestaciones más frecuentes y públicas de la religiosidad popular, necesidad de encontrar sentido a la vida en muchos jóvenes y en no pocos adultos, etc.

Este movimiento confluyente de la Iglesia hacia el pueblo y del pueblo hacia la Iglesia fue facilitado por una progresiva flexibilidad de parte del gobierno en el tratamiento de la cuestión religiosa. Desde mediados de la década de los ochenta, disminuyeron poco a poco las presiones hacia los creyentes por cuestiones de su fe. Primero fue en los centros de trabajo, después en las escuelas; la universidad abrió la casi totalidad de sus carreras a los creyentes, un trato más respetuoso del tema religioso en los medios de comunicación sustituyó ciertas expresiones y ataques

de mal gusto y, por último, la Constitución de la República fue reformada en sus artículos que declaraban ateo al Estado para reemplazarlos por otros donde se proclama que el Estado es laico. Gran valor de signo tuvo también la supresión de la condición de ateo para pertenecer al Partido Comunista Cubano.

En un clima, pues, de menor tensión y mayores y más frecuentes contactos de la Iglesia y las autoridades de la nación con vistas a la venida del Papa Juan Pablo II a Cuba, se dio la preparación de la visita del Santo Padre y su ulterior realización. En el íter hacia ese extraordinario evento, tuvo particular importancia la visita del presidente Fidel Castro al Papa Juan Pablo II en Roma y la acogida recibida por él de parte del Santo Padre y de la Sede Apostólica.

Se comprende que en este ambiente, que iba de menos a más en cuanto a posibilidades de la Iglesia y flexibilización del Estado en su trato a los creyentes en Cuba, el Papa Juan Pablo II a los pocos minutos de llegar a nuestro país, hiciera un emplazamiento que contenía una idea-fuerza movilizadora de las conciencias en Cuba y en otros lugares: «que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba».

Desde el inicio de su viaje, el Santo Padre tenía puesta su mirada en el futuro y lo hacía como mensajero de verdad y de esperanza.

Pero ¿puede justificarse esa llamada a una apertura recíproca entre Cuba y el mundo, apoyándose solo en la capacidad de apertura, aún tímida, del Estado cubano hacia la Iglesia y hacia la fe religiosa en general?, porque no parecían darse pasos similares en el ámbito político o de otros derechos ciudadanos. ¿No sería esta una extrapolación indebida?

Si conocemos el pensamiento del Papa Juan Pablo II con respecto al papel de la fe religiosa en el seno de la comunidad civil, su llamado no nos sorprende.

En más de una ocasión, al hablar de los derechos humanos, el Papa ha puesto la libertad de vivir y proclamar su fe como un derecho fundamental de la persona humana, considerándolo como requisito y reclamo de los demás derechos; esto se verifica, sobre todo, en los países cristianos. Cuba, situada en el corazón de América, pertenece no solo al hemisferio occidental, sino al mundo cristiano. En el Aula Magna de la universidad de La Habana, el Santo Padre insistió en las raíces cristianas de la cultura cubana, aún más, el Papa diría en su homilía de la Plaza de la Revolución algo que me dijo personalmente a mí mientras recorría las calles de La Habana en automóvil, viendo las multitudes que en cada ocasión esperaban ansiosas su paso: «Cuba tiene un alma cristiana».

Para el Papa Juan Pablo II, lo que la Iglesia vive en el seno de una nación es altamente indicativo de la totalidad de la realidad sociopolítica de ese pueblo. Este modo de pensar parece ser el mismo de no pocos observadores de la situación cubana: embajadores en La Habana y sus gobiernos y muchos periodistas y analistas de diferentes medios de difusión. Por eso, el viaje de Juan Pablo II a Cuba adquiriría un valor de signo que lo hacía tan esperado y seguido por millones de espectadores, oyentes y lectores de todo el mundo. Por esto también, los pasos recíprocos del gobierno y de la Iglesia, en Cuba, trascienden el ámbito exclusivamente religioso y cobran un sentido más amplio.

El Papa fue a Cuba como mensajero de la verdad y de la esperanza, pero, en su visita pastoral, la esperanza no era suscitada únicamente por las palabras de ánimo que el Papa profería, sino por su misma presencia, su interacción con el pueblo y con las autoridades de la nación, su mirada, sus gestos y sus silencios. El Papa en Cuba constituía una novedad total porque hacía posible los contrastes sin ruptura, la síntesis sin claudicaciones, y así, su sola presencia entre nosotros participaba del gozo de la buena nueva que Jesucristo resucitado mandó a proclamar a sus discípulos hasta los confines del mundo. Este Kairós no podría dejar de tener un después diferente. Ese era el sentir de muchos. El Papa había inaugurado un tiempo de esperanza y esta esperanza justifica cualquier llamado en favor del amor, de la reconciliación, de la justicia, de la libertad, porque es tan abarcadora la esperanza cristiana como lo es su misma meta, el bien supremo, Dios. Por eso

podía reclamar el Papa: «que Cuba se abra al mundo, que el mundo se abra a Cuba; que cesen las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera porque son injustas y éticamente inaceptables, que sean los cubanos los protagonistas de su historia, que no esperen que otros hagan por ellos lo que deben hacer ellos mismos; que no tengan miedo, que abran puertas y corazones a Cristo».

La esperanza cristiana tiene una meta que es Dios, el bien supremo, pero el Santo Padre nos dejó, además, un programa para la esperanza. Si lo cumplimos, ese tiempo de esperanza que él inauguró no cesará de ampliarse, y dentro de él se alcanzarán paso a paso metas intermedias, generadoras, a su vez, de nuevas esperanzas.

De este modo, el Papa Juan Pablo II hizo de su visita pastoral a Cuba algo más que el logro de un propósito altamente anhelado por él y por la Iglesia cubana. La estancia del Sumo Pontífice en mi país tuvo los aires de una obertura, que anuncia en su ejecución los temas que han de ser retomados y desarrollados más tarde en el curso de la puesta en escena. De ahí el seguimiento posterior de la visita papal por observadores de todo género, gobiernos, conferencias episcopales de América y de otras regiones y aun por la opinión pública internacional. De ahí también la alta responsabilidad de la Iglesia en Cuba como receptora y ejecutora del programa pastoral que nos confió el Papa y que debe llevar a los católicos cubanos al inicio del tercer milenio de la era cristiana.

Pero, normalmente, el correr del tiempo, ¿no debe aminorar el impacto del viaje Papal a Cuba? Como evento histórico puntual, la visita de Juan Pablo II a mi país participa de ese dinamismo descendente, como el que opera en una trayectoria balística, al cual están sometidos todos los acontecimientos, que se van tornando poco a poco recuerdo y evocación.

Sin embargo, en su aspecto fundante de esperanza, en su programa de luces largas sobre temas esenciales a la vida de la Iglesia y del ser humano, la misión pastoral del Papa en Cuba se yergue como un cuerpo de doctrina y de acción para el tercer milenio de la era cristiana, al modo de una suerte de «encíclica a los cubanos», a la cual tendrá que volver una y otra vez la Iglesia que vive en Cuba en su caminar hacia el año 2000. La familia, la juventud, el sufrimiento, el amor a la Patria, las raíces y características de la cultura cubana, la libertad, la renovación de la sociedad, la visión cristiana del hombre y de las estructuras sociales para que exista la justicia y se respeten los derechos humanos, el papel del hombre y la mujer cubanos como primeros responsables de su destino y protagonistas de su historia, son algunos de los temas programáticos esenciales del Santo Padre que no forman un simple cuerpo teórico, sino que incluyen un proyecto dinámico y preciso para el futuro.

De la Iglesia en Cuba, de la acción de sus pastores, de la entrega generosa de sus sacerdotes, religiosos y religiosas y de la participación decidida de los laicos depende el despliegue y concreción del programa papal que debe configurar el nuevo itinerario de la Iglesia inaugurado por el Santo Padre en su visita a mi país.

Simultáneamente a su aplicación gradual, este proyecto debe llevar consigo la esperanza, quiero decir, debe desarrollarse con talante esperanzador. Esta fue la tónica de la visita del Santo Padre a Cuba. Esa ha sido la característica del pontificado del Papa Juan Pablo II, muy acorde con el aliento y el gozo que la buena nueva debe producir en el corazón humano para que sea percibida como tal. Los obispos de Cuba debemos ser los principales portadores del «proyecto esperanza» de Juan Pablo II, que es humanista y cristiano.

Para ello, el evangelio debe ser considerado, primero, en su capacidad de iluminar con luz nueva y propia las diversas situaciones. De él emanan siempre las propuestas aptas para transformar la vida de hombres y pueblos. Solo recibido y aceptado en esta perspectiva pueden desplegarse todas las virtualidades y el dinamismo que contiene el mensaje de Jesús y abrirse paso en muchos corazones las respuestas que el Espíritu Santo suscita en quienes ansían construir un mundo mejor siguiendo la invitación del Señor.

El evangelio tiene innumerables potencialidades. Una de ellas es la de contrastar la realidad presente, con sus límites, sus sombras y sus elementos positivos, con la propuesta, en todo orden superior, del mensaje de Jesús. Este procedimiento nos puede conducir al mejor análisis posible de la realidad, pues el mensaje cristiano lleva en sí enunciados que trascienden la historia presente y sus incidencias, aun las de más difícil comprensión, pero si quedamos atrapados solo en el análisis, podemos correr ciertos riesgos: caer en un profetismo desgarrador, dejarnos llevar por el desaliento paralizante o buscar falsos caminos que nos desvíen de un proyecto realmente evangélico. Esta fue la suerte corrida por algunas teologías de la liberación en Latinoamérica y por ciertas actitudes individuales que se limitaron a la denuncia y al reclamo, pero evacuando casi todo el aspecto religioso cristiano de la acción de la Iglesia. Esto dejó el camino abierto a las sectas.

En la cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Santo Domingo en el año 1992, los obispos de América Latina debatieron ampliamente acerca del modo de enfocar la realidad económica, social y política del continente latinoamericano, donde la pobreza y la frustración coexisten con grandes riquezas materiales, humanas y espirituales. Se consideró para ello el uso del conocido método de Ver, Juzgar y Actuar, tan empleado en este siglo y que tan buenas aportaciones ha hecho a grupos apostólicos, movimientos y organizaciones eclesiales en general, influyendo en el desarrollo de congresos y reuniones y en la elaboración de no pocos documentos emanados de ellos. Pero esta vez no parecía satisfacer a la mayoría de los pastores latinoamericanos este método. Apuntaban que, en ocasiones, somos prolijos en los análisis que resultan casi siempre desalentadores en el Ver, que se vuelven casi siempre duros y negativos en el Juzgar, pues el mundo que nos rodea está lejos del ideal evangélico y sus reclamos, con el riesgo de que el Actuar participe del mismo desaliento con que da inicio la reflexión y pueda quedar también condicionado por factores sociológicos, con las líneas de acción a menudo supeditadas a estrategias demasiado humanas, al surgir muy desde abajo.

Los obispos proponían otra andadura, y esta fue la clave en la que se redactó el documento final. Primeramente, considerar la realidad tal como es querida por Dios, iluminada por la palabra revelada y por una seria reflexión teológica. En segundo lugar, analizar cuáles son los desafíos pastorales para que pueda realizarse el designio de Dios sobre esa realidad concreta, sea, por ejemplo, la familia, la juventud, la sociedad, el trabajo humano, etc.; y en tercer lugar, adoptar las líneas pastorales que resulten más adecuadas según la reflexión y el análisis de los desafíos pastorales.

Este método para llevar a cabo su misión pastoral ha sido seguido por la Iglesia en Cuba, sobre todo, a partir del II Encuentro Nacional Cubano en el año 1996.

La Iglesia en mi país no podría reducir su misión pastoral al análisis de la realidad político-social cubana, que puede estar distante del evangelio en muchos aspectos, ni al juicio profético sobre esa realidad. Esta misión imprescindible de la Iglesia debe estar incluida dentro de un proyecto más amplio, como es el de un plan pastoral. Aunque las posibilidades de la acción de la Iglesia están disminuidas (pensemos en el no acceso habitual a medios de comunicación ni al sistema educacional del Estado o las dificultades en la acción social de la Iglesia o para construir nuevos templos), la Iglesia debe proponerse un plan pastoral y así lo ha hecho desde 1996, con metas y programas que incluyen una creciente presencia y acción de la Iglesia en la sociedad cubana, fruto de la reflexión teológica sobre nuestro medio y del análisis de los desafíos pastorales que él nos presenta. Este plan pastoral prioriza la formación cristiana, sobre todo, de los nuevos creyentes en Cristo que llegan a nuestras iglesias, la creación y fortalecimiento de comunidades cristianas vivas y dinámicas, capaces de acoger y entusiasmar a los nuevos cristianos y de ser misioneras, portadoras del mensaje del evangelio a otros hermanos, y la promoción humana por medio de la acción social de la Iglesia.

El reciente Sínodo de América se plantea, como condición previa e indispensable para que se dé la transformación de hombres, comunidades y estructuras de la sociedad, que la Iglesia propicie «el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». El solo tema del Sínodo constituye ya un documento claro, programático y comprometedor para los

católicos del continente americano, apoya en su formulación el plan pastoral de la Iglesia en Cuba y contiene muchos elementos esenciales para la misión en nuestro país.

La Iglesia en Cuba debe llevar al hombre y a la mujer cubanos de hoy al encuentro con Jesucristo. Solo él tiene el poder de transformar sus vidas y ése es también el único medio de transformar, según el querer de Cristo, la familia y la sociedad entera. «El hombre es el camino de la Iglesia», nos decía el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor Hominis*.

El Papa Juan Pablo II no hizo en Cuba análisis exhaustivos ni juicios concluyentes sobre el pasado o el presente de nuestro país, trazó un camino de libertad y responsabilidad para el futuro y nos anunció con su misma presencia y actuación que es posible al cristiano estar en medio de la sociedad con su propia identidad y actuar en la historia concreta de hombres y pueblos con el poder de Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo. Al final de su homilía en la Plaza de la Revolución en La Habana, el Papa improvisaba algunas palabras inspirándose en el fuerte viento que se sentía esa mañana durante la celebración de la Eucaristía. Dijo el Papa: «este viento me hace pensar en el Espíritu Santo. El Espíritu sopla donde quiere y quiere soplar en Cuba». En el Espíritu de Dios estaba la gran esperanza del Papa y en él está puesta la esperanza de la Iglesia en mi país.

Ese «no sé qué» casi inexplicable que produjo la visita del Papa en la sociedad cubana tiene mucho que ver con la esperanza que suscitó en el corazón de los cubanos. Esta esperanza no debe ser derrotada y, si bien parece haber quedado atrás el clima más positivo y abierto del año 1998, en el que algunos elementos de la política nacional cubana y sobre todo de la política internacional con respecto a Cuba, parecían brindar ciertos cauces inmediatos a aquella gran esperanza, y se desarrolla este año con perspectivas poco alentadoras a este respecto, no debemos permitir que se cierre la puerta abierta por el Papa Juan Pablo II a la esperanza con su visita pastoral a Cuba. Para nosotros, pastores de la Iglesia en Cuba, esto sería una imposible claudicación; para los hombres y mujeres de fe en nuestro país sería un contrasentido de cara al tercer milenio de la era cristiana.

La Iglesia en Cuba no puede detenerse ante los signos negativos que intentan oscurecer un futuro mejor. Nuestra misión debe llevar a todos los cubanos, sean hombres de gobierno o de pueblo, creyentes o no creyentes, la esperanza que el Papa Juan Pablo II sembró a su paso entre nosotros. El clima de distensión, de serenidad, de mayor tolerancia, que siguió a la visita del Santo Padre en nuestro país debe prevalecer a pesar de las crisis y dificultades de cualquier orden. Justamente, este clima se convierte en el más poderoso factor para superar lo adverso.

Este es el más difícil y apasionante quehacer de un pastor en Cuba.

Pido sus oraciones por los obispos cubanos y para que nuestro plan pastoral hacia el 2000 tenga éxito. No olviden tampoco en su oración al pueblo cubano.

Muchas gracias.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA APERTURA DEL SIMPOSIO
«LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA ECCLESIA IN AMERICA.
IMPLICACIONES ANTROPOLÓGICAS, ECONÓMICAS Y SOCIALES PARA CUBA»

La Habana, 1 de diciembre de 1999

Excmo. Mons. Jean Louis Tauran,
Excelencias,
Señoras y Señores,
Hermanos todos:

Se inaugura este Simposio sobre la Exhortación Apostólica «Ecclesia in America» y sus implicaciones antropológicas, económicas y sociales para Cuba, con la Conferencia Magistral que será dictada por Su Excelencia Reverendísima Mons. Jean Louis Tauran, Secretario de la Santa Sede para las Relaciones con los Estados.

Es la segunda vez que Mons. Tauran visita nuestro país. La primera ocasión fue en el año 1996, poco antes del anuncio de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba. Ahora, casi dos años después de aquella visita pastoral del Santo Padre, acontecimiento que sigue vivo y presente en el corazón del pueblo cubano y en el quehacer de la Iglesia en Cuba, Su Excelencia nos honra de nuevo con su presencia, para dar inicio a un Simposio que se propone una reflexión seria y amplia sobre un documento del Magisterio Pontificio que nos atañe particularmente: la Exhortación Apostólica «Ecclesia in America». En ella, el Santo Padre recoge el sentir de los Obispos del continente americano, reunidos representativamente en Roma durante un Sínodo Especial, desde todas las naciones de Norte, Centro, Suramérica y el Caribe.

La Iglesia en Cuba, a las puertas del Tercer Milenio, mira esperanzada hacia el nuevo siglo y milenio, consciente de su misión evangelizadora que le ha sido confiada por Jesucristo para llevarla a cabo en el mundo entero. Sabe también la Iglesia que el anuncio del Evangelio lleva consigo un compromiso de servicio, de amor universal, con preferencia al pobre y al que sufre, y que las estructuras sociales y económicas injustas o imperfectas encuentran en el Evangelio una instancia crítica y unas propuestas iluminadoras.

La Iglesia, que es la comunidad de los seguidores de Jesús, pastores y fieles, depositaria de la Palabra del Señor, no puede dejar de anunciarla en todo tiempo y lugar y no tiene ningún otro propósito que servir a los hombres y a los pueblos por los caminos del amor fraterno, que constituye el eje central del mensaje de Jesús, y del cual fluyen siempre actitudes y realizaciones positivas: la disponibilidad de colaborar en toda obra buena, la reconciliación entre hombres y pueblos, la paz.

Es este amor cristiano el que anima nuestras reflexiones de estos días. Para conducir las y propiciarlas hemos invitado a distinguidas personalidades: a Mons. Miguel Irizar, Obispo del Callao; al Excmo. Sr. Guillermo León Escobar, Embajador de Colombia ante la Santa Sede; al Profesor Andrea Riccardi, Fundador de la Comunidad de San Egidio; al Dr. Ricardo Arias Calderón de Panamá; al Ing. Alfonso Romo de México; a los Doctores Helen Álvarez y Pedro Monreal de Estados Unidos y Cuba, respectivamente; al R.P. Segundo Galilea de Chile. Siéntanse todos bienvenidos y entre hermanos. Tengo ahora el honor de introducir a S.E.R. Mons. Jean Louis Tauran, quien inaugura, con su Conferencia Magistral, este Simposio.

PALABRAS DE APERTURA DEL AÑO SANTO JUBILAR

Catedral de La Habana, 25 de diciembre de 1999

A todos los sacerdotes, religiosos, religiosas, diáconos y fieles laicos de esta querida arquidiócesis de La Habana.

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando la Iglesia, llena de júbilo, celebra el nacimiento de Jesucristo, Nuestro Dios y Señor, iniciando en este día solemne el Año Santo Jubilar, para festejar los 2.000 años de la venida al mundo de nuestro Redentor, tengo la honda alegría de anunciarles que, en nuestra Arquidiócesis de La Habana, el Año Santo estará especialmente consagrado a honrar a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento del altar.

Será un tiempo de gracia para renovar nuestras parroquias y todas nuestras comunidades, que harán de todo este año una gran jornada de preparación para la realización del Congreso Eucarístico que se celebrará en la ciudad de La Habana los días 8, 9 y 10 de diciembre del año 2000. Este Congreso será un momento cumbre de la conmemoración del bimilenario del nacimiento de Jesús el Señor y proclamo ahora solemnemente su celebración con emoción y esperanza. Acogemos así un especial deseo del Papa Juan Pablo II para este año jubilar. Al celebrar el misterio de nuestra fe, cuando el pan se convierte en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, adorando a Jesucristo presente en este augusto sacramento, conmemoraremos del mejor modo posible los 2.000 años de su nacimiento.

En su presencia eucarística, Jesús cumple hoy para nosotros la promesa que hizo a los apóstoles: *«Yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo»*. Este será el lema inspirador de nuestro Congreso, porque de hecho el Cristo que nació hace casi 2000 años en Belén se ha quedado definitivamente con nosotros: es el Cristo vivo de nuestra mesa de comunión y de nuestros sagrarios.

A la Virgen Inmaculada, en cuyo seno se hizo carne la Palabra eterna de Dios, encomiendo la celebración del Congreso Eucarístico de La Habana, que se iniciará precisamente en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre del próximo año 2000.

Que Ella, la Virgen Purísima, perfecta acogedora del Verbo que se hizo carne en su seno bendito, los anime a todos, queridos hijos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y fieles laicos, a acoger con gozo y devoción la celebración de este Congreso que llenará a la Iglesia de vida nueva. Así lo suplico a María Santísima, mientras imploro de Dios, para todos, su bendición en esta Navidad y en el año nuevo ya próximo.

PALABRAS DEL SEÑOR CARDENAL JAIME ORTEGA ALAMINO,
PARA LA REVISTA «SIMIENTE»

Santa Clara, febrero de 1999

Conocí a Monseñor Fernando Prego cuando él era párroco de Alquizar y acababa yo de ser ordenado sacerdote. Fui nombrado vicario cooperador en Cárdenas y el Padre Naranjo, que era entonces el párroco, me invitó a visitar Alquizar y seguir viaje después, con el Padre Prego, hasta la diócesis de Pinar del Río, a la parroquia de San Juan y Martínez, donde Monseñor Siro era en ese momento párroco. El Padre Siro y el Padre Prego eran grandes amigos desde el Seminario.

Desde que llegué a Alquizar me impresionó la extraordinaria simpatía de aquel cura grande de cuerpo y alma. Conocimos allí la vitalidad de su parroquia, su grupo de jóvenes y el inmenso trabajo que desplegaba no solo allí, sino en otras parroquias que tenía confiadas a su cuidado pastoral. Siempre, años más tarde, me acordaba de aquella deliciosa reunión en San Juan y Martínez, alrededor de una sabrosa mesa pinareña que nos preparó la buena mamá del Padre Siro y recordaba sobre todo estos ratos felices sentado alrededor de otra mesa, colmada de papeles y de preocupaciones, donde Cristo Buen Pastor quiso reunirnos muchas veces a Monseñor Prego, a Monseñor Siro y a mí convertidos los tres en obispos de esta Iglesia que peregrina en Cuba.

Pero si los platos criollos eran sustituidos ahora por papeles, la simpatía de Mons. Prego no había sufrido variación ninguna. Simpatía inteligente y bien encauzada, que sabía manejar admirablemente en situaciones de tensión, diciendo con sensatez y sentido común qué es lo posible, lo justo y preciso en un momento de la vida de la Iglesia.

Como miembro de la Conferencia Episcopal y como presidente de la misma por varios períodos, siempre aprecié la claridad y la moderación de Mons. Prego, su actitud de pastor que ante todo guardaba el rebaño, aunque fuera con un alto costo personal. Así lo fue hasta en su testamento espiritual: no pretendió nunca deslumbrar, sino cuidar bien del rebaño que el Señor le había confiado. Celoso en la guía de su Iglesia diocesana mantuvo su solicitud pastoral hacia toda la Iglesia que peregrina en Cuba.

Su estado de salud no logró arrancarle nunca su pasión por su ministerio pastoral, disimulaba sus males, y, si era necesario por el Reino de Dios, no dudaba en exhibirlos, así con humildad y entrega guió hasta el último suspiro al pueblo de Dios en Villa Clara. Su pueblo correspondió con amor al amor que su Pastor le profesaba. Cuando venía a La Habana, siendo él un habanero que dejó una estela de cariño en sus antiguas parroquias de esta diócesis, me decía: cuando llevo uno o dos días aquí me entran deseos de ir para Santa Clara y cuando estoy llegando allá siempre siento alegría. Esa alegría es ahora plena para ti, querido Padre Prego, en la Casa del Padre. Desde allí ya sin nostalgia, puedes mirar a tu diócesis de Santa Clara y a la Iglesia toda de Cuba y pedir para tus hermanos obispos a Cristo, Buen Pastor, sensatez, paciencia y alegría en la conducción del rebaño que Él nos confió.

PALABRAS PRONUNCIADAS ANTE LA IMAGEN DEL CRISTO DE LA HABANA

La Habana, 1 de enero del 2000

Al amanecer del año 2000 de esta Era que se inició con tu nacimiento, venimos a Ti, Jesucristo, origen de la vida y consumación de la historia.

¿Qué sería de nosotros sin Ti, que eres el Camino, la Verdad y la Vida?

¿Qué sería de la historia de los hombres si en la tierra no se hubiera escuchado esa palabra tuya: «*Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen?*». ¿Qué habríamos hecho entonces nosotros, los pecadores? ¿A quién iríamos cuando nos sentimos agotados y ansiosos, si no supiéramos que Tú pensabas ya en nosotros cuando decías: «*Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados que yo los aliviaré?*».

¿Cómo enfrentaríamos las amenazas ciertas de los males físicos y morales que afectan al mundo, si no nos hubieras dicho serenamente: «*No teman, pequeño rebaño mío, yo he vencido al mal?*»

Si no te conociéramos a Ti, el único hombre de la historia humana a quien se le «ha dado todo poder en el cielo y en la tierra», porque «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», ¿a quién iríamos, Señor?, porque «solo tú tienes palabras de vida eterna».

¿Qué sería de los sencillos, de los humildes, de la buena gente, si tú no hubieras dejado un testamento perennemente intranquilizador para los ricos, los poderosos, los soberbios y los violentos, pero lleno de aliento para los pobres, cuando proclamaste... que son «*dichosos porque de ellos es el Reino de los cielos*» y dijiste también que «*serán dichosos los mansos porque se adueñarán de la tierra... y los limpios de corazón porque verán a Dios*».

¿Qué sería del mundo sin el pesebre de Belén, sin la ternura del Niño-Dios en los brazos de María, sin el canto de los ángeles, sin una estrella en el cielo para alumbrar a los que buscan?

¿Qué sería del hombre sin tu Cruz?, ¿dónde fijarían sus ojos los tristes, los que viven solos y sin afectos, la caravana de pueblos hambrientos que no esperan nada de los que tienen el poder económico y fabrican el dinero, los enfermos de SIDA y otros hasta ahora incurables? ¿Quién sino Tú podrías colmar a quienes tienen una vida rota y vacía, a los que están hastiados de placeres y faltos de amor, a los presos, a los que son prisioneros de sus sentimientos, de sus odios, de sus caprichos y ambiciones y necesitan ser liberados para que la bondad pueda llenar sus corazones, a los que se sienten traicionados u oprimidos y buscan la transparencia de un amigo que nunca falla?

¿Quién puede salvarlos a todos ellos y a nosotros, sino Tú, Jesús de Nazaret, el Salvador?

¿Qué sería de esa hermosa ciudad que está a tus pies, si quienes la habitaron hace cien o doscientos años y los que viven en ella hoy solo hubieran nacido para engrosar el cotidiano cortejo de muerte que termina en un mausoleo fabuloso o en una fosa común?

¿Qué sería la vida de ellos y de nosotros sin tu Resurrección, que es tu triunfo sobre el viejo y último enemigo del hombre: la muerte? Porque Tú has cumplido para todos tu promesa: «*Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre*».

Señor Jesús, para imaginar ese mundo sin Ti, no hay que hacer ningún esfuerzo de abstracción de tiempo o de lugar, basta penetrar discretamente en la vida de muchos hermanos nuestros, de los que habitan en las monótonas casas de Alamar o en los solares abigarrados y oscuros de Centro-Habana, o en las residencias lindas de Miramar, o aún más al oeste. La oscuridad no es solo patrimonio de esa casa-entre-dos de La Habana Vieja, con su bombillo eléctrico siempre encendido;

está también en las terrazas soleadas de los repartos buenos, a donde todos quisieran permutar; porque dicha oscuridad anida en los corazones de muchos que no te conocen a Ti, Cristo, ni te han oído decir: *«Yo soy la Luz del mundo, quien me sigue a mí nunca andará en tinieblas»*.

JESUCRISTO, Luz del mundo, Dios con nosotros, Redentor nuestro, Vencedor de la muerte, Señor de la vida, a Ti te consagramos la Ciudad y la Arquidiócesis de La Habana en este primer día del año 2000, Año Santo Jubilar. Como contemplaste un día, lleno de compasión, desde lo alto, la ciudad Santa de Jerusalén y lloraste por ella, porque no había conocido el tiempo de tu venida; apiádate de cuantos viven en nuestra ciudad y en nuestra Arquidiócesis y bendícelos con amor misericordioso, porque muchos de ellos no te conocen pero te necesitan.

Como quisiste reunir a todos los habitantes de Jerusalén al modo de la gallina que cubre a sus polluelos, congrega en torno a tu corazón a nuestro pueblo e infúndeles tu amor y tu luz.

Danos a todos nosotros, Arzobispo y Obispos Auxiliares, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, el Espíritu Santo, para ser en medio de nuestro pueblo testigos de la Luz, anunciadores felices de tu Reino de amor y de Justicia, comunicadores fieles de la buena noticia que, sin saberlo, esperan: Que Tú, Jesucristo, eres el Hijo de Dios, que en Ti está la salvación.

Que no se cumpla en el futuro lo que hace cuarenta años dijo nuestro gran escritor Fernando Ortiz: *«Allí, desde la entrada de la Bahía, los contempla un nuevo testigo, recién llegado, hecho de mármol extranjero, que mira con tristeza hacia un pueblo que nunca ha conocido su Evangelio»*.

Tu estatua es de mármol, Señor, pero Tú eres la palabra hecha carne y Tú estás vivo entre nosotros. De nosotros, tus seguidores, depende que cada día tu mirada sea menos triste, porque hagamos llegar, cada día, hasta nuestros hermanos la Buena Noticia de la Verdad y de la Vida que Tú les traes. Esos son nuestros propósitos para el Año Santo Jubilar y te los presentamos para que Tú los bendigas.

Gloria a Ti, Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, que estarás con nosotros hasta el fin del mundo, que eres desde siempre y vives para siempre con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

DISCURSO PRONUNCIADO
AL SER NOMBRADO DOCTOR *HONORIS CAUSA*
POR EL BOSTON COLLEGE

Boston, 22 de mayo del 2000

La Iglesia en Cuba ante el Tercer Milenio

Estamos finalizando un milenio en cuyos últimos siglos la Humanidad ha llevado a cabo un retroceso hacia la era precristiana, cuando parecía estar convencida de avanzar hacia el progreso de la Historia. Desde mediados del siglo pasado hasta la década de 1960 en el siglo XX, una verdadera intoxicación de ciencia y tecnología fue el medio cultural utilizado por una serie de hombres que tenían como denominador común hablar de un modo que solo corresponde a Dios. A los seres humanos se le atribuían facultades que los hacían absolutos. Los hombres fueron divinizados en utopías, en ideologías, en diversos sistemas de pensamiento. No importaba qué fuera individualmente, como especie o socialmente. El gran drama de nuestro tiempo ha sido poner a los individuos y a la gente en el dilema de escoger entre Dios o los hombres. Este período de la historia ha venido a llamarse Modernidad. Y al período que vino después, y en el que parece ser que todavía seguimos viviendo, se le ha dado el nombre de era posmoderna. En la Modernidad, Dios no era necesario; en nuestros días, frente al cambio de siglo, hay un deseo de Dios. En Cuba hemos vivido y seguimos viviendo a través de este doloroso y saludable tránsito.

Aquellos de nosotros que hemos vivido bastantes años hemos podido presenciar esto con una mezcla de admiración y sorpresa; los de la nueva generación lo contemplan con temor, porque las etapas no se suceden una a otra en fechas concretas, sino que se superponen o emergen simultáneamente a las corrientes de pensamiento predominantes. Por tanto, ni la Edad Media fue tan creyente ni los tiempos modernos son tan ateos, porque los hombres y las mujeres son los mismos y, por tanto, siempre se hacen las mismas preguntas, y sufren, y necesitan amar y ser amados y mirar por su seguridad y pedir consuelo para sus miserias. Cuando el frenesí de la vida se va, entonces el hombre se da cuenta una vez más de que todos somos de barro, modelados por un Dios, y como dijo el profeta: «Puede un vaso volverse contra el alfarero y decir: ¿por qué me has hecho así?». Este es el momento de dejar que Dios salga a su encuentro.

El primer paso que se da es el de la búsqueda de Dios, y eso es bueno. En una búsqueda siempre existe la posibilidad de perderse en el camino, pero también de correr hacia la verdad que está frente a nuestros ojos. Unos cuantos filósofos de la Antigüedad eran muy contrarios al cristianismo, como Porfirio. Pero a través de él, desde la vacuna que este pensador supuso para su alma, San Agustín descubrió la única verdad salvadora en Jesucristo. Y nosotros podemos encontrar a Jesucristo en cualquier momento, y en cualquier lugar. Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios para el ser humano, una Palabra que se hizo carne y acampó entre nosotros, la respuesta a todas las preguntas que los antiguos, hombres modernos y posmodernos, pudieron realizar. Esta es la Palabra que la Iglesia tiene que pronunciar en Cuba constantemente. Acampar es montar una tienda en cualquier lugar. Y Dios se hace más fácil de encontrar en Cristo.

Los hombres y mujeres pueden encontrar a Dios porque, hace 2.000 años, Dios envió su Palabra, y la hizo carne y acampó entre nosotros. El pecado oscurece la visión de la fe en Dios. La terrible naturaleza del pecado está dramáticamente presentada en la historia bíblica de la creación. Antes de que el ser humano pecase, Dios paseaba por el jardín del Edén y, al atardecer, los seres humanos iban hacia él de modo natural. Después del pecado, fueron expulsados del Paraíso, del jardín donde se encontraban con Dios, y nunca jamás pudieron volver a compartir regularmente con Él lo que compartían. Y un anhelo de Dios quedó para siempre en el corazón del hombre.

Algunos pensadores de la época moderna se entusiasmaron por este anhelo que, curiosamente, nos afecta a todos, e intentaron alcanzar a Dios por sus propios medios, a través de sus propios

razonamientos. Esto no es más que el prototipo de hombre pretencioso, que pretende llegar a Dios a través de sus propios medios. Lo que ellos, o muchos de ellos considerados modernos, nunca pudieron concebir fue el camino descendente de Dios: *«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros... Él era el Mundo, y el Mundo no le conoció. Él llegó a los suyos, y los suyos no le recibieron»*.

En este período que se abre hoy ante nosotros –que se abre con la memoria de un pasado tan rico como miserable, y al mismo tiempo lleno de esperanzas e incertidumbres–, tenemos que considerar el tiempo que ha pasado desde la venida de Cristo hasta este momento concreto de la historia. Tenemos que pensar en ello como hijos de la Madre Iglesia que guardan en su bimilenaria memoria las incidencias del exultante y magnificante camino de la condición humana, exactamente igual que la Virgen María guardó en su corazón todo lo que Dios hizo a través de Cristo. Tenemos que descubrir, por encima de todas las cosas, lo que Dios ha querido decirnos en estos dos mil años de amor y violencia que nos separan de la hora bendita en la que los ángeles cantaron *«Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»*.

La memoria viva que la Iglesia ofrece al género humano en el nuevo milenio es la de su Señor, nacido en la pobreza de un pesebre, adorado por los pastores, y cantado por los ángeles. Un Señor que comparte todas nuestras cosas, excepto el pecado, y que murió por nosotros en la Cruz. Resucitado y glorioso, está vivo y presente entre nosotros, y siempre será así, hasta el fin del mundo. Fue concebido, y su nombre significa «aquel que salva». Viene a salvar este designio perpetuo de alegría que el amor de Dios ha concebido para el ser humano y que le salva del sinsentido y del vacío. Porque por Él podemos volvernos hacia Dios y, bajo la acción del Espíritu Santo que Él mismo nos ha dado, podemos llamarlo «Padre». Y ya no somos más esclavos, sino hijos. Esta es la memoria viva y luminosa que guarda la Iglesia y que debe anunciar a los hombres a las puertas del nuevo milenio.

La fe cristiana lleva consigo este mensaje de salvación para cada individuo concreto, es decir, para cada persona nacida en una familia, y que está envuelta en su mundo de trabajo, estudio, deporte, ocio o cultura; un ciudadano de un país concreto, con sus responsabilidades históricas, y que además tiene –esto es fundamental– un destino eterno. La Iglesia no puede ser, por tanto, una alternativa social para la comunidad humana.

En las sociedades con un estatismo fuerte, o donde el individualismo o el exacerbado nacionalismo han cobrado importancia, la tentación se puede erigir para muchos en considerar a la Iglesia precisamente como una alternativa social. Pero la Iglesia, históricamente, nació de la oración de Cristo por el Reino de Dios y por su Resurrección, y Dios la hace presente para aquellos que reciben su Palabra y los que, mediante el Espíritu Santo, viven y anuncian esta Palabra. En todos sus planes e iniciativas, la Iglesia nos remite a Jesucristo, como Jesucristo nos remite al Padre. La Iglesia no puede ser equiparada a ningún estado o asociación intermediaria. Todo lo que la Iglesia puede ofrecer a la historia y a la sociedad en concreto, allá donde va, viene de la Revelación de Dios. La Iglesia recibió una misión, un encargo de Dios a través de Jesucristo, que es su origen histórico como fundación y fundamento sobre el que erigirse: *«Él es la piedra rechazada por vosotros, los constructores, que ha venido a ser piedra angular»* (Hch 4, 11).

La posibilidad de la Iglesia de ofrecer frutos genuinos, algo nuevo para la sociedad, está en su tenacidad para hacer a Jesucristo inolvidable, en hacer a los hombres y las mujeres de cada época y cada lugar sentirse cercanos a Él. Esto puede causar sorpresa y fascinación en todos aquellos que lo descubren. De este modo, podrán estar ante el sufriente y sereno rostro de Cristo crucificado y ver cómo se inunda de luz en la mañana de la Resurrección.

Así es como la Iglesia se entiende a sí misma, desde la memoria de Jesús y su mensaje, desde su irradiación. Se entiende a sí misma siempre movida por el Espíritu Santo que Jesús envía para cumplir su promesa. Y toma también en su seno a los Sacramentos, permitiendo así actuar y hacerse presente a la gracia de Cristo.

La Iglesia, por tanto, se entiende a sí misma como enviada por Dios y en total conformidad con el plan de Dios.

Pero ocurre que, al mismo tiempo, es requerida, como lo fue su Maestro, por las angustias y esperanzas de los hombres. La Iglesia vivirá siempre en una tensión entre estas dos demandas: una absoluta lealtad hacia lo que es y hacia lo que debe seguir siendo, de acuerdo con la voluntad de Dios, y la lealtad hacia el clamor de la condición humana que le pide certezas, consuelo, esperanzas e, incluso, satisfacción de las necesidades vitales. La Iglesia siempre vive entre la grandeza y la debilidad de estas dos realidades.

Esta tensión entre la leal responsabilidad hacia Dios y la no menos leal responsabilidad hacia los seres humanos ha podido ver, en los últimos siglos de la historia, una comunidad cristiana tentada por dos nociones que tienden a convertirse en absolutas. Una, dedicarse solamente a Dios, solo a la Palabra de Dios, solo al culto. Históricamente, la Iglesia se ha visto forzada a tomar esta opción durante varios períodos de su existencia. Este fue el caso de Cuba en un pasado no muy lejano. Es una especie de tentación teológica. Y luego hay otra tentación opuesta: una tentación antropológica: la de dedicarnos solamente a los hombres y mujeres, a atender sus problemas, situarlos en un lugar autónomo, con la libertad como valor absoluto. Curiosamente, esta última opción frecuentemente se lleva a cabo con una enfática acción formativa, cultural y profética, dejando de lado la acción sanadora sobre la gente que sufre y soporta situaciones de verdadera pobreza. Esta acción misericordiosa siempre encuentra un lugar y un tiempo para reconstruir personas y sociedades, pero desafortunadamente está abocada a declinar y desaparecer.

La Iglesia, de todos modos, se mantendrá siempre a cierta distancia de lo que hombres y mujeres, movidos por el deseo de efectividad, un deseo de dominación o urgencia, le piden. Esto no se debe a una carencia de dedicación, a una incapacidad para adaptarse a los tiempos o a una ignorancia de las angustias de la condición humana. Se debe simplemente a que el paso del mundo no es el de la Iglesia. Todos los verdaderos caminos del Evangelio incluyen una amplitud de miras y una proyección. El paradigma es la parábola de Jesús del sembrador que debe sembrar la semilla con paciencia. El modelo para nosotros, los cubanos, es el Siervo de Dios Félix Varela, ilustre sacerdote y santo, que vivió parte de su ministerio en los Estados Unidos, con su paciente siembra de valores evangélicos.

Es evidente que hay otra distancia siempre infranqueable entre el tiempo que vive la Iglesia y los hombres y mujeres que viven en ese tiempo: el modo de acercarse a Dios, el único acercamiento necesario, nuestro futuro absoluto.

El gran desafío para la Iglesia no está solo en ser aceptada por las estructuras políticas y sociales siendo tal y como es. Es también ser aceptada como sacramento de Cristo en el mundo. Renunciando, como lo hizo el Señor, a la efectividad que la totalidad del criterio mundial y sus proyectos esperan para ella.

Cuando la comunidad cristiana, la Iglesia, ha sido rechazada por la sociedad, ella ha intentado legitimarse a sí misma colaborando en aspectos valorados por la sociedad. Es cierto que con su vida, con sus buenas obras, la Iglesia tiene que mostrar una afirmación de la fe que la anima. Pero no tiene que buscar la aprobación de los ciudadanos, una aprobación que le garantice un crédito para el presente, o el futuro, o, en los lugares donde hay alternancia de poder, una aprobación por parte de unos o de otros. Es un error olvidar la contribución específica de la Iglesia, e intentar ganar crédito mediante la efectividad de sus acciones en áreas en las que parece que intenta suplantar a la sociedad en sus propios dominios. La Iglesia puede ser llamada de diferentes maneras a ser una alternativa temporal para resolver los problemas de este mundo. Estar de acuerdo con esto significaría anular ella misma la misión que Cristo le ha confiado.

Ahora, por el amor de Dios, la Iglesia sabe que tiene el deber de sembrar el amor, del que Cristo le ha hecho depositaria, en medio de la sociedad. Tiene que pronunciar palabras y levantar signos a favor del establecimiento de una comunidad humana donde reine la armonía, donde los insultos son derrotados por la reconciliación de unos con otros, donde la colaboración entre cristianos de distinto signo, creyentes de otras religiones y no creyentes, se vea apoyada por el bien común. E incluso actuando de esta manera, sus proposiciones crearán al mismo tiempo un contraste entre la nobleza de la palabra de Dios y la acción santificadora del Espíritu Santo en una mano, y los pecados de los hombres en la otra.

Concretamente, para este nuevo siglo y este nuevo milenio, ¿qué puede ofrecer la Iglesia al mundo, qué puede ofrecer la Iglesia a Cuba?

Cada religión sería quiere ofrecer a los hombres y mujeres un mensaje que dé significado a sus vidas, haciendo que vean la historia de los hombres no como algo perdido o erróneo, sino salvado. También, junto a esta historia, quiere estimular un comportamiento moral responsable, y una coexistencia humana digna y armónica y un sentido de comunidad.

Basando enteramente este programa en Cristo, el Hijo Encarnado de Dios y Salvador del Mundo está en la naturaleza de la cristiandad. Todo ha sido creado a su imagen y la naturaleza es consumada en Cristo.

Lo que la Iglesia de Cuba puede ofrecer, en este siglo que está a punto de comenzar, tiene que llevarse a cabo en tres áreas distintas: la estructura y fortalecimiento de la vida de los individuos, el orden moral y la coexistencia social. La cristiandad puede llevar a cabo una importante contribución a la sociedad civil en cualquier lugar del mundo, y también en Cuba.

1) El fortalecimiento de los individuos. Cuando los seres humanos sean conscientes de su dignidad como hombres y mujeres, y encuentren la felicidad en la vida sabiendo que hay un Dios que les quiere, y ellos crean en un Dios hecho carne y, por tanto, en su divina dignidad, los hombres y mujeres, reconciliados con la historia y consigo mismos, resurgirán. Estos hombres y mujeres no pueden más que enriquecer las sociedades en las que viven y, al mismo tiempo, fortalecer sus propias vidas.

2) También es necesario fortalecer el orden moral. La amoralidad y la desmoralización son peores que la inmoralidad. Esta carencia de un referente moral concierne a cada hombre y a cada mujer en una brújula sin norte. Por esto, los valores, los deberes, los ideales básicos ya no son reconocidos y la vida se reduce al nivel sensorial, donde solo importan los placeres. La sociedad corre el peligro de caer en la depresión y la revulsión.

La Iglesia, en cualquier modo, no se presenta ante la sociedad solo como una instancia moral, sino que más bien da a los seres humanos una base privilegiada de moralidad, que es la persona de Jesús y su mensaje. Encontrando a Jesucristo, se transforma la vida. Los valores propuestos por la palabra de Dios están basados en un alto comportamiento ético.

3) Es también necesario fortalecer la coexistencia comunitaria teniendo en cuenta a cada uno. Los hombres y las mujeres que forman parte de un mismo pueblo necesitan vivir juntos pacíficamente, con amor y con un sentimiento de benevolencia y solidaridad entre ellos. A esta solidaridad, nosotros los cristianos la llamamos fraternidad, porque todos somos hermanos y hermanas, hijos de un mismo Padre. Para alcanzar el objetivo de la coexistencia pacífica, basada en el amor hacia nuestro prójimo, habrá que asumir ciertos criterios que acepten y promuevan la reconciliación entre aquellos que, llevados por el resentimiento, se encuentran ahora enfrentados.

Por último, la Iglesia ofrece, como una riqueza que le pertenece y que desea compartir con todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, una gran familia con una larga historia de siglos. Esta historia va más allá de los tiempos y de las guerras, persecuciones y situaciones críticas, y permite

una verdadera hermandad espiritual, que se consigue a través de la oración y del acuerdo en muchos aspectos de la cultura. En este Año Santo, muchos católicos, sean cubanos o no, necesitan imponerse la tarea de reconsiderar su conversión a Cristo para vivir verdaderamente la presencia renovadora de Jesús entre nosotros.

Las propuestas que la Iglesia ha hecho a Cuba no son para mañana, ni para el año 2000. Son proyectos a largo plazo hacia los cuales han de ser llevadas las jóvenes generaciones. Es un proyecto más difícil de llevar a cabo que aquellos propuestos a corto plazo por los estados, los políticos, los grupos o las empresas, o incluso por los de la propia Iglesia, como, por ejemplo, qué se va a hacer durante el Jubileo del Año Santo. La acción de la Iglesia en la historia no se puede medir por su efectividad u otros parámetros similares incapaces de calibrar la misión que Cristo le ha confiado y los frutos que ha conseguido.

Para dar un sentido a la vida y a la historia, para hacer a los hombres conscientes de que los males y sufrimientos de este mundo no tendrán la última palabra –porque «tanto amó Dios al mundo que envió a un Hijo para salvarlo... así, todos lo que crean en ÉL serán salvos»– y que, sembrando el amor y la reconciliación entre las estructuras de la sociedad por una coexistencia pacífica de todos en una solidaridad que será fraternidad, están estas propuestas que tendrán que tener necesariamente un impacto positivo y verdadero en la sociedad. Pero este impacto tiene que ir poco a poco, sin la efectividad cuantitativa de los eslóganes y objetivos marcados. Porque las motivaciones espirituales en las que están basadas estas propuestas, simultáneamente elevan a una implementación metodológica diferente, desde que estas tienen en cuenta los contenidos del mensaje junto a la libertad humana. Para la Iglesia, el respeto por las mujeres y los hombres y el respeto por el honor de Dios van inextricablemente unidos.

En el misterio de Dios hecho carne en Cristo, la religión cristiana contiene esta conciliación entre lo que es humano y lo que es divino, que integra y vence cualquier otro tipo de tensión. Un autor moderno ha dicho que la encarnación de Dios en Cristo implica «un fortalecimiento infinito de la autoconfianza del ser humano», la religión cristiana otorga al mundo esta contribución fundamental porque –y ahora cito a Karl Barth– *«una vez asumes que Dios se hizo hombre, una persona ya no puede hablar o actuar más de modo inhumano»*.

Para dar vida a este mensaje, la Iglesia no solo requiere espacio y libertad, sino respeto y aprecio sincero por la naturaleza de su misión. Es cierto que muchas veces un proyecto humanista de altura trae consigo un criticismo hacia situaciones que, paradójicamente, parecen deshumanizadoras. Esta es otra contribución de la Iglesia al mundo, que puede ser aceptada como camino hacia el perfeccionamiento de los hombres y las mujeres, y de la sociedad como un todo. Hay que tener en cuenta también el hecho de que la gran innovación del conocimiento cristiano en la era moderna es el reconocimiento de que los métodos son sagrados igual que los contenidos, y que la verdad, incluso la verdad de Dios, no será impuesta sobre los seres humanos.

El criticismo solo es creíble y genuino si existe una atención a la metodología cristiana, si está basado en una consideración estricta e históricamente practicable. Por eso, este criticismo no tiene nada que hacer si se aleja de alguien que juzgue desde arriba. La Iglesia no urge ni esgrime insolentemente argumentos contra el mundo, la sociedad o las estructuras políticas. Sugiere valores y bases según su fe, pero no como alguien que habla desde fuera del peligro, o sin responsabilidad, sino como alguien que sigue la ley de la encarnación, cerca de la sociedad y como activo participante en ella.

De cualquier modo, y siempre atento a todos los deseos de la palabra de Dios y a los contenidos del mensaje y la metodología para su transmisión, el mensaje de Jesucristo es desestabilizador. Y lo es también para nosotros, obispos, sacerdotes, consagrados y laicos. Nos arranca de nuestra seguridad y nuestro bienestar y nos lleva una vez más frente a la exaltadora y comprometida Verdad de un Dios que se redujo a sí mismo a la nada al hacerse hombre por nosotros, aceptando el sacrificio de la Cruz. Los anuncios de Cristo de su padecimiento por nosotros nos invitan a reflexionar

y mejorar, y no nos deben causar rechazo alguno, sino consideración. Sin el sufrimiento de su entrega no hay nueva vida, sin la Cruz de Cristo, no hay Resurrección.

Conmemoramos dos mil años del nacimiento de Cristo, un evento único en su realidad histórica y en su proyección, y debemos conmemorarlo tomando muy en serio sus implicaciones; así, el Jubileo significará verdaderamente el comienzo de una nueva época para el ser humano, y también para Cuba. Nos queda dar una respuesta a la iniciativa de Dios que *«por todos los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre»*.

En este Año Santo Jubilar del tercer milenio de la Era Cristiana, la Iglesia de Cuba, en su propio nombre y en el de la misión de Cristo que le ha sido encomendada, debe repetir a su pueblo, ansioso de bienes espirituales, lo que Pedro dijo al cojo que estaba en la puerta del templo que llaman «la Hermosa»: *«No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy: en el nombre de Dios, levántate y anda»* (Hch 3, 6).

CONFERENCIA PRONUNCIADA
EN EL SEMINARIO INTERNACIONAL
IGLESIA Y SOCIEDAD EN LA CUBA ACTUAL
Eichstätt, Alemania, 12 de octubre del 2000

Distinguidos participantes:
Queridos hermanos:

Estas palabras mías quieren ser, ante todo, de gratitud por la invitación que dirigió a esta delegación de Cuba el Sr. Obispo de Eichstätt, S.E.R. Walter Mix. Me siento honrado de participar en este encuentro que pretende un acercamiento a la realidad cubana, sobre todo a la presencia de la Iglesia en esa realidad, así como a sus posibilidades de acción pastoral y social.

Veo en esta presencia nuestra aquí una oportunidad singular para la Iglesia de La Habana y descubro en ello el influjo positivo del viaje pastoral del Papa Juan Pablo II a Cuba. No me parece estar equivocado cuando digo que también en Alemania la visita del Papa a Cuba suscitó un interés particular. Los ojos de muchos hombres y mujeres del mundo se volvieron hacia Cuba aquel mes de enero de 1998, cuando el Papa, al llegar al Aeropuerto Internacional de La Habana, en su discurso de saludo a las autoridades y a la Iglesia en mi Patria, se dirigió al propio país que visitaba y al mundo entero con unas palabras que se convirtieron en la divisa de su visita a nuestra tierra: «*Que Cuba se abra al mundo, que el mundo se abra a Cuba*». Todos, tanto los cubanos como los hombres y mujeres de otras latitudes, que de algún modo, sea por televisión, sea siguiendo en la prensa o por medio de Internet la visita papal, descubrían la intención del Santo Padre de situar a Cuba en la realidad del mundo actual en una posición de recíproca apertura, se sentían implicados y deseosos de corresponder a aquel llamado del Pontífice.

La visita del Papa había suscitado una gran expectativa. No solo la autoridad moral del Papa Juan Pablo II y la figura política de Fidel Castro se encontrarían frente a frente, en diálogo privado y, en cierto modo, público; sino dos concepciones del mundo, de los caminos para el desarrollo de los pueblos, del hombre, se hallarían cara a cara. La visión del mundo imperante en Cuba se vería contrastada de algún modo con otros modelos o enfoques por el Papa Juan Pablo II, oriundo él mismo de Polonia, uno de los antiguos países de Europa del Este, que estuvo en la órbita de la Unión Soviética.

Con un pensamiento filosófico-social muy claro y definido respecto a los sistemas políticos del mundo actual, Juan Pablo II había hecho revivir la Doctrina Social de la Iglesia, enriqueciéndola con documentos y declaraciones de mucho relieve. Su visita a Cuba lo llevaba ahora a un país que había intentado una experiencia sociopolítica y económica singular bajo el influjo del pensamiento marxista y que mantuvo una estrecha relación política y económica con los antiguos países que se organizaron según esa filosofía.

La ubicación geográfica de nuestra isla en el corazón de América, cercana a los Estados Unidos, distante de aquellos países de Europa que habían colaborado con Cuba, que tuvieron además cierto peso modélico y pragmático en su forma de implantar aquel sistema en el país, aportaba un elemento también novedoso a aquella experiencia.

Pero hay un factor que no debe olvidarse. No solamente la figura del Papa y la figura de Fidel Castro se encontrarían cara a cara, también tendrían que encontrarse la Iglesia Católica, a la cual el Papa representaba, y un pueblo y un gobierno que parecían haber tomado un camino distinto y aun distante de los que propone la fe religiosa.

Aquí aparecía en escena un elemento con el cual había que contar: el Papa no visitaba un país islámico o budista, de África o del lejano Oriente, sino un país del mundo occidental, tradicionalmente

cristiano, colonizado por España, donde quedó la huella cultural de su presencia de siglos, que comparte muchos elementos comunes con el resto de los pueblos de América Latina, entre ellos, la religión católica.

En medio de ese pueblo, no sin sorpresa para muchos, estaba la Iglesia Católica de Cuba, presente y viva, que emergía en la ocasión de la visita del Papa como una realidad hasta entonces ignorada o desconocida y que ahora se mostraba ante el mundo acogiendo al Santo Padre. Era la Iglesia en Cuba la que había organizado con esmero las grandes celebraciones del Sumo Pontífice, animando con entusiasmo la participación del pueblo y dando así pruebas de haber vivido y no solamente sobrevivido durante aquellos años de silencio o de desconocimiento de su existencia y de su misión, realizada en fidelidad al Evangelio. Y todo se hacía ahora evidente ante los ojos de millones de televidentes o, para otros muchos, a través de los diversos medios de comunicación.

Lo que subyace a la visita Papal a nuestro país y la hizo tan interesante para millones de seres humanos en todo el mundo es ese cierto grado de conflictividad que la rodea. De ella no está ausente la comunidad católica que vive en Cuba, transformada durante aquellos días de la presencia de Juan Pablo II en nuestro suelo, en objeto de atención particular, justamente porque si se percibía cierta situación conflictual, que precedió históricamente la llegada del Santo Padre a Cuba, la Iglesia que él guía como Pastor Universal, ahora viva y presente, tenía que haber participado con toda seguridad durante los años que van del 59 al 98 en esa situación de conflicto.

Ciertos comentarios apresurados referentes a la presencia de la fe religiosa en Cuba, que se produjeron después de la visita papal, consideraban que todo conflicto había sido superado, al ver las imágenes de las celebraciones públicas por la televisión, los desplazamientos del Papa y el entusiasmo que suscitaba su visita. Surgió entonces un optimismo fácil que desdibujaba los contornos de la realidad cubana en cuanto a la vivencia de la fe religiosa en nuestro pueblo. La aproximación a la realidad de nuestro país y a la presencia de la fe religiosa en ella no puede hacerse con apresuramiento, pues se trata de comprender y aquilatar una situación compleja y de difícil abordaje.

La otra aproximación insuficiente, sobre todo para los europeos, es la de considerar a Cuba socialista simplemente como uno de los países de Europa central antes de la caída del muro. Esto puede ser tentador, especialmente en Alemania, considerando la situación de su parte oriental antes de los acontecimientos de 1989. Pero hay diferencias, que es imprescindible hacer notar: en Cuba no había un pacto militar con los países de Europa Central ni con la Unión Soviética. No había tropas soviéticas ocupando el país, el cambio del sistema político y social de Cuba se produjo por un movimiento interno y no como resultado de pactos entre grandes potencias y la duración del nuevo modelo de organización política y social no se produce por la ocupación de ejércitos extranjeros.

Cuba tiene una cultura diferente y, sobre todo, una historia anterior al cambio sociopolítico de 1959 que pesa mucho en la etapa posterior a esa fecha.

En cuanto a la Iglesia, si bien en algunos aspectos del tratamiento de la cuestión religiosa se han seguido en Cuba los modelos de la desaparecida Unión Soviética y de los antiguos países socialistas de Europa central, hay también algunas diferencias: la Iglesia ha gozado de total independencia en el nombramiento de sus obispos, sin verse forzada a presentar sus nombres a las autoridades del país para que sean aprobados por ellas. El Papa ha designado siempre directamente a los obispos cubanos. Lo mismo podemos decir de nombramientos de párrocos o de cualquier tipo de disposición eclesiástica, tanto en las diócesis como en las órdenes o congregaciones masculinas o femeninas. Nunca fue necesaria la aceptación de un párroco, ni del traslado de alguno de ellos, por parte del gobierno. En todo momento ha sido posible la movilidad interna y externa de los obispos, que siempre han podido visitar sus diócesis, reunirse entre ellos o viajar a Roma, a América Latina o a otras partes del mundo para sus reuniones. La Iglesia y el Clero no han dependido económicamente del gobierno.

Hubo en los años 60 y 61, como es conocido, un choque entre la Iglesia y el nuevo sistema que se abría paso en Cuba en esos años. Fueron momentos de alta tensión político, de ánimos exaltados, se introducían cambios sociales importantes como la Reforma Agraria que la Iglesia apoyaba, pero al mismo tiempo aparecían los elementos filosóficos e ideológicos del marxismo y los obispos expresaron su temor a la implantación en Cuba de un sistema de tipo comunista como los que existían en Europa del Este. Esto trajo la consiguiente reacción del gobierno, se produjo una situación de crisis. Más tarde, las escuelas católicas, junto con las demás escuelas privadas, fueron nacionalizadas. En ellas estudiaban unos 100 000 alumnos de enseñanza primaria, secundaria y universitaria. También las Universidades Católicas fueron nacionalizadas. Partieron entonces de Cuba muchos religiosos y religiosas dedicados a la educación. Unos 135 sacerdotes debieron abandonar el país conminados por las autoridades, la Iglesia perdió el acceso a los medios de comunicación y con la disminución del personal religioso, que de un modo u otro había dejado el país, la acción pastoral quedó reducida a los templos, muy mal atendidos, además, por sacerdotes que tenían tres, cuatro, cinco y hasta diez parroquias. La Iglesia, con la colaboración de un laicado muy comprometido y fiel, trató de hacer frente a aquella situación y continuó su labor evangelizadora con los medios de que disponía. Así pudo sobreponerse a aquel primer momento de crisis, para adentrarse un poco más tarde en una etapa de tolerancia limitada, en la cual trató de existir, permanecer y dar un testimonio de sinceridad, de pobreza, de entrega y de amor al pueblo.

Sin embargo, es necesario analizar los elementos que conducen hasta la realidad nueva que surge en Cuba a partir de 1959 (año del triunfo de Fidel Castro) con sus implicaciones para Cuba y para la Iglesia. Ya hablé anteriormente del peso que tenía la historia de Cuba en todo este proceso. Cuba fue la última colonia de España. Su condición insular hacía muy difícil que se sumara a las rebeliones que tenían lugar en la América Central y del Sur desde los comienzos del siglo XIX. Todos los países de América Latina se habían hecho independientes menos la isla de Cuba y la de Puerto Rico y cuando el proceso de independencia de las colonias españolas en América había concluido en el año 1830, para Cuba habría que esperar a los finales del siglo XIX, pasando por dos guerras, una de diez años que va desde 1868 a 1878 y otra más breve de 1895 a 1898, que terminó con una intervención norteamericana. Ese largo período creó en Cuba una mentalidad que dividió esencialmente a los cubanos criollos en quienes estaban a favor de una revolución para liberarse de España y los que propugnaban un proceso de autonomía progresiva para llegar al mismo fin. Desde esa época interviene una tercera posición que tiene que ver con la cercanía de la que, ya desde aquella época, era una de las grandes potencias del mundo: los Estados Unidos de Norteamérica. Esta postura se llamó «anexionista», pues consistía en desear para Cuba que se convirtiera en parte de la Unión Norteamericana. Desde antes de su independencia y a causa de la cercanía geográfica, con su consiguiente influjo geopolítico, el factor «Estados Unidos» tiene un peso decisivo para Cuba.

La Revolución

El término revolución es usado desde muy temprano en Cuba siguiendo las ideas ilustradas provenientes de Francia, en consonancia con todo el proceso emancipador de América Latina, de tal modo que el Padre del pensamiento nacional cubano, que es el Presbítero Félix Varela, cuya causa de beatificación está en curso y ha sido declarado Siervo de Dios, (1788 a 1853) habla ya en el año 1824 en la publicación «El Habanero», en un artículo titulado «Fragilidad de la Isla de Cuba», de la necesidad de la revolución en Cuba para que no se produjera una desgracia mayor. Es muy curiosa la acepción de revolución que en Varela se evidencia como cambio radical y rápido que, según él, evitaría los males mayores de una guerra: «*Yo opino que la revolución o, mejor dicho, el cambio político de la isla de Cuba es inevitable. Bajo este supuesto, para sacar todas las ventajas posibles y minorar los males, debe anticiparse...*» «*¡Ah! Esa sangre es la que yo quiero impedir que se derrame; estos bienes son los que yo quiero ver afianzados, esa paz es la que yo anhelo porque es simiente. Deseando que se anticipe la revolución, solo intento contribuir a evitar sus males*» (Félix Varela, *Escritos Políticos*). La revolución se convierte así, desde principios del siglo XIX, en un proyecto que de un modo u otro los cubanos de pensamiento avanzado consideran en su mayoría como el modo apropiado para llevar a cabo la independencia de Cuba de España. Este proyecto triunfó ampliamente sobre las ideas autonomistas y anexionistas.

Después de muchas conspiraciones y de las dos guerras ya citadas, se produce la primera intervención norteamericana que dura cuatro años, de 1898 a 1902, frustrando en cierto modo la revolución que había sido inspirada y organizada por José Martí. Con los norteamericanos llegó a Cuba el laicismo de corte liberal, el protestantismo y se extendió la masonería.

El pensamiento independentista cubano se había forjado en el Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana, que fue, además de centro de formación sacerdotal, un colegio abierto a laicos que siguieron allí estudios filosóficos, teológicos y de derecho, al punto de ser llamado este Seminario la cuna de la nacionalidad cubana. Después de 1842, este Seminario fue cerrado a los laicos y un poco más tarde a los mismos candidatos cubanos al sacerdocio.

Todos estos ingredientes: pensamiento de la Ilustración, laicismo liberal de tipo europeo o norteamericano, más las desventajas que arrastraba consigo la Iglesia del período colonial, sojuzgada por la corona española mediante el Patronato Regio, que permitía a los Reyes de España decidir el nombramientos de los obispos y se encargaba del mantenimiento de la Iglesia y del clero, que había cerrado prácticamente el Seminario a los cubanos que deseaban ser sacerdotes; se adicionaron desfavorablemente para la Iglesia Católica en Cuba, que entró con muchas desventajas en la República inaugurada en 1902. La Iglesia Católica en Cuba, sin embargo, logró una rápida y creciente recuperación.

Pero en los hombres de pensamiento del período republicano se abrió paso un sentir: el sueño de la revolución se había frustrado, había sido traicionado y seguía manteniéndose como proyecto que tendría que realizarse definitivamente alguna vez. Y así todas las revueltas, insubordinaciones populares y aún golpes de estado ocurridos en los primeros cincuenta años del siglo XX fueron llamados cada uno de ellos con el nombre de «revolución».

Muy especialmente desde el ataque al cuartel Moncada por Fidel Castro y un grupo de hombres con el fin de derrocar la dictadura de Fulgencio Batista en 1953, pasando por el triunfo de las fuerzas populares el primero de enero de 1959 hasta nuestros días, Cuba ha estado bajo el signo de una palabra con un contenido muy especial: Revolución.

Al acercarse el año 1968, centenario del inicio de la primera guerra de independencia de Cuba, surgieron algunas vacilaciones acerca de la autenticidad de aquella guerra y de la conveniencia o no de celebrar aquel centenario, pues esa contienda había sido iniciada por grandes propietarios de tierra, hubo en ella intereses económicos además de los patrióticos y había otras sombras, como la mentalidad «burguesa» de sus jefes, etc., que parecían no justificar su celebración. Fidel Castro zanjó la discusión con una sentencia: *«nosotros entonces hubiéramos sido como ellos, ellos hoy serían como nosotros»*. La revolución sería definida desde entonces como un proceso único de «cien años de lucha». Hoy se sigue considerando así con algunos años más.

Revolución en Cuba es, pues, nacionalidad, futuro, independencia. El hecho que divide la historia de Cuba en el siglo XX en dos mitades está condensado en una frase: el triunfo de la revolución, pues se considera que en 1959 se alcanzó, por fin, la auténtica posibilidad de realizar el soñado proyecto de la revolución tantas veces frustrado. La revolución cubana se percibe a sí misma hasta hoy como una revolución que se halla siempre en estado de realización.

Varias generaciones de cubanos han nacido, vivido y desaparecido bajo el signo «Revolución». El Padre Pastor González, ilustre sacerdote, hombre de letras y antes de ser sacerdote hombre político, decía en los años setenta, poco antes de su muerte: *«¿qué cubano diría que no es revolucionario?»*.

El movimiento revolucionario del 59 se incorporó al movimiento comunista mundial a partir de 1961, Cuba quedó, con altas y bajas según los diversos períodos de esa historia de más de tres décadas, bajo el influjo de la desaparecida Unión Soviética, que junto con los países de Europa Oriental establecieron lazos económicos, culturales y políticos con nuestro país. Pero esto no ocurrió

por ocupación extranjera o como consecuencia de los avatares de una guerra mundial y del subsiguiente reparto del mundo entre las potencias triunfantes, sino por la incorporación de un proceso propio, heredero de más de un siglo de luchas, a una corriente ideológicopolítica que podía ser, además, una alternativa al dominio de los Estados Unidos de América, a los sistemas político-económicos del mundo occidental y al capitalismo. La preexistencia de la revolución cubana al proyecto marxista, con eso que podemos llamar «personalidad» propia, permiten que todo cubano pueda identificarse como revolucionario aunque no sea comunista. Existe y ha existido siempre una neta distinción en Cuba entre ser revolucionario y ser comunista. En el hablar común, cualquiera puede expresar su condición de no comunista, pero no ser revolucionario entraña una grave deficiencia en la condición misma de ciudadano.

En los momentos más difíciles para los católicos cubanos, años 60 y 70, cuando se cometía alguna discriminación contra los cristianos, especialmente los jóvenes en sus centros de estudios y de trabajo, ellos siempre reclamaban sus derechos a partir de su condición de revolucionarios: «yo soy cristiano, pero soy revolucionario», «yo no soy comunista, pero soy revolucionario». Esta fue considerada siempre una buena introducción para el alegato que vendría después. «Revolución» ha sido el lugar de encuentro en medio de las crisis.

En Cuba se habla de la obra de la Revolución, de la necesidad de defender las conquistas de la revolución. La revolución exige cualquier sacrificio, el servicio desinteresado al prójimo, el don de la vida si fuera necesario, reclama el tiempo de la gente, aun el tiempo libre, en fin, desea que todas las motivaciones provengan de ella, que todos los éxitos puedan atribuirse a ella y que todos los fracasos sean considerados como una falta de espíritu revolucionario. Pero ¿no será esto ir demasiado lejos?

Y aquí se genera el verdadero y profundo conflicto entre la Revolución y la Iglesia, que no es un conjunto de problemas precisos a resolver entre la Iglesia y el Estado. Se trata del sustrato, si se quiere filosófico o antropológico, de un conflicto que se presenta a veces en sus concreciones externas con otros matices. Esta situación de conflicto fue anterior a la Constitución de 1976 que declarara el ateísmo de Estado y aun anterior a que se estableciera el Partido Comunista de Cuba con la exigencia para sus miembros de la profesión de ateísmo (1965). Esta situación perdura después que estas exigencias de ateísmo fueran abolidas en 1992 de la Constitución, como de los estatutos del Partido Comunista Cubano en 1991. Las causas del conflicto hay que buscarlas también, pues, en los antecedentes históricos, políticos, filosóficos y de otro orden enumerados anteriormente, que pasaron a integrar el pensar y el sentir nacional cubanos en mayor o menor grado y se incorporaron a la ideología revolucionaria.

El hombre es el objeto de la Iglesia en su evangelización, en su servicio concreto al mundo. El hombre es también objeto de atención por parte de la Revolución que se ha hecho para el bien del hombre. ¿Pueden compartir la Iglesia y la Revolución un objeto común en el hombre, que es por otra parte sujeto libre y responsable? ¿Pueden reclamar la Revolución y la Iglesia para sí el corazón del hombre, tienen derecho a esto? Nosotros, seguidores de Jesucristo, sabemos que, más que una pretensión de la Iglesia es una pretensión de Jesucristo el querer para sí la adhesión total del hombre y la entrega de su vida a Él: «quien ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí» (Mt 10, 37), «quien quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Lc 14, 27). Nuestra fe nos dice que solo el Crucificado Resucitado puede tener esta pretensión, porque Él es el enviado de Dios, el Salvador, el Señor, un único Dios con el Padre. Pero sabemos también que entregar el corazón a Cristo es volcarse al servicio del hombre. Ser todo de Cristo no aliena al hombre, sino todo lo contrario. ¿Pueden comprender esto quienes están imbuidos de otras ideas?

Toda religión reclama en el hombre un espacio para Dios, pero ninguna lo hace con la integralidad y la radicalidad que la religión cristiana, porque en Jesucristo Dios se hizo hombre y planta su Reino de amor, de verdad y de justicia en el corazón humano: «quien no come mi carne y no bebe mi sangre no tendrá vida en sí mismo» (Jn 6, 53), dice Jesús, y no podemos olvidar que carne y sangre significan complejivamente persona en hebreo. Quiere decir Jesús que quien no se alimenta de su

persona está sin vida. Hay que vivir de las enseñanzas de Jesús, transformar la mente y el corazón a su modo, amar y servir al estilo de Él. Recordemos que, cuando Jesús dijo estas cosas, el Evangelista San Juan narra que muchos lo abandonaron. El mensaje de Jesús nos lleva a todos a un cierto conflicto existencial. Hay que optar por Él o contra Él.

Por eso, el conflicto religión-revolución no empieza a gestarse con el triunfo revolucionario de 1959, sino que estuvo presente en forma progresiva, con distintos niveles de intensidad, desde mediados del siglo XIX. Tampoco es exclusivo de Cuba, sino que lo hallamos ya, planteado en otros términos: religión-imperio, en el cristianismo naciente en el seno del Imperio Romano. Se desarrolla el tema del conflicto de la fe cristiana con las estructuras de la sociedad en el pensamiento filosófico de la modernidad, deja ver su influjo en la Revolución Francesa, está vivo hoy en el mundo laico italiano, perdura en la España posfranquista y ha estado muy presente en el caudillismo liberal que dirigió las nuevas repúblicas de América Latina. Se le puede detectar también en la drástica separación de la Iglesia y el Estado propia del laicismo norteamericano.

Siempre encontrarán los Estados otras razones para frenar o aminorar la acción de la Iglesia: los bienes del clero, la postura política inaceptable de las instituciones de la Iglesia, la necesidad de la unidad nacional, actitudes culpables de ciertos hombres de Iglesia, poca disponibilidad de la Iglesia para colaborar sea al orden, sea al cambio social, etc. Estos son, casi siempre, los pretextos para actuaciones que pueden resultar más o menos punitivas o de control de la Iglesia, pero lo que subyace como causa profunda y real es una especie de celo por obtener la exclusividad del corazón humano y una adhesión a los ideales oficialmente propuestos sin ninguna otra mediación. Esto pasa a ser como un elemento «religioso» dentro del pensamiento revolucionario y este aspecto hace más difícil la comprensión del rol de la Iglesia y de su misión. No olvidemos que las guerras de religión son las más largas y penosas.

Por su parte es necesario que la Iglesia se despoje de toda pretensión política, aunque debe quedar bien sentado que la defensa del pobre y sus derechos, la lucha por la justicia y la paz, el servicio caritativo a los necesitados, el combate contra el aborto y la pena de muerte y otras tareas éticas que manan del mismo compromiso evangélico, no son de esas acciones políticas a las cuales pueda sustraerse la Iglesia.

El Estado revolucionario debe renunciar a toda pretensión «religiosa» de reservarse para sí el corazón del hombre. aquí, siguiendo el lenguaje bíblico, corazón quiere decir interioridad. Debe haber en el ser humano espacio para sus tareas sociales y políticas, espacio para la familia y los amigos y, sobre todo, espacio para Dios. No solo un ideal político revolucionario puede motivar la lucha por la justicia y el bien común, también puede hacerlo la fe cristiana y esto no debe resultar competitivo.

Una carga de elementos emotivos puede hacer más difícil la superación de esas situaciones. Por ejemplo, en un pueblo pequeño, la Iglesia Católica puede resultar el único elemento contrastante de la realidad social. Ofrece otras motivaciones, otras razones para la alegría: la Navidad, la Pascua; otras certezas: el poder de Dios, la gracia divina; tiene otra metodología: la invitación al amor, la misericordia. Todo esto puede incitar en otras estructuras no religiosas de la sociedad los deseos de ganar, de superar, de lograr un entusiasmo, una serenidad o una perseverancia similares a los de los cristianos. Pero las actitudes religiosas son de otra índole. Nada ni nadie puede ocupar el espacio interior que la fe religiosa llena, lo más que puede lograrse es desviar al hombre de esas inquietudes distrayéndolo, ocupando su tiempo, pero dejando un vacío en ese espacio interior que otras cosas jamás podrán llenar.

Es más difícil que la Iglesia se desnaturalice para adoptar actitudes y comportamientos ajenos a su propio modo de ser, pero puede darse el caso que instituciones o grupos civiles asuman comportamientos cuasirreligiosos, incluyendo un cierto ritual laico, sin que lleguen a alcanzar plenamente su cometido, porque hay ahí una simple superposición de planos sin capacidad de remplazo.

Hablando con claridad. Si se logra que la Iglesia y la Revolución tengan su campo propio en el corazón humano y en la sociedad y esos dominios se respetan, es posible superar la conflictividad que ha llevado consigo la relación entre la Revolución cubana y la Iglesia Católica en Cuba. Esto no se ha alcanzado aún hoy, incluso después de la visita del Papa, aunque pasos de cierta importancia se han dado ya.

¿Por qué he iniciado este encuentro hablando de lo conflictivo? Porque es la clave para que se entienda todo lo demás que debe seguir después: el papel del laico católico en la sociedad cubana, las posibilidades de la Iglesia en Cuba para su acción social y lo que la Iglesia Católica y el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo pueden y podrían aportar a Cuba ahora y en el futuro en orden a la reconciliación y a otros muchos bienes.

La palabra conflictividad, en el contexto en que la he empleado, no significa persecución ni ruptura, sino una condición que ha acompañado los «cien años de lucha» de la revolución cubana con relación a la Iglesia y que ha cobrado matices más acentuados y característicos en estos últimos cuarenta años. Es una conflictividad que no es la del materialismo dialéctico frente a la fe religiosa o la de un Estado ateo frente a la Iglesia, sino la misma conflictividad que Jesús anuncia a sus discípulos en el evangelio, encarnada en un medio social con sus propias características: *«ustedes están en el mundo, pero no son del mundo, yo no pido al Padre que los saque del mundo, sino que los libre del mal»* (Jn 15, 19).

En la medida en que, aun sin comprender, se respete que hay algo del hombre que no es de este mundo, es decir, en palabras de Juan Pablo II, «la apertura del hombre a la trascendencia», y en cuanto que no hagamos los cristianos un uso indebido del derecho inalienable de abrirnos a Dios, es posible una reconciliación no solo entre personas, sino dentro de las estructuras de una sociedad plural, donde tiene su lugar la Iglesia, con su función educadora y social que mana de su adhesión a Jesucristo.

Desde la fe miro al futuro con esperanza y pienso que esto es posible.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA 2001 «EL BIEN Y EL MAL»

Catedral de La Habana, 7 de marzo del 2001

El título de esta primera conferencia de Cuaresma, «La Cruz nos descubre el bien y el mal», necesita explicarse. Porque nosotros descubrimos el bien, que encontramos a nuestro alrededor en todo aquello que enriquece nuestra vida, que la hace agradable, que favorece nuestro desarrollo personal y descubrimos el mal en todo lo que es contrario a nuestro crecimiento moral y espiritual, en todo aquello que se interpone en el camino de nuestra vida hacia el progreso, el bienestar, en fin, todo lo que puede amenazar nuestra existencia física, o nuestra estabilidad o satisfacción espiritual.

De hecho, el bien y el mal no son dos realidades concretas que se encuentran en algún lugar y que nosotros tendríamos que descubrir como algo oculto, sino que bien y mal son dos conceptos que tienen que ver con nuestras propias personas, con lo que yo experimento como positivo, agradable, favorable a mí o como negativo, repugnante, amenazador para mi vida.

El bien total del hombre hacia el cual él tiende como a un fin es, según Santo Tomás de Aquino, la felicidad, pero él entendía esa felicidad como plenamente alcanzada, más allá de los sufrimientos de la vida y más allá de la muerte: Como el hombre fue creado para esa felicidad eterna, siempre está en busca de la felicidad en su vida. Pero, aun así, la felicidad no es un evento, no es una etapa del tiempo de la vida, no se halla en un lugar determinado, es un estado psicológico de complacencia, de agrado, de aceptación del curso de los acontecimientos, que produce satisfacción, gozo. Este estado puede darse en situaciones muy contradictorias y aun difíciles, porque, repito una vez más, depende mucho de la apreciación que hagamos los humanos del bien y del bien total del hombre que es la felicidad del encuentro definitivo con Dios.

En la filosofía moderna, para captar lo que es el bien como bien propio de cada uno, se ha incluido el concepto de valor. Una correcta filosofía de los valores añade, a la objetividad del bien, la apreciación que del mismo podamos tener nosotros. Me explico. Toda sana concepción de la vida debe hacer coincidir el bien con aquello que conviene plenamente a la naturaleza humana, por ejemplo, la salud, el amor, la capacidad creativa, el trabajo por el bienestar propio y por el de los semejantes, procurándoles a ellos una participación en mis bienes, favorecer la vida, el crecimiento espiritual del hombre, su desarrollo. Todo esto es propio de la naturaleza humana, es decir, del hombre dotado de razón y de libertad.

Pero ¿por qué un joven delincuente se dedica al tráfico de drogas? ¿Por qué alguien busca afanosamente un modo cómodo de vida, sin esfuerzo, por caminos de ilegalidad o de violencia? Puede haber muchas razones psicológicas, de educación familiar o escolar insuficiente, puede haber también el contagio social que lleva por el mal camino, pero en el punto de partida de la actuación de estos hombres jóvenes quizá no hubo la consideración del bien propio y del bien común como un valor, es decir, como algo por lo cual merece la pena esforzarse y luchar. Puede ser que el dinero en abundancia o fácilmente adquirido se haya convertido para esos jóvenes desde su juventud, y aun desde su niñez, subjetivamente, en un valor al cual se sacrifican muchos otros bienes, considerando que ese es el principal.

Por lo tanto, el bien puede intuirse, conocerse teóricamente, pero no llegar a ser apreciado como valor y, en este sentido, podemos decir que el ser humano en muchas ocasiones no descubre el bien donde realmente este se encuentra.

Más complicada aún es la relación del hombre con el mal. El mal tiene mil rostros todos horribles y amenazadores para el ser humano. El mal es incomprensible para el no creyente y para el creyente, hay una asociación forzosa entre el mal y el dolor. El dolor es la experiencia que los humanos tenemos del mal. Porque el mal no es una «cosa» que simplemente sucede o que está delante de

nosotros, sino que es la aparición de una traba o de un obstáculo entre el deseo instintivo de vivir y de vivir en plenitud, y la posibilidad de su realización. Lo que se llama dolor es la experiencia humana de la impotencia de superar los obstáculos, la necesidad de someternos al mal. Por eso decimos que sentimos dolor a causa de una herida en una pierna o dolor por la muerte de un ser querido. En nuestra vida, nuestro deseo de vivir fracasa con frecuencia con la enfermedad, con la pérdida de personas queridas, por diversas circunstancias, por destrucciones, catástrofes, violencias y, al final, por nuestra propia muerte. El mal es como la negación del deseo de vivir, una frustración de ese mismo deseo. ¿Ante todo esto puede decirse que tiene sentido el vivir?, incluso, ¿tendría sentido el desear la vida?

El mal solo se da a partir de una dimensión propia del hombre: la libertad. Un movimiento sísmico espantoso observado por un telescopio de gran potencia en un planeta deshabitado, que ha cambiado la altura de sus montañas y su antigua configuración cartográfica, no es un mal, es un reajuste de ciertas fuerzas telúricas presentes en aquel planeta que pueden servir también para estudiar el desarrollo del planeta Tierra. Pero un sismo ocurrido en Suramérica o en Asia, en una zona densamente poblada con centenares de muertos es un mal terrible. Solo en relación con el hombre libre y deseoso de vida se experimenta el mal. Solo el hombre se pregunta por el sentido del mal en la vida y por el sentido de la misma vida sometida al mal. Un animal padece, pero no sabe que padece, no se pregunta hasta cuándo sufrirá, ni por qué sufre.

Es así como el mal y el consecuente dolor que acarrea se torna escándalo, problema, interrogante sobre el sentido mismo de la existencia. Porque la pregunta no atañe al mal en sí mismo, sino a la relación del hombre con el sentido de su vida y esto nos pone al creyente y al no creyente ante Dios. Un antiguo escritor, Lactancio, escribía en estos términos: «o Dios quiere eliminar el mal y no lo puede, o bien puede eliminarlo y no quiere, o bien ni quiere ni puede, o bien lo quiere y lo puede». Como se ve, desde la antigüedad, nadie trata de explicar el bien y el dolor, ni de mostrar tampoco, aun menos, su sensatez; sino de encontrar un sentido para el hombre que se ve atacado o torturado por el mal, por el dolor. Nadie puede «comprender el mal»; será una gracia extraordinaria llegar a comprender qué sentido tiene la existencia humana marcada por el mal y por el dolor. El mal y el dolor que lo acompaña asumen formas muy variadas, a nivel individual puede ser físico, psíquico o moral; a nivel social puede haber guerras, genocidios, violencias, etc., y a nivel cósmico: terremotos, inundaciones, volcanes, huracanes, etc. No existe el mal en abstracto, sino siempre en relación con nosotros, situado siempre frente a nosotros.

En la Biblia, el libro de Job nos habla de los sufrimientos atroces de un hombre que se lamenta de este modo con sus amigos: «¿Hasta cuándo atormentarán ustedes mi alma y me acribillarán con palabras?» (*Jb* 19, 2). Esos amigos de Job trataban de buscar razones para el sufrimiento que aquejaba al pobre hombre. Esas razones pueden ser fundamentalmente de dos géneros: primero, tú sufres porque has obrado mal en la vida y ahora Dios te castiga; segundo, tú sufres porque Dios, como tú eres bueno, te prueba para ver tu aguante. Realmente, las palabras que dice Job a sus amigos concuerdan con la situación de cada uno de nosotros cuando está en medio del sufrimiento: no queremos oír explicaciones de por qué sufrimos, esperamos más bien encontrar un sentido al mal que padecemos y al sufrimiento que él nos trae. Ante el mal y en relación a Dios:

— Podemos rebelarnos.

— Podemos resignarnos: (¿qué vamos a hacer?, tengo que aceptar y pasar por esto).

— Podemos rendirnos ante Dios: Señor, solo Tú sabes...

Si abrimos la Biblia, desde sus comienzos veremos que el mal no proviene de un gesto creador de Dios. Al final del acto creador, cuando Dios contempló el cielo, la tierra, los árboles, los animales, el hombre, dice el libro del Génesis (*Gn* 1, 31): «Vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era muy bueno». En la cumbre de esta creación está el hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza, como un ser capaz de abrirse al mundo, de encontrarse con Dios, de actuar sobre la

naturaleza y someterla, el hombre puesto en medio de la creación es lo que le da sentido a todo lo creado. En medio del Jardín del Edén está un ser abierto al diálogo con Dios, pero también expuesto a la posibilidad del mal, esto es, del rechazo de Dios y de los hermanos.

En medio de aquel jardín de delicias donde el hombre y la mujer han sido puestos por Dios hay un árbol, de cuyo fruto no deben probar ni uno ni otro, es llamado curiosamente el árbol del bien y del mal. ¿Qué significa simbólicamente este árbol al cual el hombre no debe acercarse para probar sus frutos? Ese árbol es, precisamente, como el único límite que Dios pone a la libertad del hombre. El ser humano puede escoger entre todos los bienes de aquel jardín que ha recibido de Dios como regalo, podrá ejercer su libertad para elegir entre muchos bienes, pero no debe elegir nunca el mal y no debe escudriñar buscando los límites del bien. Mejor no toca esa línea tan débil que puede quebrarse. Aparece en ese momento en el relato bíblico el tentador, el maligno, el que le sugiere a la mujer que ella y el hombre coman del fruto del árbol para que se hagan dioses al saberlo todo. Cuando el hombre se pretende un dios, topa con el mal, trastorna el orden del mundo, sufre y hace sufrir.

En el relato bíblico, el mal tiene forma de serpiente, por su manera silenciosa y astuta de introducirse en el querer del hombre. ¿Será el poder antidivino del mal una realidad personal? ¿Será el diablo una persona, es decir, tendrá un ser personal? Dice muy claramente el Cardenal Ratzinger: «Cuando se pregunta si el diablo es una persona, habría que responder justamente que él es la no persona, la disgregación, la disolución del ser persona; y por eso constituye su peculiaridad el hecho de presentarse sin rostro, el hecho de que lo desconocible sea su verdadera y propia fuerza». El diablo es, por tanto, una realidad contradictoria, de él no sabemos casi nada, pero podemos descubrirlo por sus efectos y estamos capacitados para luchar contra sus insidias.

Sería un error que un cristiano creyera que el diablo es un dios del mal. No existen el dios del bien y el dios del mal, esta fue una antigua religión de los persas que tuvo también sus manifestaciones en los inicios del cristianismo en una secta llamada Maniquea, que consideraba el mundo sometido a dos poderes enfrentados, el poder del bien, que pudiéramos llamar Dios, y el poder del mal, que pudiéramos llamar el diablo. Pero la Biblia no admitió nunca ninguna forma de dualismo metafísico. En el mundo físico encontramos unas realidades contradictorias de la realidad conocida y estudiada tradicionalmente por la ciencia. Así la antimateria, cuya constitución es totalmente diversa de la materia. Existen en el espacio sideral los grandes huecos negros que no son ni estrellas ni planetas, sino justamente ausencia, vacío, hueco, son como grandes agujeros que pueden absorber y tragar toda materia que se acerca. Estos huecos negros no se conocen porque brillan, porque tengan una masa material, porque emitan rayos de luz, sino por los efectos que producen a su alrededor engullendo todo lo que se acerca a ellos. Esto parece ser la nada, la ausencia de luz y de masa. Es como una negación de todo lo demás que existe.

Lo antidivino es algo de un género análogo, puede ser al mismo tiempo uno y muchos, anónimo y amorfo e impersonal.

Cristo, con su muerte en la Cruz, y con su Resurrección, hace valer su dominio absoluto sobre todas las potencias malignas. A nosotros, cristianos, nos interesa saber más sobre el vencedor, que es Cristo, que sobre las oscuras potencias derrotadas por Él, que no tendrán nunca ningún peso definitivo en la trama de la historia de los hombres.

Jesús no hizo discursos sobre el mal y el dolor, pero sufrió personalmente hasta morir en una cruz, a pesar de que nadie «podía acusarlo a Él de un pecado». En el Nuevo Testamento, el mal se concentra en la pasión y muerte de Jesús, cuya historia, desde el comienzo de su vida pública, es de sufrimientos, de rechazos, de humillaciones y de burlas, hasta el extremo de que muchos autores opinan que los evangelios son el relato de la pasión de Jesús con un preámbulo largo donde se ve su camino hacia el sufrimiento y un epílogo más breve donde se narra el triunfo definitivo de Jesús sobre el mal y la muerte. El Evangelio de San Marcos resume en una frase todo el dolor que debía sufrir Jesús: «el Hijo del Hombre tenía que padecer mucho» (Mc 8, 31). Jesús, que sufre y es condenado a

muerte, se presenta ante nosotros como aquel en quien puede reconocerse todo ser humano: «¡He aquí al hombre!» (*Jn* 19, 5), no comprendía Pilato la amplitud extraordinaria de la frase que decía al presentar a Cristo golpeado y ultrajado delante de su pueblo. Sí, he ahí lo que somos cada uno de nosotros, humanos, sometidos al sufrimiento y a la muerte.

Dice San Pablo: «el lenguaje de la cruz es una locura para los que se pierden; pero para nosotros que nos salvamos es poder de Dios... nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos» (*1 Co* 1, 18-23). Esa es la respuesta de Dios al dolor del hombre, a los sufrimientos que el mal causa al hombre, la pasión y muerte de su Hijo: Dios se dejó golpear, herir y someter al dolor para vencerlo. Su respuesta al dolor humano es la «compasión», la solidaridad en el dolor. Es así como la cruz de Cristo nos descubre el bien y el mal, no nos explica el sufrir, el dolor, la frustración continua del hombre que busca el bien y la felicidad sin encontrarlos. La Cruz no emplea argumentos y palabras para decirnos un por qué, sino nos descubre el sentido que puede tener el mal, el sufrimiento, el dolor en la vida humana, nos descubre el para qué. Cristo hizo su ofrenda por amor porque: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos». El Cristo que sufre por amor nos revela el rostro de Dios, del verdadero Dios que es misericordioso. Él nos revela así el bien supremo. Jesús se encara con la muerte y la vence porque hace una ofrenda de su vida y nos enseña a morir sin miedo poniendo nuestro espíritu en manos del Padre. Liberarnos del miedo a la muerte, que es la mayor esclavitud del hombre, es la gran liberación que se opera en la cruz, y así lo que aparece como un mal terrible infligido por los hombres malos, haciendo uso de malas artes, se convierte en un bien superior, en el supremo Bien de abrirnos Cristo las puertas del cielo y de entrar victorioso en él para prepararnos una morada.

En el Jardín del Edén, la serpiente, el mal, el tentador de mil rostros apareció enredado en el tronco del árbol del bien y del mal y pareció que vencía al hombre y a la mujer que, abusando de su libertad, desobedecieron a Dios y cometieron pecado.

Pero del tronco del árbol de la cruz, plantado en la cima del Calvario, colgó gloriosamente Jesucristo y desde allí Él fue el vencedor del pecado, del mal y de la muerte. Leamos cómo canta esta victoria el Misal Romano en el Prefacio de la Exaltación de la Santa Cruz.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque has puesto la salvación del género humano
en el árbol de la cruz,
para que, de donde tuvo origen la muerte,
de allí surgiera la vida;
y el que en un árbol venció, fuera en un árbol vencido,
por Cristo Señor nuestro.

Cada uno de nosotros tiene que vencer con Cristo el mal y el pecado, cada uno de nosotros debe encontrar en la ofrenda de Cristo en la Cruz un sentido a su vivir, a su sufrir y a la misma muerte. Tenemos que mirar a aquel que ha sido traspasado. En Él no encontraremos respuestas a nuestros pretenciosos «porqués» del hombre del paraíso que se quiere hacer Dios, sino que descubriremos el humilde «para qué», que nos mostró el Dios que padece por nosotros en la Cruz hecho hombre y que nos hace rendirnos por amor ante la inmensidad y el misterio de tanto amor.

La Cruz nos descubre el supremo Bien y nos muestra que el mal se vence con el amor y que el dolor se transforma en ofrenda. En la Cruz de Cristo está el único y verdadero sentido de la vida.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA DEL 2001 «LA JUSTICIA Y LA MISERICORDIA»

Catedral de La Habana, 14 de marzo del 2001

En la cultura contemporánea, el término justicia es muy empleado, con diversas acepciones según el medio ideológico y cultural en que se use. Está presente, sobre todo, en el lenguaje jurídico, político y ético con significados diferentes.

En el plano jurídico, la noción de justicia más difundida es la que elaboró el antiguo derecho romano (formulada por Ulpiano): «Justicia es la voluntad constante y perpetua de dar a cada uno lo suyo». ¿Qué es lo suyo? Lo suyo es el conjunto de derechos que tiene una persona. Pero la determinación de esos derechos depende de las opciones ideológicas, políticas y sociales de un medio determinado. Por ejemplo, los derechos que pueda tener una mujer musulmana en Arabia Saudita no son los mismos que puede tener una mujer inglesa o japonesa. Cada sociedad, con su ideología, privilegia algunos derechos y deja en la sombra otros.

En el plano ético religioso, si seguimos a Santo Tomás de Aquino, la justicia es una virtud que él define como: «el hábito según el cual alguien con una voluntad constante y perpetua le da a cada uno lo suyo». Se ve que Santo Tomás sigue más o menos la definición de Ulpiano, pero dándole una característica de virtud que debe cultivar personalmente cada cristiano. Santo Tomás, al decir que la justicia debe constituir un modo de ser, un hábito en el cristiano, la sitúa como una primera exigencia de la caridad, del amor al prójimo. Al menos dar a cada uno lo que le corresponde debe ser el primer paso de todo amor concreto a los semejantes. Pero, además, esta definición de justicia no hace ninguna referencia a Jesucristo porque en el Evangelio hay una falta de reglas sobre los derechos de justicia; más bien encontramos allí enunciados sobre los deberes del hombre, no sobre sus derechos. Da así la impresión de ser una expresión más jurídica que cristológica.

En el mundo occidental, los derechos jurídicos surgidos en él han tenido un tratamiento del tema de la justicia a partir de este concepto del antiguo derecho romano, pero debemos preguntarnos en la Biblia qué se entiende por justicia.

En el Antiguo Testamento, la justicia designa no un comportamiento adecuado a una norma jurídica como esta de dar a cada uno lo suyo, sino como un modo de relacionarse con la comunidad; indica una actitud leal y constructiva respecto a la comunidad. Indica también un estado de bonanza comunitario en el que el individuo se encuentra viviendo dentro de una red de relaciones públicas armoniosas y saludables. Muchos estudiosos modernos de la Biblia piensan que esta actitud podría traducirse hoy por «solidaridad con la comunidad». Se trata, pues, de un término vinculado siempre a la idea de relaciones sociales armoniosas que dan origen a un bienestar. Comparando esto con la definición de Santo Tomás, podemos decir que no interesa tanto en la Biblia la voluntad de dar a cada uno lo suyo, sino el hecho de considerar comunitariamente a cada uno como debe ser considerado. Es un concepto más objetivo y, por tanto, menos subjetivo.

Tomemos como ejemplo en el Libro del Génesis aquella especie de regateo de Abraham con Dios sobre los justos de Sodoma y Gomorra. Si se lee el capítulo 18 del Génesis, del número 22 en adelante, tenemos la imagen de un verdadero proceso judicial: Dios es el acusador y el juez, la ciudad de Sodoma es la acusada y Abraham es el abogado defensor. El problema consistía en encontrar cincuenta, cuarenta y cinco, cuarenta, treinta, veinte o diez justos entre los habitantes de Sodoma, porque Dios anuncia que va a destruir la ciudad por sus miserias y pecados y Abraham hace la defensa de la ciudad a partir del pequeño número de justos que pudiera haber en ella. Abraham le dijo a Dios: «¿es que vas a destruir al justo con el culpable, supongamos que hay en la ciudad cincuenta justos, los destruirás en vez de perdonar al lugar por los cincuenta justos que hay en él?» (Gn 18, 24), el Señor contestó que no y Abraham comenzó a rebajar la cuenta de cincuenta a cuarenta y cinco, a cuarenta, treinta, veinte o diez y siempre la respuesta del Señor era la misma: No

la destruiré si encuentro en ella diez justos. Para comprender este párrafo del Libro del Génesis es necesario preguntarse: ¿Quién es «justo» en un proceso? ¿Cómo establecer el criterio de la justicia? ¿Qué es la justicia? Hemos dicho que justicia para los hebreos era como una fidelidad comunitaria, algo parecido a lo que hoy llamamos «solidaridad en vista del bienestar de todos». Los justos, pues, que Dios buscaba en Sodoma eran los hombres capaces de solidaridad, de preocuparse por la ciudad, de no ser egoístas, ni violentos con su prójimo, de compartir con los demás; solo diez hombres como estos bastarían para salvar la ciudad. La corrupción de la ciudad era que no había nadie que fuera realmente solidario, preocupado por los otros, sino que se había llenado de egoístas, de hombres violentos; los justos que Dios busca incluso en Sodoma y Gomorra son hombres solidarios de los demás, capaces de edificar la comunidad renunciando a la violencia, y no solo a la violencia sexual, que ha sido como el único pecado de Sodoma que es recordado por la literatura y la tradición posterior.

Por eso, en la definición del Derecho Romano, seguida muy de cerca por Santo Tomás, parece no haber referencias a Jesucristo, porque la justicia que presenta Cristo en el Evangelio está dada por su mandato de vestir al desnudo, de alimentar al hambriento, de dar de beber al sediento, de amar al enemigo, de rezar por el que te persigue. Jesús crea una red solidaria en la comunidad y trae a los hombres una justicia superior, que arranca el egoísmo de su corazón: *«Quien quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo»*. Es en los siglos más recientes cuando se ha comprendido esta proyección social de la justicia y, dentro de la teología católica, se da cada vez más un espacio mayor a la justicia social. Es desde hace más de un siglo, aproximadamente, que va elaborándose una doctrina social de la Iglesia que habla de esa justicia. Es por esto que el Papa Juan Pablo II, ante el fenómeno de la globalización, ha hablado de una globalización de la solidaridad; porque eso es lo justo para un mundo donde predominan los pobres, los hambrientos, los miserables: que todos se ocupen de todos.

Carlos Marx, el fundador del marxismo, era de origen judío y su concepto de justicia está impregnado de esta visión de la justicia como solidaridad, como una red de relaciones óptimas entre los hombres para producir el bienestar.

Como cuerpo de Cristo, la comunidad cristiana debe vivir unas estructuras de relaciones nuevas entre los cristianos y de los cristianos con el resto de la humanidad. Vale la pena citar en la Carta a los Romanos (12, 9-21) la descripción concreta que hace San Pablo de la fisonomía de la comunidad cristiana en la que reina la justicia que Cristo ha venido a traer a esta tierra y que quiere que se extienda a toda la sociedad. Escuchemos la descripción de Pablo: *«Que el amor de ustedes sea sincero. Odien el mal y abracen el bien. Ámense de corazón unos a otros como buenos hermanos, que cada uno ame a los demás más que a sí mismos. No se echen atrás en el trabajo, tengan buen ánimo, sirvan al Señor, alegres en la esperanza, pacientes en los sufrimientos, constantes en la oración; socorran las necesidades de los creyentes, practiquen la hospitalidad. Bendigan a los que los persiguen; bendigan, y no maldigan. Alégrese con los que se alegran, lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros. No sean orgullosos, pónganse al nivel de la gente sencilla. No devuelvan a nadie mal por bien. Procuren hacer el bien ante todos los hombres. En cuanto de ustedes depende, hagan todo lo posible por vivir en paz con todo el mundo. Queridos míos, no se tomen la justicia por su mano, dejen que sea Dios el que castigue, como dice la escritura: «Yo haré justicia, yo daré a cada cual su merecido»*. También dice: *«si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que si haces esto, harás que se sonroje. No te dejes vencer por el mal, al contrario, vence el mal con el bien»*.

Debemos fijarnos lo lejos que estamos de la definición de justicia que dimos al principio, dar a cada uno lo suyo, aquí es mucho más, es casi imposible para el cristiano que la justicia no se codee con el amor, no vaya de brazos con él. Si no es así, habrá algo de frío, duro y seco en la justicia. A una madre cuyo hijo es condenado a muerte no podemos consolarla diciendo que se está haciendo justicia en su hijo, hemos de escucharla, de sostenerla y veremos que siempre ella descubre una parte buena en su hijo y en su corazón hay un dolor que la justicia lejos de calmar, cuando es excesiva, lo acrecienta. También hay el axioma del derecho antiguo que dice: «El derecho supremo

es una injuria suprema». Ser justos, practicar la justicia es un mínimo indispensable, pero toda justicia ha de estar coronada y precedida por el amor.

Cuando Jesús salió a predicar y recorría caminos y pueblos, comenzó a ser acusado por los fariseos, por los notables del pueblo, de violar la Ley, de obrar no según la justicia. El pasaje más hermoso para ilustrar esto es el del perdón de Jesús a la mujer adúltera acusada por un grupo de hombres que querían cumplir la justicia y apedrearla, y el Señor los emplazó, poniéndolos a todos ante su conciencia, para que el que no tuviera pecado lanzara la primera piedra. Jesucristo usó de la misericordia con aquella mujer, como lo hizo con algunos enfermos o paralíticos que curó el sábado, el día en que la Ley prohibía hacer cualquier cosa. Los contemporáneos de Jesús, los hombres de su pueblo y nación, enfrentan a Jesús a causa de la misericordia que él usa y en nombre de la justicia. «Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición del Antiguo Testamento de la misericordia divina. No solo habla de ella y la explica utilizando semejanzas y parábolas, sino que, además, y ante todo, él mismo la encarna y personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia» (D.I.M. # 2). Pero vemos que la mentalidad de los contemporáneos de Jesús, y aún más, las de nuestros contemporáneos, parece oponerse a las acciones del Dios de la Misericordia y tienden, además, a apartar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra misericordia parece producir molestia en muchos hombres de hoy, el ser humano es tan poderoso, conoce tanto el universo y ha avanzado tanto en la técnica que se cree a veces tan poderoso como un pequeño Dios, pero al mismo tiempo hay tanta miseria en el mundo de hoy, hay tantas amenazas para el futuro, hay tanta inseguridad y apatía en la gente como nunca antes lo hubo en la historia de la humanidad.

La palabra misericordia fue suprimida del diccionario ruso durante más de sesenta años. Fue Gorbachov quien dijo que había que restituir esa palabra al diccionario. Una de las primeras películas rusas después de la Perestroika se llamó «Misericordia», de Tarkowsky. Se ha llegado a pensar que la misericordia humilla al hombre, que es un sentimiento dañino, nocivo, que basta, que halla una justicia que trate a todos con igualdad y que esto creará de por sí un mundo nuevo y transformado.

Dice el Papa Juan Pablo II en su Encíclica *Dives in Misericordia*: «Revelada en Cristo la verdad acerca de Dios como "Padre de la misericordia", nos permite verlo especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad. Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe se dirigen, casi espontáneamente, a la misericordia de Dios».

Nosotros necesitamos la misericordia de Dios Padre, y es también necesario que nosotros miremos con misericordia a los hermanos. «Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso». También nosotros tenemos derecho a esperar la misericordia de los demás hacia nosotros.

Un mundo duro, frío, calculador, solo exige derechos, olvidando cumplir deberes, solo reclama justicia, olvidando que debe ser temperada la justicia con la misericordia. Cristo exigía a los suyos que se dejaran guiar al mismo tiempo en su vida por el amor que procura hacer la justicia y la misericordia. Ese es el núcleo del mensaje cristiano y constituye lo fundamental de la ética que brota del Evangelio.

La misericordia es expresada de muchos modos en los libros del Antiguo Testamento. Vimos cómo en el Antiguo Testamento la justicia era una virtud muy comunitaria en el hombre, de tal modo que incluía un sentido de amor hacia los otros para alcanzar todos juntos el bien común. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento, la misericordia difiere de la justicia pero no se opone a ella.

Hay términos en el Antiguo Testamento que se refieren a la misericordia divina que denotan el amor de la madre hacia su hijo: Desde la unidad que liga la madre con el niño brota una relación particular con él, un amor totalmente gratuito, sin ningún mérito por parte del pequeño, ese amor tierno constituye para la madre una exigencia del corazón. Este amor engendra un conjunto de

sentimientos como la bondad, la ternura, la paciencia, la comprensión y la disposición a perdonar. Así leemos en el profeta Isaías: «¿Puede acaso una mujer olvidarse de su hijo pequeñito, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo no te olvidaría» (Is 49, 15). Nosotros en español podemos traducir todos esos sentimientos con una frase: Amor entrañable, es decir, amor como el de la madre para el hijo de sus entrañas. Así es el amor misericordioso de Dios para con nosotros.

La gran parábola de la misericordia se halla en el Evangelio de San Lucas, cuando Jesús narra la historia de un padre, uno de cuyos hijos se va, pidiéndole la herencia, la malgasta y retorna después maltrecho. El padre sale a abrazarlo, lo colma de besos, manda preparar una fiesta, a vestirlo de limpio, quiere ponerle un anillo en sus manos y que maten para el banquete un ternero cebado. Pero en el abrazo que el padre le da al hijo no solamente lo acoge sentimentalmente, sino que, a través de su amor misericordioso, le devuelve a su hijo la dignidad de ser miembro de su familia, de ser de aquella casa, de ser hijo suyo. Aquí la misericordia lleva a una justicia superior. No solo es darle algo con buen corazón al pobre desvalido, sino restituirlo en su dignidad. Se ve claramente en esta parábola cómo misericordia y justicia no se oponen, se complementan y la justicia, para que llegue a producirse plenamente, necesita de la misericordia.

La misericordia se revela especialmente en la Cruz y en la Resurrección de Jesús. Los acontecimientos del Viernes Santo y, aun antes, la oración en Getsemaní, introducen en todo el curso de la revelación del amor y de la misericordia, en la misión de Cristo, un cambio fundamental. El que «pasó haciendo el bien y sanando», «curando toda clase de dolencias y enfermedades», él mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y todos pensamos que debió haberse apelado a la misericordia cuando fue arrestado, ultrajado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la Cruz y expira entre terribles tormentos, gracias a la «justicia» humana. El Hijo de Dios, cuyo aspecto doloroso está reclamando misericordia es condenado por la justicia de los hombres, por un juicio inicuo. Aquí la falsa justicia sí se enfrenta a la misericordia.

La justicia verdadera se funda en el amor y fluye de él y tiende hacia él. En la pasión y muerte de Cristo se manifiesta la justicia absoluta, porque Cristo sufre la Pasión y la Cruz a causa de los pecados de la humanidad. Es como si hubiera un «exceso de justicia» cuando los pecados del hombre son «compensados por la entrega del hombre Dios en la Cruz». Y esa justicia nace del amor del Padre y del Hijo.

El misterio de la muerte y la Resurrección de Cristo es el punto más alto de la revelación de la misericordia de Dios que restablece al mismo tiempo la justicia en el sentido de esa fraternidad superior y esa solidaridad única que Dios quiere desde siempre para el ser humano. Cristo que sufre en la Cruz habla de manera universal al hombre, no solamente al creyente. «*La Cruz de Cristo, sobre la cual el Hijo, consustancial al Padre, hace plena justicia a Dios, es también una revelación radical de la misericordia, es decir, del amor que sale del encuentro de lo que es la raíz misma del mal en la historia del hombre. Al encuentro del pecado y de la muerte*» (D.M. 8A). «*La Cruz es la inclinación más profunda de la divinidad hacia el hombre... la Cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico de Cristo*» (D.M. 8B); y este programa fue un gran acto de misericordia desde el inicio de su predicación en Nazaret hasta su inmolación en el Calvario.

Es así como, frente a la Cruz de Cristo, descubrimos la justicia verdadera; la que sobrepasa el simple «*dar a cada uno lo suyo*» para darnoslo todo a nosotros, que nada merecemos, por amor. Así lo expresa el prefacio I de la Pasión del Señor. Este acto de sublime justicia es, al mismo tiempo, la prueba de la infinita misericordia de Dios:

*En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,*

*Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque en la pasión salvadora de tu Hijo
el universo aprende a proclamar tu grandeza
y, por la fuerza de la cruz,
el mundo es juzgado como reo
y el Crucificado exaltado como juez poderoso.*

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA REUNIÓN PLENARIA DE LA PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

Roma, 20-23 de marzo del 2001

En la Exhortación Apostólica del Papa Juan Pablo II *«Ecclesia in América»*, el Santo Padre se refiere a la *«existencia de una deuda externa que asfixia a muchos pueblos del continente americano»* y la considera *«un problema complejo»*. Sigue diciendo el Santo Padre en el número 55 de la Exhortación: *«Aun sin entrar en sus numerosos aspectos, la Iglesia en su solicitud pastoral no puede ignorar este problema, ya que afecta la vida de tantas personas. Por eso, diversas Conferencias Episcopales de América, conscientes de su gravedad, han organizado estudios sobre el mismo y publicado documentos para buscar soluciones eficaces¹. Yo he expresado también varias veces mi preocupación por esta situación, que en algunos casos se ha hecho insostenible. En la perspectiva del ya próximo Gran Jubileo del año 2000 y recordando el sentido social que los Jubileos tenían en el Antiguo Testamento, escribí: «Así, en el espíritu del Libro del Levítico (25, 8-12), los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo, proponiendo el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar, entre otras cosas, en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional que grava sobre el destino de muchas naciones»².*

El pago de los intereses de la deuda externa es un grave obstáculo con el que topan muchos pueblos latinoamericanos, excluidos y empobrecidos, en el sistema económico internacional. Esa deuda condiciona su estabilidad económica y política, afectando directa y negativamente las condiciones de vida de los grupos sociales más débiles e indefensos.

Cómo se generó el endeudamiento

Aunque la «crisis de la deuda» sale a la luz pública cuando, en 1982, México anuncia la suspensión del pago de su deuda externa, el origen de la misma se gesta en los inicios de los años setenta. En 1973, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) decide multiplicar por cuatro el precio del crudo. En consecuencia, estos países exportadores se encontraron de golpe con enormes cantidades adicionales de dinero que no podían ser absorbidas por las economías locales; y así decidieron invertir ese capital en bancos internacionales creando lo que llamaron «petrodólares». Esos bancos, al no poder colocar el capital en el primer mundo, vuelven sus ojos al llamado Tercer Mundo, prestando a los países latinoamericanos, necesitados de inversión para la construcción social y económica. El bajo interés fomentó el aumento de préstamos, concedidos y empleados en ocasiones de manera poco responsable, sea por parte de los acreedores, que no exigieron suficientes garantías de viabilidad, como por parte de los receptores, gobiernos, algunos de ellos no democráticos, que invirtieron los recursos en gastos militares o superfluos y, en ocasiones, nada prioritarios para el desarrollo social del país. La desastrosa política en la concesión y gestión de los créditos hizo que, en la mayoría de los casos, dichos créditos no repercutieran en el desarrollo económico y social de los países endeudados, particularmente en la atención a las necesidades de la gente más pobre. Como resultado, estos países latinoamericanos quedaron endeudados con créditos de los cuales las mayorías empobrecidas no se beneficiaron. A principios de los años ochenta, la administración norteamericana decidió modificar su política económica, elevó los tipos de interés para financiar su creciente «déficit» público, y los pueblos más pobres quedaron ahogados por el pago de los intereses que debían hacer en dólares, cuando a la vez decayeron sus exportaciones de materias primas en el mercado internacional. En 1996, los países del Sur debían al Norte más de dos billones de dólares, casi el doble de diez años antes. Varios de estos países han pagado ya su deuda original más de una vez.

El pago de la deuda va contra la vida de estos pueblos

Las consecuencias de este endeudamiento son nefastas para la supervivencia de estos pueblos pobres. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —«Informe sobre el Desarrollo humano»—, los países más pobres altamente endeudados presentan tasas de mortalidad,

analfabetismo y desnutrición más altas que otros países en desarrollo. Si el dinero de la deuda se invirtiera en desarrollo humano, más de tres millones de niños podrían superar los cinco años de edad y se evitarían más de un millón de casos de malnutrición. Por otra parte, el fuerte endeudamiento conlleva un alto riesgo para el capital financiero a la hora de invertir en esos países pobres, que así quedan excluidos de los mercados internacionales. Las instituciones financieras, como son el FMI y el Banco Mundial, gobernados y dirigidos por los países ricos, obligan a estos pueblos para sanear sus economías, según concepciones neoliberales, a aceptar políticas de ajuste estructural que significan recorte de gastos sociales (salud, educación, bienestar...) y a admitir la explotación muchas veces desconsiderada e indiscriminada de sus recursos naturales como son la madera, minerales o el único producto agrícola que tienen.

A este estado de cosas se añade el comportamiento actual de la finanza internacional. Normalmente, la función de la finanza internacional es hacer prestaciones para que funcione el comercio internacional entre los países, así como para inversiones directas en el extranjero. Inversiones no solo para comprar una empresa, sino también para aumentar su capacidad de producir más riquezas. Cuando la finanza se dedica a esos objetivos, cumple buen papel. Pero actualmente menos del 2% de las transacciones financieras son de este tipo. La mayoría son movimientos hábiles del capital, especulando para hallar la forma de ganar más dinero, sin producir más riqueza, sino apropiándose de la ya existente. Los pueblos endeudados y desesperados son presa fácil de esa especulación.

¿Cómo se hace esa especulación? Sobre los mercados de capitales se efectúan multitud de transacciones, es decir, de cambios de un título por otro, de una obligación por otra, etcétera, en función de las tasas de interés de los bancos centrales o del precio de las monedas. La inestabilidad monetaria se ha hecho casi habitual, y las tecnologías de información permiten hacer las transacciones de modo espontáneo y rápido, así el movimiento del capital financiero se ha convertido en una verdadera locura. Este movimiento no crea nuevas riquezas, sino que absorbe las ya existentes, la economía financiera se ha convertido en una economía depredadora. Lógicamente, mientras los especuladores sin escrúpulos ganan, alguien pierde: los débiles e indefensos. Las riquezas se concentran cada vez más en manos de menos, y mientras los ricos se hacen más ricos, los pobres se empobrecen más.

Valoración desde la fe cristiana

Desde la perspectiva ética, los intentos de resolver la deuda externa hasta el momento pueden considerarse, por lo menos, insuficientes e inadecuados. La desproporción del poder entre acreedores y deudores, la imposición de condiciones económicas iguales a los países, la adopción de medidas que tienen por objetivo garantizar el pago de la deuda, la falta de generosidad por parte de los gobiernos acreedores y la escasa preocupación de muchas administraciones del Sur por las condiciones de vida de la población más pobre de sus propios países son elementos para considerar que, desde el punto de vista moral, exigen un nuevo enfoque.

El «sordo clamor de los pobres», al que fueron tan sensibles los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Medellín, sigue llegando al corazón de los cristianos que, alcanzados por la compasión del Padre, se preocupan de erradicar la pobreza que deshumaniza. La buena noticia sobre Dios, que quiere «la vida en abundancia para todos» (Jn 10, 10), choca de frente con el pago de la deuda externa, tal como lo exigen los acreedores, pues hace imposible la supervivencia digna de los países pobres. Así lo denunció la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: «El problema de la deuda externa no es solo ni principalmente económico, sino humano, porque lleva a un empobrecimiento cada vez mayor, e impide el desarrollo y retarda la promoción de los pobres»³.

En la Exhortación Apostólica «Ecclesia in América», el Papa Juan Pablo II insiste en que se busquen soluciones al problema de la deuda: *Reitero mi deseo, hecho propio por los Padres sinodales, de que el Pontificio Consejo «Justicia y Paz», junto con otros organismos competentes, como es la sección para las Relaciones con los Estados de la Secretaría de Estado, «busque, en el*

estudio y el diálogo con representantes del Primer Mundo y con responsables del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, vías de solución para el problema de la deuda externa y normas que impidan la repetición de tales situaciones con ocasión de futuros préstamos»⁴. Al nivel más alto posible, sería oportuno que «expertos en economía y cuestiones monetarias, de fama internacional, procedieran a un análisis crítico del orden económico mundial, en sus aspectos positivos y negativos, de modo que se corrija el orden actual, y propongan un sistema y mecanismos capaces de promover el desarrollo integral y solidario de las personas y los pueblos»⁵.

Aunque las deudas en principio deben ser pagadas, en el caso de la deuda externa es por lo menos dudoso que el pago de la misma sea justo. No solo porque se hace sacrificando la vida y dignidad de las personas y de los pueblos indefensos, sino también porque en la mayoría de los casos los pobres, el pueblo sencillo, no se beneficiaron con los créditos concedidos, y por otra parte, sin contar con esos pueblos económicamente más débiles, los países ricos subieron sin más los intereses. Con razón, los obispos latinoamericanos reunidos en Santo Domingo se preguntaron por la validez de la deuda externa *«cuando el pago peligra seriamente la sobrevivencia de los pueblos, cuando la misma población no ha sido consultada antes de contraer la deuda, y cuando esta ha sido usada para fines no siempre lícitos»⁶.*

Y, desde luego, esa dependencia inhumana y la exclusión en que los pueblos más pobres se ven sumergidos por la deuda externa tendrán las apariencias de «justicia legal»; pero esta justicia no soporta «la nueva justicia» del evangelio (Mt 5, 20). La parábola de aquel hombre sin entrañas, que acosa para que el pobre deudor le pague aun a costa de su propia vida, deja bien claro que esa justicia legal puede ser injusta. En el fondo es lo que viene a decir la movilización internacional contra el pago de la deuda externa, protagonizada por muchos grupos de creyentes y no creyentes. Desde hace años, esta lucha por superar los males de la deuda externa ha sido una constante preocupación del CELAM.

Ya en la encíclica *«Centesimus annus»*, Juan Pablo II insistía: *«Es necesario encontrar modalidades de reducción, dilación o extinción de la deuda, compatibles con el derecho fundamental de los pueblos a la subsistencia y el progreso»⁷*. En 1994, evocando el sentido bíblico del año jubilar, el Papa va más allá: *«Los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo, proponiéndoles el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar, entre otras cosas, en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional que grava sobre el destino de muchas naciones»⁸*.

Hacia un pronunciamiento sin ambigüedades

«Condonación» significa remisión, cancelación, olvido. Pero evitemos equívocos. Este olvido de la deuda externa no debe interpretarse como un gesto de conmiseración, sino como un reconocimiento implícito de que el pago de esa deuda no es justo, porque se ha contraído con mediaciones y mecanismos injustos. Es importante destacarlo por una razón muy sencilla: si la remisión de la deuda externa se ve como un gesto de generosidad por parte de los pueblos económicamente más poderosos, los pueblos más pobres, a quienes se habría perdonado esa deuda, perderían credibilidad y nunca más podrían participar de igual a igual en el concierto universal de los pueblos. En el fondo, el tema de la deuda externa, tal como está planteado, cuestiona la validez del actual orden económico internacional; el FMI y el Banco Mundial, dirigidos y controlados por los países acreedores, son los organismos que determinan lo que se debe perdonar o lo que deben pagar los países pobres, sin que ellos tengan voz ni voto. Si queremos construir la Paz y promover la verdadera justicia, seamos conscientes de lo que Juan Pablo II dice en la Encíclica *«Centessimus annus»*: *«No se trata de dar solamente lo superfluo a quien está necesitado, sino de ayudar a pueblos enteros —excluidos o marginados— a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no solo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad»*.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA DEL 2001 «EL PECADO Y LA SANTIDAD»

Catedral de La Habana, 28 de marzo del 2001

Hoy nos parece más fácil, en este camino que recorreremos hacia la Pascua, considerar el pecado y la santidad situándonos frente a la cruz del Redentor. De ella, como alzado entre cielo y tierra, cuelga el Santo de los Santos, el que muere perdonando y entregando su espíritu en manos del Padre. Alrededor del patíbulo infame están las turbas azuzadas tanto por las autoridades religiosas como por los notables del pueblo y los gobernantes civiles y militares, que vociferan y piden la muerte del justo y la libertad de un salteador de caminos. Repito que parece fácil descubrir de qué lado está la santidad y de qué lado está el pecado. La santidad está en el crucificado y el pecado en sus verdugos. Pero este aparentemente fácil discernimiento objetivo, histórico, se vuelve complicado y difícil cuando se trata de nosotros mismos. ¿Dónde está el pecado? ¿Es posible la santidad en nosotros? ¿Quiénes son los pecadores y quiénes son hoy los santos?

Escuchemos lo que decía el Papa Pío XII en un mensaje radiofónico difundido el 26 de octubre de 1946: *«quizá el mayor pecado del mundo de hoy consista en el hecho de que los hombres han empezado a perder el sentido del pecado»*. Cincuenta años más tarde, esta constatación parece todavía más evidente y preocupante.

El pecado solo puede comprenderse de cara a Dios, su inmensidad y su amor. Si el hombre de hoy pierde la noción del pecado es porque la noción de Dios se ha oscurecido también en su mente y en su corazón. Palabras como contrición, arrepentimiento, dolor de los pecados parecen ajenas a la cultura actual. Cuando tratamos de establecer la gravedad del pecado (mortal o venial), de la pena en que se incurre (purgatorio o infierno), de la calidad de la contrición (perfecta o imperfecta), hay un total desconocimiento de esas categorías y aun se manifiesta repugnancia hacia todo lo que signifique penitencia o satisfacción, son muchas las causas de esta crisis.

Nunca más que hoy el hombre ha hablado de libertad y reclama libertad, pero al mismo tiempo nunca como hoy el hombre ha tenido menos libertad y esto lo constata la misma reflexión científica actual. El ser humano hoy está más condicionado por la propaganda, por las ideologías, por las urgencias de las cosas materiales, por los tranquilizantes que toma, por los estados depresivos y ansiosos debido a los múltiples conflictos familiares o sociales. Hoy, el ser humano tiene más temor que nunca a ser robado, asaltado, agredido, encarcelado, multado, etc. Curiosamente, el hombre es tan poco libre, que rechaza cualquier cosa que sienta que le pueda quitar otro poco más de libertad. Por eso no se comprometen el hombre y la mujer de hoy en matrimonio, tienen miedo de entregar su libertad el uno al otro para toda la vida.

También experimenta miedo el ser humano a entregar su corazón a Dios, a abrirle una cuenta en blanco. De ahí la disminución de las vocaciones a la vida sacerdotal o religiosa. Extrañamente, para cometer pecado hay que ser libre, para arrepentirse hay que ser libre y para comenzar una vida nueva hay que ser libre.

Solo Dios puede liberar al hombre, pero el hombre no percibe a Dios como un liberador, no lo conoce desde este ángulo, lo recuerda más bien como juez, como el que impone leyes y castigos a los que las violan.

Sin embargo, si bien el hombre no descubre cuándo peca, ni cuál es la gravedad del pecado, el sentimiento de culpabilidad no ha dejado de crecer en los últimos tiempos de la historia de la humanidad. Hoy, el número de los que acuden a las consultas psicológicas o psiquiátricas es infinitamente mayor que el de los que acuden al sacerdote para que los atiendan en confesión o en dirección espiritual. Pero la culpabilidad no es el arrepentimiento o dolor por haber pecado, es un sentimiento malo de responsabilidad perversa que puede venir de factores psicológicos, de traumas

infantiles, de relaciones familiares inadecuadas, del trato de los maestros en la escuela, de la opinión que la persona ha recogido sobre ella en su vida, etc. Paradójicamente, cuando alguien llega a reconocer su pecado, cuando es capaz de dejarse liberar por Dios y actuar como un hombre libre que se responsabiliza con el mal que ha hecho, descubre enseguida que los sentimientos de culpa son de orden psicológico y enfermizo y que deben tratarse en otro plano y se capacita para luchar contra ellos. La gran maravilla de la revelación de Dios en el Antiguo y en el Nuevo Testamento es que el pecado, en su misma maldad, puede abrirnos a la esperanza, porque Dios *perdona* nuestros pecados.

El pecado no es una ofensa a Dios en el sentido mismo en que yo puedo ofender a otra persona. Dios está muy por encima de nosotros para que le alcance una ofensa de un ser pobre y miserable como somos cada uno de nosotros, la ofensa a Dios está en echar a perder su imagen en nosotros mismos, en dañar lo que Él ama. Dios nos ama y, por el pecado, nosotros actuamos como si destruyéramos la obra de amor que Dios ha hecho en nosotros. Dios ama al prójimo y, al maltratar al prójimo, maltratamos la obra de amor que Dios ha hecho en cada ser humano. He ahí nuestra ofensa.

El pecado es, más bien, ruptura de una amistad. Habría que leer entero el capítulo de aquel pecado que representa todos los pecados y que aparece como el primero en la Biblia: el pecado de Adán y Eva.

Había una amistad de Dios con el hombre y la mujer y lo dice en frase ingenua y poética el autor: *cada tarde, Dios se paseaba en la brisa del atardecer junto con el hombre y la mujer en el jardín*. Después del pecado, el hombre y la mujer se esconden de Dios, saben que no han sido fieles a la amistad de Él, que no han cumplido el deseo que, para protegerlos del mal, Dios les había comunicado, y no es Dios quien los aleja de Él, son ellos los que se alejan de Dios. Les recomiendo que lean esos primeros capítulos del Génesis donde se narran la creación y el pecado, los reflexionen, los recen para que comprendan realmente qué es pecar, es romper una amistad, separarnos, alejarnos de Dios, quedarnos en nuestro mundo con nuestros caprichos y perder esa intimidad que nos hace encontrar cada día a nuestro Creador y Padre que, sin embargo, nos sigue amando y buscando con el deseo de perdonarnos.

El pastor que salió a buscar la oveja perdida, el que cuando la encuentra se la carga sobre los hombros y dice a todo el mundo su alegría por haberla encontrado, es el Hijo Eterno del Padre, enviado por Él, que no se cansa de amarnos y buscarnos para introducirnos en su amistad, que nos recibe como al hijo pródigo que retorna a la casa paterna. Por esto, Jesús no habla del pecado como tema aparte, Él sale a encontrar al pecador, se sienta a comer con ellos porque *«no necesitan médicos los sanos, sino los enfermos»*. Nunca desprecia a un pecador. Lo pone frente a su pecado como hizo con la mujer adúltera, a quien defendió de la acusación de los que se consideraban sin culpa y la animó a que no pecara más. Esa escena es el modelo perfecto de lo que debe ser la confesión de un cristiano y del ministerio que ejerce el sacerdote cuando escucha al penitente arrepentido.

Jesús mandó a sus discípulos a perdonar los pecados. La Iglesia, cuando habla del pecado, no habla ni debe hablar del juez que castiga, del horror del pecado en el corazón humano, pensemos que ya el hombre se siente abrumado y estremecido por la culpa. La Iglesia habla de la liberación obrada por Cristo, invita al hombre y a la mujer a venir a buscar esa liberación en el sacramento del perdón.

La Iglesia proclama la misericordia y el amor de un Dios que tanto nos amó que envió a su Hijo, y el Hijo crucificado desde lo alto del madero perdonó a todos los que lo torturaban diciendo al Padre que ellos no sabían lo que hacían. Cuando el hombre pecador se enfrenta a la santidad de Dios no queda fulminado por un rayo divino que lo aniquila, sino que recibe toda la fuerza del amor, toda la gracia de la misericordia para que pueda arrepentirse y entonces queda libre por el perdón y restituido a la esperanza. Para esto, el ser humano debe conocer la maldad del pecado, debe evitarlo, debe ser realmente libre, debe estar seguro de tener para esto la fuerza divina, el don del espíritu que

Jesús prometió a los suyos y debe aprender que en el perdón está la esperanza y la posibilidad de destruir las culpabilidades malsanas que lo acompañan en su vida.

Es un gran error excusar todos los pecados concediendo que el hombre está condicionado, es ignorante, tiene muchos problemas, que el mundo de hoy no tiene noción del pecado, que más bien hay que darle poca importancia a las acciones del ser humano objetivamente malas, etc., porque así infantilizamos al hombre y la mujer adultos, los hacemos incapaces de acceder a la verdadera libertad de los hijos de Dios, se vuelven seres privados de responsabilidad, crece su angustia por culpas falsas y verdaderas, por complejos y traumas, y las personas viven angustiadas, encerradas en sí mismas, sin descubrir la maravilla del perdón y de la esperanza.

En la fe de la Iglesia primitiva, el don del Espíritu Santo estaba íntimamente unido con el perdón de los pecados. Así lo vemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro dice: *«Arrepiéntanse, bautícense cada uno invocando el nombre de Jesucristo, para que se les perdonen los pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo. Pues la promesa vale para ustedes y sus hijos y para los lejanos a quienes llama el Señor Nuestro Dios»* (Hch 2, 38-39).

La santidad

La idea de santidad está presente en todas las religiones de modos diversos. Casi siempre es como una misteriosa potencia que está relacionada con el mundo divino y que es también inherente a personas, instituciones y objetos particulares. Todo lo que es santo debe estar separado, no se debe tocar, hay como una energía peligrosa en lo santo. En las tradiciones religiosas africanas de Cuba, cuando alguien se hace iyawó se viste de blanco que es el color de la pureza en la tradición cristiana (y no olvidemos que hay muchos elementos del cristianismo mezclados con esta religiosidad), pero esa persona no toca a nadie ni se deja tocar por nadie. Será una persona separada. Tendrá como una energía especial. Sin embargo, podrá tocar al sacerdote católico, dejarse tocar por él, pedirle su bendición, etc., porque el sacerdote católico tiene aún una «energía superior», «una consagración superior».

En la Biblia, en el Antiguo Testamento, el término «santo» solo se aplica absolutamente al Señor Dios del Universo: Santo, Santo, Santo es el Señor (Is 6, 3). Esto significa que la santidad constituye lo propio del ser de Dios. Esta santidad se manifiesta en la tierra como «gloria». Así, la gloria es como el resplandor de la santidad de Dios. En su amor de padre, que libra a su pueblo de la esclavitud de Egipto, Dios se cubre de gloria.

En los profetas, la santidad de Dios se revela a través de la imagen del esposo que perdona a la esposa (el pueblo infiel). Así aparece la santidad divina como la fuente de la misericordia perenne que transforma y renueva la vida del pueblo de Dios.

En los evangelios, Dios es el «Padre Santo» (Jn 17, 11) que revela su santidad, su gloria, en la Cruz y en la resurrección de su propio Hijo. Para el evangelista San Juan, la santidad de Dios se manifiesta plenamente en la exaltación del Hijo, es decir, en su muerte y resurrección. La gloria de Dios llena toda la tierra porque Jesús. *«levantado en lo alto, lo atrae todo hacia sí»* (Jn 12, 32).

Así aparece la santidad de Dios profundamente unida a su inmenso amor, como el que se revela en Jesús, que da su propia vida para que todos tengan vida en abundancia.

Los cristianos están llamados a ser santos como el Padre Celestial es Santo. A eso se refiere la primera petición enseñada por Jesús cuando nos dijo cómo dirigirnos al Padre. Después de decir *Padre nuestro que estás en el cielo*, lo primero que pedimos es: *«santificado sea tu nombre»*. Lo que esto significa es que la santidad de Dios nos sea comunicada a nosotros, los hombres y mujeres, haciéndonos participar de su amor, de su vida, de su Espíritu, a fin de que el nombre de Dios sea santificado en nosotros con nuestro modo de vivir.

En el Nuevo Testamento, la santidad de Dios pertenece de modo total a Jesús, Él es Santo por ser, solo Él, Hijo de Dios (Lc 1, 35), por eso participa de la vida del Padre. Siendo «*el Santo de Dios*» posee el Espíritu de Dios y da este Espíritu para que nosotros podamos vencer las potencias del mal. Aplicamos el adjetivo santo al Espíritu para subrayar justamente que es Él, el Espíritu Santo, quien realiza la santidad divina en nosotros, puesto que nos comunica la vida del Padre Santo y del Hijo Santo.

Dice San Pablo en su Carta a los Romanos que «*el amor de Dios se derrama en el corazón de los creyentes con el Espíritu Santo que se nos ha dado*» (Rm 5, 5).

Jesús, con su resurrección, participa plenamente de la vida y de la santidad de Dios; pero del mismo modo, también los bautizados son santos por participar de la resurrección de Cristo, tienen el Espíritu Santo que los hace templos de Dios. La santidad constituye así el fundamento y el punto de partida del compromiso moral del bautizado: él debe manifestar esa vida nueva de la resurrección en toda su existencia, en la cotidianidad de su trabajo, y tratar de transformar al mundo con esta energía vivificadora. Por eso, la moral del cristiano es moral de la nueva alianza, de la resurrección, del Espíritu. Solo así es posible actuar evangélicamente; para el cristiano no se trata de cumplir una serie de normas legales y éticas, muchas de las cuales parecen imposibles; sino vivir confiado en que lo que es imposible para el hombre lo realiza Dios con el poder de su Espíritu.

Esa es nuestra condición en el mundo: ya santos y todavía no santos. Dejándose guiar por el Espíritu Santo el cristiano, creciendo en la fe, tiende cada vez más a la perfección y va realizando el proyecto que Cristo le presentó de ser santo como el Padre Celestial es Santo. El Papa Juan Pablo II no cesa de invitar a todos los hombres y mujeres cristianos a la santidad. El Año Santo fue un llamado para que todos creyéramos que es posible ser santos. Por eso fueron beatificados y canonizados tantos hombres y mujeres, religiosos, sacerdotes, mártires, laicos, para anunciar al mundo que el proyecto de santidad de Jesús es posible y es también para hoy.

El Concilio Vaticano II expuso claramente la doctrina de que la santidad cristiana consiste en la unión con Cristo, Verbo encarnado y Redentor nuestro. Por ello, todos los miembros de la Iglesia, tanto si pertenecen a la jerarquía como si son dirigidos por esta, están llamados a la santidad, según las palabras del apóstol: «*Ahora bien, esta es la voluntad de Dios: la santificación de ustedes*».

Al analizar este texto se advierte, ante todo, que la obligación moral de tender a la santidad es común a todos los miembros de la Iglesia.

Hay una sola santidad, pues, pero debe ser cultivada según la vocación de cada uno: los casados como casados, los consagrados como tales, el sacerdote, el obispo, según su condición.

No debemos limitarnos a considerar la santidad como una cuestión puramente individual. Todos los que estamos en la Iglesia debemos aspirar a una vida de santidad y esto se debe a que participamos de la vida, de las aspiraciones y del dinamismo de la misma Iglesia, que es Santa. Así la comunidad cristiana debe vivir la santidad en común, con un amor activo y unificador, sosteniéndose unos a otros mutuamente, uniéndose para alabar al Señor y para el bien de la comunidad humana donde viven.

Pero, como la Iglesia es Una y la forman todos aquellos que son de Cristo, es evidente que abarca no solo a los seres humanos que viven en este mundo, sino también a aquellos que en el purgatorio se preparan para su ingreso en la gloria y, con mayor razón aún, a todos los bienaventurados, o sea, aquellos que, después de haber vivido cristianamente y haber aceptado santamente la muerte, participan ya de la gloria del Señor. No debemos olvidar, pues, que la Iglesia es una realidad mayor que esa parte suya que trabaja, gime y sufre aquí en la tierra; podríamos decir que su parte más viva es la que reina ya con Cristo en el cielo. Esto lo ha vivido la Iglesia desde sus comienzos como una de las cosas más connaturales y queridas para ella y ha proclamado «santos»

desde sus orígenes a algunos fieles que, por excelencia, han seguido hasta el fondo los llamados del Señor y se encuentran ahora unidos a Él de forma particularmente íntima y destacada en la gloria.

Escuchemos lo que nos enseña el Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, con respecto a la santidad y el culto a los santos: «La Iglesia de los peregrinantes, reconociendo perfectamente esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos de la religión cristiana cultivó con gran piedad la memoria de los difuntos... la Iglesia siempre ha creído que los apóstoles y mártires de Cristo, al dar pleno testimonio de su fe y de su caridad con la efusión de su sangre, están estrechamente unidos a nosotros en Cristo, y por ello los ha venerado con particular afecto, junto con la Santísima Virgen María y los Santos Ángeles... a ellos se añadieron en poco tiempo otros que habían imitado más de cerca la virginidad y pobreza de Cristo; y, por último, aquellos otros cuyo especial ejercicio de las virtudes cristianas y de los carismas divinos los hacía merecedores de la piadosa devoción e imitación por parte de los fieles» (LG 50). Y añade en el mismo número el Concilio Vaticano II: «Es, por lo tanto, sumamente justo que amemos a estos amigos y coherederos de Jesucristo y también hermanos nuestros a la vez que insignes bienhechores y que por ellos demos las debidas gracias a Dios, les dirijamos súplicas y oraciones, recurriendo a sus plegarias y a su poderosa ayuda para impetrar gracias de Dios mediante su hijo Jesucristo Nuestro Señor que es nuestro único redentor y salvador. Efectivamente, todo nuestro testimonio de amor a los santos tiende y termina por su naturaleza en Cristo, que es «la corona de todos los santos y a través de él en Dios que es admirable en sus santos y es glorificado en ellos».

La santidad no es, pues, algo raro o extraño. Nosotros hemos convivido con santos. En esta misma Catedral, durante más de veinte años, fue párroco el Padre Jerónimo Usera, fundador de las Hermanas del Amor de Dios y hombre lleno de amor a los pobres y marginados.

Esperamos que pronto la Iglesia lo proponga a todos los católicos del mundo como modelo de vida santa y lo mismo podemos decir del Padre Félix Varela, que enseñó junto a esta Catedral en el Seminario San Carlos, que amó a Cuba y deseó verla transformada por las virtudes de sus hijos, pero dijo que *no hay Patria sin virtud ni virtud sin religión* y vivió y murió pobre y sirviendo a los más desvalidos.

Hombres y mujeres santos han caminado y caminan hoy por las calles de nuestra ciudad y muchos otros pecadores, que se hacen notar más, pero que están llamados también por Dios a cambiar de vida y a ser santos. La Cruz de Cristo nos descubre el amor inmenso de Dios a nosotros que nos entregó a su Hijo. Con ese mismo amor son perdonados nuestros pecados y nos hacemos capaces de emprender el camino de la santidad.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA DEL 2001
«LA FUERZA DEL AMOR FRENTE AL ODIO»

Catedral de La Habana, 4 de abril del 2001

La cruz de Cristo nos descubre la fuerza del amor frente al odio.

Ya se acerca la fiesta de la Pascua para la cual nos hemos ido preparando durante toda esta Cuaresma. Muchos han estado presentes cada miércoles en estas conferencias. Muchos participaron del retiro de la comunidad el pasado domingo y se abre paso entre nosotros una verdad que cada año debe iluminar nuestras mentes y caldear nuestros corazones: *la cruz de Cristo es el triunfo del Redentor sobre el mal* y es por eso su glorificación y nuestra fiesta, porque por la Cruz se abrieron para nosotros las puertas que nos hacen pasar de este mundo al Padre.

Hoy, ya más cercana la fiesta de la Pascua, debemos mirar hacia la motivación profunda que impulsaba a Jesús a su acto de sacrificio supremo: *el amor*. La fiesta de la Pascua es el triunfo total y definitivo del amor.

Todo lo que Dios ha obrado lo ha hecho por amor. La creación es un acto de amor de Dios... y vio que todo era bueno. Podemos decir que toda la Biblia es un canto del amor de Dios a los hombres y una espera paciente por parte de Dios de que los hombres le retornen ese amor.

Pero existe también en nuestro mundo, a veces no fuera de nosotros totalmente, el odio. El odio es un movimiento de la capacidad apetitiva del ser humano que lo pone en un estado de violenta aversión contra una persona o un objeto cualquiera. El odio no es como el miedo, que tiende a alejarnos de aquello que tememos, el odio pretende una acción positiva contra aquello que desprecia, es decir, lo propio del odio es tener como objeto primario el deseo del mal del otro. De este modo se opone directamente al amor, que, como dice Santo Tomás, es el deseo del bien del otro.

La psicología considera el odio como una aversión originada por una mala disposición interna y, en su forma más violenta, como una aversión originada por la oposición entre el instinto de muerte y el instinto de conservación (Sigmund Freud).

El odio se diferencia del simple rencor o de la antipatía, porque uno u otra no lleva consigo la violencia ni busca necesariamente el deseo del mal del otro, se puede, de hecho, sentir repugnancia en tratar a una persona sin que por eso se le desee el mal.

Debo hacer una consideración hispánica y propiamente cubana de las palabras *amor* y *odio*. Al menos entre los cubanos, amor es una palabra que tiene una carga muy fuerte e igualmente odio. En la literatura norteamericana, como en los filmes de ese país, ustedes habrán tenido, como yo, la experiencia de ver que se dice con más facilidad te amo o te odio que lo que es común en nuestra lengua, en nuestra cultura cubana. A veces, en un filme norteamericano vemos a un niño al cual su madre reprende y este le dice: I hate you (te odio). No se acude con tanta facilidad en el español empleado en Cuba al verbo odiar, porque lo consideramos siempre muy fuerte y tenemos conciencia de que el odio incluye el deseo de mal al otro.

De otro lado, el uso de la palabra querer entre nosotros está muy extendido y se habla de un amigo, de una vecina, de un antiguo compañero de estudio, a quien «yo quiero mucho». Amar lo reservamos para los grandes amores de la vida: el amor de la esposa y del esposo, el amor de madre, el amor de padre, el amor a Dios, y ese amor al prójimo que sabemos que viene del mandato divino.

Podemos concluir de esta pequeña reflexión que nosotros en Cuba tomamos en serio el odio y el amor, de forma que es frecuente que a la pregunta que uno hace a una persona que siente aversión

hacia otra: ¿Lo odias?, la respuesta normalmente sea: –no, yo no le deseo ningún mal. Esto quiere decir que el cubano capta exactamente bien la profundidad y la seriedad del sentimiento de odio como del sentimiento de amor.

El origen natural del odio debe buscarse, generalmente, en la envidia o en el celo por el bien de otro. La envidia hace parecer a quien la padece que el bien del prójimo es un mal para él, porque le quita algo: prestigio, simpatías, posibilidades sociales, etc. Esto primero le produce tristeza y esa tristeza puede llevarlo al odio. Del mismo modo que tenemos tendencia a amar aquello que nos agrada, hay una tendencia a odiar aquello que nos desagradan, por eso no es bueno dejarse llevar por los sentimientos de antipatía: «me cae mal», «no lo soporto», porque pueden llevarnos más lejos.

Cuando el odio alcanza el máximo de la malicia es llamado odio diabólico. Puede darse el odio aun contra Dios. Hemos dicho que Dios es la misma bondad, pero hay quien no capta esa bondad de Dios, porque en su vida ha habido penas muy hondas, dificultades que marcaron su existencia o la de seres muy queridos y puede llegarse por este camino no solo a la blasfemia, sino a la enemistad con Dios, a llegar a odiar la misma existencia de Dios. Esto se diferencia del ateísmo, que es simplemente la actitud de aquella persona que no cree que exista Dios o que, ante realidades desconcertantes o inexplicables en su vida o en la historia, niega que pueda haber un Dios.

En momentos de grandes convulsiones políticas y sociales, como la Revolución Francesa, la Revolución Española y la Guerra Civil, como la Revolución Rusa y en menor grado durante el proceso de los comienzos de la Revolución Cubana, cuando una mayoría del pueblo se siente creyente, antes de que aparezca un tipo de ateísmo más calculado e ilustrado, aparece ese cierto odio de Dios o de lo sagrado o de los templos o de todo lo que tiene que ver con la religión, si se siente que la fe religiosa puede impedir los grandes objetivos que se propone un movimiento revolucionario determinado.

Y en esas circunstancias puede verse en forma súbita y, a veces, desenfrenada el odio de Dios: miles de sacerdotes, religiosas, seminaristas, obispos fueron martirizados en España, miles y miles de monjes, monjas, sacerdotes, seminaristas también sufrieron el martirio en Rusia, y cuántos también religiosos, religiosas, sacerdotes, llevados a la guillotina durante la Revolución Francesa y, en esas revoluciones, templos quemados y obras de arte preciosas totalmente arruinadas por el fuego o destruidas.

A veces pensamos que psicológicamente el odio ciega. Y nadie se atrevería a juzgar la responsabilidad completa de muchos de los que intervienen en esas acciones. Pero el misterio del mal en esos momentos parece que actúa y hay acciones incomprensibles que solo encontrarían explicación en lo que pudiéramos llamar el odio de Dios.

Existe también el odio al prójimo. Puede ser un odio personal, un odio de familias, de grupos humanos. Puede atizarse el odio de clases entre ricos y pobres, entre ignorantes y personas cultivadas, entre una raza y otra, entre una nación y otra. Y también puede darse el odio a sí mismo que consiste en el desprecio que una persona se profesa por situaciones psicológicas en las cuales se ve sumergido a causa de males propios o infligidos por otro que lo hacen considerarse un ser despreciable. Esta situación puede llevar al suicidio. Estos tres odios: a Dios, al prójimo y a sí mismo aparecen rechazados en la Biblia como graves pecados.

El Antiguo Testamento, en el Libro del Éxodo, al revelarnos los mandamientos de Dios, pone como primer mandamiento y fundamental *el amor a Dios sobre todas las cosas*.

En la primera carta de San Juan (4, 20) leemos que: «*quien dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso*». Y el mismo San Juan afirmará en su primera carta: «*Quien vive en el odio es un homicida*» (Jn 3, 15).

Con respecto a sus discípulos, Jesús dirá que tendrán que padecer el odio del mundo: «*Yo les he dado a ustedes tu palabra, Padre, y el mundo los ha odiado porque ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo*» (Jn 17, 14). De este odio que los cristianos recibiríamos del mundo hemos estado advertidos de antemano: *seremos odiados como el mismo Cristo ha sido odiado*. Pero debemos tener cuidado, los cristianos podemos provocar el desprecio, la aversión y, a veces, el odio de los hombres, precisamente no por guardar la palabra de Cristo, no por vivir como cristianos, sino por vivir olvidados de su Evangelio.

En su lecho de muerte, un sacerdote de 85 años, al cual visitaba por última o por penúltima vez, me decía con profunda sabiduría: «*Hay tres fuerzas que mueven al mundo: la envidia, la ambición y el amor*». Yo creo que esas fuerzas donde se mezclan el mal y el bien no están solamente distribuidas por sectores de la sociedad, porque esta no sería una consideración realista, están presentes en nuestro propio corazón. Y agregó aquel experimentado y buen pastor de almas: «*Si se quita el amor, solo quedan la ambición y la envidia*». Mi reflexión inmediata al dejar la habitación de aquel buen sacerdote fue: *solo puede quedar el amor, todo lo demás hay que quitarlo*. Y a esto vino Jesús. Y para esto estamos nosotros sacerdotes en el mundo, para que solo el amor sea la fuerza que mueva la tierra. Para eso, Cristo subió al madero de la Cruz, para vencer el odio con el amor. Y esa es la tarea de todos los que integran la Iglesia de cara a nuestro mundo tan necesitado de amor.

Ciertamente, el amor es una realidad divina: ¡Dios es amor! El ser humano recibe como una chispa de este fuego celestial y alcanza de verdad el objetivo de su existencia si consigue que no se apague nunca la llama de su amor. El amor es un elemento primario de la vida, el aspecto dominante que caracteriza a Dios y al hombre. La Biblia es un cántico del amor de Dios a sus criaturas, en los Libros Sapienciales el amor aparece como fuente de felicidad: «*Más vale una ración de verdura con amor que buey cebado con odio*» (Pr 15, 17).

Es verdad que puede haber amores egoístas, amor de esposo o de esposa egoísta, amor de padre o de madre con respecto a sus hijos marcado por el egoísmo. Es verdad que puede haber amores malos, pecaminosos, y en la Sagrada Escritura aparecen algunos de ellos: el amor de David por Betsabé. Hay amores simplemente eróticos, que llevan al sabio de Israel a exhortar, sobre todo al hombre, a evitar los riesgos de caer en esos vicios; pero la Biblia reserva un primer plano para el amor dentro de la familia: Entre ellos aparece el noviazgo como tiempo de amor, marcado por el despuntar de este sentimiento y por la apertura del corazón a la persona amada. Por ejemplo, en el corazón de Jacob se encendió un fuerte y grande amor a Raquel y para poder casarse con ella se puso al servicio del padre de ella durante siete años «que le parecieron unos días», pues tan grande era el amor que le tenía (Gn 29, 17-20). Los sabios de Israel exhortan a amar profunda e intensamente a la propia mujer para ser feliz: «goza de la vida con la mujer que amas» (Qo 9, 9). Y dice el Libro de los Proverbios: «¿Por qué, hijo mío, desear a una extraña y abrazar el seno de una desconocida?» (Pr 5, 18-20). Y la Sagrada Escritura está también llena de ejemplos de amor de los padres a los hijos.

Podemos decir que la Biblia, además de ser el canto del amor de Dios por sus criaturas, es también un canto al amor humano: al amor de los novios, de los esposos, de los hijos, de los amigos. Basta leer los pasajes de la profunda amistad de David y Jonathan para darnos cuenta de que el amor humano nos es revelado por Dios en la Biblia como el camino para que el ser humano se realice y sea feliz. Si la Biblia nos presenta de manera tan amplia y significativa el amor humano, en ella tenemos sobre todo un llamado al corazón del hombre para que ame a su Dios.

Quien viene a tocar particularmente a nuestra puerta para que le abramos, para poder entrar y estar con nosotros es Jesús de Nazaret. Él es el enviado por Dios Padre para hacernos saber cuánto Dios nos ama.

Jesús invitó a los discípulos a una vida de amor fuerte y concreto, semejante a su propia vida, Jesús supo cultivar la amistad con sus discípulos y en la noche antes de padecer, en su última cena, les dice: «*Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros como yo los he amado... en*

esto reconocerán todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros» (Jn 13, 34). Este es el mandamiento nuevo, pues nunca se había exigido nada así antes de la venida de Jesucristo, que les está pidiendo que se quieran hasta el don de la vida como lo hará Él pocas horas después de aquella cena. Por eso, San Juan en su primera carta se hace eco de la enseñanza de Cristo: «Este es el mensaje que han oído desde el principio, que nos amemos los unos a los otros» (1 Jn 3, 11). Pero solo el Espíritu Santo puede hacer que se obtenga la victoria sobre el egoísmo y que triunfe el amor. Efectivamente, «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5).

El cristiano para vivir en el amor debe dejarse llevar por el Espíritu Santo y mirar continuamente a Cristo, porque Él con su persona y su obra es la revelación plena del amor del Padre al mundo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Único» (Jn 3, 16). San Pablo declara que el signo supremo del amor de Dios para con nosotros pecadores, se encuentra en la muerte de Cristo en la cruz: «Dios mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rm 5, 8). El padre nos ha amado tanto que no se reservó a su Hijo, sino que lo entregó en sacrificio por todos nosotros. Cristo crucificado, sabiduría de Dios, es, por lo tanto, la concreción total y perfecta del amor que el padre tiene a su Iglesia. El hijo de Dios amó a todos los hombres y murió para salvar a todos, pero tiene un amor único, un amor de esposo por su Iglesia, su esposa, formada por todos aquellos que acogen su palabra. Leemos en el evangelio de Juan: «antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo que le había llegado la hora... Jesús, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13, 1). San Pablo lo relata así en su Carta a los Efesios: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, a fin de santificarla por medio del agua del bautismo y de la palabra» (5, 25).

Ninguna adversidad ni ninguna fuerza enemiga podrán separar a la Iglesia del amor de su esposo: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Pero en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó» (Rm 8, 35 al 37).

Este amor tan ardiente y tan fuerte del Señor Jesús, concretado en el sacrificio de la cruz, es la fuerza dinámica, la gran energía de la vida de la comunidad cristiana: «Porque el amor de Cristo nos apremia, pensando que, si uno murió por todos, todos murieron con Él y murió por todos para que los que viven no vivan para sí, sino para quien murió y resucitó por ellos» (2 Co 5, 14 s).

«Apenas se puede encontrar un hombre capaz de dar la vida por otro hombre bueno, pero lo grande del amor de Dios por nosotros es que, siendo pecadores, Cristo dio su vida para salvarnos», nos dice San Pablo en su Carta a los Romanos.

La Cruz desvanece todo lo que no sea amor; delante de la Cruz de Cristo, los gritos de odio de sus verdugos se vuelven alaridos salvajes y sus gestos, muecas macabras. El rostro horrible del odio queda al descubierto ante la paciencia y la dignidad de Aquel que nos ama hasta el extremo. Y el «*perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen*» desarma la maquinaria del odio, produce la conversión del buen ladrón y hace que el centurión romano sea el primero en proclamar al mundo la buena noticia que lo salva: «*En verdad, este es Hijo de Dios*».

Por eso, en el sermón de la montaña, Jesús había dejado a sus seguidores, y a la multitud de hombres y mujeres que vendrían después hasta el fin del mundo, un código difícil y desconcertante que era el desglose de su mandamiento nuevo: «*amen a sus enemigos, recen por quienes los persiguen, porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen?... al que te pide la túnica dale también el manto, al que te solicita para que camines una milla con él, camina dos, al que te pegue en una mejilla preséntale la otra*»... Para vivir este amor de locos es necesario haberse rendido ante la locura de la Cruz. Solo de rodillas ante ella descubrimos lo absurdo del odio, la distancia abismal que lo separa del amor, que lo derrota siempre bajando las armas, rompiendo su cadena de venganza por medio del perdón, declarándolo ajeno y extraño en nuestro mundo nuevo donde el amor es la única fuerza que mueve nuestra vida.

En la próxima fiesta de la Pascua celebremos con un corazón renovado el triunfo definitivo del amor sobre el odio y sobre todo mal.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LAS SESIONES DEL
ENCUENTRO DE PRESIDENTES DE COMISIONES DE CULTURA DE LAS
CONFERENCIAS EPISCOPALES DE AMÉRICA
«LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN EL MATERIALISMO CULTURAL»

Puebla de Los Angeles, México, 5-7 de junio del 2001

El título de la exposición que se me ha pedido: «La transmisión de la fe en el materialismo cultural» postula, ante todo, algunas precisiones sobre el término materialismo y exige, además, una aclaración previa sobre la condición de observador participante, inherente a quien presenta este trabajo.

Comienzo por las precisiones semánticas: materialismo es un término plurisignificante que tiene, sin embargo, en sus diversas acepciones, una carga común de ignorancia, rechazo o no consideración metodológica en el estudio del cosmos de cualquier otra realidad que no sea la materia.

Este último aspecto, o sea, prescindir de una causalidad creadora fuera de la materia, a veces, como hipótesis de trabajo científico o, a veces, como decisión tomada por el investigador a partir de posturas filosóficas personales previas al estudio que hace de la realidad material, se ha dado y se da, sobre todo, en el estudio de la naturaleza y específicamente en el campo de la biología y de la psicología. El desarrollo de la ciencia actual, sin embargo, al descubrir la suma complejidad de las moléculas, irreducibles a fórmulas matemáticas, ha hecho que desde las ciencias exactas surjan hoy objeciones a los enunciados materialistas, sobre todo en biología y en las ciencias del hombre, pero el materialismo en el campo científico tiene historia y se mantiene en pie.

Para que el mismo pueda afectar la cultura, o sea, la manera de ser y de vivir de los pueblos, debe producirse una difusión vulgarizadora que, a veces, tiene un efecto devastador, al simplificarse los términos en aras de la comprensión por parte de los más sencillos o al manipularse los datos del materialismo llamado científico por sistemas de pensamiento o ideologías para apoyar sus propias tesis.

Algunos descubrimientos científicos ocurridos en los últimos siglos, aun sin pretender negar la existencia de un ser trascendente, produjeron en los seres humanos impactos culturales de postración o de reacción ante sus enunciados. En su obra «*Galileo Galilei*», Berthol Brecht pone en boca de un joven monje, que discute con un científico acerca de la rotación de la Tierra, un argumento con el cual el religioso trata de proteger al pueblo sencillo de los efectos que pudiera tener sobre «los rudos» ese descubrimiento: no niega él que pueda ser cierto que la Tierra gire alrededor del Sol y cada 24 horas sobre su eje, pero exclama con profunda preocupación y angustia: ¿qué será de mis padres, pobres campesinos, que cada mañana dan gracias a Dios por el Sol que Él les hace alumbrar y cada atardecer rezan confiados a Dios que los ha estado mirando a ellos todo el día?

Sí, de hecho, ellos y cada uno de los hombres y mujeres creyentes se han sentido centro de la creación. Dios había dispuesto las cosas para ellos. El hombre, viajando por el espacio en esa gran piedra redonda que no cesa de dar vueltas, siente que pierde su lugar, piensa que nunca está ya más en el mismo sitio y, al mismo tiempo, se imagina que Dios ya no lo ve, o lo experimenta menos atento a él o más lejano. La reubicación de sí mismo en su entorno toma, a veces, varias generaciones para quedar incorporada a la mentalidad de los pueblos y, en muchos casos, no llega a producirse plenamente. Los descubrimientos científicos nos plantean, así, en algunos casos, un cambio en el conocimiento del mismo hombre, de su lugar en el mundo y de sus relaciones con Dios. Pero este no será el tema al cual he de referirme específicamente.

Además de ese materialismo que llamaremos convencionalmente «teórico», está el materialismo práctico, al cual hace alusión tantas veces el Papa Juan Pablo II. Consiste en una postura ante la vida, y sobre todo ante los bienes materiales, que prescinde de Dios y de cualquier ética trascendente, aunque no se niegue la misma existencia del Creador y se le mencione y se le dé algún culto.

En esta ocasión no voy a tratar tampoco, de modo particular, de ese materialismo práctico. Y aquí aparece mi condición de observador implicado, pues no he intentado un estudio sociológico de amplio alcance sobre el materialismo, en general, basado en datos y encuestas para desarrollar este tema, sino lo he apoyado en datos empíricos limitados a mi país. Se trata, ante todo, de la experiencia personal de un ministerio sacerdotal vivido durante 37 años en un país con un sistema socialista de inspiración marxista-leninista, cuya filosofía propugna y difunde el materialismo. He hecho sobre todo alusión al materialismo teórico en el campo de la ciencia, pues a él apela siempre el materialismo marxista.

No niego que en Cuba existiera, antes del inicio de la revolución de 1959, un materialismo práctico, lo había y muy extendido, seguramente más que en cualquier otro país de América Latina. El Papa Pío XII, en el mensaje enviado a los cubanos con motivo del Primer Congreso Eucarístico Nacional de La Habana en el año de 1947, al mismo tiempo que nos ponía en guardia frente a la amenaza de un materialismo explícito e ideológicamente inducido, nos reprochaba nuestro insensible deslizamiento en el materialismo práctico. Lo hacía con estas palabras: «... Nuestra Señora de la Caridad de El Cobre, por su intercesión y por las oraciones y enseñanzas de este Congreso, os conceda veros libres de la plaga universal, pues aunque los efectos del materialismo neopagano han mostrado de manera elocuente al mundo de qué cosa es capaz el hombre cuando piensa que solamente es materia, sin embargo, estamos, por desgracia, muy lejos de tener la impresión de que la lección haya sido aprovechada, y nos invade el temor de que a un materialismo no quiera suceder otro no menos fatal y pernicioso». Daba por descontado, pues, el Papa Pío XII al advertirnos de los riesgos de otro materialismo que podría invadirnos, la existencia de ese materialismo neopagano en nuestra nación y nuestra incapacidad para detectarlo, y así era realmente.

Como si se cumpliera aquella advertencia del Pontífice, en Cuba irrumpió el materialismo de factura marxista poco tiempo después de la revolución de 1959. Irrumpir es, de hecho, lo propio de una revolución y de las acciones, emociones e ideas que la acompañan y que contribuyen a gestarla.

Y esta es la primera característica de ese materialismo al que me voy a referir: que irrumpe, que llega de pronto. El materialismo práctico se instaura poco a poco, *sensim sine sensu*, y va alcanzando paso a paso cotas más altas en el pensar y en el sentir de los pueblos. Ante esta penetración subrepticia, la fe religiosa puede estar en desventaja con respecto a la llamada de alerta que conlleva una invasión súbita del materialismo sostenido por una ideología, que se presenta como la explicación total de cuanto existe y cuya prontitud en manifestarse hace reaccionar a los creyentes.

Fijemos nuestra atención en este materialismo que se pretende, además, científico. Es él quien carga, en el marxismo-leninismo, con la sustentación filosófica del ateísmo oficial, de una ética naturalista y de una explicación de la realidad evolutiva del cosmos y de la historia a partir de leyes que hacen de la necesidad una constante, sin dejar prácticamente espacio a la libertad y a la subjetividad. Aquí está la desventaja de la fe religiosa frente a él. El materialismo práctico, aunque pueda llegar a los mismos fines que el materialismo marxista, no está integrado dentro de una ideología y, normalmente, no está sostenido e impulsado por un poder político que, más que proponerlo, lo impone, como sucede con el materialismo inducido por los poderes del Estado, que debe conformar la vida de todos los ciudadanos, sin que quede apenas espacio para lo puramente personal-individual, sino en una medida muy escasa.

La fe cristiana, por su parte, suscita hombres realmente personalizados, capaces de llegar a un encuentro con Cristo vivo y responderle al Señor que los llama con la entrega de su vida. En esta

batalla por el hombre está el verdadero e inevitable enfrentamiento de la fe cristiana y del materialismo marxista.

El materialismo ideológico entra en mi país con la fuerza de una revolución política y social triunfante, con el ímpetu de la juventud de sus líderes, también con su inexperiencia, y encontró a sus maestros en viejos marxistas del pequeño Partido Socialista Popular (comunista), varios de ellos intelectuales destacados, líderes sindicales con buena instrucción marxista y otros. Fueron sus alumnos una pléyade de jóvenes adeptos que identificaron necesariamente, casi sin posibilidades de discernimiento, el proceso de cambios sociales con el materialismo dialéctico que la ideología marxista-leninista les proponía.

Pocos años más tarde, muchos de esos jóvenes se formaron en universidades de la desaparecida Unión Soviética en filosofía marxista y pasaron a ser en Cuba los directores de escuelas de formación de cuadros para el Partido Comunista Cubano y a ocupar otros cargos de relevancia.

La creencia de que este materialismo que todo lo explica, también el cambio social, debe llegar a todos para que, conociéndolo, se acelere ese cambio, se convierte en propaganda hablada, escrita, radial, televisiva, lo penetra todo y concibe al hombre nuevo que debe surgir como un hombre materialista. Para ello se trata de suplantarse los patrones culturales aceptados por otros diferentes.

En medio del desconcierto inicial o la sorpresa ante nuevas propuestas sobre la vida, el trabajo, el papel del hombre y la mujer en la sociedad, la relación del hombre con los bienes materiales, la función del estado, etc., el creyente descubre, primero, el silencio sobre la religión, después, el ataque a aquellos creyentes que vacilan o no se incorporan al nuevo movimiento de cambio social. El clero es culpabilizado en ese momento. En esa primera etapa no se argumenta en contra de las creencias religiosas, sino que son enjuiciadas las actitudes de algunos creyentes.

Más tarde, al institucionalizarse el sistema, vendrá una difusión más explícita del materialismo que estará presente, por ejemplo, en los programas escolares desde la primaria hasta la universidad, no como asignatura específica, sino insertada en las diversas disciplinas, sea de manera expresa como en la Historia, la Lengua Española, la Economía Política, la Sociología o la Filosofía, sea apoyando en las leyes del materialismo todo el currículum científico: en Biología, en Psicología, en la Física, en la Química y aun en las Matemáticas.

Pongamos, por ejemplo, la afirmación en los textos de estudio de que los procesos aeróbicos y anaeróbicos son una prueba del cumplimiento de las leyes del materialismo dialéctico en el acontecer biológico. Análogamente se introduce también el tema religioso en todo el trabajo docente con una consideración negativa. Así se presenta como una evidencia que la materia existe desde siempre y se le dan a ella los atributos propios de Dios; no existe, pues, un Creador. Y al producirse esta negación de Dios se pasa enseguida a calificar las creencias religiosas como rezagos del pasado, de los que hay que liberarse, porque el hombre del futuro, el hombre nuevo, será materialista y no habrá sitio en el mundo para la idea de Dios.

Es de imaginar la angustia de los maestros cristianos, constreñidos por los programas de estudio a mencionar, al menos, esas indicaciones requeridas en cualquier disciplina. Muchos dejaron el magisterio y buscaron otros trabajos, otros fueron ubicados por los mismos organismos educacionales en tareas diversas.

Como en la educación, también se hace presente esta visión del mundo en los medios de comunicación, en los consejos de los psicólogos y en los tratamientos psiquiátricos, en el trabajo ideológico de las organizaciones juveniles, sindicales, de mujeres, etc. No olvidemos que el Estado tiene todos los medios para hacer esto, que la Iglesia se queda sin ningún acceso a los medios de comunicación ni a la educación, pierde sus escuelas y solo tendrá sus templos para impartir la catequesis de niños, jóvenes y adultos.

Se van difundiendo así en torno al fenómeno religioso posturas de vacilación, duda y, sobre todo, temor. Porque desde el inicio hay una carga política, ajena a todo partidismo, en el quehacer evangelizador de la Iglesia. Me explico: el Estado pretende que para alcanzar sus fines de transformar la sociedad es necesario que el hombre, entre otras cosas, se libere de atavismos religiosos. Permite que los creyentes sigan acudiendo a los cultos de su Iglesia, pero piensa que las ideas religiosas morirán con la vieja generación. De ahí que se trate de evitar la incorporación de niños y jóvenes a la comunidad cristiana por medios directos o indirectos. Y así, nuestras mayores dificultades pastorales las hemos tenido en las catequesis de niños, adolescentes y jóvenes.

Estaba bien claro que los sacerdotes no predicaban en contra de los poderes del Estado, que no tomaban posturas de corte opositor, pero en la Iglesia se hablaba de Dios y del Dios de Jesucristo, y nosotros sabemos bien, como lo afirmó tan oportunamente el Concilio Vaticano II, que «Jesucristo le revela el hombre al mismo hombre». Ya dije con anterioridad que lo que nos oponía necesariamente al proyecto materialista era nuestra batalla por el hombre. No podemos explicar el enfrentamiento entre marxistas y cristianos porque estos últimos afirmen que hay un Dios y los primeros lo nieguen. El conflicto raigal proviene de que nuestro Dios se hizo hombre y con su encarnación le da al hombre una medida sublime de su dignidad y de sus posibilidades.

Quien encuentra a Jesús transforma su vida. «Ustedes serán mis discípulos, conocerán la verdad y la verdad los hará libres» (Jn 8, 32). Este hombre, consciente de ser amado, perdonado y exaltado por Jesucristo, no será jamás un humano atrapado entre las leyes ciegas de la materia, no se resigna nunca a actuar como una parte más de un todo indiferenciado. Este hombre es distinto, se sabe persona, capaz de decisiones y de proyectos propios. Y este ejemplar humano es exactamente lo opuesto al hombre que entra en ese único proyecto colectivo de una ideología que, al negar toda trascendencia, impide que el hombre se trascienda a sí mismo. El hombre cristiano, pues, no sirve para el proyecto que persigue el sistema.

En una etapa del proceso que se ha vivido en mi país en los últimos cuarenta años era muy fuerte la convicción y el propósito de lograr un hombre con ciertas características que se consideraban las verdaderamente aptas para el nuevo ejemplar humano diseñado por la filosofía oficial, y la fe cristiana, por sí misma, le descubre al hombre un modelo totalmente diverso. Por esto afirmé antes que la evangelización, por sí misma, se convierte en una fuente de conflicto, se torna, en verdad, políticamente conflictiva.

Permítanme que traiga a colación aquí un pasaje de la novela de Arthur Koestler *«El cero y el infinito»*.

En él se trata de un alto dirigente del Partido que ha caído en desgracia y está en prisión, su nombre es Rubachoff y corre el riesgo de ser sentenciado a muerte. Una noche, en su estrecho cubículo, agotado por los días de reclusión y los largos interrogatorios, echado en su camastro, contemplaba el cielo estrellado a través de los barrotes de la pequeña ventana de su celda, muy pegada al techo y se sintió sumergido, de pronto, ante la inmensidad del paisaje sideral, en una maravillosa sensación que él había llamado siempre «oceánica», experimentada desde años atrás otras veces. Como en aquellas ocasiones anteriores, se disponía ya a rechazarla, movido por un reflejo ideológico adquirido que la calificaba como una perniciosa «sensación burguesa». Pero enseguida se dio cuenta de que ya estaba encerrado y probablemente en camino hacia la muerte y se dejó llevar por aquella sensación. Nada ni nadie se lo impedía ahora. Rubachoff, preso, pudo abrirse totalmente al infinito. En ese instante había sido libre, quizá por vez primera en su vida.

Piensen ustedes que el quehacer de la Iglesia en cualquier lugar, pero más aún en un medio cultural penetrado por el materialismo, es cumplir su ineludible tarea evangelizadora que lleva consigo despertar muchos Rubachoff interiormente cautivos, que se prohíben a sí mismos abrirse al infinito, aferrándose, condicionados por una ideología, a una realidad material insuficiente que es como una prisión para el espíritu.

En el anuncio de Jesucristo, el hijo de Dios hecho hombre por nosotros, que nos amó hasta el extremo y se entregó en la Cruz, liberándonos del pecado y de la muerte por su resurrección y que envía a nuestros corazones su Espíritu para que con amor de hijos podamos invocar al Padre, está el mensaje que trae al hombre una apertura sin límites al mundo del espíritu, que lo rescata de su encierro y lo salva.

Tanto más limpio y claro de toda añadidura o atenuación contemporizadora debe ser el anuncio de Jesucristo, cuanto más cerrado y hostil al mundo del espíritu aparece el ambiente.

No se logra una supervivencia de la fe en los antiguos cristianos ni la adhesión a ella de nuevos creyentes, sino todo lo contrario, aproximando el Jesús histórico a modelos de liberadores sociales, ni haciendo de la Biblia, sobre todo del Nuevo Testamento, una relectura acorde con las metas intramundanas que el materialismo ideológico se propone, o convirtiendo la liturgia de la Iglesia solo en una asamblea de propuestas, oraciones y propósitos que muevan al cristiano a la participación social, evacuando al máximo el aspecto misterioso y todo esto en aras de una mayor aceptación de la fe religiosa por parte de quienes se sienten interpelados de diversos modos por la ideología materialista.

Los Rubachoffs son muchos y otros muchos los que no quieren llegar a serlo y todos tienen sed de algo más. La Iglesia es la ventana abierta al infinito en medio de la celda del espíritu a la que quedan circunscritos tantos hombres y mujeres que viven como ahogados en la materia. Cualquier otra cosa que no fuera abrir al hombre esta posibilidad sería estrategia humana o falta de fe, con muchos riesgos de llegar a compromisos peligrosos o a la traición.

Se puede decir, pues, que este proceso que se da en la implantación de una ideología materialista, consta de tres momentos: 1) irrupción, 2) vacilación, temor o dudas y 3) vacío de los corazones, porque, normalmente, es esto lo que sobreviene a quienes en mayor o menor grado quedaron envueltos o afectados por el materialismo.

¿Cuál debe ser la línea evangelizadora que la Iglesia sigue en cada una de esas etapas?

1º Ante la irrupción materialista que provoca un impacto en los creyentes, la Iglesia debe, en su evangelización, mantener sin acomodamientos y con toda claridad la pureza del anuncio evangélico: La figura de Jesucristo no puede reducirse a la de un Promotor de la justicia social y de la solidaridad o a la de un eximio defensor de los pobres. Él es el Salvador, el que libera al hombre del pecado y de la muerte, el que sacia el hambre de amor y de eternidad que todo ser humano lleva consigo y que no debe permanecer sofocada por afanes o preocupaciones materiales, sino, más bien, tiene que ser despertada por nuestra predicación y nuestra enseñanza.

2º En la vacilación, el temor o las dudas, hay que sostener a los débiles, apoyar a los decididos, tener una gran capacidad de comprensión, sin desánimo, para con cada uno de quienes están afectados por uno u otro estado de espíritu y los sacerdotes, religiosos y religiosas tienen que cerrar filas alrededor de sus pastores con todos los que integran el pequeño resto fiel. Más tarde tendremos ocasión de constatar sorprendidos lo psicológicamente profundos que eran muchos miedos, lo falso de muchos abandonos de la fe que fueron en su mayoría disimulo, y sobre todo cómo el Espíritu de Jesucristo, el Espíritu Santo, siguió actuando en los corazones de todos.

3º El vacío de los corazones va llegando poco a poco. «Señor, creaste nuestro corazón para ti y estará inquieto mientras no descanse en ti». La frase proverbial de San Agustín se convierte para nosotros, sacerdotes que desarrollamos nuestro ministerio en un medio materialista, en regla general comprobada en el confesionario, en encuentros casuales, en estaciones de trenes, en los cementerios, en los teatros, en una reunión de amigos. Y los laicos cristianos lo descubren a cada paso en sus trabajos, y en los ambientes donde viven.

Esta tercera etapa de la evangelización es la del gran acompañamiento por el camino de Emaús.

Porque el quehacer evangelizador de la Iglesia en una cultura materialista se convertirá, sobre todo a partir de un momento, en un andar por el camino de Emaús, acompañando a los que van desconsolados y tristes porque abrigaron esperanzas en un mesianismo que se les presentó como capaz de transformar este mundo, pero los ha dejado decepcionados. A ellos hay que reinterpretarles la realidad a la luz de la Palabra revelada, sin caer en la tentación de hacer lo contrario. Y, comenzando desde la Ley y los Profetas hasta Jesucristo, hacerles descubrir a nuestros hermanos lo misteriosamente necesario que es pasar por la Cruz para alcanzar la vida plena. Así llegaremos con ellos, después, hasta la mesa eucarística, para que quienes recorran este camino tengan el gozo de reconocer a Jesús en la fracción del pan y con ardor de corazones sientan el deseo de quedarse para siempre con el Señor.

Con los más adultos habremos recorrido tal vez las tres etapas del itinerario materialista, con los de mediana edad las dos últimas y a la adolescencia y la juventud las abordamos ya en la etapa del vacío, cuando el materialismo, con varias décadas de implantación, ha padecido un desgaste.

No debe ignorarse que en todo momento el materialismo práctico ha estado actuando progresivamente y, en la última década del siglo, marcada por la globalización creciente, aún más.

Esto puede hacer pasar insensiblemente a las nuevas generaciones en Cuba del materialismo marxista al materialismo práctico en un proceso exactamente inverso al que nos pronosticara el Papa Pío XII más de cincuenta años atrás.

A la Iglesia le corresponde en un medio cultural materialista, dentro de un Estado ideológicamente inductor de esa visión del mundo, mantener una fidelidad absoluta al mensaje íntegro de Jesucristo, fortalecer la unidad de la Iglesia alrededor de sus pastores y del Papa y llevar a cabo pacientemente, bien fundada en la esperanza, el acompañamiento pastoral personal y comunitario de todos: creyentes, ateos, laicos cristianos comprometidos o débiles, y esto sin exclusiones, poniendo en evidencia el amor de Cristo, Buen Pastor, que da su vida por las ovejas.

Los métodos pastorales, las dinámicas a seguir, serán coyunturales y no son objeto de esta reflexión, porque no constituyen el problema medular que enfrenta la Iglesia en un medio cultural materialista. De por sí, en un medio como ese, los métodos pastorales estarán condicionados por las disposiciones oficiales: no acceso a los medios de comunicación social, ningún tipo de incidencia en el campo educacional, no utilización de lugares abiertos, no autorización para construir nuevas iglesias, etc., pero el amor cristiano y la acción del Espíritu son incontrolables si la Iglesia es fiel, mantiene su identidad y permanece unida, pues en estas situaciones se aguza la creatividad de los creyentes, que son capaces de hallar métodos posibles y novedosos para que la Iglesia cumpla su misión.

La primera comunidad descrita por el libro de los Hechos de los Apóstoles nos sirve de inspiración en esos empeños y, en ocasiones, el Señor nos premia, inmerecidamente, con verdaderos milagros, de modo que experimentamos maravillados cómo el materialismo es siempre vencido por una vida en el Espíritu. Y esto es válido frente a todo tipo de pretensión materialista. Ha llegado el tiempo de plantearnos muy en serio lo que el Papa Juan Pablo II llama en su Exhortación Apostólica «*Novo Millennio Inneunte*» una pastoral de santidad de cara al desafío materialista neopagano del siglo que comienza.

Al desmoronarse el comunismo en Europa oriental, muchos de los países que estuvieron sometidos al materialismo marxista no encontraron ninguna otra alternativa en el mundo occidental cristiano sino la de un materialismo práctico. Esto es desolador. Todos estamos convocados, pues, por el clamor de hombres y pueblos, por el llamado que nos hace el Santo Padre y por Jesucristo vivo, vencedor del mal, a dar a nuestro mundo asfixiado por el materialismo la única respuesta válida y generadora de esperanza: la de nuestra Fe vivida en santidad.

PALABRAS PRONUNCIADAS DURANTE LA CEREMONIA EN LA CUAL LE FUE
OTORGADO EL DOCTORADO *HONORIS CAUSA* DE LA
UNIVERSIDAD POPULAR AUTÓNOMA DEL ESTADO DE PUEBLA
«IGLESIA EN CUBA, FE CRISTIANA Y SOCIEDAD»

Puebla, México, 5 de junio del 2001

Por Dios o por el hombre

Ha concluido un milenio en cuyos últimos siglos, el hombre comenzó un verdadero retorno a la era precristiana, al mismo tiempo que parecía convencido de estar avanzando por caminos novedosos en la historia. No debe creerse que el desarrollo científico técnico equivale a crecimiento humano. Desde mediados del siglo pasado hasta los años sesenta del siglo XX, una verdadera embriaguez de ciencia y técnica fue el caldo de cultivo de un pensamiento sobre el hombre que tuvo como denominador común el decir del hombre lo que le conviene únicamente a Dios. Al ser humano se le concedieron atributos que lo absolutizaron. El hombre fue endiosado en utopías, en ideologías, en diversos sistemas de pensamiento. No importa que lo fuera individualmente, como especie o socialmente. El gran drama de este tiempo fue poner a los hombres y a los pueblos ante el dilema de optar por Dios o por el hombre, sobre todo cuando las ideologías conquistaron el poder político y forzaron esa opción.

Transición

A ese período de la historia que se ha convenido en llamar modernidad le ha sucedido otro, en el cual parece que vivimos hoy, al que se le da el nombre de posmodernidad. En la modernidad, Dios sobraba, en esta época presente, en este comienzo de siglo, falta Dios. Este tránsito doloroso y saludable lo hemos vivido y lo estamos viviendo en Cuba donde la opción por Dios o contra Dios fue políticamente reclamada, e inducida desfavorablemente para la fe, por el ateísmo de factura marxista, que se convirtió constitucionalmente en el credo oficial del Estado. Pero un cambio en el pensar y en el sentir del pueblo comienza a darse poco a poco.

Los que tenemos algunos años asistimos con admiración y sorpresa a esa transformación de mentalidad que se produce desde finales del siglo XX, no sin desconcierto por parte de quienes la experimentan, pues las etapas de la historia no se suceden unas a otras, más bien se superponen, se gestan con simultaneidad a las corrientes dominantes de pensamiento. Cuando pasa el frenesí de una época, muchos vuelven a darse cuenta de que somos barro, hechura de la mano de un Dios que nos ha modelado y el hombre comienza a hacerse entonces la misma pregunta que el profeta: «¿Puede una vasija volverse hacia su Hacedor para decirle: por qué me has hecho así?» (Cf. Is 29, 16).

Búsqueda de Dios

Se inicia entonces, entre los hombres y mujeres de esa época, la búsqueda de algo fuera de ellos mismos que los rescate del vacío. En la Antigüedad, pocos filósofos fueron tan contrarios al cristianismo como Porfirio. Pero San Agustín, a través de él, del vacío que ese pensador experimentó en su alma, descubrió que la única verdad que salva es Jesucristo. Es también, por esas razones, este período un tiempo de contrastes y de saltos en el vacío buscando el verdadero Absoluto. En la búsqueda de la trascendencia por parte del hombre, el pecado oscurece la visión de la fe en Dios. Las consecuencias terribles del pecado están dramáticamente representadas en el relato bíblico de la creación. Antes del pecado del hombre, Dios se paseaba por el jardín del paraíso al atardecer y el hombre se encontraba naturalmente con Él. Después del pecado, el hombre fue sacado del paraíso, de aquel jardín donde se encontraba con Dios, y ya no pudo compartir más con Él habitualmente. Una nostalgia de Dios quedaría para siempre en el corazón humano.

Varios pensadores modernos, como lo hicieron también antiguos filósofos, llevados por esa nostalgia que extrañamente nos asalta a todos, trataron de llegar hasta Dios solo con sus propias

fuerzas, con sus propios razonamientos. Esto no es más que otro tipo de pretensión del hombre: la de ascender por sí mismo hasta el Creador. No es inútil el camino de la razón, es también necesario, pero lo que no pudieron muchos de esos pensadores fue concebir o aceptar el camino descendente de Dios, tal y como nos lo presenta el prólogo del Evangelio de Juan: *«la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros... al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a cuantos lo recibieron les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre»*. Del que sale a buscar al que llega a rendirse ante Dios que viene a nosotros hay un largo trecho espiritual que recorren hoy muchos hermanos nuestros en Cuba.

Reflexión y anuncio

Ante la etapa que se nos abre por delante con el nuevo milenio, cargada de memorias de un pasado rico y miserable y preñada a la vez de esperanzas e incertidumbres, debemos mirar el tiempo transcurrido desde la venida de Cristo hasta esta hora de la historia como hijos de la Iglesia Madre, que guarda en su memoria bimilenaria las incidencias del camino titubeante y grandioso de la humanidad, al modo de la Virgen María, *«que conservaba todas aquellas cosas meditándolas en su corazón»* (Lc 2, 19).

Esa memoria viva, la Iglesia tiene que brindarla a la humanidad del nuevo milenio: es la del Señor, nacido en la pobreza del pesebre, contemplado por los pastores, cantado por los ángeles, que compartió todo lo nuestro menos el pecado y que murió por nosotros en la Cruz. Resucitado y glorioso está vivo y presente en medio de su pueblo y lo estará siempre, hasta el fin del mundo. Su nombre es Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción y significa: *«el que salva»*.

Iglesia encarnada

La fe cristiana lleva consigo este mensaje de salvación al hombre concreto, es decir, a una persona que ha nacido en una familia, que integra otros grupos de trabajo, de estudio, deportivos, de entretenimiento, de desarrollo cultural; que es ciudadano de un país determinado, y que se halla favorecido o afectado por las ideas que conforman el pensamiento de una época, que tiene responsabilidades históricas y, además, lo que es fundamental, un destino eterno. Esto quiere decir que la Iglesia en Cuba debe llevar su mensaje salvador al hombre cubano concreto que vive en un sistema político con características propias y con una organización de la sociedad que tiene las peculiaridades del colectivismo socialista. Esta es la Ley de la Encarnación.

En el Encuentro Nacional Eclesial Cubano celebrado en 1986, la Iglesia resumió su acción en Cuba en tres calificativos que debían identificar a la comunidad católica en nuestro país: la Iglesia debe ser orante, encarnada, evangelizadora. El desafío mayor ha sido y es que la Iglesia se encarne en nuestra realidad, porque en sociedades de un fuerte estatismo, o donde el individualismo o el nacionalismo exacerbado se han enseñoreado, puede existir en algunos, o en muchos, la tentación de considerar a la Iglesia como una sociedad alternativa, y los mismos cristianos no comprenden cómo la Iglesia puede encarnarse en tal realidad. Por su parte, los que detentan el poder miran a la Iglesia como un ente extraño a la sociedad. Terrible coincidencia que vuelve a probar cómo los extremos se tocan.

La Iglesia nace de Dios

La Iglesia, históricamente, nace de la predicación de Jesús sobre el reino de Dios y de la resurrección de Jesucristo, por la cual Dios lo constituye siempre presente en medio de los que acogen su palabra y a estos les envía el Espíritu Santo para que sean capaces de vivir y de anunciar esa palabra. En todo su ser y su quehacer, la Iglesia nos remite a Jesucristo, como Jesucristo nos remite al Padre. No puede, por tanto, homologarse la Iglesia a ningún Estado, ni a ninguna asociación intermedia. Todo lo que la Iglesia pueda aportar a la historia y a la sociedad concreta donde ella se encarna, viene de la revelación de Dios; ella ha recibido una misión de parte de Dios Padre por medio de Cristo, un encargo del mismo Cristo Salvador que es su origen histórico como fundador y como

roca de cimentación sobre la cual se asienta: «*la piedra desechada por los arquitectos es ahora la piedra angular*» (Hch 4, 11).

De este modo se comprende la Iglesia a sí misma, desde la memoria de Jesús con su mensaje, con la irradiación de su persona. Se comprende a sí misma movida siempre por el Espíritu Santo, que, en cumplimiento de su promesa, Jesús le ha dado. Ella guarda, además, en su seno los sacramentos, que permiten que la gracia de Cristo se haga hoy presente y actuante. Por tanto, la Iglesia se sabe enviada por Dios y en total acatamiento del plan de Dios.

La Iglesia, interpelada por los hombres

Pero he aquí que está solicitada, requerida al mismo tiempo, como lo estuvo su Maestro y Señor, por las angustias y las esperanzas de los hombres (G.S.I. 1). La Iglesia vivirá siempre en la tensión de estos dos reclamos: una absoluta fidelidad a lo que ella es y debe seguir siendo según el querer de Dios y una fidelidad al clamor de la humanidad en busca de certezas, de consuelo, de esperanza, de respeto a sus derechos y aun de satisfacción de sus necesidades vitales.

Grandeza y debilidad de la Misión de la Iglesia

La Iglesia vive siempre entre la grandeza y la debilidad de su misión, pero también entre la grandeza y la debilidad del clamor de los hombres. Hay grandeza en su misión por ser depositaria de los dones de la salvación y hay debilidad en el cumplimiento de esa misión por la falta de santidad de quienes integran el pueblo de Dios y porque la transformación del mundo por el amor de Cristo solo se produce si el hombre libre accede a vivir en plenitud ese amor. Hay grandeza en el clamor de los hombres, creyentes o no, que ponen su confianza en la Iglesia, pero hay debilidad en ese mismo clamor por el contenido de lo que esperan de una Iglesia que no tiene fuerza ni poder, porque el reino que ella anuncia no es de este mundo.

Esta tensión entre la fiel acogida a Dios y la no menos fiel atención al hombre ha visto, en la historia de estos últimos siglos, a la comunidad cristiana tentada por estas dos concepciones absolutizantes: una, dedicarnos solo a Dios, solo al evangelio, solo al culto. Algunos lo hicieron así en un pasado más o menos remoto. De otro lado, históricamente, la Iglesia se ha visto en períodos de su historia forzada a esta opción. Así nos ocurrió en Cuba en el pasado reciente, cuando fuimos constreñidos por coordenadas ideológicas y políticas que limitaban nuestra presencia en la sociedad. Pero cuando esta es una opción libre de la Iglesia, es decir, replegarse sobre sí misma y dedicarse solo al culto, se trata de una especie de tentación teológica. Está la tentación opuesta, de naturaleza antropológica: dedicarnos sobre todo al hombre, a sus problemas, poniendo en lugar central su autonomía, teniendo la libertad como un absoluto.

Curiosamente, a esta última opción corresponde a menudo una acción formativa, cultural y profética acentuada al máximo, dejando a un lado la acción curativa del hombre dañado por las situaciones pobremente humanas que ha vivido; me refiero a esa acción misericordiosa que siempre halla espacio y momento para reconstruir al hombre y a la misma sociedad, pues en ella encontramos, a veces, grandes ideales, pero lamentablemente asociados a decadencias y desesperanzas. Esta tarea de acompañamiento y sostén del hombre en dificultades no la ha descuidado la Iglesia en Cuba y se ha hecho más notable en la última década del siglo que acaba de concluir.

Distancia inevitable entre la Iglesia y el mundo

La Iglesia, sin embargo, estará siempre a distancia con respecto a lo que los hombres, movidos por el deseo de eficacia, la voluntad de dominación o las ideologías, reclaman de ella. Esto no se debe a falta de entrega o a incapacidad para adaptarse a los tiempos que corren o a que ignore las angustias de los hombres. Simplemente, los ritmos de la historia de los hombres no corresponden a los tiempos de Dios, a los cuales debe estar atenta la Iglesia.

Toda andadura realmente evangélica incluye una mirada y un proyecto a largo plazo. El paradigma es el sembrador de la parábola de Jesús, que sale a sembrar pacientemente la semilla. El modelo para nosotros, cubanos, es el Siervo de Dios Presbítero Félix Varela, sacerdote ilustre y santo, que vivió exiliado en Estados Unidos, entregado a una siembra paciente de valores evangélicos, tratando de preparar así la conciencia de los cubanos para que alcanzaran un día la independencia de su Patria que él no pudo contemplar desde este mundo.

Es evidente que hay otra distancia siempre insalvable respecto del tiempo que le toca vivir a la Iglesia o de los hombres que viven en ese tiempo: es la santidad de Dios, el único necesario, que es nuestro futuro absoluto y a quien debemos acercarnos siempre más.

En la Exhortación Apostólica *«Novo Millennio Ineunte»*, el Papa propone que se estructure una pastoral de santidad, que lleve a toda la Iglesia a una mayor cercanía a Dios. La distancia entre el mundo y Dios está vivamente presentada en el Evangelio de Juan: *«Ustedes están en el mundo, pero no son del mundo»*.

Iglesia y Fe no deben procurar legitimarse socialmente

El gran desafío para la Iglesia no es solo ser aceptada por las estructuras sociales y políticas siendo como ella es, sino también aceptarse a sí misma como sacramento de Cristo en el mundo, renunciando, como lo hizo su Señor, a la eficacia que se espera de ella desde criterios o proyectos totalmente terrenales. *«Jesús, sabiendo que querían hacerlo rey, se fue a otro lugar» (Jn 6, 15).*

Cuando la comunidad cristiana, la Iglesia, ha sido rechazada por la sociedad o por los gobiernos, puede intentar legitimarse a sí misma colaborando en las cosas que la sociedad valora. Es verdad que la Iglesia tiene que dar con su vida, con sus obras buenas, testimonio de la fe que la anima; pero no debe buscar carta de ciudadanía ni aprobaciones que le otorguen créditos en el presente o en el futuro y, en los sitios donde hay alternancia de poder, ni en un partido ni en otro; porque es un error olvidar la aportación específica de la Iglesia, creyendo ganar crédito por la eficacia de sus contribuciones en dominios donde pueda aparecer que entra en el campo propio de la sociedad o de la política. Este terreno es el propio de los laicos cristianos, como lo reafirma el Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, citando el Concilio Ecuménico Vaticano II (AA, 2): *«En particular, es necesario descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos, llamados como tales a «buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios» y a llevar a cabo «en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde (...) con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres» N.M.I. 46.*

La Iglesia puede ser, pues, solicitada de variados modos para constituirse en alternativa temporal, en orden a resolver los problemas de este mundo. Consentir a esto constituiría un vaciamiento interno de la misión que Cristo le ha confiado.

La fe de la Iglesia proclama el amor de Cristo

Ahora bien, desde el querer de Dios, la Iglesia sabe que tiene el deber de sembrar el amor, del que Cristo la ha hecho depositaria en el seno de la sociedad. Tiene también que decir palabras y alzar signos que favorezcan el establecimiento de una comunidad humana donde reine la concordia, se superen los agravios por la reconciliación entre todos, se auspicie la colaboración entre cristianos de distintas confesiones, con hombres de otra religión y con no creyentes, en orden al bien común.

Esta misión inspiradora e iluminadora asumida a partir del evangelio opera en la raíz de los males y pone a los hombres y pueblos frente a su responsabilidad ética de encarar las dificultades. Aun obrando así, las propuestas de la Iglesia crearán, al mismo tiempo, un contraste entre la novedad del evangelio y la acción santificadora del Espíritu de Dios, por un lado, y el pecado del hombre, por otro. Ahí se halla su acción profética expresada al más alto grado.

Desafíos a la Fe cristiana y a la Iglesia

En nuestro país, la Iglesia ha vivido muy agudamente esta dialéctica Dios-mundo, misión cultural-misión profética, Iglesia fiel a su misión-Iglesia fiel al clamor de los hombres. Estas tensiones han sido potenciadas por el medio difícil y, a veces, hostil donde ha debido realizar su misión, viéndose obligada a sortear siempre la tentación de buscar créditos para el presente o para el futuro tanto ante el poder político como ante quienes disienten de él dentro o fuera de Cuba. Camino difícil es y ha sido este: decir la verdad sin desafiar, perdonar sin olvidar, confiar solo en Dios cuando todos los cálculos humanos nos llevarían a la depresión o a la fuga.

Los cristianos cubanos han vivido y viven de la fe en su Señor. La Iglesia ha experimentado existencialmente en nuestro país que su misión no es otra que la de propiciar y fortalecer esa fe.

Aportes de la Iglesia a la sociedad en Cuba

Los aportes que la Iglesia puede hacer a Cuba en el nuevo milenio que está iniciándose van, pues, en el sentido de su propia misión. Toda religión sería quiere ofrecer al hombre un tipo de mensaje que le dé sentido a su vida personal, que le haga mirar la historia de la humanidad no como una historia perdida o fracasada, sino salvada, y en el seno de esa historia, propiciar un comportamiento ético responsable y una convivencia humana digna y armónica con sentido comunitario.

Nosotros, cristianos, fundamos este programa en Cristo, Hijo Encarnado de Dios y Salvador del mundo. La aportación de la Iglesia en Cuba en este siglo debe hacerse, pues, en tres campos principales: en la estructuración y fortalecimiento de la vida personal, del orden moral y de la convivencia social. El cristianismo puede hacer ese aporte valiosísimo a la sociedad civil en cualquier parte del mundo, también en Cuba.

1. Vida personal

Por el fortalecimiento de la vida personal. Cuando el ser humano se hace consciente de su grandeza que le viene de haber sido creado por Dios a su imagen y semejanza, encuentra la alegría de vivir, pues sabe, además, que ese Dios lo ama y al creer en el Dios hecho hombre, Jesucristo, descubre la dignidad divina del hombre. Nace así un hombre positivo, reconciliado consigo mismo y con la historia, que no puede sino enriquecer la sociedad donde vive al mismo tiempo que fortalece su vida personal.

2. Orden Moral

Es necesario fortalecer también el orden moral. Las ausencias de referencia moral indican que cada hombre o mujer es una brújula sin norte. De este modo no se sabe ya cuáles son los valores ni los deberes ni los ideales básicos y la vida se rebaja al plano sensorial, solo se buscan placeres. La sociedad puede caer entonces en la depresión y el hastío. La inmoralidad y, aún más, la amoralidad producen la desmoralización del ser humano.

La Iglesia no se presenta en medio de la sociedad únicamente como una instancia moral, más bien ella le da al ser humano un fundamento privilegiado de la moralidad, que es la persona de Jesucristo y su mensaje. Quien lo encuentra a Él transforma su vida; los valores que propone el evangelio fundan un elevado comportamiento ético.

3. Vida comunitaria

Es necesario, además, establecer una convivencia comunitaria que tenga en cuenta a todos. Los hombres y mujeres que integran un mismo pueblo deben vivir unidos en el amor. Hay que saber despertar sentimientos de benevolencia y solidaridad entre todos. Para nosotros, cristianos, la solidaridad se llama fraternidad, pues todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre. Para que

muchos en nuestro pueblo puedan alcanzar la meta de una convivencia verdaderamente comunitaria, fundada en el amor, será necesario asumir también criterios que valoren y promuevan la reconciliación entre los que se hallan distanciados, enfrentados, cargados de rencores dentro y fuera de Cuba.

La Iglesia ofrece, más que todo, como riqueza que le es propia y que desea compartir con los hombres de todo tiempo y lugar, su vida misma, la de una gran Familia con una larga historia de muchos siglos, que ha pasado por épocas de luchas y persecuciones, que ha vivido situaciones críticas y las ha superado en el amor, que fomenta una verdadera fraternidad espiritual por la oración, que mira con esperanza hacia el futuro. El hombre y la mujer que participan en la vida de la Iglesia se tornan más libres, más enteros ante las pruebas y son capaces de superar las preocupaciones por sus necesidades inmediatas y otras angustias del tiempo presente.

Metodología de la Fe

Las propuestas que hace la Iglesia al pueblo cubano no son para mañana, son proyectos para los cuales hay que preparar a las generaciones jóvenes, de más difícil realización que los programas a corto plazo que establecen los estados, partidos políticos, grupos intermedios o empresas, pues no puede medirse la acción de la Iglesia por la eficacia u otros parámetros similares que son incapaces de calibrar la misión que Jesucristo le ha confiado y la acción del Espíritu Santo en los corazones.

Las motivaciones espirituales en que se fundan esas propuestas reclaman una metodología distinta en cuanto al modo de obrar, pues este tiene en cuenta no solo el contenido del mensaje, sino también la libertad del hombre. La Iglesia propone su mensaje con absoluto respeto al hombre libre que puede acogerlo o no y en mayor o menor grado.

Reconocimiento de la misión de la Iglesia por los hombres y por la sociedad

Para hacer vida este mensaje, la Iglesia necesita no solo espacio y libertad, sino que la naturaleza de su misión sea respetada y valorada justamente. Es verdad que, en muchas ocasiones, un proyecto humanista de tan altos contenidos lleva consigo una crítica de las situaciones, que, por contraste, resultan deshumanizantes. Este es otro aporte de la Iglesia al mundo, que puede ser aceptado como un camino de perfeccionamiento del hombre y de la sociedad, pero que puede ser rechazado desde posiciones de incomprensión, de suficiencia o de orgullo.

Debemos tener siempre en cuenta que la conciencia cristiana en la hora actual tiene una especial sensibilidad para reconocer que los métodos son tan sagrados como los contenidos y que la verdad, aun la verdad de Dios, no se impone al hombre. Esta sensibilidad no impide que deje de proponerse la verdad, aunque haya rechazo o no aceptación.

La Iglesia, según esta metodología, no exhorta ni esgrime con insolencia argumentos contra el mundo, la sociedad o las estructuras políticas. Propone valores y los fundamenta en su propia fe, pero no como quien habla desde arriba o desde fuera del peligro o sin responsabilidad alguna, sino desde dentro de la sociedad, reclamando al mismo tiempo ser participante activa en la misma.

El evangelio es desestabilizante

Aun así, aun cuidando todos los requisitos evangélicos en el contenido del mensaje y en la forma de transmitirlo, el evangelio de Jesús es desestabilizante, y lo es para nosotros mismos: obispos, sacerdotes, personas consagradas o laicos cristianos comprometidos. Nos saca de nuestras seguridades y comodidades y nos pone una y otra vez frente a la Verdad exaltante y comprometedora de un Dios que se anonadó y se hizo hombre por nosotros aceptando el riesgo cierto de la Cruz.

Los señalamientos válidos y a veces dolorosos que nos hace el mismo Jesús en su evangelio invitan a todos los hombres a la reflexión y al mejoramiento y no deben producir por sí mismos un rechazo airado, sino una consideración atenta. Esto, a veces, no es fácil de aceptar por la misma comunidad cristiana, será más difícil aún que lo acepten las estructuras sociales y políticas, sobre todo cuando los sistemas de pensamiento que las animan son distantes del cristianismo. Pero, aun así, la Iglesia debe cumplir su misión. Sin las penalidades del parto no hay vida nueva, sin la Cruz de Cristo no hay resurrección.

La Cruz: último criterio de verdad

Al misterio de la Cruz, de la cual brota la vida, debe remitirse siempre la Iglesia como criterio cierto de autenticidad en su quehacer y de verdad en su ser.

En la encrucijada, que no es sino caminos que se encuentran atravesándose en forma de Cruz, se ha hallado la fe cristiana en Cuba en estas últimas décadas. Esa Cruz en el camino de la Iglesia ha sido purificadora y fuente de vida. No olvidemos nunca que el pecado de los cristianos en 2.000 años de historia tiene un peso en la cuota de incompreensión y rechazo de la fe cristiana.

Animados por el llamado que nos ha hecho el Papa Juan Pablo II en el reciente Jubileo y, movidos por su ejemplo, aprendamos también a pedir perdón con la mirada puesta en el futuro y a experimentar esa urgencia de santidad necesaria para que el servicio pastoral de la Iglesia, que se lleva a cabo por medio de todos sus hijos: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, llegue de veras a cada hombre y a todos los pueblos, mostrándoles el Cristo verdadero que ellos esperan ver.

En su obra *«La Entraña del Cristianismo»*, el teólogo Olegario González de Cardedal dice con acierto: *«La misión de la Iglesia es hacer inolvidable a Jesucristo»*. Y otro gran teólogo del siglo XX, Karl Barth, reflexiona de este modo: *«Una vez que el hombre sabe que en Jesucristo Dios se hizo hombre, no puede ser nunca más inhumano»*. Este es el gran servicio que la Iglesia y la fe cristiana tienen que brindar a la sociedad.

Nada ni nadie debe, pues, pedir a la Iglesia una misión distinta a esta, ni pretender, por el control o el ejercicio severo del poder, apartarla de esta misión. *¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?, como dice la Escritura: «Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza».* Pero en todo esto vencemos fácilmente por Aquel que nos ha amado. *Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rm 8, 35-39).*

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL
INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS
«LA EDUCACIÓN EN LOS DERECHOS HUMANOS
SEGÚN LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA»

San José de Costa Rica, 25 de octubre del 2001

En su quehacer, que es como prolongación en el tiempo y en todo el mundo de la misión de Jesucristo, su Señor, la Iglesia tiene, entre otras tareas, el deber de enseñar, ¿No fue Jesús llamado Maestro? Educa la Iglesia desde la niñez a los cristianos para que descubran el amor de Dios hacia cada uno de nosotros, de modo que correspondamos a Él, y para que aprenda el cristiano a amar a su prójimo según el modelo que tenemos en Jesús. El mismo resume toda la ley de Dios en el doble mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Deben desarrollarse, pues, en el cristiano, las actitudes propias del que reverencia a Dios con todas las acciones de su vida y, al mismo tiempo, las de quien sabe tratar al otro respetándolo y favoreciéndolo por medio de la justicia, además de tener hacia él los sentimientos de benevolencia propios del amor cristiano.

El lazo indisoluble que en la religión cristiana une el amor a Dios y al prójimo hace que la enseñanza de la Iglesia no se limite a las relaciones del ser humano con su Creador, sino que abarque sus relaciones con el prójimo, considerado individualmente, o viviendo en sociedad, integrado en diversos conglomerados humanos. Es un deber, pues, connatural a la Iglesia, la educación del ser humano en el trato a los otros seres humanos y esto incluye, evidentemente, la educación en el respeto de los derechos del hombre. Este aspecto pide una consideración atenta sobre la justicia que es correlativa al derecho y perfila sus exigencias y sus límites.

Es bueno atender primero a las motivaciones específicas que nos animan a intentar un acercamiento al tema de la justicia. En el cristiano, su compromiso con la justicia se afianza en las bienaventuranzas de Jesús. Esta es la carta magna del reino de Dios que Cristo viene a plantar en el corazón del mundo. Nos la presenta el Evangelio de San Mateo (5, 1-11). Nueve enunciados proclaman en primer término, y paradójicamente, la dicha de quienes son pobres, están afligidos o han sido desposeídos. Es, ante todo, el hombre sufriente, el que padece la violencia o la humillación, el ciudadano de avanzada en el reino de Dios. Después son declarados dichosos los que, de un modo u otro, aportan bondad para construir o enriquecer ese reino. Dos de las bienaventuranzas se refieren explícitamente a la justicia: «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque se saciarán». Hambre y sed son metáforas frecuentes de deseos intensos. Pero, como si no fuera suficiente el deseo, Jesús añade después: «Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque el reinado de Dios les pertenece». O sea, dichoso es, además, quien no solo ansía la justicia, sino que se compromete con ella, para establecerla en el mundo, aunque sufra por ello persecución.

Comienza ya a esbozarse lo específico de la doctrina social católica sobre los derechos del hombre. Para educar en los derechos humanos no parte únicamente la Doctrina Social de la Iglesia de las clásicas proclamaciones de derechos de finales del siglo XVIII, ni la declaración de derechos humanos de las Naciones Unidas en 1948, sino, remontándonos más atrás en el tiempo, nos inspiramos en el mensaje iluminador sobre el hombre del evangelio de Jesucristo, que da continuidad a una larga tradición histórica del pueblo hebreo con relación a la justicia y el derecho.

En el primer libro de Isaías (9, 2-7), la aspiración al bien social, propia de un mundo equitativo donde todos serán felices, se nos presenta así en género profético: Serán quebrantados los opresores, «la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada en sangre serán combustible, pasto del fuego». Isaías anuncia entonces al Mesías que establecerá un orden nuevo: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» y entre sus títulos el profeta lo proclama: «Príncipe de la Paz», y pasa enseguida a describir su misión: «viene para «dilatarse el principado con una paz sin límites... para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho».

Setecientos años antes de Cristo, cuando Isaías anunciaba la implantación de la justicia y el derecho, no lo hacía pensando en una justicia concebida al estilo del antiguo derecho romano como «la constante y perpetua voluntad de darle a cada uno lo suyo» (definición clásica de Ulpiano). Aquí «lo suyo de cada uno» significa un conjunto de derechos humanos. Santo Tomás de Aquino, guardando el concepto del viejo derecho, ponía aún más el acento en el aspecto subjetivo de la justicia: «es el hábito según el cual alguien, con voluntad constante y perpetua, concede su derecho a cada uno». Así, la justicia es considerada virtud, que en el cristiano estará animada desde dentro por la gracia de Dios y será la primera exigencia de la caridad, del amor al prójimo. Pero esta definición es más jurídica que cristológica, porque en los evangelios no hay reglas sobre los derechos de justicia. Siguen los Evangelios y el Nuevo Testamento, en general, la tradición del Antiguo, no hay ruptura entre ambos. Recordemos la afirmación de Jesús: «Yo no he venido a abolir la ley, sino a darle plenitud» (*Mt 5, 17*), y las leyes del Antiguo Testamento estaban todas dictadas por Dios. Entre todos los pueblos del Oriente Medio, solo los hebreos tenían una clara conciencia de que sus leyes no eran dictadas por el rey, sino por Dios mismo, de modo que el mismo rey quedaba sometido a esa ley divina. De ahí la acción de los profetas de cara a las infidelidades del rey.

Los Jueces, primero, y los Reyes, después, tenían el poder para juzgar de acuerdo a una ley divina, pero esta ley, además, no enunciaba derechos, sino deberes que engendraban derechos en el otro. Por todo esto, la justicia en el Antiguo Testamento puede traducirse como «fidelidad y lealtad hacia la comunidad», como «solidaridad con la comunidad», y así, ser justo no se mide por una norma abstracta y absoluta con acento en lo subjetivo como es la «voluntad de dar a cada uno lo suyo», sino por las exigencias concretas de comunión con Dios, cumpliendo su ley, para vivir en comunión con los demás. Por esta razón, la justicia se manifiesta, ante todo, en la actuación social del individuo. Es así como la justicia produce paz y son inseparables una de otra: «La justicia y la paz se besan» (*Sal 85, 11*).

Contemporáneamente al anuncio profético y esperanzador de Isaías, aparecen codificados en su forma definitiva los preceptos de justicia en el libro del Deuteronomio. La revelación de Dios se hace sublime en el código deuteronomico. No hay en ningún pueblo del Oriente Medio, ni en Egipto, ni en Mesopotamia, ni antes ni después, una literatura preceptual de una calidad humana tan elevada como la deuteronomista. El Deuteronomio es uno de los libros de la Biblia más sensibles al prójimo y más rico en humanidad. Hay en él una atención muy especial al pobre: «Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo... no endurezcas el corazón, ni cierres la mano a tu hermano pobre...» (*Dt 15, 7ss*). Se da también un compromiso social en defensa del obrero. «No explotarás al jornalero pobre y necesitado, sea hermano tuyo o emigrante... cada jornada le darás su jornal, antes que el sol se ponga, porque pasa necesidad y está pendiente del salario» (*Dt 24, 14-15*). Hay una consideración sorprendente sobre el destino de los bienes de la tierra, haciendo notar que el hombre no es un dueño absoluto, sino un beneficiario que disfruta comunitariamente de esos bienes: «Si entras en la viña de tu prójimo come hasta hartarte, pero no metas nada en la cesta. Si entras en las mieses de tu prójimo, coge espigas con la mano, pero no metas la hoz en la mies de tu prójimo» (*Dt 23, 25-26*). Hay un empeño en evitar males incluso eventuales al prójimo: «Si construyes una casa nueva pondrás un pretil (baranda) a la azotea, y así no harás a tu casa responsable de sangre, si alguno se cayera de ella» (*Dt 22, 8*). «Si ves el buey o la oveja de tu hermano extraviados no te desentendas: se los devolverás a tu hermano» (*Dt 22, 1*). Con palabras del Deuteronomio respondió Jesús al demonio que le presentaba tentaciones religiosas, sociales y políticas: «No solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Dios». Jesús y todo el Nuevo Testamento se complacen en el Deuteronomio y siguen su estilo, superándolo.

En materia de justicia y derecho es esto lo que pensaba Isaías al anunciarnos el nacimiento del Mesías. El Nuevo Testamento no contiene ningún tipo de codificación jurídica, pero sí hay un espíritu nuevo para que nazca y crezca la justicia y el derecho y esto es lo que la Iglesia y el cristianismo tienen como aportación específica al mundo desde sus orígenes. Sin tener aún ese nombre, los elementos de la doctrina social de la Iglesia se hallan presentes en el pensamiento y la praxis del cristianismo desde sus inicios, asentados sobre aquel trasfondo bíblico y neotestamentario donde

aparece el hombre creado por Dios, que lleva en su ser la imagen del Creador. Es esa la dignidad intrínseca del ser humano, enaltecido sin medida por Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que entregó su vida en la Cruz por rescatar, por liberar, por redimir al hombre. Si tanto vale el ser humano para Dios, con cuánto respeto y alta consideración debemos mirar al otro. Solo en la religión cristiana resulta exaltada la dignidad del hombre hasta cotas tan altas. Por otra parte, la visión judeocristiana de la justicia incluye la proyección social del hombre, que no es considerado «in abstracto», ni replegado en un individualismo que lo distancia de la comunidad humana.

A la luz de estos antecedentes, se comprende la inhibición, y aun el mismo rechazo de la Iglesia ante la proclamación de los derechos del hombre en la Revolución Francesa de 1789, e incluso antes, en la Revolución Norteamericana (1776). Se apoyaban ambas en una concepción del hombre nacida del pensamiento iluminista, que contrastado con el pensamiento cristiano parecía desdibujar aquella dignidad divina del hombre y, por tanto, el papel del Creador en relación con el ser humano. Reclama la declaración de 1789 varios derechos válidos, pero referidos al hombre individual en detrimento del aspecto comunitario y social del ser humano. Un enunciado de derechos sin un correlativo enunciado de deberes de justicia era extraño al pensamiento cristiano y, por otra parte, esta declaración de derechos parecía un comienzo absoluto y universal, mas la existencia de una tradición bíblica y eclesial de muchos siglos no parecía justificarlo así. Aun la Declaración de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (de 1948) no encontró en el Papa Pío XII ninguna mención en sus mensajes y escritos, pues, además, la formulación de los derechos humanos ha estado, lamentablemente hasta hoy, en dependencia de las ideologías o de los sistemas políticos que la sustentan. Sin embargo, en sus mensajes de Navidad de 1942 y 1944, Pío XII destaca «la supremacía de la persona frente al Estado», y declara que: «el origen y el fin esencial de la vida social ha de ser la conservación, el desarrollo y el perfeccionamiento de la persona humana», mientras que la finalidad del Estado es «la realización de aquellas condiciones externas que son necesarias al conjunto de los ciudadanos para el desarrollo de sus cualidades» (Doctrina Pontificia. Documentos Jurídicos, Madrid, 1960, pág. 179). Tenía el Papa ante sí el recuerdo reciente de los regímenes nazifascistas y la implantación del comunismo en Europa central. Añadía, además, Pío XII que «la meta de toda política es luchar por la dignidad de la persona humana y la consecución de sus fines» (pág. 180); y recoge una serie de derechos naturales que expresan la dignidad de la persona humana.

La Iglesia introdujo después en su vocabulario el tema de los derechos del hombre desde el Papa Juan XXIII y los citan a menudo Pablo VI y Juan Pablo II, pero el contenido total, la motivación y el origen de esos derechos difieren de los enunciados de las grandes declaraciones de los siglos XVIII, XIX y XX. El relativismo lastra en mayor o menor grado el pensamiento moderno y posmoderno, y solo una búsqueda de la verdad hará posible que las relaciones entre hombres y pueblos se funden en una justicia y en un derecho verdaderos para que pueda surgir la paz.

Ser hoy un luchador por los derechos del hombre exige también una lucha por la verdad y por el derecho que tiene el hombre de buscarla y de acceder a ella. La encíclica de Juan Pablo II «*Veritatis Splendor*» debe ser tan estudiada por quienes trabajan por la justicia como las encíclicas sociales.

El giro completo de la doctrina de la Iglesia respecto a la referencia en su acepción común del tema de los derechos humanos según la declaración de 1948 lo da Juan XXIII en la encíclica «*Pacem in Terris*», publicada poco antes de su muerte y en los inicios del Concilio Vaticano II. En ese importante documento considera el Papa la declaración de 1948 como «un primer paso e introducción hacia la organización jurídico-política de la comunidad mundial, ya que en ella solemnemente se reconoce la dignidad de la persona humana, de todos los hombres y se afirman los derechos que todos tienen a buscar libremente la verdad, a observar las normas morales, a ejercer los deberes de justicia, a exigir una vida digna del hombre y otros derechos que están vinculados con ella». Estos derechos son «universales, inviolables e inalienables» (n. 144).

La *Pacem in Terris* vuelve a afirmar una vez más el principio fundamental: «en toda humana convivencia bien organizada hay que colocar como principio que todo ser humano es persona, es

decir, una naturaleza dotada de inteligencia y de voluntad libre y que, por tanto, de esa misma naturaleza nacen al mismo tiempo derechos y deberes, que al ser universales e inviolables son también absolutamente inalienables» (n. 9). Entre esos derechos cita el Papa «el derecho que todo hombre tiene de honrar a Dios según el dictamen de la libre conciencia y proclamar su religión privada y públicamente» y en los números 12, 18, 23, 27 cita otros derechos más, y sentencia convencidamente el Papa Juan XIII que «se considera realizado el bien común cuando se han salvado los derechos y deberes de la persona humana» (n. 60).

El Concilio Vaticano II recupera la rica y secular doctrina teológico-jurídica de la Iglesia, empleando un lenguaje de acuerdo a la cultura moderna, que encontramos especialmente en la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «*Gaudium et Spes*». En ella se lee:

La Iglesia «ardientemente desea estar al servicio de todos, bajo cualquier régimen político que reconozca los derechos fundamentales de la persona y de la familia, y los imperativos del bien común» (GS, 42). El Concilio proclama solemnemente la concordancia del evangelio con los derechos humanos: «la Iglesia, en virtud del evangelio que se le ha confiado, proclama los derechos del hombre, y reconoce y estima en mucho el dinamismo de la época actual que está promoviendo en todas partes tales derechos» (GS, 62). Encontramos en esta constitución una novedosa formulación del bien común: «consiste sobre todo en los derechos y deberes de la persona humana» (GS, 6). Recordemos que ya la *Pacem in Terris*, cuando acepta la declaración de 1948, acota que no solo hay que hablar de «derechos», sino también de «deberes». El Concilio, retomando la más pura tradición cristiana, apunta otros aspectos: 1) los derechos humanos se apoyan en la condición de la persona como imagen de Dios; 2) los derechos en el ámbito de la economía son puestos en evidencia: «resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o entre los pueblos de una misma familia humana (GS, 29); 3) la declaración sobre la libertad religiosa es considerada fundamental: no se puede forzar a nadie a obrar contra su conciencia; ni tampoco se le puede impedir que obre según ella, principalmente en materia religiosas (n. 3).

Pablo VI hace continuas referencias a los Derechos Humanos. Su encíclica «*Populorum Progressio*», 26 de marzo de 1967, propone acertadamente el derecho de los pueblos a su propio desarrollo. Juan Pablo II en la «*Redemptor hominis*» tiene palabras de elogio hacia el magnífico esfuerzo en las organizaciones de Naciones Unidas que ha conducido a «definir y establecer los derechos objetivos e inviolables del hombre» (n. 17).

En el interior de la Organización de Estados Americanos (OEA) surgió la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, creada en 1959. La actividad de esta Comisión fue confirmada en la Conferencia Latinoamericana de San José de Costa Rica el 7 de abril de 1970. Pero hay, además, en el ámbito cristiano, desde nuestra mejor tradición del siglo XVI y hasta las conferencias generales del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), un amplio material sobre derechos humanos. Esta tradición está enraizada en la teología más humanista del siglo XVI, que fue concretada por auténticos profetas como Bartolomé de las Casas, quien, precisamente en Cuba, celebrando en 1514 la fiesta de Pentecostés, fue impactado por las palabras del libro del Eclesiástico, 34, 29: «como quien inmola al hijo a la vista de sus padres así el que ofrece sacrificios de lo robado a los pobres».

Frente al colonialismo surgió en el siglo XVI una corriente defensora de las personas y de los pueblos como sujetos. Con ocasión del descubrimiento del Nuevo Mundo, se desarrolló un pensamiento sobre los derechos humanos. Ya en el «cedulario» se recoge una carta de la Reina Isabel en 1503 que manda: «Sepades que el Rey mi Señor y yo... hovimos mandado por nuestra carta que personas algunas de los que por mandato fuesen a dichas islas y tierras firmes no fuese osado de prender ni cautivar a ninguna ni alguna persona ni personas de los indios de las dichas islas a tierra firme de dicho mar para los traer a estos mis reinos ni para llevar a otras partes algunas, ni las ficiesen otro ningún mal o daño en sus personas, ni en sus bienes, so ciertas penas, en la dicha nuestra carta contenidas». Las leyes de Indias de 1542, aunque muchas veces incumplidas, constituyen un preclaro documento sobre los derechos humanos.

En el fondo estaba la teología humanista de Francisco de Vitoria y de la Escuela Salmantina que, siguiendo la inspiración de Tomás de Aquino, entendían que la persona humana es imagen de Dios. Las «Relecciones» de Vitoria sobre los indios son auténticas declaraciones de derechos humanos: «los hombres no nacen esclavos, sino libres, por derecho natural los hombres son libres»; «antes de la llegada de los españoles, los indios eran verdaderamente dueños tanto en el orden público como en el privado». Inspirados por estas doctrinas, los dominicos Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas fueron los profetas que anunciaron que los derechos humanos tienen algo de divino: «¿Estos no son hombres?», «¿No tienen almas racionales?», «¿No están ustedes obligados a amarles como a ustedes mismos?». Este sermón de Montesinos en Adviento de 1511 en la isla de la Española señala el fundamento decisivo de los derechos humanos: la dignidad inviolable de la persona como imagen de Dios.

En la enseñanza de Francisco de Vitoria, que trataron de concretar los dominicos en la isla de la Española y en Cuba, había tres vertientes importantes: 1) la dignidad de la persona humana; 2) el derecho de los pueblos a ser ellos mismos con su propia cultura; 3) el destino universal de los bienes de la creación que deben sostener a los seres humanos en sus necesidades.

Esas tres vertientes son destacadas por la doctrina de la Iglesia en el siglo XX sobre los derechos humanos cuando insiste en la centralidad de la persona humana: «el profundo estupor ante la dignidad del hombre se llama Evangelio» (Juan Pablo II, RH, 10); cuando se refiere al derecho a la propia cultura al hablar de la misión evangelizadora de la Iglesia (Decreto *Ad gentes*; EN.) y cuando relativiza el derecho de «propiedad privada» (Enc. SRS).

En los documentos del CELAM emanados de las cuatro conferencias generales del episcopado latinoamericano, los obispos de esta parte del mundo, siguiendo la invitación del Concilio, han leído la realidad de nuestros pueblos y elaboraron los documentos conocidos por el nombre de las ciudades donde se han celebrado esas conferencias: Medellín, Puebla y Santo Domingo, que contienen puntos de sumo interés en la defensa de los derechos humanos. La dignidad de las personas es un tema que se repite en Medellín, Puebla y Santo Domingo, el derecho de los pobres y el destino de la propiedad privada, que no es considerada ya un derecho absoluto, pues pesa sobre ella una hipoteca social, está tratado ampliamente en el documento de Medellín sobre la pobreza y sobre la justicia. El derecho a la autodeterminación de los pueblos con sus propias culturas frente a la dependencia económica o cultural es abordado en los documentos de Puebla y Santo Domingo.

Sobre la educación de los derechos humanos, Puebla (1014-1038) señala, entre varias características de la educación evangelizadora, algunas que parecen importantes en relación al tema que tratamos:

1) «Convertir al educando en sujeto, no solo de su propio desarrollo, sino también al servicio de la comunidad» (n. 1014).

2) «Que sea capaz de resistir al relativismo debilitante y vivir coherentemente las exigencias del bautismo» (n. 1032).

3) Debe proporcionarse «una educación cívica y política inspirada en la enseñanza social de la Iglesia» (n. 1033).

En el ámbito específico de los derechos humanos, Juan Pablo II propuso en 1999 a los guías religiosos del mundo un programa comprometedor: «la tarea que debemos cumplir consiste en promover una cultura de diálogo. Individualmente y todos juntos debemos demostrar que la creencia religiosa se inspira en la paz, fomenta la solidaridad, impulsa la justicia y sostiene la libertad» (discurso durante el encuentro con los líderes de diversas religiones, 28 de octubre de 1999, n. 3, *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 5 de noviembre del 99).

Es conveniente hacer notar cómo, en la educación para llevar a cabo ese programa, se supone una jerarquía de valores en cuatro áreas: valoración de la persona, correcto uso de las riquezas, conducta social no individualista sino solidaria y ejercicio del poder como servicio. Mientras no se cultive a fondo y con claridad esa dimensión axiológica que la Iglesia propone dar al hombre desde el evangelio, no habrá tampoco garantías para una educación auténtica en los derechos humanos.

En su visita a Cuba, el Papa Juan Pablo II se refirió a la educación integral que debe brindar la Iglesia y en su contenido hay una alusión precisa a la formación de los jóvenes en el ámbito de los derechos humanos. Dijo así el Papa: «El mejor legado que se puede hacer a las generaciones futuras es la transmisión de los valores superiores del espíritu. No se trata solo de salvaguardar algunos de ellos, sino de favorecer una educación ética y cívica que ayude a asumir nuevos valores, a reconstruir el propio carácter y el alma social sobre la base de una educación para la libertad, la justicia social y la responsabilidad» (mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes cubanos, 23 de enero de 1998, n. 4).

Como se ve, la Doctrina Social de la Iglesia sobre los derechos humanos, que se afianza en el acervo bíblico y eclesial de muchos siglos de reflexión y de praxis, en el magisterio antiguo y reciente de la Iglesia, ha asumido el lenguaje y lo mejor del sentir de hombres y pueblos sobre los derechos del hombre y los ha integrado en una síntesis en nada reductiva, sino, al contrario, potenciadora de los derechos humanos, al conferirle motivaciones muy altas a la lucha por su implantación y desarrollo, como es la elevada consideración de la dignidad del hombre, creado a imagen de Dios y enaltecido por Jesucristo.

Codo a codo con muchos hombres de buena voluntad en diversas latitudes: en nuestra América Latina, en África, en Asia, muchos cristianos, sacerdotes, catequistas, laicos comprometidos han dado y dan su vida de un modo u otro en esa lucha por los derechos de la persona humana que está muy lejos de alcanzar sus objetivos a nivel mundial. El derecho a la vida, el primero y fundamental de todos los derechos del hombre, se ve obstaculizado por la falta de solidaridad, las guerras y otros males que producen el hambre y la desnutrición de centenares de millones de seres humanos, muchos de ellos niños y adolescentes en países pobres. Se oscurece también la cultura de la vida por la eutanasia y las prácticas abortistas aceptadas en países ricos. En estos últimos casos, las legislaciones se basan en el «derecho a decidir». Es de temer que, si se sigue apelando al derecho para obrar torcidamente, estaremos navegando con riesgo en una corriente relativista que puede arrastrar consigo otros excesos y minar en su esencia la causa de los derechos humanos.

Bien saben ustedes en esta sede del IDH que no todos los estados pertenecientes a la ONU se adhieren a todas las convenciones que se refieren a los derechos humanos. Algunos lo hacen con reservas o selectivamente.

Cuando existían los estados del socialismo real en Europa, mantenían, según su ideología, que los derechos humanos, en cuanto estaban recogidos en sus Constituciones, afectan a los ciudadanos de un Estado determinado. Estos son esencialmente derechos sociales y económicos recogidos dentro de su cuadro ideológico y social. Los derechos humanos en sentido universal eran aceptados por esos estados a través de las convenciones de la ONU interpretadas de modo que no tuvieran consecuencias directas para los propios ciudadanos. Según F. Compagnoni, esta es una tendencia que en la praxis los estados, socialistas o no, tratan más o menos de desarrollar. He hecho esta referencia porque, si bien desaparecieron los países del socialismo real en Europa central, en mi país se sigue aún aquel modelo inspirado en una ideología de similares raíces. Seguramente por esto, el Papa Juan Pablo II, en su discurso a los obispos cubanos en nuestra visita a la sede de Pedro, nos dijo:

En todo el mundo los derechos humanos son un proyecto aún no perfectamente llevado a la práctica, pero no por eso se debe renunciar al propósito decidido y serio de respetarlos, pues provienen de la especial dignidad del hombre, como ser creado por Dios a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 26). Cuando la Iglesia se ocupa de la dignidad de la persona y de sus derechos inalienables, no hace más que velar para que el hombre no sea dañado o degradado en ninguno de

sus derechos por otros hombres, por sus autoridades o por autoridades ajenas. Así lo reclama la justicia que la Iglesia promueve en las relaciones entre los hombres y los pueblos. En nombre de esa justicia dije claramente en su país que las medidas económicas restrictivas impuestas desde el exterior eran «injustas y éticamente inaceptables» (Discurso de despedida 25.1.1998, 4). Y lo siguen siendo aún. Pero con esa misma claridad quiero recordar que el hombre ha sido creado libre y, al defender esa libertad, la Iglesia lo hace en nombre de Jesús, que vino a liberar la persona de toda clase de opresión.

Sí, aunque no se cumplan casi en ningún lugar, tenemos todos que reafirmar una clara definición de los derechos del hombre que esté liberada de toda carga ideológica, influjo político o poder hegemónico. En esta era global debemos hablar un lenguaje de humanidad, que solo será comprensible si expresa en sus términos la verdad. El trasfondo político-ideológico, de intereses económicos y de poder, hacen hoy más difícil la educación de los pueblos en los derechos humanos. Pero no podemos arredrarnos ante lo difícil de la tarea. En este empeño, que tiene como parte esencial la educación en los derechos humanos de las nuevas generaciones, está seriamente comprometida la Iglesia.

En ello también ha trabajado por veinte años este Instituto Interamericano de Derechos Humanos que me honro en visitar y al cual agradezco hondamente su invitación y su larga y probada trayectoria a favor de los Derechos Humanos en América Latina.

Muchas gracias.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CENTRO
FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS
«ACOGER E IMPULSAR LO QUE QUIERE NACER, NAVIDAD»

La Habana, convento San Juan de Letrán, 20 de diciembre del 2001

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos a las puertas de la Navidad. En el mensaje que, con esta ocasión, los Obispos de Cuba hemos dirigido a los católicos cubanos y a todo nuestro pueblo, nos preguntamos si es posible celebrar con alegría esta Navidad, la primera del milenio, marcada por acontecimientos terribles, tanto en el plano internacional: el ataque a las Torres Gemelas y la guerra subsiguiente, con la cadena de desgracias que un conflicto de esa naturaleza genera, como en nuestra nación, donde sentimos los efectos colaterales del momento trágico que vive el mundo, comenzando por esa especie de terror difuso que embarga a los pueblos. No olvidemos que ese es el objetivo principal del terrorismo: sembrar el miedo.

El miedo paraliza, los hombres temen desplazarse, disminuyen los intercambios comerciales ante la contracción económica en la cual parece adentrarse el mundo entero, siguiendo la recesión de Estados Unidos, que arrastra consigo toda la dinámica económica mundial. Disminuye por tanto el flujo de turistas y eso afecta la economía de nuestro país. Además el ciclón de gran intensidad que azotó la región occidental y central de nuestro territorio produjo grandes pérdidas materiales y afectó gravemente la producción agrícola en zonas de gran productividad.

La respuesta que los Obispos de Cuba hemos dado al interrogante que nos planteábamos nosotros mismos, sobre la alegría navideña, acogiendo en parte el sentir de nuestro pueblo, reafirmaba la convicción de que la Navidad debe ser celebrada este año aun con más disposición e incluso con alegría. Decíamos los Obispos en nuestro mensaje que la alegría nuestra se fundaba en la palabra profética que escuchamos precisamente en las lecturas bíblicas de la noche de Navidad: nuestro gozo debe ser grande *«porque nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado»*.

En ninguna época de la historia pasada, en ningún pueblo de la tierra, ni en los montañeses de los Alpes, ni en las gentes de las grandes llanuras africanas, ni entre los aborígenes de la América precolombina habría que explicar la alegría que proviene del nacimiento de un niño, porque naturalmente, espontáneamente, para todos los pueblos en todas las latitudes y culturas, el nacimiento de un niño ha producido alegría. Es sintomático que hoy, esta noche, aquí o en cualquier parte del mundo, sea necesario recordar al ser humano que el nacimiento de un hombre produce y debe producir alegría.

Produce inquietud en China el nacimiento de un niño y aún más de una niña, sobre todo cuando ya se tiene un hijo que es la cifra tope declarada por el gobierno para que las familias se conformen en núcleos de solo tres. La gran mayoría desea tener otro hijo y, en ocasiones, lo intenta a escondidas y el nacimiento de un niño produce inquietud en el país más poblado de la tierra. Porque hay responsabilidad penal por el niño recién nacido que supera el número mínimo establecido.

Hoy se le teme en muchos casos a la vida que surge en el seno materno. La mentalidad de los países desarrollados se ha ido habituando a un concepto de la maternidad, según el cual la salud de la madre está en riesgo, el nuevo ser que vendrá al mundo es analizado, observado, previniendo las futuras implicaciones biológicas que pueda traer consigo. El recurso al aborto por situaciones de malformación, aunque sean dudosas, leves o impredecibles, es fácilmente recomendado y aceptado por las madres y las familias. En muchas regiones de la tierra es estadísticamente tan frecuente o más frecuente aún que la vida emergente termine en la muerte que en la aparición de un nuevo ser humano sobre el planeta.

No parece haber obstáculo de conciencia para este modo de proceder en grandes sectores de la humanidad y las legislaciones sobre el aborto se han hecho tan permisivas que solo basta la angustia o la renuencia de la madre a aceptar el nuevo hijo, para que se conceda el beneplácito por parte de quienes tienen las responsabilidades del cuidado de la salud y de la vida y se realice la interrupción del proceso natural de gestación.

Este no es más que uno de los factores que confluyen en una cultura de la muerte que tiene sus expresiones también en la mentalidad popular que reclama, por ejemplo, castigar con la muerte los delitos que parecen graves o que lo son: violaciones, homicidios, etc. Es fácilmente constatable cómo reacciona una parte notable del pueblo, proponiendo como solución a un problema social grave que implique daños para la vida de otra persona por parte de un delincuente, que este sea condenado a muerte. La muerte debe ser el remedio para la muerte.

En muchos países se aboga por la eutanasia, es decir, por la supresión de la vida de aquellos que sufren a causa de una enfermedad y que desean acabar con sus padecimientos. Sorpresivamente hace algo más de un mes, una mujer en Inglaterra obtuvo un fallo negativo de una corte al recurrir a ella para que autorizara a su marido a matarla, por el sufrimiento que padecía a causa de una enfermedad. El remedio para el sufrimiento, para el dolor, es la muerte.

En los entretenimientos, cines, vídeos, series de TV, hay gran cantidad de muertes por crímenes, por accidentes increíbles, por guerras, por actos criminales cometidos por delincuentes, por grandes catástrofes naturales o por situaciones imaginarias que podrían producirse por incursiones desde otro planeta en la tierra, por cataclismos siderales, etc. Con juguetes de matar en sus manos crecen los niños en todos los países del mundo. En una ocasión en que dije que no debían tener los niños juguetes bélicos: pistolas, ametralladoras que vomitan fuego, y otros de ese estilo, un padre de familia me respondió que era necesario que el niño se habituara a que tiene que defender a su país. Con la muerte se defiende el país.

Muerte para proteger la salud de la madre, para librarla de su angustia, muerte para evitar que crezca la población mundial y los nuevos nacidos nos quiten lo que tenemos los que vivimos hoy sobre el planeta, muerte para reprimir al delincuente en la sociedad y proteger así el orden establecido, muerte para eliminar el dolor y el sufrimiento, muerte para entretenernos, muerte para defender la patria. Estamos inmersos en una cultura de muerte, y, sin quererlo, nuestros pensamientos se hacen sombríos y, sin percatarnos de ello, el tejido social pierde vitalidad porque está penetrado del poder nihilista de una muerte considerada como remedio y fin de todos los males.

Tememos a la vida que viene a compartir nuestra historia. Al procurar y proteger egoístamente nuestra vida, hacemos que el balance generacional se altere como sucede ya hoy en Cuba: crece el número de personas adultas, el número de ancianos se hace cada día mayor, y una población joven más reducida tendrá que llevar sobre sus hombros el peso de un número creciente de ancianos. La psicología social se altera cuando no hay un talante juvenil en todo el quehacer comunitario y predomina la edad adulta, el ritmo de la vida se hace aún más pesado, el relevo generacional se logra con mayor lentitud. La emigración añade en Cuba un elemento agravante a esta situación, porque normalmente emigra el sector más joven de la población y son los ancianos o personas de edad adulta los que quedan detrás.

¿Comprenden ustedes cómo resulta difícil, por ser tan contrastante con la mentalidad ambiente, anunciar a nuestro pueblo la alegría que proviene del nacimiento de un niño? Un niño es siempre promesa de vida, es el humano necesariamente abierto hacia el futuro. Quienes lo rodean y acompañan hacen la experiencia de una vida creciente y renuevan su propia juventud. Por eso, el Hijo de Dios vino como niño, creció en el hogar de Nazaret, y se proyectó en plena juventud como aquel que cumplía en su persona todas las promesas que había traído consigo. En otras épocas de la historia resultaba fácil el anuncio de la Navidad con su promesa de vida que nos sonríe en un niño. En esta para nosotros en Cuba debemos comenzar por reafirmar la vida que trae todo hombre que viene a este mundo, su valor, su sacralidad, su promesa de esperanza. Solo si apostamos por la vida

somos capaces de comprender que, cuando la vida se manifiesta en plenitud en Jesús de Nazaret, la humanidad toda alcanza la plena alegría.

Piensen que esa mentalidad envejecida, de muerte, es compartida por muchos en el pueblo cubano, sean creyentes, católicos, no creyentes, marxistas, revolucionarios o indiferentes a la revolución. Es una mentalidad extendida a amplios sectores. Quienes tienen un pensamiento diverso con respecto a la vida, su pujanza, su capacidad de vencer dentro de las actuales coordenadas históricas, superando todos los obstáculos, son una minoría. Dentro de esa minoría tenemos que contarnos los católicos. En verdad, para nosotros, cristianos en el seno de nuestro pueblo, la línea divisoria no pasa entre opciones ideológicas diversas con respecto a la política o a aspiraciones concretas para la sociedad en el futuro; con respecto a una economía colectivista o de libre empresa; sino entre una mentalidad cerrada a la expresión plena de la vida y otra que confía en el triunfo total de la vida. El anuncio del Evangelio en Cuba tiene que hacerse a partir de esa realidad minoritaria, no frente a un mundo políticamente homogéneo contrario o indiferente a la religión, sino de cara a ese mundo mayoritario pero ciertamente diverso en cuanto a opciones religiosas, políticas y sociales, aunque radicalmente homogéneo en cuanto a una concepción del mundo y de la vida que no es evangélica, sino pragmática, materialista.

El problema queda planteado como lo hace el Evangelio de San Juan para todos los pueblos y para todos los tiempos: *la luz brilla en las tinieblas*. En su prólogo, el evangelista presenta al niño que ha nacido en Belén no como lo hacen Lucas y Mateo. El primero describe la escena del pesebre: José y María con el Niño Jesús y el canto de los ángeles en la noche de Navidad. Su relato nos entra por los ojos, por los oídos, por los sentidos todos y experimentamos la cercanía del pequeño recostado en un pesebre y envuelto en pañales. En la escena tan bien descrita nos parece caminar con los pastores, llegar a la gruta y contemplar al niño y participar del gozo de José y de María que solo puede ser compartido en el silencio profundo de aquella noche. Mateo hace venir a unos magos del Oriente siguiendo una estrella y postrándose a ofrecer sus regalos al niño que está con María su madre. Nosotros reproducimos mil veces esta escena narrada por Lucas y Mateo que se hace siempre nueva en cada Navidad, en cada una de nuestras iglesias.

Pero Juan comienza donde parece terminar el camino de los pastores y de los magos, cuando en el silencio de aquella noche, la más larga del año, descubre el misterio que nos envuelve a todos y nos lo expresa maravillosamente en su Evangelio.

Pero antes de dejar que Juan hable en su Evangelio escuchemos lo que nos dice en su primera Carta, después de haber conocido a Jesús de cerca y haber estado como ningún otro discípulo junto a Él. Es su comprensión de Dios que él condensa en una sola frase: «*Dios es amor*». Sí, la palabra que define a Dios es *amor*, Dios se expresa por una palabra eterna: amor. Ahora sí podemos escuchar a Juan narrándonos cómo esa Palabra llegó hasta nosotros:

«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba en Dios.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad».

Sí, el problema está planteado entre el mundo y Dios, el mundo creado por Él y que está en tinieblas y Dios, que tanto amó al mundo que envió su Palabra, su Hijo, hecho carne para habitar

entre nosotros. Como ustedes ven, el dilema es un desafío para todos nosotros, para todos los pueblos y es entre la luz y las tinieblas, no es entre el neoliberalismo y el neosocialismo o entre globalización y antiglobalización, sino entre la Palabra de vida y las tinieblas de muerte, entre el mundo sin Dios y Jesucristo.

La gran pregunta que debemos ponernos es si en medio de las tinieblas está realmente brillando la luz de Cristo, si algo luminoso y nuevo está naciendo al concluir este año 2001, si, en medio de esta cultura de muerte y de un mundo envejecido en edad y en pensamiento aquí entre nosotros, se ve nacer con la Palabra hecha carne algo realmente nuevo.

La respuesta solo puede ser hallada si nos ponemos de rodillas ante el misterio, como Juan, y sabemos ver en Jesús pobre y pequeño la Luz del mundo y nos dejamos iluminar por esa luz.

«Si tu ojo está sano entonces tendrás luz, dijo Jesús, si tu ojo está enfermo, permaneces a oscuras» (Mt 6, 22-23).

Pero si, aun a pesar de mi esfuerzo y a causa de mis defectos y pecados, permanezco en tinieblas, si mis ojos están enfermos, puedo gritar como el ciego de nacimiento a Jesús: *«Hijo de David, ten compasión de mí, que yo vea»*. Y el Señor pondrá las manos sobre mis ojos, sobre tus ojos, y tú vas a proclamar el milagro de tu vida transformada ante el mundo que se interrogará: ¿pero este no es el que antes se sentía cansado y pensaba de un modo diferente? Y tu respuesta no podrá ser otra que la propia verdad de lo acontecido: *«yo antes estaba ciego y ahora veo»*.

Es ahí donde encontramos lo nuevo que nace: en las vidas transformadas por la luz de la fe. Es en el campo raso de la fe donde brillan luces de esperanza. Es al descampado donde cantan los ángeles y se escuchan buenas noticias. Entonces descubrimos que con Cristo algo nuevo comenzó en el mundo, algo nuevo está naciendo siempre.

En este campo espacioso de la fe vino el Papa Juan Pablo II a sembrar esperanza en Cuba. Quienes tienen ojos sanos o han sido curados por Cristo, ven cómo la luz se abre paso en medio de las tinieblas. Lo nuevo no son estructuras nuevas o renovadas en el orden político o social, ni nuevos desarrollos económicos portadores de mayor bienestar, ni siquiera el justo reconocimiento del papel de la Iglesia en el servicio a los necesitados, en la educación de las nuevas generaciones o en la formación en valores. Lo nuevo está en intentar hacer todo esto aun sin reconocimiento y con medios muy humildes. Lo nuevo está en las nuevas actitudes, en el despertar de las conciencias, en la comprensión de muchos del verdadero papel de la Iglesia: llevar al mundo siempre y en toda circunstancia la luz de Cristo. Pero esta luz debe brillar en cada corazón humano para que todo esto sea cierto. Nuevas estructuras pueden suceder a viejas estructuras pero el mundo puede seguir en tinieblas si primero los hombres no se convierten en hijos de la Luz.

¡Cuántas cosas pequeñas y al mismo tiempo grandes conoce el Pastor de una diócesis como La Habana que indican que algo nuevo nace!

Hace poco, un joven me traía una copia de su título con una especialidad en medicina. Me había oído predicar en alguna iglesia que el joven tenía que adueñarse de su propio ser, no dejarse llevar por la corriente, hacer un proyecto personal de vida. En ese momento, él estudiaba con desgano la medicina, pensaba dejar de estudiar, quizá irse de Cuba, pero decidió tomar su vida en sus manos, terminó su carrera, hizo su especialidad, se casó, me dijo entre otras cosas: lo principal es escuchar al paciente, hablar con él, animarlo; vi que se siente contento, bien ubicado en su vocación de servir.

Me parece que este es un hijo de la luz, no tan cercano a nosotros en los afectos y en la proximidad como otros que no han actuado así. Creo que pueden aplicarse a él las palabras de Jesús; *«No estás lejos del Reino de Dios»*.

Me parece también que hay indicios de algo nuevo que nace cuando siete jóvenes del MECU (Movimiento Estudiantil Católico Universitario), estudiantes ellos mismos de la Universidad, repasan cada domingo gratuitamente a más de sesenta estudiantes del Pre que se preparan para el ingreso en la Universidad, desde las dos de la tarde hasta las ocho de la noche.

Hay signos de vida y de esperanza cuando se pide ayuda para tender una mano desde la pobreza a los matanceros afectados por el ciclón y responden las comunidades de La Habana tan generosamente que pudimos entregar a la Diócesis de Matanzas 200.000 pesos y cinco camiones de ropas, zapatos y alimentos para las personas afectadas por el huracán.

Algo nuevo nace cuando 150 jóvenes alcohólicos de Centro Habana y Habana Vieja se reunían el pasado domingo para celebrar los pasos que van dando en el camino de la sobriedad. Algo nuevo nace cuando grupos de madres solteras se hacen artesanas, aprenden un oficio, encuentran un empleo y se les ayuda a cuidar a sus niños que ellas decidieron no abortar, descubriendo, además, el valor de la vida y su propia dignidad.

Brilla la luz en las tinieblas cuando muchos laicos piden seguir estudios filosóficos y teológicos, deseosos de conocer mejor el pensamiento cristiano, cuando el pasado año, como viene ocurriendo cada año en esta Arquidiócesis de La Habana, 1.500 jóvenes y adultos recibieron las aguas del Bautismo, después de más de un año de catecumenado. Hay signos del triunfo de la vida cuando grupos de muchachos y muchachas hacen al Señor promesa de virginidad hasta el matrimonio en un medio donde el sexo es tratado como un juguete, cuando se descubre en las nuevas generaciones un aprecio creciente al valor de la familia.

Quizá dirán ustedes: ¡Qué poco es todo esto en comparación con el pensar y el sentir de la mayoría!

No olviden el grano de mostaza, el puñado de levadura en la masa y que el cristiano es sal de la tierra y luz del mundo, sal en pequeña cantidad que da sabor a cantidades grandes, luz que penetra las tinieblas. El cristianismo no es fenómeno de masas, porque no se dirige primeramente a la masa, sino a cada hombre. Pero llega a transformar la masa como la sal, como la levadura, desde dentro. Solo un grupo de hombres y mujeres transformados pueden obrar la transformación del mundo.

Por eso las acciones y respuestas individuales, de grupo, comunitarias, a las que me he referido son indicadoras de que desde hace algún tiempo, pero sobre todo después de la visita del Papa, algo nuevo está naciendo entre nosotros. La Esperanza sembrada por el Santo Padre en los corazones está viva. Y esta Navidad podemos celebrar con alegría a Jesús-Niño, si nuestra esperanza está de veras purificada de cualquier otra espera.

Porque nuestros ojos pueden ser sanos y la luz divina de la fe puede alumbrar nuestros corazones, pero estar a la espera de algo más por parte de Dios, esperar de la Iglesia, del Papa, de los Obispos algo más acorde con la esperanza que yo me he forjado según ciertos criterios, que pueden incluso apoyarse en mi misma fe religiosa.

Para comprender esto vayamos al Evangelio a encontrarnos con otro Juan, Juan el Bautista. Él centró la esperanza del pueblo en un Mesías que vendría a restablecer, con poder y gloria, el Reino de Israel; el Bautista tenía convicciones serias, fundadas en los grandes profetas como Isaías y Jeremías de que cuando viniera el Mesías todo iba a cambiar. Recordemos el texto de Isaías donde se hace hablar por anticipado al Mesías que dice: *«El Espíritu del Señor está sobre mí...Él me ha enviado para dar la libertad a los cautivos, a los oprimidos la liberación»*.

Juan había preparado a la gente para recibir al Mesías con su estilo atronador, diciendo que ya el hacha estaba a la raíz y que el árbol que no sirviera sería talado. Así anunció a Jesús y lo presentó a sus propios discípulos, como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dijo que Jesús era más que él, que él no era sino una voz que clamaba para que se le prepararan caminos a Jesús. Y

ahora Juan está en la cárcel por anunciar su venida. Y el Mesías que venía a rescatar a los cautivos, ¿no lo podía sacar a él de la cárcel? Él esperaba un Mesías que formara un movimiento contundente en torno a sí, capaz de estremecer las estructuras de pecado de su pueblo y de sus jefes y cambiarlas en un nuevo orden. Pero este predicador, su pariente, habla de amor, de misericordia, de mansedumbre; lo cual no está mal, pero a Juan según su mentalidad le parecía que hacía falta quizá otra cosa y duda, vacila y, cuando sus discípulos lo van a ver en la cárcel, los manda a preguntarle a Jesús si es él el Mesías o hay que esperar a otro. A Jesús llegó el recado de Juan y le envió al Bautista otro recado: «*díganle a Juan que los ciegos ven, que los sordos oyen, que los cojos andan y que a los pobres se les anuncia la Buena Noticia*». Jesús respondía con otro texto del mismo Isaías, pero añadió: «*y dichoso quien no se sienta defraudado por mí*». Esta es como una octava bienaventuranza... ¡Qué pequeños indicios: cojos, sordos, ciegos sanados en medio del sufrimiento y la opresión del país ocupado por el imperio romano...! ¡Qué camino tan desconcertante! Pero este modo de proceder no significaba para el Cordero de Dios comodidad o seguridad. Quien habló y vivió así murió cruelmente crucificado.

La esperanza cristiana tiene que integrar el estilo de lo pequeño, del tú a tú, el testimonio callado de la vida, el servicio brindado por amor y el perdón al cual nos inició Jesucristo, so pena de desilusión. La esperanza cristiana, purificada de cualquier espera terrena, se nutre de la fe, se alimenta en el amor y se proyecta hacia su futuro absoluto: *Jesucristo*.

Es así como descubrimos los cristianos, gozosamente, que en esta Navidad, para Cuba, algo nuevo está naciendo.